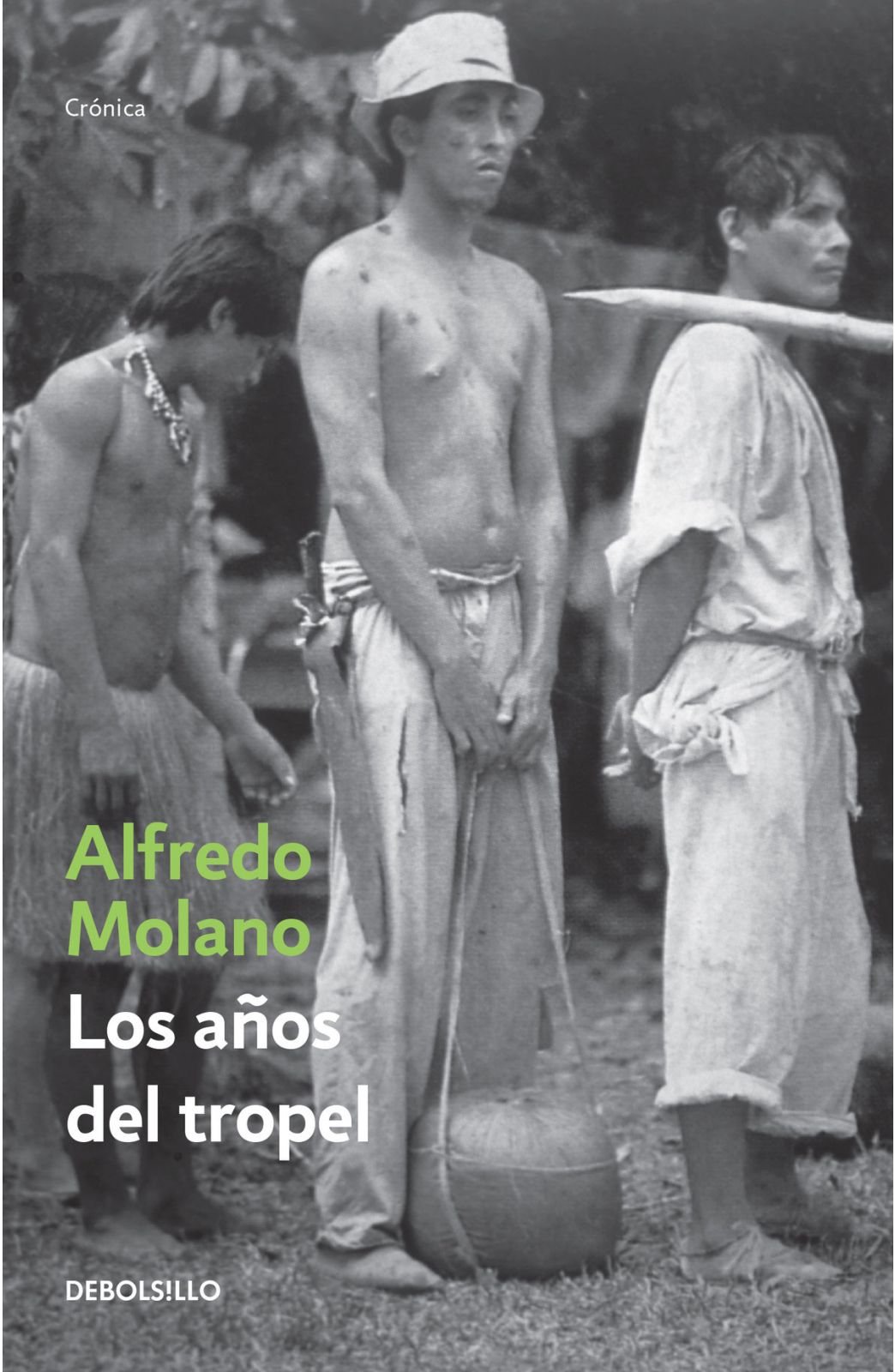
Crónica



Alfredo Molano

Los años del tropel

DEBOLS!LLO

Alfredo Molano

Los años de tropel

DeBolsillo

SÍGUENOS EN

megustaleer

Me Gusta Leer Colombia

@megustaleerco

@megustaleerco

Penguin Random House Grupo Editorial

Prólogo a la segunda edición

Por experiencia sé que los prólogos no se leen porque son hechos para salir del paso y quedar bien: no con el lector, sino con el escritor, que por lo general es un amigo. Naturalmente, uno puede hacer un prólogo para sí mismo. Por eso quiero contar un cuento: me suelen preguntar cómo hago para escribir relatos. No he podido nunca responder, porque en la escritura siempre hay algo mágico y lo mágico está vedado.

A la segunda edición de *Los años del tropel* le he adicionado «Los bombardeos de El Pato». Este texto recoge un episodio reciente de la historia de la violencia, como es el asalto militar por tierra y aire a la región de El Pato en 1979. Aunque aparece en la última parte del libro para conservar el orden cronológico, en mi vida fue el primer relato que escribí y por lo tanto antecede a los de *El tropel*.

En el año 77, Andrew Pearse y Michael Taussig me invitaron a investigar para UNRISD (United Nations Research Institute for Social Development) sobre las formas de participación histórica del campesinado en los años cincuentas. Era el lenguaje de la época. Yo escogí la violencia como una forma de participación, tal como le había oído decir a Camilo Torres en la facultad de sociología.

Quise ensayar este enfoque. Dejar de tratar la violencia como una patología para verla desde adentro, desde el ojo y desde el corazón de sus protagonistas y de sus víctimas, que por lo demás siempre son los mismos.

Alejandro Angulo, entonces director del CINEP, me invitó a realizar el estudio con él. El país vivía días violentos, como algunos lo recordarán todavía. Con Alba Lucía Tamayo y Sonia Sánchez hicimos un detenido trabajo de campo en el Valle del Cauca y en el Norte de Boyacá. Nos propusimos explorar la violencia en el nido de los pájaros y de los chulavitas. Hoy recuerdo esos días con cierta nostalgia.

Una vez terminado el trabajo en las zonas, comencé a tratar de escribir el informe final. Había mil temas y mil matices, había personajes maravillosos que se resistían a ser enclaustrados en el texto «científico» y aséptico de un informe. Había mujeres a las que se les sentía el aliento y hombres que sudaban, y caballos. Daba vueltas alrededor del compromiso y del material que tenía en mis manos sin saber por cuál decidirme. Estaba paralizado. Los términos de referencia corrían y los personajes se negaban a entrar en ellos.

Una tarde me llamó Alejandro Reyes: se bombardeaba la región de El Pato en el Huila y los campesinos marchaban para denunciar los atropellos del ejército. Me interesó la situación y nos fuimos a verla. La gente había llegado y estaba concentrada en el estadio de Neiva. Hablamos con ella. Hablamos mucho con ella. Sin embargo, yo estaba descontento porque sabía que al final no sabría cómo manejar esas grabaciones.

De golpe, el milagro se produjo: encontré la voz, el tono, el color, el lenguaje, en una anciana llena de fuerza. Me topé con ella en medio del gentío a la entrada de los baños del estadio. Cuidaba a sus nietos. Me habló con una intensidad, con una certeza de su razón y con un dolor que todavía tengo presentes. Era Sofía Espinosa, en cuya cabeza aparece el relato de «Los bombardeos de El Pato». Toda la experiencia, toda la historia, todas las denuncias de los demás entrevistados se condensaron en su mirada.

Regresé a escribir directamente, como si ella me dictara. Salió de un solo tirón. Quedamos sin aliento. Encontré el camino. Con esta seguridad me boté encima de las entrevistas del Valle y de Boyacá y reviví a los hombres y mujeres de carne y hueso que habían contado su historia. De ese río de sensaciones salieron los personajes, uno a uno: Ana Julia, El Chimbilá, El Maestro, José Amador, Nasianceno Ibarra. Hablaban apasionadamente, sin objetividad, y así, chorreando «sangre y lodo», entraron en el texto. No se trataba de hacer la historia de la Violencia, sino de contar su versión.

Comprendí que era demasiado pretencioso e hipócrita estar en todas partes, porque cada cabeza es un mundo, cada personaje tiene su verdad y es víctima de ella. Está consignada en su propio interés y ello es respetable y debe ser respetado en una historia.

Pero el hecho de que hubiera encontrado el camino no equivalía a que ese, mi hallazgo, fuera recibido con los brazos abiertos por la academia, por la burocracia, por el lector de informes. A mis relatos les faltaba algo: que no se dijera nada.

Redacté, tomado todavía del espíritu de Sofía Espinosa, mi tesis de grado para la École Pratique de París. El profesor me respondió que le gustaba mi estilo literario, pero que tenía serias dudas sobre el carácter científico de la obra. La tesis trataba de ser una historia de la colonización del Ariari, tejida a través de dos relatos y orquestada en el análisis sociológico. Las dudas del profesor eran justas. Los relatos iban por un lado y la sociología por otro. Desde ese día decidí no volver a correr detrás de ella. Ni del grado.

Sábato dice que uno no escoge los personajes sino que los personajes lo escogen a uno. Añadiría que uno no encuentra los caminos sino que los caminos nos salen al encuentro casi todos los días. Si no los vemos es sólo porque nos hemos vuelto ciegos a lo nuevo y ya no vemos sino lo que hemos visto y estamos acostumbrados a reconocer.

Alfredo Molano

Bogotá, julio de 1991

El Maestro

Fui maestro de escuela hasta que me jubilé. Con mis prestaciones y unos ahorros abrí una tienda y un laboratorio de fotografía. He sido conservador durante toda mi vida y así pienso morir, aunque he estado en desacuerdo con el partido muchas veces. Sigo pensando que el conservatismo es el defensor de la Iglesia y de la familia, los únicos bienes que uno realmente tiene, porque lo demás son meros adornos. Dios es el verdadero apoyo en la otra vida y la familia en ésta: el resto es una majadería, puro orgullo, pura vanidad. Cuando a uno lo llama el Señor, le pasa lo que le pasó a León María Lozano, El Cóndor, cuando Rojas Pinilla lo sacó de Tuluá: sólo pudo llevarse a Agripina, su mujer; a Violeta, su hija, y un retrato de la Virgen del Carmen. La cosa no es la misma porque León María se llevó también a su perro, pero quiero decir que cuando a uno lo llaman no puede arrancar con nada de lo que ha hecho.

León María, por ejemplo, fue un hombre que nunca ambicionó dinero, ni riqueza, ni honores; sólo vivía para su fe; eso era lo que le importaba, sólo eso. Él habría podido ser un hombre muy rico porque tuvo todo en sus manos. La vida de mucha gente dependía de él. Que alguien viviera o no era algo que sólo él decidía, y por eso habría podido hacerse inmensamente rico. Y no. Cuando salió para Bucaramanga, exiliado por Rojas, lo único que llevaba, fuera de la familia, era su perro.

Eso fue por allá en el año 54, cuando Rojas Pinilla ya estaba en el gobierno. Habían sido muy amigos en la época en que Rojas era el comandante de la Tercera Brigada, con sede en Cali. Inclusive el general, una vez que vino a Tuluá, le regaló a León María una pistola bellísima y lo trató de gran patriota e ilustre colombiano. Pero Rojas, cuando fue presidente, temía que León María lo denunciara, dijera todo lo que sabía, contara lo que habían hecho en combinación.

Entonces lo sacaron de Tuluá y después lo asesinaron en Pereira. Porque León María sabía muchas cosas que al general no le convenían; León María era el dueño de la política del partido conservador desde el 9 de Abril. Fue el que manejó el partido durante la Violencia, porque en Tuluá no se movía una hoja sin que él lo supiera. Se había destacado el 9 de Abril y de ahí salió hecho un jefe. Antes de esa fecha era un hombre humilde que vendía quesos en la galería. Yo mismo le compraba cada semana una lonja.

El 9 de Abril, después de la muerte de Gaitán, corrió el rumor de que los liberales iban a atacar el colegio de los salesianos, que lo iban a incendiar, a bombardear. Entonces León María organiza a una gente para defender el colegio. Con Anselmo Tascón y Martiniano Barrera armaron el parapeto. Unos en el colegio y otros puro enfrente, en la casa de Martiniano. Al rato pasaron unos camiones con manifestantes y El Cóndor dio la orden de fuego. Primero a bala y después a punta de dinamita detuvieron a los asaltantes. Hubo varios muertos y heridos. De ahí el cariño que el padre González, que era el rector, le tenía a León María: porque salvó a los salesianos de un atentado que quién sabe cuántos muertos hubiera costado.

León María no era querido sólo por la Iglesia y por los salesianos, sino por el conservatismo. Al otro día, es decir, el 10 de abril, reunió un poco de gente en los Molinos de Viento y los armó con palos, machetes y revólveres para tomarse el palacio municipal, que había caído en manos de los liberales el mismo 9 de Abril. Los liberales habían nombrado de alcalde municipal a Joaquín Paredes. Cuando estaban por salir hacia el palacio llegan los refuerzos, es decir, el ejército, que había mandado Rojas Pinilla para recuperar el poder en Tuluá. León María se les une y se toman el palacio, y entonces se crea la amistad con Rojas. Después León María, autorizado por el mismo ejército, organiza una especie de policía cívica para cuidar la ciudad y para denunciar a los liberales que atentaban contra el gobierno. Esa policía la creó el propio León María con la ayuda de la brigada. Yo fui a una de esas reuniones donde se organizaba la policía cívica y nos dijeron que de Bogotá iban a llegar las armas para defender a la ciudadanía y al gobierno, porque los liberales, los nueve-abrileños, como se llamaban, querían tumbar al conservatismo. Me acuerdo que

de una de esas reuniones en que se hablaba de hacer las cosas rápido, volando, fue que salió el apodo de pájaro. Hacer las cosas como un pájaro era hacerlas volando, en el acto. Y en verdad así se hacía.

De esa policía cívica que organizó León María ayudado por el ejército de Rojas Pinilla fue que salieron los pájaros. Con esa policía cívica fue que se destacó más León María y que se hizo efectiva la consigna que a Tuluá trajo Caicedo Palau: el partido conservador tiene que armarse y defenderse porque, como lo había dicho Carlos Lleras Restrepo, el liberalismo tenía que ganar las elecciones. Esta consigna la dio en la casa de Heliodoro Rodríguez, yo mismo la oí. Estaban todos los notables: el doctor Tamayo Chica, el doctor Luis Carlos Delgado y otros que no me acuerdo. En ese momento no se trataba de matar a nadie, nadie habló de eso. La idea era solamente asustar al liberalismo, hacer un poco de bulla, crear el pánico en las elecciones para que los liberales no fueran a votar. Pero no era matar ni asesinar. Había que elegir a Laureano a toda costa. Por fortuna los liberales se retiraron de la elección y el partido conservador no se cayó. Pero hay que decir que había irregularidades. Yo tenía diecinueve años y fuimos a votar alrededor de mil muchachos entre los quince y los diecinueve a Trujillo. Nos fotografiaban en la casa de León María y nos daban la cédula. Así ganamos.

León María era el centro clave de ese pánico que había que crear, pero nadie, y menos Julio Caicedo Palau, que era el jefe del conservatismo, creyó o pensó que las cosas se le iban a salir de las manos. De ese clima que creamos se aprovecharon José Ríos en Trujillo, los Rojas de El Dovio y otros. Ellos fueron los que llevaron las cosas a un punto en que ya no había otra salida que echar para adelante, así eso fuera lo más horrible. Lo de Ceilán y Betania en el 40 no tenía por objeto hacer las masacres que se hicieron, sino aterrorizar a los liberales de esas regiones, que eran mayoría, para que no salieran a votar, pero lo que pasó fue que unos tipos inescrupulosos se aprovecharon de eso para robar, matar, asesinar. Después vinieron las venganzas de los liberales y después la defensa de los conservadores y eso se volvió una guerra. León María decía: «Yo no soy dueño de los sentimientos de mis amigos. Yo no puedo controlar todo, ni soy responsable de lo que ellos hagan».

II

En esos días yo tenía como unos veinte años y me acuerdo que después de esas reuniones políticas me compré un cuchillo, que en ese entonces valían setenta y ochenta centavos. Era una pretensión de muchacho que quería ser macho, verraco. Nos dieron órdenes de ir a Guacarí porque corría la bola de que iban a matar a León María, que venía de Cali. Salimos en buses y a mí me tocó en Puente de Buga con unos diez o veinte tipos. Allí estuvimos toda la noche, pero no pasó nada. León María, en agradecimiento, le regaló una casa al directorio y entonces era fácil reunirnos para recibir órdenes y consignas. Porque todas esas órdenes salían era del directorio y no de León María.

Yo fui muy amigo de los sobrinos de El Cóndor, que era un tipo muy reservado. Decía: «Yo no doy órdenes, pero tampoco puedo gobernar la voluntad de los que me estiman y me quieren». Se encerraba mucho tiempo en una pieza y a veces lo veíamos sacar armas y otras cosas, pero yo nunca le oí decir que había que matar a fulano o a zutano. No. Puede que a otras personas les conversara lo que había que conversarles, pero yo no fui testigo de algo mal hecho. Inclusive un día que me vio afilar mi cuchillo me dijo: «Bótelo o esté dispuesto a usarlo, pero no lo muestre tanto. El que carga un arma termina usándola».

Sin embargo, a pesar de que él no hubiera matado a nadie, al hombre no se la perdonaban, y fue así como la violencia iba haciendo más violencia: por las venganzas. Un día bajaba León María por la carrera 26 acompañado de Celino Guerrero, cuando al pasar por frente a la casa del doctor Cardona, donde había una tapia, le dispararon de uno de esos ojos. Cayó mal herido, lo alzaron rápido y lo llevaron para el hospital y así se salvó. Pero entonces vino la venganza. A un tipo que corría y que Celino alcanzó a ver, lo mataron a patadas sin saber quién era en realidad. A un señor Quintín Jaramillo lo buscaron y lo mataron porque alguien dijo que lo había visto por los lados donde le hicieron el atentado a León María. A un señor que llamaban Pan de Bono, porque era chiquito y blanco, también lo bajaron por la misma razón. Al esposo de doña Débora Sánchez, que tenía que ir al hospital, lo mataron porque les pareció raro que un liberal fuera allí cuando estaban operando a León María, sacándole las balas. Dizque el tipo iba

a visitar a un amigo que estaba cerca de la pieza de El Cóndor y lo mataron ahí mismo. Aquella noche nadie durmió porque todos temían la venganza. Y así fue. Al otro día amanecieron quince cadáveres en las calles de Tuluá.

Es que la cosa se salía de las manos. Uno comenzaba a odiar a los propios amigos, a los condiscípulos, por el mero hecho de no ser conservadores. Un amigo mío del colegio, porque yo estudié con los salesianos, un muchacho Álvarez, se fue para las guerrillas, para los Llanos, a combatir a Laureano, y yo tenía la consigna de delatarlo si lo veía; pero yo no creía que le fueran a hacer nada malo. Un día lo vi y lo delaté. A los tres días mi amigo estaba muerto. ¡Qué pasión! Yo pensé que simplemente lo iban a echar del pueblo, pero no: lo mataron. Desde ese día no volví a ir al directorio, porque yo no estaba de acuerdo con el asesinato. Mi ideal era sostener en el poder al conservatismo asustando a los liberales pero no matándolos. Eso era lo que tenía que hacer el partido para no dejarse tumbar, porque en realidad los liberales eran mayoría y, si hubieran votado, Laureano no sale.

Pero las cosas se iban empeorando. Los amigos de León María se fueron enviciando con la muerte y poco a poco también con el robo. La gente al principio era amenazada para que no saliera a votar, pero después la mataban. Después vieron que eso era buen negocio porque dejaba la tierra libre y entonces comenzaron a echarlos de las parcelas. La gente se fue saliendo y la parcela se iba negociando. Inclusive no había necesidad de matar. Con sólo amenazar, la gente salía. Así fue apareciendo el robo de fincas, el robo de ganado, el robo de café.

León María se va volviendo cada vez más importante y con más poder. Maneja el partido conservador y por tanto, el poder. Él es el que da becas, da auxilios, cobra impuestos. Él es el que manda realmente la policía y el ejército. Él controlaba así a mucha gente, pero sus amigos eran unos pervertidos y entonces fue agrandándose la chipa del rejo, fueron haciendo cosas terribles: como lo de El Retiro, donde mataron diecisiete personas; como lo de La Carmelita, donde murieron varios; como lo de La Marina y, sobre todo, como lo de Betania y Ceilán.

En Betania se movilizó un ejército de pájaros ayudados por la

policía y el gobierno. Movilización más grande no pudo haber para crear un foco de conservadores en esa cordillera, que era un fuerte liberal. Se pensaba entrar a la plaza y amedrentar a los habitantes. Pero resulta que los que dirigían la movilización se emborracharon y comenzó el incendio, el saqueo, el abuso de mujeres y el asesinato de hombres. La matanza fue tan horrible que los mismos conservadores nos culpábamos de tanta sangre: era que todo lo que se movía lo mataban. Una de las grandes vergüenzas del partido.

Lo mismo fue lo de Ceilán. De aquí de Tuluá salieron camiones llenos de gente para Ceilán, yo los ví. Venían de Riofrío y cruzaron Tuluá hacia la cordillera. Inclusive iban amigos en los camiones y se fueron a quemar a Ceilán en lugar de apenas atemorizarlo, como era la idea. De Tuluá a Ceilán quemaron también a Rancho Rojo, una propiedad que había entre ambos pueblos, y hubo saqueo y asesinatos. Todo lo destruyeron, mataron gente inocente, gente justa, gente buena; nada, nada respetaron. El río se volvió sangre y a ellos no se les dio nada.

Uno veía por aquí a todos esos pájaros, al otro día, vendiendo un marrano, una gallina, una máquina de coser, una ternera. Inclusive entre ellos mismos llegó a haber disputas y muertos por la repartición. Hubo enemistades entre los mismos violentos por deudas y por la distribución de las compañías que se hacían.

Porque con la violencia comenzaron a llegar aquí tipos especializados en negocios sucios. Venían de Antioquia, de Caldas, de Boyacá, gente valerosa pero mala. Eran capaces de medírsele a cualquier cosa con tal de que les dieran una parte del resultado del trabajo. Primero iban y miraban, evaluaban lo que la gente tuviera y después arreglaban la vaina. Eran acreditados por valerosos y casi todos venían de prestar servicio militar. Y en sus fechorías les ayudaba la misma policía. Iban, pues, sobreseguro.

Eran esos tipos los que mandaban a los otros, y los que verdaderamente comenzaron la violencia, esa violencia terrible que quemó a Ceilán, a Betania, a El Recreo, a Rancho Rojo, y que asesinó a toda esa gente. Un amigo mío de los que llegaron a Ceilán, cuando vio toda esa violencia, toda esa masacre, se devolvió para Tuluá vomitando y así duró como tres meses. Todo lo que comía lo

vomitaba, estuvo a punto de morirse porque el estómago todo lo devolvía.

A consecuencia de la forma como se perseguía y se asesinaba comenzaron a aparecer guerrillas liberales, porque los liberales tienen más práctica en eso que nosotros, han sido más organizados, siempre han tenido guerrillas. En las guerras civiles el liberalismo organizó guerrillas, en los años treintas organizó guerrillas y cuando Rojas Pinilla vuelve y organiza guerrillas. Era eso: el liberalismo tiene más disciplina que nosotros. Primero organizan a la gente y después los jefes les consiguen las armas. El liberalismo organiza su guerrilla de arriba abajo y por eso les va mejor que a nosotros, porque tienen disciplina y son como un ejército. En cambio el partido conservador, después de los asesinatos de Gachetá en 1939, que es cuando realmente comienza la vaina, organiza una violencia no-oficial pero en contra de los mismos jefes, y entonces éstos no apoyan la lucha ni con armas, ni con plata, ni con dirección. La organización de guerrilleros conservadores se hizo por debajo de cuerda. Hubo jefes, claro, que ayudaban entregando esto o aquello, pero diciendo siempre que si algo sucedía nadie sabía nada. Si el partido conservador se organiza como un gran ejército, si sus jefes llaman a la organización y a la disciplina, no hubiera pasado nada. Pero ellos lo trataron de hacer solapadamente y eso llevó a los copartidarios a caer en las manos de los criminales profesionales que salían de las cárceles o en manos de los pícaros que salían del ejército o la policía.

III

Porque el ejército también fue conservatizado desde antes del 9 de Abril. Mariano Ospina conservatizó poco a poco el ejército. Cada vez que el pueblo, los campesinos, iban a ser seleccionados para el servicio militar, se le pedía a un tipo que conocía muy bien a la gente que acompañara al capitán que reclutaba. Entonces cada uno de los muchachos aptos para el servicio militar iba pasando frente al tipo y el hombre le hacía una señal al capitán para indicarle si era conservador o liberal. A los liberales no los llevaban pero tampoco les daban libreta militar, sin la cual era difícil trabajar. Lo primero que hacía un dueño

de una finca grande, de un ingenio, era pedir la libreta militar, y así se sabía si el cliente era liberal o conservador. La policía tenía la misma maña. A jóvenes de 18 o 25 años les pedían libreta y si no la tenían era porque eran liberales y ahí mismo recibían las consecuencias. Esa colaboración para seleccionar sólo conservadores para el ejército la prestó muchas veces El Cóndor, pero después se cansó y dejó a uno de sus amigos, un tipo que conocía al dedillo a todo el mundo, el señor Álvaro García.

Lo importante no era sólo la conservatización del ejército sino el adiestramiento de conservadores en el manejo de las armas, en la disciplina. Pero con todo, el partido no logró organizar su gente sino más bien dispersarla.

A la par con el ejército, los funcionarios también fueron conservatizados. Una vez que llegó el partido conservador al poder no se nombraban sino funcionarios conservadores o tipos que se dejaran influenciar por las altas esferas, gente manejable y dócil. Los alcaldes, los jueces, todos los empleados del gobierno eran puras marionetas. Yo te nombro y tú me ayudas, era la consigna. Claro: así no había presos, ni impuestos, ni multas para los conservadores, y para los liberales no había auxilios, ni becas, ni favores.

Así pasó cuando caí preso y eso que no fue por nada de política sino por una pelea por una muchacha. Al otro día me largaron cuando mi papá fue a hablar con León María, aunque el juez ya me había sacado doscientos pesos para soltarme.

Claro que uno veía la conservatización y estaba de acuerdo con ella, porque era el ideal del partido. La violencia fue una escuela política para el partido conservador porque ayudó a saber cuál era el deber, porque le enseñó un poco de disciplina y nosotros estábamos sinceramente orgullosos de lo que el partido hacía para mantener en el poder a la Iglesia, a la patria y a la familia. Por eso se luchó, pero eso se degeneró. Laureano Gómez nunca estuvo al tanto de lo que hacían Álvaro Gómez y Jorge Leiva, los tipos que verdaderamente hicieron la violencia en el país. León María no sabía lo que en su nombre hicieron Lamparilla, El Chimbilá, Pájaro Azul y toda esa pajarería. Porque para los grandes jefes no se trataba de la violencia que mataba sino de la violencia que defendía los ideales del partido, y la lucha de vecinos era

una lucha justiciera, una venganza de la Guerra de los Mil Días. Como muchas veces escuchamos, una venganza por lo del 9 de Abril. Una manera de reunir de nuevo el partido conservador. Porque Gaitán se estaba robando el partido conservador. Yo fui a muchas manifestaciones de Gaitán y ahí había mucho godo; la gente toda quería mucho a Gaitán, así fuera liberal. Entonces había que terminar con eso. Yo creo que mucho conservador votaba por debajo de cuerda por Gaitán y creo que si no lo matan había acabado con los partidos en Colombia y había evitado la violencia. Gaitán sí tenía doctrina, sí tenía disciplina para su partido. ¿Pero el conservatismo qué tenía? Apenas un discurso del doctor Laureno Gómez en Medellín en que llamaba a la juventud a mantener el poder por medio de la violencia, o un programita hecho en Cali en que decían siempre lo mismo de la familia y de la patria. No, Gaitán sí encantaba y encantaba tremendamente. Si llega al poder, el conservatismo y el mismo liberalismo se quedan sin masas, y esas masas fueron las que mataron en Betania y en Ceilán. Fue allí donde comenzó la violencia de verdad; no fue en Tuluá.

A Tuluá llegó la violencia después, cuando se firmó la Carta Suicida. Los liberales, con miedo de tanto asesinato y tanta sangre, decidieron firmar una carta de protesta culpando indirectamente a El Cóndor de esa situación. La carta fue publicada en *El Espectador* y la firmaban todos los jefes del liberalismo: Aristides Arrieta, Andrés Santacoloma, Nacho Cruz, Gertrudes Potes y muchos otros. Y así, en el orden en que fue firmada, los tipos iban cayendo asesinados. El partido conservador no estaba de acuerdo, pero entonces la violencia llegó a Tuluá y los muertos eran todos los días, de bando y bando. Porque no eran sólo los pájaros los que mataban. A los pájaros también los mataban y entonces venían las venganzas. Primero fue don Aristides Arrieta, que cae en la esquina de Carlos Maturana. Después fue Mazuerita, después Alfonso Arrieta, después Andrés Santacoloma, después los Pulgarines.

Los conservadores que no estaban de acuerdo con esto y que veían que la violencia se venía encima trataron de pararla. Crearon un nuevo directorio conservador con los doctores Mariano Dábalos, Tamayo Chica y otros. Fueron los llamados patiamarillos. Pero El Cóndor estaba influenciado políticamente por Gustavo Salazar García, un tipo

muy aprovechado, muy sagaz, que no quiso aceptar el nuevo directorio y antes más bien lo atacó. Salazar quería apoderarse de todo el poder de León María y no aceptó el nuevo directorio que poco a poco, con amenazas y tal cosa, tuvo que acabarse y sus miembros salir para otro lado con su patiamarillismo.

Los patiamarillos hubieran podido también detener la violencia o por lo menos no dejarla entrar a Tuluá, pero este Salazar tenía a León María de su parte y lo quería utilizar como trampolín. Y así fue. Cuando León María sale de Tuluá queda Gustavo Salazar mandando la parada. Cuando mataron a El Cóndor no le dio la condolencia ni siquiera a Agripina.

Después de la muerte, o mejor, del asesinato de León María, la violencia fue declinando en Tuluá y poco a poco no quedaron sino bandidos en el campo. La amnistía de Lleras y después la labor del ejército durante Valencia fueron acabando con los pocos focos que quedaron en el Valle. Pero todavía algo queda, aunque es una violencia distinta, de abajo para arriba. Dios sabe en qué puede parar. Dios nos socorra y nos ilumine con su sabiduría.

José Amador

«Que póngale cuidado a la vida, que póngale cuidado a la hijueputa vida, que está muy caro, que el chilango no lo regalan dos veces», me dijo Carlos Isaza cuando me vio bajar de la cordillera, todo lavado porque en esas llovía mucho y yo venía huyendo de la policía. Había abandonado una tierra que tenía en Los Altos, una finquita que quedaba —o que queda, porque no la han quitado de allá— de Rovira para arriba, donde yo trabajaba, y que me había dejado en herencia mi taita José Amador, que se llamaba como me distinguen a mí. «Vos sabés —me dijo don Carlos cuando me vio llegar escurriendo— que el malparido ese que nombraron de inspector no es agua ni es pescado y que lo que busca es moneda; a vos no te va a perdonar la humillación que le hiciste. Voláte ya que te queman y por allá mismo te entierran». Yo apenas le contestaba: «Hasta la presente vamos bien; yo soy claro y derecho y si ese quiere problemas se topa conmigo y nos las tenemos que ver como lo que somos. Mientras no me tire por la espalda, de frente le salgo como le he salido».

Era que el inspector que habían nombrado me cogió ojeriza desde que me vio. Sin saber por qué me la cargó. Sucedió que una tarde estaba yo tomándome unos aguardientes en la tienda de don Carlos, en Tres Esquinas, que llamaban El Punto, cuando llegó el inspector con seis policías a hacer una ronda. Yo ya tenía la cabeza caliente y estaba diciendo que ser liberal era muy difícil, que cualquiera podía decir «viva el partido liberal», pero que eso no era ser liberal; y que lo mismo era ser conservador, que eso no era gritar «viva el partido conservador, viva Cristo Rey», sino que lo que uno era había que sostenerlo frentiando. Que eso no era como hacían algunos que mamaban de las dos tetas, de la de ganar y de la de perder. El inspector se escamosió, se puso nervioso el hombre y dijo: «A ver una requisita, señores, que esto se está poniendo bueno». Yo me

enverraqué y dije duro, para que me oyeran: «Yo soy José Amador hasta que me muera y pago la tanda». El inspector me miró y me dijo: «A mí no me importa quién sea usted; haga el favor de permitir la requisa». Entonces le contesté: «Eso a mí no me da nada; yo soy un trabajador y por eso tengo la ropa sudada y la mano encallecida; yo vengo de trabajar, ahí lo verá…». Yo tenía la peinilla terciada y le dije a don Carlos: «Guárdeme esto mientras me requisan», pero el inspector, antes de que la alcanzara a pasar, me apuntó con su revólver y me dijo: «No hay tal; aquí no va a guardar eso; usted lo que va a hacer es acompañarnos». «Está bien», dije; «a mí me gustan las cosas claras. Para donde andemos nos vamos todos».

Yo andaba de a caballo, porque a mí siempre me han gustado las bestias; en esas montaba un potro que llamaba El Sultán, el potro más verraco de cuantos verracos había por esos lados. Era un alazán tostado que tiraba las manos y no tocaba el suelo. Le dije a un muchacho: «Andá, llévame esta bestia al rancho, la desensillás, me entrás la montura al portón y le decís a Carmen que me fui a arreglar un asuntico». Bueno, yo eché por delante y los policías atrás, apuntándome con sus chopos. Al rato el inspector le dijo a un agente, para que oyera: «Es que hay gente terca a la que no le gusta arreglar por las buenas». Me voltié y le dije: «Mirá, negro hijueputa, yo me voy para el cuartel, me voy para la cárcel pero no te doy un centavo». Así fue. Llegamos a la alcaldía y el inspector le dice al alcalde: «Permiso, señor alcalde, para dar un parte: este individuo estaba bebiendo armado y es un tipo muy peleador, muy agresivo, que trató de oponer resistencia a la requisa y ofendió a la autoridad». «¿Cómo se llama el sujeto?» —preguntó el alcalde—. Yo le contesté: «José Amador». «¿Usted es el tal Amador, el que roba ganado? ¿Usted es el famoso ladrón?». «Permiso, señores —dije—, que yo también tengo derecho a conversar. Yo no he robado ganado, yo no he resistido la ley, yo no he ofendido a nadie. Lo que pasa es que no he dado ni un centavo a estos señores. Ellos me pidieron plata y yo no se la aflojé, ese es el problema. Entonces, ¿cómo es la cosa aquí? ¿Cuál es la protección de la autoridad? ¿En qué quedamos, señor alcalde: estos señores son cuatreros o son policías? A mí me fusilan pero yo no me callo, yo no me dejo meter la mano al bolsillo, yo no me dejo resistir por ningún

hijueputa, yo me hago aporriar, me hago hasta matar pero me hago respetar. Y dígame, señor alcalde, ¿cuál es el cargo contra mí?». El alcalde se enverracó y dijo: «Por desacato a la autoridad y por injuria se me va para el hueco quince días». Yo le contesté: «No, señor, si las cosas no son así, si aquí todavía hay ley. Si mañana no me sueltan el doctor Jesús Ovalle, que es abogado, viene a entablar una demanda por abuso de autoridad. Él ya está avisado». Eso era cierto. Yo tenía convenido con la mujer, con Carmen, que cuando llegara El Sultán sin mí avisara a don Jesús Ovalle para que me ayudara. Él era liberal, un liberal muy conocido en Rovira que defendía a todos los liberales que metían a la cárcel. Yo no debía nada y por eso estaba tranquilo, pero los agentes, para poderme acosar, me empujaron a patadas a la cárcel y allí me amarraron y me dieron plana hasta que yo perdí el sentido: «Llamá a tu abogado, cuatrero hijueputa, para que te defienda; llamálo, llamá al ángel de la guarda, si querés llamá a quien querás que aquí estás solo». Ellos me hacían el cargo de robar ganado, pero yo nunca me había robado una res, ni nunca me la he robado. Yo las compraba a un muchacho muy baratas y las metía para arriba, para Los Altos. Después supe que el muchacho se las jalaba de las fincas y las vendía. Pero yo en ese tiempo no sabía de las andanzas del muchacho, yo sólo compraba barato. Al tipo lo habían cogido robando y había declarado que actuaba a órdenes mías. Mentiras, yo ni sabía de dónde sacaba el ganado. Pero así el muchacho me clavó.

Al otro día llegó el doctor Ovalle. Al principio me negaron: «Aquí no hay nadie preso», dijo el inspector cuando el doctor preguntó por mí. Después les tocó aceptar que yo sí estaba ahí detenido. «¿Cuáles son los cargos?», le dijo Ovalle al alcalde. «Pues doctor, en primer lugar el tal Amador es un cuatrero acusado de abigeato y en segundo lugar resistió a la autoridad». «Bueno —contestó el doctor—, ¿pero cuáles son las pruebas?». Ellos no tenían ninguna prueba de que yo robara ganado, ni de que yo hubiera resistido a la policía. ¿Cómo me iba a enfrentar con una peinilla a seis hombres armados? Ovalle alegó y alegó hasta que logró mi libertad. Estuve preso cinco días pero al final me tuvieron que largar. A la salida el doctor me dijo: «Hombre, Amador, la cosa se está poniendo fea; los godos están persiguiendo a los liberales y metiéndolos a la cárcel por cualquier cosa. Tenga

cuidado, no se vuelva a meter en líos con ellos, usted sabe que los policías son unos muérganos que no entienden ni oyen razones de los liberales. Mucho cuidado».

Yo me fui para el rancho. No había entendido que mi delito era ser liberal, que era por eso que me habían comenzado a perseguir, y me dije: «¡Ahí lo vea, con que la cosa es así; ahí las tiene, bobo pendejo!».

Como a los quince días don Carlos Isaza llegó a la casa todo confundido a avisarme que subía una comisión a llevarme preso porque dizque tenían pruebas de que yo me había robado un caballo. Yo le contesté: «No, señor, de aquí no me voy; puede ser lo que sea, pero a mí no me la montan así». Él me dijo: «Vos sabés que las pruebas no importan y que lo que quieren es sacarte de aquí porque sos liberal, vos ya lo sabés. Perdéte antes de que te echen mano». La mujer me acorralaba por el otro lado diciéndome: «Mijo, hágalo por los niños, váyase que lo matan, váyase antes de que lo quemen». Pero yo me quedé, yo no podía darles el gusto de huir, todo porque me habían levantado una prueba falsa, todo porque me habían montado una mentira.

Al rato llegaron, rodearon la casa y me gritaron: «¡Ríndase!». Yo salí con las manos entre los bolsillos y ellos me apuntaron y me dijeron: «Queda detenido». El inspector se acercó gritando: «Ahora sí, hijueputa, ahora sí: ¿de dónde sacaste el caballo? Se lo robaste a los gitanos, ¿no? ¡Cuatrero! Ahora sí te agarramos».

Yo no me había robado el caballo. Se trataba de un potro llamado El Califa; era una belleza de animal y yo me había enamorado de él. Porque a mí me gustan más los caballos que las mujeres. Se dejan montar también, pero no joden. Con todo lo que me gustan las mujeres, me gusta más jabonar un caballo que jabonar una patrona empelota. Yo había visto a El Califa una tarde en el pueblo montado por un gitano; me gustó, le eché el ojo y pensé: «Ese potro ya es mío». Era también alazán y tenía una alzada que ¡Dios mío! Cumplía ya como tres años y era largo y brillante. Yo no podía dormir pensando en el animal, daba vueltas y vueltas en la cama mirándome montado en El Califa. Una mañana ensillé El Sultán y me bajé para el pueblo a proponerle trato al gitano. Llegué a la carpa y le pregunté al jefe que cuánto valía el caballo. Él me dijo que no estaba para la venta, que era

de un hijo de él y que el muchacho no lo vendía, pero que propusiera el negocio. Yo le dije que sin saber el precio no podía ofrecer y entonces me respondió que más bien lo cambiáramos por El Sultán y yo le encimara algo. Por El Sultán me estaban ofreciendo tres mil pesos de aquella época, que era una cantidad de plata. Yo le dije que no, que mano a mano. El hombre se negó y yo le pregunté que entonces cuánto quería de encime. Me dijo que cinco reses. Yo me reí. Si El Sultán era tan bueno como El Califa y todo era por capricho mío, no había por qué encimar tanta plata. Le dije que estaba fuera de sus cabales y me devolví para la casa. Pero ese caballo me tenía loco, no pude dormir pensando en el potro. Al otro día eché por delante las cinco reses y me bajé. Llegué a la carpa y le dije al anciano: «Tráigame el potro». Así fue, ensillé a El Califa, lo monté y salí para el pueblo. Ese no era un caballo, ¡era un ángel con crin! Ese día me emborraché en la tienda de don Carlos sólo mirándolo, viéndolo cómo resollaba.

Pero resulta que a los gitanos se les quedó muerto El Sultán al poquito tiempo. Lo corrieron mucho o lo chalaniaron sin vergüenza y al animal se le paralizó el corazón; quedó redondo. Fue entonces cuando inventaron la historia de que yo les había robado El Califa. Fueron a la alcaldía, pusieron el denuncio y, claro, el alcalde vio la oportunidad de echarme mano con esa acusación.

Cuando llegó la comisión y en ella vi al gitano se me puso de qué se trataba y cuál era el juego. Yo no me resistí, pero me dije: «Estos hijueputas la van a ver negra conmigo». Me llevaron preso y lo peor de todo era que conmigo también se llevaron a El Califa. Yo me hice el menso y me dejé llevar, ahí como el que no quiere la cosa. Pero cuando llegamos a un paraje enmontado que hay en el camino les rapé a El Califa, lo arrié y salté monte adentro. Ellos dispararon y así más enverracaron al animal, que salió corriendo camino abajo mientras yo huía por el rastrojo. Me buscaron por un lado y otro pero me les pude volar; en cambio a El Califa lo cogieron. Se lo llevaron para el coso de la alcaldía y allí mismo lo mataron. Sabían cómo vengarse.

Por eso don Carlos me decía que a mí no me perdonaban. Yo no pude volver a Los Altos y cuanto más pude fue avisarle a la mujer para que saliera con los guámbitos del rancho. Yo quería seguir peleando porque yo no debía nada, estaba en mi derecho y todo lo que me

habían montado era injusto. El verdadero motivo era político, no era más. Yo no me había robado a El Califa. Yo no había atacado a la autoridad, pero me perseguían. No había otro camino distinto a perdernos. Mandé a unos muchachos amigos a que sacaran el ganado a un punto que llaman Corazón, cerca de Roncesvalles. Allí lo feriaron y allí también supe lo de El Califa. Me costó trabajo creer, me daba una rabia que me comía por dentro verlo muerto. Pero al fin y al cabo tuve que aceptar que yo era el que estaba vivo. Alcancé a juntar unos quince mil pesos y con esa plata nos fuimos con la mujer y los cinco guámbitos para Ibagué a catiar. Había comenzado la violencia. Era el año de 1947. Al año exacto mataron a Gaitán.

II

A Ibagué ya comenzaba a llegar gente huyendo. Un día, en un corredor del palacio departamental, nos reunimos veinte o treinta personas y una de las tantas mujeres que había preguntó:

—Bueno, ¿y por qué es que están matando liberales? ¿Qué es lo que pasa?

Un viejo, conservador que era, paró oídos y contestó:

—Mijita, yo no sé; yo sólo sé que la persecución viene sobre los liberales.

—Bueno, y ¿quién la ordenó? —dice la mujer.

—Pues —dice el otro— yo no sé; lo cierto del caso es que no va a dejar liberal libre, por importante que sea; lo importante es que sea liberal.

—Pero mire —vuelve a decir la mujer—. ¿Cómo es esto? Yo no entiendo. ¿Cuál es el pecado de ser liberal?

—Mijita, yo no sé. No me pregunte de eso porque yo no le doy razón. Sólo sé que los asesinatos son pagados por algunos mandamases. ¿Cómo le parece que a un compadre mío, liberal, tan trabajador él, tan sano, tan digno, tan buena persona, andan detrás de él? Ya le mataron tres niñitos y ahora lo quieren matar a él, todo porque el tipo no quiso salirse de su tierra.

—Bueno —dice la mujer—, ¿pero quién ordena todo eso?

—Eso sí no sé —dice el hombre—. Lo único que le sé decir es que

los pocos chusmeros que he visto tienen el mismo vestido de la policía, eso es lo único que puedo decir. Así es que, mijita, como buen conservador que soy, si mi casa le sirve de algo véngase que allí vivimos como se puede y comemos lo que haya.

Esa conversación la escuché en el propio palacio de gobierno un día que nos reunimos para protestar por la persecución.

En Ibagué no encontramos acomodo. Había mucho perseguido, mucho liberal como nosotros. Entonces, con los centavos que teníamos, nos fuimos para Cajamarca. Allí conocí a Gaitán un día hablando contra las oligarquías que le robaban el trabajo al pobre y contra la persecución que el gobierno les hacía a los liberales. En Cajamarca no pude encontrar una tierra bonita, y echamos para Armenia. Allá me topé con un fulano que estaba vendiendo una tierra por un sitio que llaman La Habana, cerca de Buga. Fui y miré la finca, me gustó y negociamos: le di cinco mil pesos y comenzamos a trabajar. A sacar carbón de palo, a sembrar comida, a hacer un hatico. Con el carbón me iba bien y la comida se daba, pero entonces la gente comenzó a emigrar por causa del boleteo. La Habana era una región liberal, pero había también conservadores. Gaitán no había muerto y ya se había iniciado el boleteo por esa zona. A los campesinos liberales les escribían cartas sin firma amenazándolos primero para que no votaran y después para que abandonaran las fincas. Eso lo hacían en combinación con la policía. Un día cualquiera llegaban los agentes a preguntar por el partido de los jefes de familia; después requisaban y por último caía la carta con la amenaza. Una noche cualquiera masacraban la familia que no había acatado las instrucciones. Yo sabía de todo esto pero no me daba miedo porque estábamos metidos entre el monte, éramos recién llegados y no le debíamos nada a nadie. Pero para abajo, para La Habana, los campesinos se salían y al que no se salía le quemaban la casa, lo asesinaban delante de la familia. Inclusive a un señor Guillermo Escobar, muy conservador él, lo boletearon porque dizque colaboraba con los rojos. Don Guillermo les contestó que con él no se andaran con ligerezas porque tenía mucho que agradecer a los liberales, que habían sido agregados liberales los que le habían hecho la finca y ellos se quedarían hasta que él se muriera. El hombre era muy respetado, no quiso colaborarles a los

chulavitas y al fin lo dejaron quieto, pero siempre le alcanzaron a matar mucho agregado. Él era el que me compraba el carbón y yo creo que por eso no se metieron conmigo. Pero siguieron amenazando, sembrando el terror, y los campesinos tuvieron que irse saliendo para Buga, para Tuluá, para Cali, y la tierra iba quedando sola un tiempo y después llegaban otros, esos sí conservadores, a ocupar las fincas. Llegaban del Tolima, de los Santanderes, de Antioquia, y se asentaban en las parcelas abandonadas. De La Habana salían para afuera y de otras partes llegaban a La Habana. De un lado para el otro, eso fue un trasteo muy hijueputa.

Estando en esas, un sábado a las diez de la mañana supimos que habían asesinado a Jorge Eliécer Gaitán, nuestro compañero, nuestro jefe. Fue el tropel más verraco. Incendios, saqueos, asesinatos, masacres. En Bogotá, el pueblo enfurecido comenzó a correr sin saber para dónde, corría y corría y el que más corría, el que corría delante de todos, fue Juan Roa Sierra, un pobre que nada tenía que ver con el asesinato del jefe, pero como era el que más corría, el pueblo creyó que era que estaba huyendo y al fin lo alcanzaron. Cada uno tiraba para un lado: uno de un brazo, otro de una pierna, otro de una oreja, así, sin saber para dónde coger, pero todo el mundo creyendo que era el que había asesinado a Gaitán; se lo repartieron, lo acabaron, lo descuartizaron. Uno se quedó con un zapato, el otro con una manga de la camisa, el otro con los calzoncillos: lo despresaron como a una gallina en un piquete. Pero él no había sido el asesino, él lo único que había hecho era correr más que los demás y por eso se creyó que estaba huyendo. Los propios asesinos fueron los que inventaron el cuento, porque ellos eran mandados por los grandes y tenían que defenderse acusando al primer güevón que se les presentara.

Cuando el gobierno se vio jodido, ¿qué hizo? Soltó los presos de las cárceles y escondió el ejército. Claro: los criminales, los rateros, los reos, cuando se vieron libres y con las calles despejadas de autoridad, se lanzaron a robar, a asesinar, y la gente los siguió y así se olvidó el ataque al palacio, se olvidó la revolución. El pueblo se dedicó fue a robar y a matar lo que pasara por junto. Ese fue el error. Una cosa muy bien calculada por el gobierno para desorganizar al pueblo que estaba decidido a vengar a Gaitán.

En La Habana no sucedió nada. Quedamos como atontados, pero después nos comenzó el miedo. Las bandas de chulavitas y de pájaros no dejaban día de por medio sin que se aparecieran por algún lado matando a cuanto liberal se les atravesaba. Los tipos eran sumamente mal encarados, muchos puros reos que se habían volado de la cárcel; no perdonaban a nadie y casi todos eran pagados para hacer las fechorías. Por eso, después de asesinar un cliente le cortaban la cabeza, le cortaban una mano, las orejas, para presentar la prueba y llevar la contabilidad del endeude del jefe que les pagaba. Se veían los costalados de cabezas encima de las bestias para que esos malparidos pudieran cobrar su jornal.

Claro: todo lo que veíamos y sabíamos nos dio miedo. Yo tenía unas vaquitas, dos mulas muy buenas y una yegua muy linda que llamaba La Cinta. La mujer tenía ya sus gallinas, sus puercos. Mejor dicho, teníamos un principio muy bueno. Pero el miedo nos cogió por las corvas y uno sabiendo que no tenía medios de defenderse… pues tocó salir. Allí me volví flojo, ya no quise enfrentar más a los godos.

III

Salimos con el mero encapulladito a refugiarnos en una hacienda que había en Palmira, Villa Lulú, de un señor Gildardo Morales. Él nos recibió y me dio trabajo. Habíamos setenta y cinco hombres trabajando y cultivando tomate: todos éramos liberales y todos andábamos de huída. La hacienda estaba al lado del cementerio y uno veía cómo llegaban las volquetadas de cadáveres, señoras, señoritas, hombres, niños, todos destrozados. Los tiraban ahí en la puerta sin piedad, como si fueran jotos. El olor a mortecino se sentía hasta en la casa de la hacienda y los chulos revoloteaban todo el día por encima del cementerio. Pero no podían bajar porque una ancianita, cucha la vicaria y flaca como un garabato, los espantaba con un palo y no los dejaba tocar los cadáveres. A la pobre mujer también la mataron para que la chulamenta arrimara, dizque porque los chulos también eran pájaros y tenían derecho a acabar lo que los otros habían comenzado.

Es que los godos eran malos, como si hubieran nacido en el propio infierno. A un conocido mío que vivía en Galicia, lo asesinaron de la

manera más cobarde. El hombrecito era el mayordomo de una hacienda que llamaba El Porvenir, de un señor Jesús Ramírez, y que quedaba a mitad de camino entre Moralia y Ceilán. Un día le avisaron que habían mandado a Ceilán unos veinte o treinta pistoleros haciéndole campaña al conservatismo; habían matado hasta el hijueputa y acabado hasta con el nido de la perra. Decían que el río Bugalagrande, donde jondearon camionados de muertos, estuvo rojo de sangre durante ocho días. Bueno: el conocido mío, que se nombraba para más veras Arcesio Arango y que era liberal, tuvo la verraquera, la osadía de atender a todo el personal que había asaltado a Ceilán, porque a la hacienda fueron a parar. Llegaron mandados por Lamparilla, por Pájaro Azul, por El Chimbilá, por Caballito, todos unos asesinos de lo peor; llegaron echando vivas a Laureano Gómez, a León María Lozano, a Cristo Rey y mueras a los rojos, a los patiamarillos. Mi hombre los saludó muy atentamente y les preguntó si tenían dónde alojarse, y ellos le contestaron que no. Ahí mismo Arcesio puso unas canoas en el solar, mandó picar caña para las bestias y los invitó a seguir a la casa de la hacienda. Mandó matar dieciocho gallinas para preparar un sancocho, les dio cerveza, aguardiente, guarapo, mejor dicho, lo que pidieran. El tipo como que tenía un plan para averiguar por la muerte de los liberales de Ceilán y por eso los atendió bien. Al rato Pájaro Azul lo llamó y le dijo: «Bueno, ¿y usted qué es?». «Yo soy fulano de tal», contestó Arcesio. «Sí, pero ¿de qué bando es?», volvió a preguntar el pájaro. «Pues mire —dijo Arcesio—, yo soy liberal, mi situación política es ser liberal». El otro dice: «Entonces usted es el único liberal que queda por aquí». «No, señor, están también los Castañedas», dice Arcesio. «Estaban —contesta Pájaro Azul—, porque no quisieron protestarse». «Yo tampoco me protesto», les respondió el otro. «Bueno, usted verá, pero primero hagámosle al sancocho».

Arcesio mandó servir la gallina, pero nadie quiso comenzar a comer hasta que Pájaro Azul, que maliciaba alguna jugada, no diera la orden. El hombre no la daba y sólo miraba a Arcesio fijamente. En esas agarró por el pescuezo a un guámbito de mi amigo, le abrió la boca y le echó el caldo, después le echó mano a otro y a otro, después a la mujer. Arcesio, cuando se vio descubierto, trató de echar a correr, pero los hombres de Pájaro Azul lo detuvieron, lo arrimaron a la olla donde

hervía el sancocho y el mismo Pájaro Azul le metió la cabeza en el caldo hirviendo en medio de las risas de los pistoleros. Arcesio pataleó un rato y al fin se quedó quieto. Pájaro Azul había creído que la sopa estaba envenenada, pero eso no era cierto. El plan que él tenía era emborracharlos después de la comida para poder huir con su familia. Pero los asesinos, como son tan malos, creen que todo el mundo es igual a ellos y en esa forma actúan.

Con el sancocho sucedió otro caso pero al contrario. Sucedió por allá en Alaska, cerca de La Habana. Un día llegó la chusma goda donde una familia de nombre Albarracín, liberales. Llegaron los policías y unos conservadores de la región. Llegaron muy quedaditos, muy bien habladitos y le preguntaron a la señora por su marido. Ella les contestó que para qué sería y ellos le dijeron que era para que les mostrara la cédula. Porque sucedía que después de la elección de Laureano los liberales, como no votamos, quedamos reseñados como liberales. Ella sabía que cuando la autoridad le pedía a un liberal la cédula era para joderlo, para matarlo o para llevárselo preso. La mujer era muy zorra y entonces les dijo que iba a mandar llamar al marido, mientras les hacía una mazamorrita. Y así fue. Ella les dijo a los guámbitos que fueran a avisarle al taita que lo estaban buscando y que se escondieran todos, que ella los alcanzaba. No sé cómo se dio mañas la señora para subir la olla de mazamorra sobre unos bultos que tenía arrumados en la cocina, y cuando encaramó la olla, llamó a los agentes y ellos que entraron y la mujer que les derrama esa mazamorra hirviendo. La mazamorra hirviendo es como un engrudo que se pega y uno no se lo puede quitar. Cuando los tipos sintieron aquel engrudo espeso e hirviendo sobre la cabeza, en la cara, salieron corriendo a tratar de quitárselo afuera. La mujer, mientras tanto, se jondió por una hendija y salió corriendo monte adentro mientras la chusma gritaba y hacía tiros a la loca. No podían ver porque la aguamasa los dejó medio ciegos y porque el dolor era muy verraco. Seguramente, la señora se pudo reunir con el marido, de eso nunca se supo, y la chusma se llevó esa vez su merecido.

IV

En Palmira me aburrí y me fui para Buga. Yo tenía unos centavitos guardados y allá puse una tiendecita donde vendíamos gaseosas, pan, chocolate, azúcar. Pendejaditas. Lo que más se vendía era una gaseosa llamada Kola Boliche, porque tenía una bolita que el gas empujaba y tapaba la botella. Valía tres centavos y uno tenía que hundir la bolita para poder tomarse la gaseosa.

Estando en Buga asesinaron a un doctor Méndez. A Buga llegaba también mucho campesino huyendo. Lo que hoy es el hospital se miraba lleno de gente que tenía que invadir ahí porque no tenía dónde guarecerse. Allá llegaban heridos, mujeres que iban a parir y que tenían que hacerlo en los corredores, niños huérfanos. En la plaza había toldos con gente durmiendo como podía y hasta en la iglesia se refugiaban. Claro que los curas cerraban la iglesia para que la gente no pudiera invadir y la dejaban afuera, al sol y al agua. Es que los curitas eran jodidos también, y como estaban de mano con los conservadores y con el gobierno, pues a ellos no les convenía ayudar a los liberales que venían de huida. Excomulgaban a todo liberal por haber hecho el 9 de Abril, y hasta llegaron a decir que matar liberales no era pecado.

La mujer, por ejemplo, me invitó un día a confesarme para poder comulgar y dar gracias a Dios por estar con vida. Yo le dije: «Pero si yo no he matado, no he robado, no he hecho nada malo, no tengo de qué arrepentirme; sólo hemos trabajado». Me dijo: «No importa, vamos a confesarnos para poder comulgar». Yo, por no disgustar, le hice caso. Llegué al confesionario; el cura me echó la bendición y me dijo: «Dime tus pecados». Yo le contesté: «Yo no tengo pecados». Dijo: «¿Usted qué es?». «Yo no vengo a confesarle políticas», le dije. Dijo: «Usted es liberal». Le contesté: «Usted lo ha dicho». Entonces gritó: «Desde este momento usted queda excomulgado».

Desde ese día no volví a confesarme y aunque soy católico, creo en Dios y en la Virgen, no creo mucho en los curitas porque los conocí. Unos son más jodidos que otros y hay algunos muy buenas personas, como un cura ecuatoriano que en la época de la Violencia le declaró la guerra a León María Lozano y terminó otra vez en el Ecuador.

Bueno, pues entonces la gente llegaba por cantidades a Buga y había un doctor Méndez que ayudaba a todo el que iba llegando. Les buscaba cupo en el hospital, los acomodaba en casas de otros liberales,

les conseguía comida y ropa. Era un hombre muy bueno, un hombre superior, un hombre que todo el mundo quería. Pero los pájaros lo odiaban. Lo asesinaron de la manera más triste: lo amarraron a un árbol y le metieron en la boca una piedra de río, de esas redondas, como de cuatro libras. Después se la empujaron con un martillo hasta que lo ahogaron. Le rompieron los dientes, la mandíbula, y lo dejaron como una Kola Boliche: completamente atascado.

De Buga nos tocó salir porque una vez llegó a la tienda un borracho a buscármela, a joder, por un lado y por otro. Joda con Laureano Gómez, joda con los cachiporros, que eran los liberales que no aceptaban voltearse, porque cachiporro quiere decir terco. Bueno: joda con una cosa y con otra hasta que a mí se me salió la berrionda y le dije: «Los godos lo que son es una manada de sinvergüenzas». El tipo se me encachorró y sacó un cuchillo que llevaba escondido. Yo le madrugué y me tocó castigarlo con la tranca de la puerta. Pero entonces el hijueputa me echó a la gente. Una noche me soltaron por debajo de la puerta una carta que traía pintado un ataúd con cuatro velas y encima de él un pájaro azul también dibujado. No fue más. Al otro día a correr, porque ¿a quién iba uno a quejarse si las autoridades eran de los mismos? Salimos para Tuluá y le dejamos la tienda a un amigo, para que vendiera lo que quedaba.

V

En Tuluá no encontré trabajo fácil. Me tocó jornalear sacando arena del río Cauca. Allá sí que me di cuenta de la violencia. Todos los días aparecían diez o quince cadáveres flotando en el río, o por ahí tirados en un playón. Traían camiones llenos de cadáveres desde Ceilán, La Marina, Riofrío, Fenicia, Indianápolis, Bugalagrande, Puerto Frazadas, en las horas de la madrugada, y los tiraban al río. A otros los traían vivos, los ponían a correr por el puente y los fusilaban por la espalda. Otras veces los encontraba uno todos garroteados. A otros les arrancaban los ojos y las güevas y los dejaban amarrados muriéndose. A veces uno metía la pala y topaba algo blandito: era un finado ya sin piel de tanta agua que le había corrido. Yo encontré más de cincuenta cadáveres en el río en el solo mes que siguió a la firma de lo que

llamaron El Batallón Suicida.

La carta firmada por El Batallón Suicida fue una denuncia pública que hicieron diez liberales de Tuluá diciendo que la violencia en el norte del Valle era amparada por el gobierno de Rojas Pinilla y acusando directamente a León María Lozano de los asesinatos. La firmaron Aristides Arrieta, Andrés y Alfonso Santacoloma, Nacho Roldán, Benjamín Martínez, Octavio Álvarez, Pedro Alvarado, Melesio Ocampo, Vicente Cruz y Gertrudes Potes. La carta fue publicada en la prensa y al otro día nadie quería salir de la casa, porque todo el mundo sabía que El Cóndor estaba supremamente emberriondado, todo el mundo tenía miedo de la venganza de la pajaramenta. Nadie iba a misa, nadie iba a cine, nadie iba a los cafés. La gente esperaba una masacre. Y los que habían firmado la carta sí que no se podían ni mover, porque habían firmado su sentencia de muerte.

Y así fue. Algunos se salvaron, pero otros fueron cayendo en orden de firma. El primero fue don Aristides Arrieta: lo mataron en la calle Carlos Maturán, frente al Café Colonial. Estaba fumándose un Pielroja y pasó un carro fantasma, que eran carros que no tenían placa, y lo asesinaron. Después le tocó el turno a don Andrés Santacoloma. Lo quemaron en su propia casa; días más tarde Pájaro Azul mató a don Alfonso Santacoloma. La gente decía que antes de salir de la casa había que ver qué película estaban dando en el teatro, porque a don Aristides lo mataron un sábado y en el Boyacá estaban presentando *Un sábado violento*; a don Andrés lo mataron un martes y en el cine estaban pasando *Un martes trágico*; a don Alfonso lo mataron un viernes y en el teatro estaban dando *Venganza sangrienta*. No sé si sería coincidencia o uno de los tantos mensajes de El Cóndor.

Después mataron a Pedro Alvarado, que era el propietario, el locutor, el portero y todo de Radio Tuluá, un liberal muy echado para adelante, un tipo que no le tenía miedo a nada y denunciaba por la emisora cuanto cadáver salía del anfiteatro. Porque al principio no había anfiteatro sino que a los muertos los arrumaban a la entrada del cementerio, pero cuando subió Rojas inauguraron el anfiteatro y Pedro Alvarado se mantenía allá, averiguando el nombre de los muertos y las causas de las muertes. Era un hombre muy simpático, deportista, tan deportista que cuando fueron a inaugurar hace unos días el estadio de

Tuluá lo iban a bautizar con su nombre, pero no dejaron, porque dígase lo que se diga aquí en Tuluá las heridas están todavía vivas. De Pedro Alvarado se cuenta que un día estaba transmitiendo por la emisora una carrera en bicicleta. El hombre se había trepado a un andamio para poder ver mejor. Unos culicagados comenzaron a moverle el andamio y Pedro transmitía la carrera pero también lo que les decía a los pelados: «¡Quiten de aquí, chinos hijueputas! Allí se acerca otro corredor con camiseta azul… ¡No jodan que me voy de culo!… En estos momentos cruza la meta el número 26… ¡Carajo, que no sean mierdas, que no puedo ver!… El ganador fue el número 26». Lo mataron en el barrio Los Limones, saliendo de la casa de la mamá.

Y así fueron cayendo, uno a uno. Claro que algunos murieron de viejos o por ahí están andando, pero a los de El Batallón Suicida no los perdonaron ni después de muertos, como sucedió con don Aristides Arrieta, de Tuluá. Después de muerto la policía rodeó el centro y no dejaba pasar. La gente decía: «Si no lo cuidaron cuando estaba vivo, ¿ahora que está muerto para qué lo cuidan?». Pero por más que lo cuidaron, El Cóndor no descansaba. El 17 de julio fue el entierro y había cantidad de gente, cuatro o cinco cuadras llenas. A la salida de la iglesia el desfile cogió por la calle 25, donde quedaba el sic, y cuando el cajón pasaba por debajo del edificio los detectives le soltaron una ráfaga. Los que llevaban el cajón y otros muchos se echaron al suelo, sacaron sus armas y comenzaron a darse bala con los detectives. Eso corría la gente, tiraban las coronas y se escondían donde podían. El más valiente fue el cura que dirigía el entierro, quien se quitó la sotana y les gritó: «Si son hombres, ¡enfréntense conmigo!». Y comenzó a subir las escaleras del edificio. Lo detuvieron, pero él fue el que evitó la masacre ese día. De modo que el entierro siguió, y cuando llegó al cementerio y estaban diciendo los discursos, otra vez la balacera. El cura volvió a enfrentárseles y la cosa quedó así. Desde ese día los entierros de liberales no pasan por enfrente del edificio donde está el SIC.

La otra matazón verraca que hubo en Tuluá fue cuando hirieron a El Cóndor. Un día lo fumigaron y lo dejaron mal herido, y ese mismo día una gallina puso un huevo en el que estaba como grabado sobre la cáscara un viva al partido liberal. El huevo salió así, pintado de la

propia gallina, y para más veras el animal era de una familia Uribe. La noticia corrió y se encontró con el atentado a León María. Nadie sabía qué hacer. Unos corrían a ver el huevo; otros a visitar a Agripina, la mujer de El Cóndor; otros iban primero a ver el huevo y después a ver a Agripina. Unos temían que ir a ver el huevo era indisponerse con El Cóndor, pero otros no aguantaban la risa y arrimaban al barrio Sajonia, donde estaba la casa de los Uribes, para reírse viendo el huevo. Aunque se les quitaba la risa cuando pensaban en la pajaramenta que iba a tomar venganza. Y fue cierto: arreciaron las muertes en Tuluá; sucedió la masacre de Carmelita, donde hubo treinta y cinco trabajadores del ingenio muertos; sucedió la matanza de El Retiro, y en el propio Tuluá cayeron más de veinte hombres.

El anfiteatro se llenó de cadáveres. Mucha gente tuvo que ayudar, ya que los muertos llovían por todas partes. A mí me tocó colaborar con el doctor Salazar Riveros en hacer las autopsias. Yo de eso no sabía nada, pero el doctor era medio vecino mío y me conocía. Llegaban muertos por camionados y los descargaban ahí en la acerca, como bultos, mientras nosotros los metíamos para adentro y allá los arrumábamos porque no se daba abasto. El anfiteatro no tenía más que dos salitas y dos mesas. Había que coger a los muertos, desvestirlos, subirlos a las mesas y después fregarlos con agua y cepillos de esos de raíz. Había que limpiarles toda esa sangre, a veces ya dura. Era como lavando un piso: écheles agua, restréguelos y así, hasta que quedaban limpios. Entonces el doctor llegaba y miraba, mientras otro escribía: «Éste presenta un orificio de entrada intercostal hecho con arma blanca; éste un orificio de salida hecho por una bala de tal calibre; este otro presenta contusiones mortales en el cráneo». Había que voltearlos, sentarlos, levantarles las piernas, las manos. Todos llegaban destrozados. Unos sin cabeza, otros sin dedos, sin orejas, sin senos las señoritas. Por aquella época se hizo muy famoso un asesino que llamaban El Silencioso. Andaba solo, no hablaba con nadie y nadie sabía de dónde era ni dónde vivía. Su vicio era matar liberales, pero no solamente matarlos sino que una vez que el cliente estaba muerto, El Silencioso castraba al hombre, se echaba las castraduras al bolsillo, chupaba un poco de sangre del finado para que éste no le hiciera nada en la otra vida y se largaba. Cuando encontraba un perro le echaba lo

que mantenía en el bolsillo y le decía: «Trágate este liberal, perro hijueputa». Era un degenerado, un hombre sumamente corrompido. Al anfiteatro también llegaba mucho tipo castrado, mucha mujer arruinada, mucho niño macheteado y violado.

Pero bueno: una vez que el médico había mirado y el otro apuntado todas las heridas de por encima, venía lo cruel. El doctor agarraba una navaja chiquita, muy afilada, y abría al tipo desde el pecho hasta arribita del ombligo. Entonces nos daba unas pinzas y uno tenía que jalar de un costillar y él del otro. Las costillas se iban despegando poco a poco hasta que salía un huesito pequeño, y el doctor agarraba los costillares desde atrás y los echaba hacia la cara del cliente, hasta que quebraran. El costillar quedaba encima de la cara y entonces comenzaba a meter las manos, a sacar lo que topara: las tripas, el hígado, el bofe, el corazón. Cada una de esas vainas las miraba a ver si tenían heridas y de qué tamaño eran. El doctor iba diciendo y el ayudante iba escribiendo lo que medio podía, porque siempre tenía las manos untadas de sangre y le quedaba muy difícil hacerlo bien. Lo más difícil era cuando el cliente presentaba heridas en la cabeza, porque en ese caso había que cortarle el cuero debajo de la quijada y después arremangárselo hacía atrás para que el médico cogiera una segueta y serruchara la cabeza por la frente. Entonces había que echarle mano a la cumbamba y jalar para abajo, mientras otro empujaba la tusta para el otro lado. Así quedaban los sesos al aire, se sacaban, se lavaban y se miraba dónde habían sido las heridas. Después tocaba volver a poner todo en su sitio y echar cal y formol en todos los huecos. Había que coger duro las tripas para que no se llenaran de aire. Y échele cal y formol. Cuando ya estaba relleno, entonces se cosía con una de esas agujas de coser costales y una piola. Luego se lavaba otra vez con una manguera y, por último, se le abría la jeta y se le echaba formol por ahí y por las narices, se le metían unos taquitos de algodón para que no devolviera lo que se le había metido y se echaba entre el ataúd. Cuando ya estaba así, entonces uno salía a la puerta del anfiteatro y llamaba: «Fulano de tal»… «Es mío», contestaban. Entonces se lo cargaban y para el hueco con el cliente.

Los que llegaban al anfiteatro eran al fin y al cabo muertos, pero los vivos que quedaban, quedaban jodidos. En el hospital, en las calles, se

veían las familias haciendo de comer por ahí, durmiendo a la intemperie y con guámbitos llorando. Cuando yo estaba trabajando en la miscelánea de Bernal y Rengifo, después de que dejé de lavar arena, arrimaba todas las semanas un señor llamado Carlos Suárez, que no tenía sino una finquita por los lados de Riofrío. Había engendrado muchos niños y la mujer lo había abandonado. Un lunes llegó y don Efraín, uno de los dueños, le dijo: «Carlos, no te puedo seguir dando al fiado porque la deuda está creciendo y vos no me abonás nada. Yo te dije la semana pasada que tenías que traerme algo para poder seguirte fiando». El señor Carlos le contestó: «Yo le traigo apenas quinientos pesos». Don Efraín le dijo: «No, eso es muy poquito; si la deuda ya va en tres mil pesos, eso no me sirve». A don Carlos se le salieron las lágrimas. Don Efraín entonces le pregunta: «¿Pero vos para qué necesitás tanta remesa todas las semanas, si no tenés trabajadores? Sos vos y tus cuatro muchachos. ¿Para qué llevás leche Klim, sardinas, galletas?». El hombre no contestó nada, pero los ojos se le seguían aguando. Al rato dijo: «Lo que pasa es que El Chimbilá me tiene amenazado de muerte si no llevo esa remesa todas las semanas. Usted sabe que es un tipo desalmado y que me mata si no le cumplo. ¡Por Dios, don Efraín, hágalo por los niños! Tengo que llevarle la remesa a ese tipo o si no hasta hoy soy». Don Efraín le dijo: «Bueno, Carlos, voy a hacer una excepción, voy a darte la mitad de la remesa y arréglate como podás con ese hijueputa». El hombre no tuvo otro remedio. Salió aburrido. Eso fue el lunes. El miércoles llegó uno de los hijos de don Carlos gritando: «¡Mataron a mi papá, mataron a mi papá y a mis hermanos!». Por cierto, Bernal y Rengifo mandaron de su cuenta la caja para él y los niños.

Era que a Tuluá la llamaban Corea. El Cóndor no descansaba. Yo no sé lo que ese hombre tenía, pero no se cansaba de matar, o mejor, de mandar matar, porque el tipo nunca se ensució las manos con nadie. Todo el mundo le obedecía y tenía a la gente amarrada. Hasta hermano contra hermano mandó matar, como en el caso de los Rojas, que eran ambos pájaros de León María. Uno se llamaba Alfredo y el otro Manolo, siendo este último el más malo y el más buen mozo. Ellos fueron los que mataron a don Jorge Sanclemente. Creo que Manolo tenía una deuda de sangre por una equivocación que había cometido

con El Cóndor y éste mandó a Alfredo a matar a su propio hermano.

El Cóndor fue también el que organizó las matanzas de Ceilán, de Betania, de La Marina y todas esas masacres horribles. De aquí salían los carros y León María los armaba con fierros que sacaba de la casa cural, que había sido la casa del padre Franco pero que en esa época era el cuartel de la policía. De allá sacaban las armas para la chusma, porque eran la policía y el ejército los que armaban la pajaramenta y eso lo sabía todo el mundo. Cuando Rojas Pinilla era el jefe de los militares en el Valle fue cuando sucedieron todas esas matanzas. Él era el cómplice, la llave de León María. Cuando Rojas Pinilla estuvo en Tuluá, León María le hizo un sancocho con treinta y cinco gallinas y el general le regaló una escuadra. El 9 de Abril León María iba a ser nombrado alcalde porque Rojas lo quería de alcalde. El Cóndor no aceptó e hizo nombrar a Gustavo Salazar, que era el títere de León María: hacía sólo lo que el otro le decía que hiciera. La policía obedecía sólo a El Cóndor, porque Rojas Pinilla así lo quería. Los del sic, que eran los más malos, los más hijueputas, trabajaban todos con León María. Los detectives y los pájaros no se distinguían. En el entierro del doctor Arrieta fue el sic el que disparó al cajón y a los otros nueve firmantes de la carta suicida, que eran los que llevaban el ataúd. Querían matarlos ahí a todos los del Batallón y era el sic, los detectives, los amigos de León María, los que habían jurado matar al doctor Arrieta tres veces: una en la calle donde lo quebraron, otra a la salida de la iglesia, que fue la del sic, y otra en el cementerio. Si no hubiera sido por el cura Correa, la matazón en ese entierro hubiera sido la hijueputa. Claro que después le tocó salir huyendo de Tuluá, cuando le hicieron unos tiros desde el Happy-Bar, que era el sitio donde se reunían los pájaros. Mejor dicho, Rojas Pinilla era el protector de León María y de toda la pajaramenta. La policía la mandaba León María y el ejército poco se metía, y si se metía era a favor de los pájaros y de los godos. Los liberales estaban jodidos. Los liberales tuvieron que enmontarse, tuvieron que coger sus escopetas y meterse al monte a pelear.

VI

Por eso, cuando Rojas Pinilla salió a la presidencia, los liberales formaron el Batallón Suicida. Ellos querían, según entiendo, denunciar el negocio que había entre las autoridades y los pájaros, entre Rojas Pinilla y El Cóndor. Las armas de los pájaros las dio el gobierno para hacer lo de Betania y Ceilán.

Lo de Betania me lo contó la hermana, la propia hermana del cura, que era un verraco. Resulta que en el año 49 fue nombrado párroco de Betania un curita hijo de un liberal muy honesto, y que monseñor Díaz, el obispo del Valle, le montó una persecución la verraca y casi no lo deja graduar de sacerdote. A todos sus compañeros dizque los mandaron para el extranjero a estudiar; en cambio, al amigo lo mandaron para Bogotá y empezaron a joderle la vida para que abandonara la sotana. Pero el tipo se aguantó y se aguantó, hasta que por fin lo tuvieron que ordenar. El cura —decía la hermana—, como era de familia liberal, estaba en contra de que el catolicismo y el conservatismo fueran una sola cosa, y más cuando él se daba cuenta de que la violencia la hacía el gobierno, que era conservador. El cura era una persona muy recta y muy honesta y por eso no convenía con ese matrimonio. Le daba asco, porque él también era víctima de esa llave. Así fue que por pura inquina lo mandaron de párroco a Betania, que era berriondamente liberal pero en la mismísima mierda, un pueblito alejado del mundo, casi por allá en las selvas del Chocó.

Bueno: entonces, para el año 49, tenemos a nuestro cliente de párroco en Betania. La guerra ya comenzaba. La cordillera era recorrida por la pajaramenta. Hacían asaltos, incendiaban, asesinaban, boleteaban. A Tuluá llegaba la gentecita con la mera familia, y los pájaros llegaban por el otro lado vendiendo la maquinita de coser, el marranito, la vaquita, el cafecito. Todo lo que le quitaban a esa gente lo vendían en Tuluá, en Buga, a la vista de las autoridades. En ese tiempo los pájaros dieron en negociar las letras de cambio en un bar que quedaba por allá en la zona. Eran letras de cambio que habían hecho firmar a los campesinos por deudas que no existían, es decir, como impuestos para que los pobres hombres pudieran seguir con vida. Estas letras de cambio se las aceptaban sólo a campesinos que se hubieran cambiado al conservatismo siendo liberales. Si el tipo aceptaba volverse godo no lo sacaban de la tierra ni lo mataban, pero

entonces le hacían firmar una letra de cambio por una deuda inventada. Los pájaros negociaban esas letras en ese bar por un precio menor para coger la moneda contante y sonante. El que le compraba no era pájaro, sino un tipo cualquiera, un negociante de tierras, un comerciante de la galería. Pero como el campesino no podía pagar la deuda, pues perdía la tierra. Todo eso se hacía en las mismas narices de la autoridad, y ella era la que hacía cumplir el compromiso de la letra y el contrato de la deuda. Era una pura combinación.

De la cordillera llegaba mucha gente ya en esos años del 49 y del 50. La pajaramenta hacía lo que le daba la hijueputa gana; mataba, boleteaba, robaba. Se tomaban los caseríos a pura bala para atemorizar a los vecinos. Los ricos no volvieron a sus haciendas, los mayordomos tenían que pagar el impuesto a los pájaros, los agregados liberales tenían que abandonar las mejoras o eran asesinados, y los pobres tenían que desalojar o también los quebraban. Los pueblos se los tomaban a lo verraco y les echaban candela a las casas de los liberales importantes. Era la godificación de la cordillera. La gente huía y muchos se fueron a refugiar a Betania, donde los liberales se habían medio organizado, e inclusive decían que un italiano había montado una fábrica de armas y pertrechos para armar a los liberales. Betania era un fuerte liberal y con ella no se habían metido por miedo o lo que fuera.

En el año 49, la familia del curita se fue a pasar vacaciones a Betania y por eso la hermana supo de primera mano lo que sucedió. La familia vivía en Cali y de allí viajó a Roldanillo, donde había que coger bestias para llegar a Betania. La jornada duraba como un día. Por la tarde llegaron al pueblo. Dizque Betania en esa época era una belleza. Estaba fundada en medio de un planito fresco, las tierras que la rodeaban eran muy fértiles y había mucha hacienda alrededor. Los hacendados vivían en el valle y los trabajadores vivían en el pueblito. Había mucho movimiento, mucho progreso, mucha plata. Hoy día uno va a ese pueblo y asustan. El inspector era un hombre que vivía como feliz, siempre sonriendo, siempre alegre. Era liberal y el cura lo apoyaba en todo porque el tipo hacía mucha obra y era muy justo. Cuenta la hermana del cura que cuando la familia llegó, ya comenzaba la zozobra: había amenazas todos los días, cartas, tal cual muerto en

las veredas, tal cual incendio de ranchos, bueno, amenazando. Pero esos liberales, que eran los que habían colonizado la región, eran muy organizados y en vez de asustarse más se organizaban. Tenían armitas y un sistema de vigilancia. En todos los caminos pusieron vigías para avisar al pueblo lo que veían.

Un día por allá de agosto tal vez, como a las seis de la mañana, los vigías comenzaron a oír tiros, gritos, voces de hombres, trotes de caballos y ahí mismo dieron la alarma al pueblo y, claro, a la primera autoridad. El cura se estaba preparando para dar la misa, se estaba limpiando las uñas, cuando le trajeron la noticia. Salió corriendo, atravesó la iglesia y cuando llegó al atrio, los pájaros ya estaban entrando al pueblo, dando vivas al partido conservador, vivas al Sagrado Corazón de Jesús, vivas a la Virgen del Carmen y mueras al cura. Regresó corriendo y obligó a la familia a tenderse en el piso, a correr las ventanas y las puertas, y volvió al atrio. Pero la curiosidad en las mujeres es suprema y por eso la hermana del cura novelió todo. Dice que los caballos en que venían los bandidos eran bellísimos pero montados en pelo. Todos traían un pañuelo azul amarrado al cuello, a la cabeza o en un brazo. A la entrada del pueblo mataron un perro, uno de los jefes lo levantó y cuando llegó frente al cura se lo tiró a los pies y le dijo: «Cuídese, curita traidor, porque puede quedar como este animalito». El cura les contestó: «¡Ustedes son unos asesinos; ustedes no son hombres, son animales; ustedes no son cristianos, son bárbaros!». Los pájaros se reían y por fin dijeron: «Agradezca que está su familia aquí con usted y nosotros sabemos respetar a las mujeres…». El cura se puso furioso y les gritaba: «¡Miserables! ¡Cobardes! ¡Hijos del diablo!». Bueno, todo lo que sabía. Los otros no le contestaron, le voltearon la grupa y se fueron despacio. Dizque en esas el bobo del pueblo se acercó a mirar a los tipos sin saber qué era lo que pasaba y los hijueputas lo enlazan por el cuello y lo arrastran por toda la plaza mientras el pobre trataba de gritar. El inspector, que era un hombre muy valeroso, salió a impedir el hecho, pero los pájaros lo desarmaron, le bajaron los pantalones, lo amarraron a un palo en mitad de la plaza y comenzaron a zurrarle con un vergajo, mientras los otros bandidos arrastraban al bobo por la plaza. Dizque no se sabía qué era más terrible: si los aullidos del bobo o los gritos del inspector.

Al curita a todas éstas lo tenían en el atrio de la iglesia encañonado, y cuando vieron que el bobo ya no se movía y que el inspector había perdido los sentidos, se largaron dando los mismos gritos que dieron a la entrada. El bobo, claro está, quedó muerto, ahorcado, con la lengua y los ojos afuera; al inspector parecía que le hubieran volteado el cuero, era una llaga.

Al otro día la familia del cura salió de Betania. Ni el cura ni la familia querían irse del pueblo, porque sabían que eran una garantía, pero los vecinos los convencieron de que ellos solos eran capaces de defenderse y que los godos no hacían más que amenazar sin ser capaces de meterse de verdad. Al fin diez hombres de a caballo llevaron a la familia hasta Roldanillo, porque ese camino estaba lleno de pájaros, estaba todo conservatizado. El cura se quedó en Betania, pero a los pocos días lo acusaron ante el obispo de liberal, de perseguir a los conservadores, y el obispo lo llamó para regañarlo. El cura salió por la mañana y por la noche El Chimbilá da la orden asaltar a Betania.

Llegaron protegidos por la oscuridad. Unos quinientos hombres, según cuentan. Rodearon el pueblo y cerraron todas las salidas. Los liberales habían hecho una especie de trinchera en la entrada, pero se habían guarecido en las casas casi todos. Primero dizque hubo una balacera la hijueputa y los pájaros terminaron por sacar a los que estaban atrincherados y en las trincheras se puestiaron más bien los godos. Como a las nueve de la noche se hizo un silencio el verraco. No se oía ni la respiración de un cristiano. El Chimbilá, que era muy conocido por allá, atraviesa la plaza con unos veinte hombres, derecho hasta la inspección de policía, rodea la casa y le grita al inspector que se rinda si no quiere que incendien el pueblo. El inspector, creyendo en la promesa, sale. Lo agarran, lo trincan contra la propia baranda de la inspección, los pájaros encienden sus linternas y alumbran al hombre. Entonces uno de los bandidos le corta el cuero de la cabeza y le deja el cráneo al aire, lo cuelgan de la puerta de la inspección y lo dejan ahí dando gritos. Era que los pájaros no convenían en que hubiera una autoridad distinta a ellos.

Mientras el inspector daba gritos, El Chimbilá ordena a sus hombres tomar posiciones y comienza el infierno. Bala de adentro para afuera,

bala de afuera para adentro. El pueblo rodeado; los liberales entre dos fuegos, y el inspector dando berridos. Eso era una ratonera. Como a las doce el inspector dejó de gritar. Entonces El Chimbilá prende una antorcha y de las lomas que rodean a Betania comienzan a salir hombres gritando con antorchas prendidas. Entran al pueblo dando bala y tirando las antorchas sobre los tejados, echando gasolina. Las casas ardiendo y la gente tirándose por puertas y ventanas mientras afuera, claro, los pájaros los recibían a plomo. Los mataban como a perros envenenados, sin misericordia. El Chimbilá, dizque borracho, brindaba con la sangre de los liberales. Dicen, pero yo sí creo.

Asesinaron mucho más de dos mil personas, porque Betania tenía por aquella época mil quinientos y durante todo el año de 1949 llegaron al pueblo familias enteras de campesinos huyendo de la guerra. De El Dovio no más, dice la hermana del cura, llegaron en julio y agosto más de cincuenta familias a refugiarse. Gente en la miseria, con un caballito, unas gallinitas, un puerquito, una mochilita de ropa. Llegaban a pedir limosna, sin saber qué hacer, ni dónde iban a templar: venían huyéndole a la muerte. Algunos alcanzaron a refugiarse en las selvas del Chocó, pero nunca se supo más de ellos.

Al otro día Betania era un cementerio. Los cadáveres de hombres, de niños y de mujeres estaban regados. Muchas mujeres violadas, y mucha gente quemada como carbón. A los tres días arrimaron las autoridades a hacer el levantamiento de los cadáveres. Dicen que tuvieron que llevar máquina para arrumar los muertos. Nunca hubo investigación. Una comisión del ejército fue hasta Betania, miró y volvió sin decir palabra. El Cóndor era el dueño de la cordillera, no quedaba ni un liberal. Todavía hay muy pocos votos liberales en esas regiones, muy pocos, y todavía hoy El Chimbilá hace campañas políticas a favor del conservatismo.

VII

Cuando subió Rojas Pinilla vinieron las desavenencias con El Cóndor. Rojas le tenía miedo. León María sabía mucho y el general quería mostrarse, vida hijueputa, como el presidente de la paz. Les dio la paz en los Llanos. Trató de que los liberales que se habían enmontado para

defender la vida, se entregaran. Pero la gente lo conocía y poco cuento le comió. En Tuluá estaba León María, que ya tenía mucho enemigo, y en Caldas no podía descuidarse. Era que cada liberal que el hombre se llevaba, era una venganza que se le venía encima y que lo amenazaba día y noche. El Cóndor lo sabía y entonces daba la orden de quemar a esos nuevos enemigos, y cuando éstos eran asesinados, otros juraban venganza y así. Claro que por el otro lado también ganaba respaldo de los conservadores, porque los enemigos de El Cóndor, como no podían vengarse con él, entonces mataban al conservador que le tenían cargadilla y los amigos del conservador asesinado era nuevos apoyos de El Cóndor. Y así era la vaina. León María no podía estarse quieto, tenía que seguir con sus andanzas y sus asesinatos porque él estaba amenazado y el conservatismo también. Por eso era un tipo tan estimado y acatado dentro del partido.

Rojas Pinilla lo llamó y le dijo: «Hombre, León María, usted que ha sido tan fiel y tan leal, ¿por qué no me deja eso tranquilo? Yo necesito la paz para poder hacer mi presidencia». El Cóndor, que era un zorro y que tenía una voz tan ronca que parecía hablar con el estómago, le respondió: «Mi general, si eso es lo que yo estoy tratando de hacer desde que comencé mi ideal: tranquilizar esa región. Estamos en pleno acuerdo usted y yo». «Sí —dijo Rojas—, pero mientras usted ande por allá, yo no puedo dormir en paz, pensando que lo van a matar, porque no se sabe… Yo lo nombro cónsul en el Ecuador y así todo estará como yo quiero que esté». «General —responde León María—, de una parte yo soy colombiano, estoy muy viejo y quiero morirme por acá; de otra, Agripina no me acompaña por allá tan lejos, y yo soy como parte de ella. No, general, yo no busco honores, ni fama; yo he defendido un ideal y quiero morir como he vivido». «Bueno —le dice Rojas—, entonces yo le pongo una casa en la costa, donde usted quiera, y se me está por allá un tiempito descansando de tanto agite». «No, señor presidente, la costa no me gusta; está muy lejos de mi gente y ella me necesita». Bueno, sea como sea, Rojas lo convence de que se vaya para Bucaramanga mientras pasa el problema en Tuluá.

El Cóndor sale para Bucaramanga de la manera más triste: con Agripina, su hija y su perro. No tenía ni un solo centavo. Era un hombre pobre. Él se había ganado o le habían hecho ganar una lotería

y con esa platica compró dos casas; una se la regaló al directorio conservador y otra la dejó para él. No se benefició con la violencia, ni hizo un puto centavo con ella. Siendo el jefe, no se robó un peso. Fueron otros los que hicieron capital, pero él no.

Cuando se supo que León María se tenía que ir de Tuluá, todo el mundo se cagó del miedo, todo el mundo esperaba una matanza como despedida y una manifestación pública de protesta organizada por el conservatismo para no dejarlo salir. La consigna era que el día que León María se fuera, después del adiós, no quedaba un solo liberal en Tuluá. Rojas se pilló la vaina, militarizó el pueblo, prohibió las manifestaciones y mandó requisar todo el día. Pero los pájaros fueron muy jodidos. No sé cómo harían, pero los asesinatos arreciaron. Todos los días aparecían muertos en las calles de Tuluá: los cinco, los diez cadáveres de liberales, de patiamarillos o de clientes que debían algo a la pajaramenta. A León María lo sacaron una noche en secreto. Cuando amaneció, la pajaramenta se dio cuenta de que lo habían hecho volar y se enfureció. Esa noche hubo treinta muertos, pero León María llegó a Bucaramanga. Los pájaros poco a poco se fueron esparciendo y Gustavo Salazar García se volvió el jefe del conservatismo en todo el norte del Valle.

En Bucaramanga, León María duró poco tiempo. Al hombre le dio como una melancolía hallarse tan solo, hallarse a la deriva, sin amigos, y pensó en irse acercando a Tuluá. Viajó a Pereira. Allí trató de volver a organizar su gente, su gobierno, pero no pudo. Unos lo habían traicionado, a otros los había mandado matar Rojas Pinilla, otros se habían perdido. Sólo le quedaba la fama y la adoración de los conservadores que él había defendido. Dizque el tiempo que vivió en Pereira fue de zozobra para él. La pelota que tenía en el pulmón y que le había nacido por causa de un balazo, se le infló y no lo dejaba respirar; la voz era cada vez más ronca y sólo Agripina lograba medio entender lo que decía. El aguardiente lo mantenía medio dormido todo el día, y lo peor, él sabia que alguien lo iba a matar en cualquier momento sin darle tiempo de nada. Por eso asistía a misa y se confesaba todos los días, porque sabía que no le iban a dejar lugar ni para los santos óleos. Él, claro está, había ido a misa de seis donde los salesianos toda la vida, pero en Pereira se confesaba también a diario.

Era que a León María lo tenían que asesinar y él lo sabía. Tenía mucho enemigo. Debía muchos muertos, aunque él no los asesinara con sus propias manos. Y para ajustar, le tenía pisada la cuerda a Rojas y para Rojas eso no era aceptable siendo presidente.

Sobre su muerte hay muchos cuentos. Unos dicen que lo envenenaron. Otros que lo mató un tipo de Barragán por una deuda, otros que una mujer lo traicionó, porque El Cóndor era afamado entre las mujeres de ser muy bueno y siempre tenía una mocita que visitaba. Dicen que a Agripina no la tocaba, sólo le obedecía. Otro cuento fue que lo mató un zapatero, Marcelino, que era liberal y al que los pájaros le habían matado un hijo. El cuento que yo sé me lo contó un compadre de León María, un tipo muy allegado a él; eran llaves porque ambos tenían puesto en la galería y después eran muy amigos y Agripina le contó cómo había sido él asesinado. El compadre de León María, don Silvino, me lo contó el día que sacaron los restos del cementerio de Pereira y los trajeron a Tuluá. Porque a él no lo dejaron volver ni de muerto a su pueblo. Había un gobernador militar en el Valle, un tal general Lombana, y él dio la orden de que a León María lo enterraran en Pereira y en secreto. En Tuluá le habían mandado construir un mausoleo que parecía una iglesia grande, con cruces y con ángeles. Pero no lo dejaron regresar a Tuluá temiendo una matanza. Alguien descubrió dónde lo había enterrado el ejército y entonces, cinco años después, cuando había que sacar los restos, los mandamases del conservatismo se dieron mañas para que el gobierno autorizara el traslado de sus huesos a Tuluá. Cuando abrieron el cajón, dizque la gente que había ido a traerlo se echó para atrás: El Cóndor estaba disecado, los tendones le salían como cables estirados, pero la piel enteritica. El ceño lo tenía fruncido como en vida, y la arruga de la frente estaba todavía igual. Los ojos los tenía cerrados y no le quedaron cuencas así como de calavera. Estaba como una momia, parecía que le hubieran echado la tierra por dentro de la piel. Él quedó perfecto, tal cual estaba el día que lo mataron y que don Silvino me contó aquí así: el día antes había estado almorzando en su casa con unos señores conservadores, amigos de él, notables del Valle, tan notables que tenían guardaespaldas. El día del asesinato, León María salió como siempre a misa, acompañado solamente por su perro, que

llamaba Titi. Ese día León María se devolvió a la cuadra con Titi alzado y le dijo a Violeta: «Hoy no llevo a Titi; téngalo aquí, mija». «Pero papá, ¿por qué no va con Titi?» —le preguntó Violeta—, y él contestó: «No, hoy no quiero llevar el perro». Dizque Violeta se quedó muy preocupada, como pensando algo malo. Era muy raro que León María, que siempre salía con Titi, se devolviera a dejarlo en la casa. Cuando León María caminó a tomarse el aguardiente en la tienda, como todos los días, no notó nada raro. Estaban sí tres de los guardaespaldas que habían acompañado a sus amigos conservadores el día anterior. Por eso León María entró, porque los conocía. Si no los hubiera conocido, no habría entrado solo a una tienda donde había tres desconocidos. Entró, saludó, se tomó su aguardiente, se despidió de los tipos y cuando iba a salir de la tienda, por la espalda, lo acribillaron.

Cuando Violeta oyó los tiros dijo: «Mamá, mataron a mi papá», y salió corriendo con Titi, que no se había quitado de la puerta de la casa esperando a su patrón. El primero que llegó fue Titi y cuando Violeta llegó ya el perro estaba aullando a los pies de El Cóndor, que se desangraba e iba quedando azul.

Efraín Barón

Para mí tengo que la violencia nunca estalló así como estalla un taco de dinamita en un barranco. La violencia fue cayendo despacito, fue haciendo nudos, fue amarrando a la gente sin que se diera cuenta. Comenzó a caer por la noche y cuando despertamos estaba metida en medio de nosotros, manejando las cuerdas. El único que supo qué era lo que había llegado fue mi padre. Era conservador, había nacido en Abejorral, es decir, era un antioqueño puro. Desde joven trabajaba con unos patrones en Samaria; comenzó como recolector de café y poco a poco se fue haciendo a la confianza de los dueños, hasta que se volvió concertado. Entonces le dieron una casa grande de paja, porque en esa época no se usaba el material. Una noche estábamos durmiendo cuando mi mamá despertó a gritos: nos habían echado candela. Si no hubiera sido por ella nos quemamos. Los más grandecitos sacamos a los de brazos para el patio y los viejos sacaron los pocos corotos. Así estuvimos mirando quemar el rancho y temblando de miedo hasta que aclaró. En eso no entendía mucho de política porque tenía 16 años. Era el año 47 y a mi padre lo querían sacar de la finca por envidia, porque él no contrataba sino trabajadores conservadores. ¿Pero él qué podía hacer si era la orden del patrón? Esa noche yo me enverraqué y le dije al viejo:

—Pongamos la denuncia. Vamos a poner en conocimiento de las autoridades lo que han hecho.

—Sí —dijo mi mamá—. Eso fue el Venancio. Si nos quedamos manicruzados, esos sinvergüenzas siguen haciendo daños.

—¿O es que no hay autoridades para castigar a los liberales? —preguntó Julio, mi hermano mayor—. Yo lo que es no dejo esto así.

Mi padre no chistaba nada, apenas nos miraba.

—Si usted no hace algo, lo hacemos nosotros —dije yo.

—¿Acaso es que los conservadores no somos gobierno? No, esto no

se puede así —dijo Julio.

El viejo se levantó y dijo: «Recojan los corotos y nos vamos para donde Aníbal», otro concertado, «y después nos echamos para Génova. Yo les doy un consejo: en esos bochinches la única manera de conservar la vida es no meterse en nada, no ver nada, no oír nada. Callarse todo. Lo que se viene es cosa jodida y si ustedes quieren vivir, esa es la consigna».

Nos emberriondamos, pero de nada valió. El viejo arregló las cosas en una bestia y salió para Génova. Julio no quiso seguirlo y se apartó. Yo quedaba de mayor y me dio sentimiento no acompañar al par de ancianos. Mi hermano fue a parar a la policía, se presentó, contó lo que le habían hecho y ahí mismo le dieron el uniforme. Después supimos que lo habían matado en El Cebollal cuando hacía una comisión. Lo pajariaron por la espalda.

En Génova nos pusimos con el viejo de arrieros. En eso no había carretera y todo se llevaba en mulas. Eran manadas de mulas. Las diez, las doce, las veinticuatro mulas. De Génova salíamos a un punto llamado El Cedral y de allí nos metíamos por el Alto de Guacas a caer sobre Pijao. De Pijao bajábamos por una brecha a coger el río Verde y por ahí hasta Armenia. Se gastaban ocho días en la jornada. Los caminos eran puros barrizales, las mulas se caían entre el barro y quedaban atascadas. Tocaba descargar y meterles un palo por el culo para que se pudieran parar. Bregábamos mucho, pero por lo menos no había bochinche, uno podía andar por esas trochas de noche y no pasaba nada. Nadie lo asustaba, ni se oía decir que tal y tal cosa. Esa cordillera era sana.

Pero entonces, un domingo que salí al pueblo, a un lado del puente vi que aparecía un humito. A mí se me hizo como raro. Era un humito azul y no se veía candela. Bajé por un lado, me acerqué, aparté un matorral que había ¿y con qué me encuentro? Con que el humito salía de don José, otro arriero que como nosotros venía huyendo de la violencia, aunque era liberal. Lo habían medio matado a machete y le habían prendido candela a la ropa. Cuando me arrimé todavía se movía, pero ya era finado. Yo me asusté, pero me acordé de mi papá y no vi nada.

Me devolví para la casa. No le conté al viejo. Le dije que me iba a

trabajar fuera porque quería hacer un negocio. Estuvo de acuerdo y entonces me hice al camino ese mismo día. Salí para Armenia, pero allá no pude conseguir trabajo. Alguien me dijo que por los lados de Cartago estaban recibiendo jornaleros y para allá me orienté. A los pocos días fue el 9 de Abril.

Serían como las tres de la tarde cuando alguien gritó en la plaza: «¡Mataron a Gaitán!» Ahí mismo la gente se reunió. Unos gritaban: «¡Viva Gaitán!»; otros: «¡Mueran los godos!». La gente se fue organizando en manifestación, las noticias no paraban. Que la revolución había estallado en Bogotá, que habían matado al presidente, que Darío Echandía se había tomado el poder, que en Cali los liberales habían declarado la guerra. Bueno, ¿qué era lo que no se oía? La manifestación organizada en Cartago por los liberales daba vueltas a la plaza, gritando, siempre gritando y tomando trago. La policía, al ver ese gentío, no se atrevía a hacer nada. Yo miraba desde una esquina. La gente se ponía cada vez más berrionda. De un momento a otro, yo no sé cómo sería, unos muchachos agarraron a piedra el almacén de un señor Jesús Ramírez Montes, que era un notable del conservatismo. Una vez que rompieron los vidrios la gente se metió al almacén. Como los comercios se habían cerrado y la gente quería más trago, creo que fue por eso que iniciaron el saqueo. Se metieron por entre las ventanas y tiraron toda la mercancía a la calle; la gente se apiñó a repartirse lo que los otros iban botando: whisky, cigarrillos americanos, aguardiente, galletas, panelas, vinos. Al principio eran meras cosas de comer, pero después comenzaron a jondiar machetes, martillos, peinillas, varillas y gasolina. Eso fue la locura. Después del almacén de don Jesús siguieron otros almacenes, después la casa de gobierno, después la iglesia. A esa gente no la detenía ya nada. Como a las diez de las noche llegó el ejército, hizo unos disparos. Hubo algunos muertos y varios heridos, pero la manifestación se acabó. Cada cual agarró para su casa y el toque de queda se hizo efectivo.

Al poco tiempo don Jesús fue nombrado alcalde de Cartago. ¡Qué barbaridad! Un tipo que habían dejado en la ruina; un hombre que era rico pero que no tenía nada más que el almacén, verse de la noche a la mañana sin un centavo, debiendo plata. Un hombre que odiaba por

tanto a los liberales, que los odiaba a muerte, ¿y lo nombran alcalde? Pues claro, comenzó la venganza.

Al principio comenzó a coger presos a los liberales, para encontrar a los culpables de lo del 9 de Abril. Los metían a la cárcel, los zurraban, los interrogaban y los soltaban. Después, desde un puente llamado Ana Caro, se veían los cadáveres amarrados flotando: los tiraban desde el puente. Si ese puente pudiera, ¿cuántas cosas no contaría? Eran cinco, seis, diez cadáveres que recogían todos los días. Por último se comenzaron a ver llegar al anfiteatro camiones llenos de muertos. Una vez vi llegar trece cadáveres de unas familias liberales que habían asesinado en la vereda La María. Fue la primera vez que yo vi la violencia: a unos les habían hecho el corte de corbata; yo no sé cómo diablos les sacaban la lengua, que quedaba como una corbata; a otros les habían hecho el corte de franela, y la cabeza les quedaba colgando; una muchacha, bonita ella, venía desnuda con un seno en la boca; otra con el miembro del papá también entre la boca. No era la muerte lo que a uno le daba miedo, sino el hecho de que se le hubiera perdido el respeto. ¿Cómo se puede aceptar tanto crimen, tanta maldad? Yo era y soy conservador y de eso me sentía orgulloso y seguro, pero yo no me avenía con esa manera de matar. Es cierto que los liberales mataban a los conservadores y éstos se tenían que defender, pero destrozarlos así, con tanto irrespeto, me parecía un crimen.

Y eso no fue una vez, ni dos, ni tres; fueron muchas veces. En toda parte oía uno los cuentos: llegaban, cogían al jefe de la casa, lo amarraban a un poste, cogían a la señora y a las hijas, las violaban delante de él y después mataban a todo el mundo.

Otro día bajaron de otra vereda como veintitrés muertos. Todos destrozados. Tan horrible que el mismo cura de Cartago, con todo y ser conservador, pidió a las autoridades que no los enterraran tan pronto sino que los expusieran a la luz pública para que toda la ciudadanía se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, para que viera cómo se estaba acribillando a la gente. Entonces los sacaron del anfiteatro y los pusieron en fila ahí en la acera. Todo el mundo fue a verlos: mutilados, degollados, ahorcados, con la lengua afuera. A uno le habían sacado el corazón y se veía el mero hueco, a muchos hombres les habían arrancado el miembro, pero arrancado, no

cortado. A unas mujeres les habían sacado la vagina. A un señor muy rico de la región lo habían picado y lo habían dejado en puros pedacitos dentro de un costal. Eso lo vi yo aquella tarde. Yo no sé si estos muertos eran liberales o conservadores, porque eso no se sabía quién era quién, pero producía ganas de gritar el ver esos cadáveres. No se conformaban con matarlos, sino que después de muertos los volvían a matar. Alguien me dijo que los destrozaban así para matarlos dos veces, dizque para matar la muerte.

II

Total: la cosa se puso muy fea en Cartago y me acordé de un tío, un hermano de mi papá, que era un hombre acomodado que vivía en Ansermanuevo. Allá me le aparecí un día. Diógenes, mi tío, era también conservador. Tenía capitalito e influencias y me hizo nombrar albañil de la alcaldía. Yo trabajaba en lo que me mandaban sin meterme con nadie. En esas fue pintar la casa municipal. Ahí me tocó ver cosas jodidas también.

Un día estaba yo rebozando por fuera una de las paredes de la cárcel, un lado que no se veía desde la entrada de la casa municipal ni desde la entrada del calabozo. Estaba yo éche y éche rebozo para después pintar. En la cárcel había un poco de detenidos, entre ellos el cabecilla de una banda liberal, un tal Francisco Arango, llamado Temblor. De golpe llegaron un alférez de la policía y varios agentes, abrieron la puerta del calabozo y al ratico oí cuatro o cinco detonaciones. Yo de curioso me arrimé por la puerta y vi a Temblor arrodillado contra la reja, ya muerto, todo perforado por los disparos, y al alférez que les estaba diciendo a los agentes estas palabras, que yo mismo oí con mis oídos: «Bueno, si algo sucede, ustedes digan que el tipo me atacó y que yo tuve que proceder». Los agentes le contestaron: «Como ordene, mi alférez». Después reunió a los presos y les dijo: «Si alguno de ustedes abre la boca, acompaña a Temblor». Los tipos dijeron que sí, que perdiera cuidado, pero un día uno de ellos me contó que el finado se le había arrodillado al alférez pidiendo misericordia y que el hombre le dijo: «Esto es una orden». Al rato llegó el juez promiscuo al levantamiento del cadáver y el Temblor estaba en

medio de la guardia con un cuchillo en la mano. A mí me hicieron declarar y yo dije que no había visto nada. El alférez me felicitó y a los ocho días el alcalde me llamó y me dijo: «Hombre, Efraín. Usted es cliente muy fiel, alguien lo recompensaría por eso. Por ahora usted seguirá ganando como hasta ahora, pero usted va a prestar sus servicios al directorio conservador».

Y así fue. Del directorio me llamaron. Se acercaban las elecciones del año 50 y en la casa del directorio había una oficina que recibía las declaraciones de los liberales que se volvían conservadores. Eran los recalzados que llamaban, o los voltiados, los que se cambian de partido. A algunos liberales buenas personas, que se les hubiera comprobado buena fe y buena conducta, que fueran honrados y trabajadores, el partido conservador les daba oportunidad de renunciar a las ideas liberales y de meterse en el conservatismo. A mí eso no me parecía malo porque al fin y al cabo uno era liberal o conservador sin saber por qué, uno sólo sabía que su padre era tal o tal cosa y uno cogía esa corriente. Ahora, con el recalce, el tipo escogía lo que más le convenía a conciencia, porque lo que más le convenía era mantener la vida. Por eso yo estaba de acuerdo con el recalce.

El recalce era aquí así: el cliente llegaba a la oficina y decía: «Yo quiero ser conservador». Entonces un escribiente le tomaba una declaración que decía: «Yo, fulano de tal, renuncio a las filas del partido liberal para pertenecer a las filas del partido conservador y convengo en votar por los candidatos de ese partido, gloria de Cristo y de la Patria». El tipo firmaba delante de dos testigos, uno de los cuales era yo, que también firmaba la declaración. Por esa oficina pasaron muchos, pero muchos. Entraban asustados y salían como si los hubieran castrado, pero al fin y al cabo salían con vida y lo más importante: podían seguirla conservando. Se habían vuelto conservadores.

En vísperas de las elecciones nos reunieron a los que habíamos servido como testigos del recalce y nos entregaron unos revólveres nuevecitos, lindos, con varias cargas, las cédulas de los recalzados a los que habíamos atestiguado, unas boletas para que los clientes almorzaran o desayunaran en un restaurante y un papel que servía como salvoconducto para llevar el revólver. El día de las elecciones

mis recalzados iban llegando. Los reuní a todos y nos fuimos a votar. Les hice hacer fila y cuando iban llegando a la mesa, les daba la papeleta con que debían votar y la cédula. Ellos votaban y después yo les daba la boleta para que fueran a comer. Y así fue. Por ahí a las cuatro de la tarde ya habían votado todos mis clientes. Sólo hubo un caso de un tipo recalzado que me llamó aparte y me dijo: «Yo no quiero votar por la lista que usted me va a dar, yo prefiero votar en blanco». Yo le dije: «Bueno, si usted me jura no decir nada, vote por quien quiera». A mí no me parecía bien eso de obligar a votar contra la voluntad. Si aceptaban el voto que yo les daba, pues bueno, aceptaban votar libremente; pero si no aceptaban la papeleta, pues yo no los iba a obligar, con tal de que no me chivatiaran… Inclusive al hombre que me protestó el voto yo le di la papeleta para almorzar, porque no se me hacía justo negársela.

Pero el tipo me chivatió, seguramente era el anzuelo, y yo caí como un pendejo por confiado. Al otro día me mandaron pedir el revólver que me habían regalado y comencé a notar cosas raras. Resulta que cuando el alcalde me felicitó, me presentó también a todos los mandamases del conservatismo y les dijo: «A este muchacho tienen que protegerlo; es muy valiente y muy fiel, y va a trabajar con ustedes». Desde ese día esos señores me saludaban muy atentos, me conversaban y me invitaban a una o dos cervecitas, y así era siempre. Pero desde aquellas elecciones me dejaron de saludar y eso me hizo pensar que aquél me había aventado y que lo mejor que podía hacer era volarme cuanto antes. Así lo hice.

III

Me fui a trabajar al campo, a jornalear en fincas, cogiendo café, desyerbando, tumbando monte, cuidando ganado, lo que fuera. Así, de finca en finca, un día aquí, otro día allí. En esas duré como un año, hasta que un día, estando en Puerto Rico en una finca de un señor José Pinzón, cogiendo café, llegaron dos tipos a trabajar. Venían de Sevilla, mal encarados, eso sí, y según decían, liberales. Una mañana que estábamos desayunando preguntaron: «¿Cuáles de ustedes son fulano y fulano?». Los que eran se pusieron pálidos y hasta se les derramó el

caldo que se estaban jartando. No dijeron nada sino que echaron a correr. Los hombres se pararon con calma, apuntaron y dispararon. Uno de los muchachos quedó enredado en una cerca, el otro ni siquiera alcanzó a llegar.

Se acercaron, los remataron y se volvieron en silencio a donde nosotros estábamos. Nos dijeron: «Eran dos recalzados, dos traidores que merecían morir así. Y queremos decirles a ustedes también que a los pájaros les sucederá lo mismo y a los godos igual, si no salen de la región».

Fue entonces cuando me dije: «No, esto es imposible, me voy para la ciudad a trabajar. Allá por lo menos hay paz, ¿pero cómo hacerlo sin libreta militar? Lo mejor es presentarme al cuartel para conseguir la libreta. Tengo veinte años y me aceptarán. Dicho y hecho: me presenté a la alcaldía de Sevilla.

Un sargento me recibió y me dijo:

—¿De dónde es usted?

—De Caicedonia —le respondí.

No dije que Samaria porque esa región era de mayoría liberal y no me aceptaban. En el ejército no aceptaban ni costeños, porque eran muy flojos y salían corriendo, ni gente nacida en zonas liberales, porque se unían a las guerrillas. En el cuartel, cuando nos entrenaban, nos contaban la historia del capitán Silva en los Llanos Orientales, que se había levantado con toda la guarnición y se había unido a la chusma del tal Velásquez, un liberal que comenzó la violencia en el Meta.

—¿Cuántos años tiene? —me siguió preguntando el sargento.

—Veinte cumplidos.

—¿Tiene fe de bautismo?

—Sí, mi sargento, aquí está.

La miró y me dijo:

—Pero usted aparece como nacido en Samaria.

—Sí, pero fui criado en Caicedonia y en mi familia todos somos conservadores —respondí.

Me miró de arriba a abajo, me dio un papel con un sello y me mandó para la guarnición del ejército. Allí había gente de muchas partes. Al otro día nos metieron en un tren lleno de reclutas y que

siguió recogiendo por todo el camino, y a los ocho días llegamos a Ipiales, al Batallón Cabal, donde nos reunieron en la plaza de armas. El capitán Salcedo, que era el que nos recibía, nos echó un discurso sobre la patria, sobre el deber que teníamos todos los colombianos de servirle con abnegación y desinterés, porque la patria era la madre de todos los ciudadanos. El discurso fue larguísimo y al final dijo: «Efraín Barón, ¡un paso al frente!». Yo me quedé tieso; no sabía de qué se trataba; no había hecho nada malo, acababa de llegar y en el tren hice todo lo que me habían ordenado. Al fin, como pude, di el paso al frente y entonces el capitán dice: «Quiero presentarles a este muchacho ejemplar, que no dudó en ponerse a órdenes de las autoridades cuando la patria lo llamó a servirla. ¿Por qué? Porque él ama a su patria como a su madre, como a la vida misma. A él no tuvimos que ir al monte para traerlo. ¿Qué dirían ustedes de un hijo que cuando la madre se está muriendo el padre tenga que llevarlo obligado a la casa para ayudarle a cuidar a la enferma? ¿Ese es un buen hijo? En cambio Efraín vino solo, vino como voluntario, golpeó en las puertas del cuartel y dijo: “Estoy dispuesto a sacrificar mi vida si fuera necesario para defender a mi patria del comunismo, del ateísmo, de la revolución y del bandolerismo, que son los verdaderos azotes que castigan a Colombia por el solo delito de ser fiel a la religión católica, a Dios y a la paz”». Y entonces me pregunta: «¿Sí o no, Efraín?». «Si, mi capitán», respondí.

A mí no se me olvida ese discurso. Lo tengo grabado en la cabeza como si me lo hubieran escrito adentro, porque la felicitación de mi capitán me devolvió la vida. Además, ese discurso sobre la patria y la madre nos lo repetían todos los días, hasta que nos lo aprendimos de memoria.

Después nos dieron el uniforme, nos pelaron y nos purgaron. Comenzó el entrenamiento. Tres meses obedeciendo, aguantando malos tratos, hambre, aprendiendo a limpiar el fusil, aprendiendo a disparar y repitiendo el discurso del capitán Salcedo. A los tres meses nos formaron y dijo mi coronel: «¡Un paso al frente los que quieran ir a combatir a los Llanos Orientales!». Yo di el paso al frente sin saber por qué. De los mil reclutas, 750 se ofrecieron como voluntarios. Al ejército no le convenía llevar al Llano sino puros voluntarios, o gente

fiel al gobierno, porque según supimos después, muchos se unían a la chusma liberal. Aljure, por ejemplo, que siendo cabo se unió a los revolucionarios.

A los voluntarios nos ordenaron entregar la dotación y por la noche salimos en buses. A la madrugada llegamos a Popayán, comimos y como a las nueve de la mañana salimos para Cali. Llegamos al Batallón Pichincha, donde nos reunieron y nos dijeron: «Ustedes van en comisión, van a combatir a la chusma liberal. Estén muy alerta, no anden desprevenidos». Nunca nos hablaban nada de política, lo único era lo de la chusma liberal. No me consta que mis superiores me hayan dicho esto y aquello, pero sí bregaron a sacar el contingente que iba para los Llanos todo conservador, adicto al gobierno, porque de lo contrario era un peligro. Además, la situación estaba jodida en los Llanos. Un día Guadalupe Salcedo mató en una sola emboscada a 97 soldados y en cambio mi coronel Castillo, en cuatro años de guerra, apenas le bajó a Guadalupe 137 hombres. Eso no era nada. La chusma iba ganando la partida. Comisión del Batallón Vargas que salía, era comisión que tostaban, por mejor comandada que fuera. Y eso lo sabíamos nosotros a pesar de que no nos dejaban hablar con los veteranos.

Cuando llegamos a Bogotá, nos repartieron en la escuela de caballería, en la de infantería, en la de armas blindadas. A mí me tocó en la caballería. Recuerdo que una noche hablábamos con un paisano de una mujer que había muerto en Samaria, que era conocida de ambos. Un teniente nos oyó, se acercó y nos dijo: «¿Finada, güevones? Finada es la que les va a tocar a ustedes con sólo enfrentarse con Guadalupe. Voluntarios imbéciles». Claro, el teniente acababa de regresar de los Llanos.

A los tres días nos desmontamos en el Batallón de Infantería Veintiuno de Villavicencio. Esperamos ocho días el avión que nos iba a llevar a los grupos Maza en Arauca y Páez en Yopal. Aquí me tocó a mí. Nos recibió un teniente coronel Luis Alejandro Castillo, un viejo muy rígido y nos dijo: «Buenas tardes, muchachos, han venido al grupo Páez pero mucho ojo, que por aquí las cosas son muy difíciles. ¿Ven ese avión destruido que está detrás de ustedes? Pues ese lo tumbó Guadalupe, el bandolero más criminal que ha dado el Llano.

Aquí han muerto varios oficiales, muchos suboficiales y cientos de soldados. Sus muertes hay que vengarlas. Aquí ustedes no pueden venir a dormir porque los pelan». En el puesto nos tuvieron como dos meses en puro entrenamiento, porque el Llano es muy diferente al resto del país: nos enseñaron a conocer el terreno, a guiarnos en el plano, a hacer emboscadas como la chusma, a investigar la población civil para saber quién era el chusmero y quién no, a tratar a los llaneros para hacerles dar miedo y que nos ayudaran a nosotros los del ejército y no a los bandoleros. Porque ese era el problema más jodido: esa gente estaba toda con Guadalupe y además conocían el terreno. En cambio, uno tenía que andar con vaquiano, que a veces resultaba un auxiliar del enemigo, y para ajustar ellos sabían quién era del ejército pero nosotros no podíamos distinguir quién era de la chusma. Mi coronel decidió meter varias comisiones de civil, vestidos como ellos. Nosotros fuimos de los primeros que recibimos entrenamiento para actuar como civiles, como contraguerrilla, haciendo lo mismo que ellos. Pero de nada valió. Los chusmeros estaban muy bien organizados, siempre sabían dónde y cuáles eran las comisiones, se habían repartido el terreno y si encontraban una patrulla, así fuera de civil, sabían que era del ejército y ahí mismo, sin preguntar nada, nos encendían a candela. Pero si la cosa no valía con la chusma, sí valía con los civiles, porque lográbamos engañarlos y conseguir información de dónde estaban los levantados, cuántos eran, cómo se llegaba, dónde operaban. Además, si estas comisiones necesitaban ya fuera una res, un poco de plátano, etc., la gente lo daba con gusto, y cuando no lo daba, nosotros se lo quitábamos a la fuerza y los que salían como culpables eran los chusmeros. También podíamos saber quiénes eran los auxiliadores de ellos y, claro, los castigábamos para dar ejemplo. Pero ni con éstas los bandoleros se dejaban: todo lo más que lográbamos era castigar a los civiles, mientras la chusma nos castigaba a nosotros.

De Yopal salí para un puesto que había en un punto llamado Mundo Nuevo, y después para otro cerca de Maní. Allí fue donde comenzamos a operar como comisiones de civil. Vivíamos como la chusma: ande para arriba y para abajo por los lados del río Cusiana. Todo el día entre el monte. Los primeros días nos dio miedo porque no habíamos

llegado a combatir. El bautizo de fuego nos llegó un día que le tendimos una emboscada a una cuadrilla. Nos puestiamos en una mata de monte donde sabíamos que ellos iban a arrimar para pasar la noche. Nos parapetamos bien, en el suelo, en los árboles, en los matorrales y cuando llegaron ellos, que eran como veinte, abrimos fuego.

La primera vez da miedo. Oír ese ruidajo, saber que cada bala lo puede a uno coronar, eso da miedo. Pero sobre todo, me dio miedo fue la tierra que echan las balas cuando caen junto a uno, sentir la tierrita por un lado y por el otro y pensar que uno está en el medio… eso sí me jodía. A veces no podía disparar por andar mirando la tierra que sacaban los tiros. Pero después uno pierde el miedo, le coge confianza al arma, a sus compañeros y a sus superiores. Después viene algo distinto al miedo, que es la rabia. Mejor dicho, el miedo se le va convirtiendo en rabia, porque uno sabe que todo ese sufrimiento, todo ese peligro, toda esa hambre, todo ese cansancio, todas esas humillaciones que uno conoce en la guerra son debidas a ellos, al enemigo. Porque si no existiera el enemigo, uno podía servir a la patria sin joderse tanto, sin exponer la vida. Uno llegaba a las tres o cuatro de la mañana todo lavado, después de haberse levantado a las cinco, y antes de poderse echar a dormir tenía que atender las bestias, lavarlas y darles de comer. Era que uno se decía que por culpa de la chusma hasta los animales se vuelven superiores a uno.

En el Cusiana duramos dos meses casi seguidos. Sólo salimos a Yopal ocho días a descansar y a reponernos. El resto del tiempo fue dando vueltas, tratando de agarrarlos. Castigando a los civiles. Tuvimos éxito tres veces y logramos dar de baja a unos cinco bandoleros. Ellos nos mataron también cinco. Total, en tablas. Gracias a Dios estoy vivo. De Maní salimos otra vez para el puesto de Yopal, allí sí como soldados regulares. Salíamos a comisión de ocho a diez días y regresábamos con las manos vacías. Todo lo más que hacíamos era ayudar a la aviación, controlar la población civil, impedir el paso de los ríos y de vez en cuando defendernos de una emboscada. Como soldados de uniforme sí nos llegaron a emboscar varias veces y ahí sí mataron mucho compañero. Era que a nosotros los de infantería nos usaban de carnada para localizar la chusma. Cuando ellos caían, le

avisaban al comando y de allí mandaban un avión a ayudarnos. Esa era la idea. En esas sí me vi muerto una vez que me calaron una bala en el casco y lo volvieron mierda. La cabeza se me dobló hacia atrás y el golpe casi me parte la nuca.

A fines del año 52 cumplí los dieciocho meses de servicio y me echaron para Villavicencio. Ahí me dieron mi libreta militar y a los tres días estaba en Génova buscando a los viejos. A mediados del 53 Rojas Pinilla dio el golpe militar porque el ejército no podía controlar el Llano. Resulta que Laureano Gómez había ordenado bombardear con gas todo el territorio donde hubiera chusmeros liberales. A mí no me tocó, pero me lo contaron. Claro, esas bombas de gas venenoso no mataban sólo a los chusmeros, sino a todo el mundo y también a los animales. El Llano en ese entonces era puro ganadero, no había agricultura y esas bombas estaban arruinando a los ganaderos, a los ricos que no ayudaban a los bandoleros pero que con toda esa matazón de ganado estaban por decidirse a apoyar al enemigo.

Y entonces Rojas dio el golpe. Desobedeció la orden de bombardear con gas y más bien decidió bombardear con hojas en que daba amnistía y garantías a toda esa gente. Guadalupe aceptó y se entregó, pero no ante el grupo Páez, porque sabía que mi coronel Castillo lo tostaba fuera como fuera, porque él no podía perdonar la emboscada de los 97. Guadalupe se entregó al Batallón Veintiuno Vargas con la condición de que les dieran a él y a sus hombres la libreta militar para poder trabajar. El ejército le dijo que sí. Pero cuando Guadalupe la fue a recibir, no era de primera y el hombre se emberriondó, porque él quería con eso que le reconocieran todas sus fechorías como servicio militar. El gobierno, claro está, le negó la libreta y Guadalupe ya no podía hacer nada después de haber entregado las armas. La voz corrió y los que no se habían entregado se volvieron a echar otra vez para el monte, pero sin Guadalupe y sin Aljure. Sin jefes se volvieron puros cuatreros. Para sobrevivir les tocó robar ganado y así, poco a poco, la población civil les fue quitando respaldo, porque ya no había los ideales de antes. Al año los acabaron a todos.

IV

Bueno, en el 52 volví a Génova. Allá estaba acantonado un grupo del Batallón Rifles. Me presenté a un capitán Rubio para lo que se pudiera ofrecer y él me dijo: «Hizo mal negocio viniéndose para acá; aquí estamos es en guerra, aquí hay más violencia que en el Llano».

Así era. Génova había sido de mayoría liberal. Puso los trescientos, los cuatrocientos votos liberales en el año 48. Y cuando regresé en el 52 quedaban quince liberales apenas. La zona la conservatizaron toda. Contaba el viejo que todo había comenzado con el asesinato de ese hombre que quemaron en el puente. Después, en venganza, los hermanos de don José mataron a un tal Miguel Hincapié, que era un dirigente conservador, en su finca La Cristalina, y desde ese día el pueblo se dañó. Había muerto todos los días. Yo soy conservador pero tengo que decir que fueron los de mi partido los que más leña le echaron al fuego. Cogieron de finca en finca haciendo volar a todos los liberales y a los que no los volaban los mataban. A mí eso no me consta porque yo andaba por otro lado, pero a los viejos sí. Los conservadores, que eran minoría, se apoyaban en la policía para desalojar toda esa gente. La policía se volteaba el uniforme y hágale. Llegaban donde el cliente señalado, le daban una semana o dos de plazo para desocupar. Unos salían corriendo dejando todo, otros vendían barato. Muchos se aprovechaban de eso y hoy día tienen plata. La gente se volaba para Armenia, para Caicedonia, para Cali y entonces comenzó a llegar otra gente, conservadora eso sí, porque era la única que podía permanecer. Otros liberales como Modesto Ávila se encuadrillaban a darse candela con la policía y a defenderse. Cuentan que una vez Modesto Ávila se bajó ocho policías en la vereda El Dorado. Pero también dieron en llegar matones que obedecían al conservatismo. Me acuerdo de un Durán López. Ese sí era matón. Había sido carabinero y se paseaba por todo el pueblo con dos pistolas y un cinturón lleno de munición. A quien lo miraba un poquito lo mataba sin más. Le tenían pavor en Génova, pero las autoridades se hacían las bobas. Si alguien lo miraba más de tres veces lo quemaba; él era el que mandaba incendiar las casas y sacar la gente. Y la policía, como era conservadora, más bien lo protegía. El ejército también ayudaba. Las patrullas salían en comisión, por el camino se volteaban el uniforme y se unían a los matones. Eso estaba sucediendo cuando yo

llegué en el 52. A Modesto Ávila, después de la emboscada a la policía, lo mató el ejército. Pero más se demoraron en enterrarlo que en aparecer otra cuadrilla liberal que comandaban unos hermanos Fonseca, de Cumbarco, que es un pueblito que queda de Génova para arriba. Después se alzaron otros en Barragán, en Aures, en Pijao. En cada pueblo había un liberal que se echaba para el monte. Surgieron así cuadrillas muy famosas. La del indio Fumanchú. En el norte del Valle se levantaron otros liberales como El Tía, El Evangélico, El Patecapo, Alegría, Risitas, y el más famoso: Celedonio Vargas. Eran clientes violentos. Su vicio era matar policías y soldados, pero también civiles que no se avinieran con sus miras.

En el lado conservador hubo unos terribles también, como Colacho, que de una sola tacada se llevó una vez a veintiséis cristianos en La Rivera, o como el Goche, como Arturito, como tantos otros. Eran los que llamaban los pájaros. Tenían como profesión defender a los conservadores, defender su vida y sus fincas y por eso las autoridades los protegían. Andaban por las cantinas y todo el mundo les daba plata por miedo, o por interés, pero a ellos no les faltaba nada. Tampoco nadie los perseguía.

Los que mandaban la pajaramenta en toda esa región que va de Génova a Aures eran los Camacho y los Vargas. Ellos fueron los que propiamente conservatizaron la zona, los que mandaban, aunque no se pueda decir que se beneficiaron con tierras, ni con el robo, ni con el asalto. Se adueñaban del territorio para mandar. Eran gente honorable. A los Vargas, por ejemplo, los conocí como administradores de una hacienda llamada La Tribuna, localizada en La Topacia, vereda de Génova. El patrón también era gente trabajadora: se llamaba Salomón Gil y vivía en Armenia. Cuando estalló la violencia en Génova en el año 50, los Vargas, que eran Azarías, Octavio y Uriel, se fueron para Aures y formaron una cuadrilla, pero no para asesinar ni para robar sino para mandar. Para eso tenían que sacar a la gente que no les obedecía o que no se recalzaba. La idea era solamente mandar. Los Vargas tuvieron que enfrentarse en Génova con otra cuadrilla que tenía el mismo objetivo y que era comandada por los Toros. Se contrapuntearon, no se pusieron de acuerdo y se encontraron. Los Toros resultaron derrotados, hubo varios muertos y se volaron para El

Dovio, donde estaban llamando a los conservadores a poblar las tierras que les habían quitado a los liberales.

Los Vargas encontraron pronto sus rivales en los Camacho. Marcos Camacho era el que mandaba y quería coger el territorio de Génova por su cuenta. Llamó a uno de los Vargas y le dijo: «Hombre, déjenme estas tierras a mí, y ustedes anden para Aures». «No —le contestó Vargas—, Génova es nuestra, nosotros la conquistamos». Marcos le contestó: «Bueno, ustedes verán». Un día uno de los Vargas le pegó un tiro a Bernardo Camacho, hermano de Marcos, y le dejó el brazo seco. Al poco tiempo mataron en Aures a Uriel Vargas. Entonces ahí entró la policía y uno de los agentes de los Vargas llevó la comisión para apresar a los Camacho. Pero como éstos no eran cualquier cosa, se salieron de la casa y se parapetaron en unas rocas puro al frente de la entrada de la finca. Cuando llegó la comisión le soltaron unas granadas y ahí la dejaron, no hubo necesidad de usar los tiros. Así quedaron los Camacho dueños de Génova.

Los Camacho eran de Caldas, de un sitio que se nombra Córdoba. Sus padres, don Cruz y doña Matilde, llegaron a Génova a manejar una finca llamada La Rochela. Eran muy trabajadores, inclusive los muchachos, pero eso sí eran bravos. Cuando crecieron se hicieron agricultores y comerciantes. Mejor dicho, tenían un almacencito y una tierrita. Pero cuando se metieron a la política se volvieron jodidos, muy jodidos, y peor fue cuando les dio por mandar y organizar cuadrillas. Entonces sí fue cierto. Yo soy conservador y los Camacho también, pero yo no puedo decir que eran gente limpia. A pesar de que mataban liberales, también mataban conservadores y recalzados, bien fuera porque no obedecían, bien fuera porque los chivatiaban o por cualquier razón. Y los peores eran sus agentes, que mataban lo que fuera por robar y entonces la cosa se fue degenerando. Marcos Camacho hizo una vez una masacre cerca de Génova donde cayeron treinta y seis. Le tocó huir. Cogió para Barragán pero allá, como ya lo conocían, lo chivatiaron y le cayó el Batallón Palacé de Buga. El hombre, eso sí para qué, era guapo. Duró tres días dándose plomo con la tropa y no lo mataron. Se suicidó cuando vio que no tenía salida. Lo encontraron en un subterráneo con una carabina San Cristóbal, un revólver y más de mil cartuchos.

Después de la masacre que hizo Marcos Camacho, el cura de Génova, un tal padre Bedoya, cerró la iglesia y se fue. Dijo: «Un pueblo así no merece tener cura». Era que él era un tipo liberal. Cuando había un enfermo o un herido conservador y lo llamaban («Padre, que fulano de tal está muerto»), entonces él se hacía el pendejo para que el cliente se condenara. Pero si el fulano era liberal, ahí mismo abandonaba lo que estuviera haciendo y asistía al moribundo. Debido a eso los Camacho le cogieron bronca y lo tenían sentenciado. Después al curita le tocó salir también de Caicedonia, porque cuando mataron a Azarías Vargas no quiso hacerle los rezos. Pero cuando los Vargas mataron a Dimas Cantor, el que había mandado matar a Azarías, le hizo la ceremonia contra el querer de todo el mundo. De allá también le tocó salir.

De Génova no salió en esa época sólo el padre Bedoya, sino también el capitán Bejarano, que era el alcalde y el comandante del destacamento. El capitán la había encontrado con los Camacho porque había puesto preso a uno de ellos, que había matado a sangre fría, delante de todo el mundo, a Gregorio Pinzón, para quedarse con la mujer, que le gustaba. Entonces, al capitán Bejarano le dio miedo y se voló con los cuatro soldados que tenía.

El pueblo quedó sin alcalde y sin cura, pero poco tiempo después llegó el padre Ramírez a reemplazar a Bedoya y llegó el capitán Lazo a reemplazar a Bejarano. Era que la gente tenía que guardar la lengua. Todo el mundo podía ser enemigo de uno si uno abría la boca. Por eso era mejor mantenerla cerrada antes de que se la abrieran a uno para siempre. Era la única manera de defenderse de la violencia, porque ella no respetaba nada, ni siquiera a las autoridades.

Ana Julia

En Miravalles comenzó el tropel por allá en eso del 47. Era un miércoles. Yo andaba arreglando una ropa con mi mamá debajo de un palo de amarillo, cuando me pillé con el rabo del ojo a Pernicia, que bajaba loma abajo arrastrando esa risita que nunca dejaba y que a mí me hacía temblar el alma. Venía con el Pollo Omar; con Serafín, que llamaban El Leñoso, y otros que no distinguí. Le dije a la vieja: «Recojamos y echemos para adentro». Pero ellos ya estaban encima y para anunciarse estallaron unos tiros de revólver. Por entre las ruanas les salía el cañón de las escopetas y yo me encomendé a La Milagrosa. Cuando arrimaron al patio, Pernicia me saludó:

—Buenas, doña Ana Julia, ¿cómo andamos?

—Buenas, don Luis, siga para adentro —respondí.

—Buenas, doña Gertrudis —le dijo a la vieja.

—Buenas, ¿cómo andan?

—¿Y Evelio? —me preguntó—. ¿Dónde está Evelio?

—Por allí, recogiendo un cafecito. No demora.

Yo no podía decirle que Evelio estaba en el pueblo porque entonces los hombres podían abusar de nosotras. Pero si creían que Evelio podía estar por ahí atalayando, les quedaba más difícil.

—Entonces, esperemos al cliente —dijo Pernicia a los otros—; esperemos que algún día tiene que dejarse ver por estos lados.

Evelio era muy conocido de ellos porque habían trabajado juntos en La Esperanza, la finca de don Braulio, una tierra grande que daba café y donde no faltaban las treinta y las cuarenta reses. Evelio había concertado allí y siempre los había contratado.

Eran hasta buenos amigos. Pero días antes del 9 de Abril —creo que fue para las elecciones del 47, cuando salió don Mariano—, los envalentonaron, les acariciaron el oído con miel o yo no sé qué sería, pero el caso fue que después de la venida de unos doctores de Cali,

entre los que estaba don León María Lozano, los trabajadores de don Braulio aceptaron la protesta, mejor dicho, se volvieron conservadores, se voltearon. Don Braulio era liberal, como todos aquí, aunque él no hablaba nunca de política. Un día que el viejo venía en su mula para la finca le hicieron unos tiros por ahí en el camino. El hombre no paró mientes y dizque dijo: «Eso será cazando, porque lo que es a mí todo el mundo me quiere». Claro que uno ya tenía la duda. A los pocos días le hicieron llegar una boleta en que le decían: «Estimado don Braulio: esta región ha sido declarada conservadora; por tanto, usted debe abandonarla en el término de quince días; si no lo hace, sufra las consecuencias». ¡Quién dijo miedo! El pobre viejo no sabía qué hacer. Dizque se puso blanco, blanco y decía: «Pero si yo no les he hecho nada, yo he sido bueno con todos; yo no tengo sino esta tierra y si me la quitan me muero de hambre». El viejo hizo lo que pudo pero nada le valió. Se fue a poner la queja al pueblo, a pedir protección a las autoridades, pero se rieron de él y le contestaron que eso eran mentiras, puras imaginerías, que en la región no se había oído chistar nada, que todo estaba en calma. Pero cuando el anciano volvió a la finca encontró una res desollada en la mitad del patio y el cuero sobre la cama como si fuera una colcha. Entonces don Braulio llamó a Evelio y le dijo: «Me voy; ahí le queda la finca. Venda lo que pueda, arregle y mire cómo puede ver por mí», y salió desparramándose por esa lomas como alma que lleva el diablo.

Evelio se quedó en lo mismo que estaba. Pensó que podía trabajar como venía y que el producido se lo entregaría al dueño. Pero no pudo. Un día llego el Pollo Omar a decirle que protestara, que no valía la pena ser porfiado porque ya todos los trabajadores habían protestado y que si no lo hacía le tocaba irse a acompañar a don Braulio.

En esos días fue mucha la protesta. Todo el mundo protestaba para poder quedarse, para poder mantenerse trabajando. Los conservadores le caían a un cliente y le decían: «Hombre, mirá que el partido conservador te ayuda si protestás, el partido te protege y no deja que te llegue nada. Vos sabés que el gobierno ahora es conservador y que las autoridades son azules; es mejor que te cambiés por las buenas. Los liberales lo que quieren es acabar con Dios y con la Virgen, acabar con

la propiedad y la justicia, voltéate y negocio arreglado». Entonces, si uno estaba de acuerdo en protestar, el domingo bajaba al pueblo y lo llevaban al directorio conservador, le hacían firmar un papel, una especie de fe que uno hacía diciendo que de ese día para delante uno se convertía en conservador y que aceptaba esas ideas, esas miras. Ahí entonces uno pagaba unos pesos para ayudar al partido en su campaña y después se iba a celebrar con aguardientico.

Cuando a Evelio le hicieron el convite, llegó a la casa y me dijo: «Mija, ¿no será mejor protestar? Mire lo que está pasando, mire lo de don Braulio, mire que esa gente no anda asustando. Firmemos ese papel y seguimos trabajando». Yo me enverraqué, las manos se me hicieron un nudo, la voz se me fue por los ojos. Le dije: «¿Acaso usted no es membrado? Usted nació liberal y así tiene que seguir siendo. Usted no puede convenir con todo lo que están haciendo esos sinvergüenzas. Si usted no puede defender lo que es suyo, por lo menos defienda lo único que dejaron sus taitas». El hombre se quedó callado, pensando para adentro, como avergonzado. Me dio lástima.

Así fue como Evelio se echó de enemigo al Pollo Omar, el peor enemigo. Pero voltearse uno a conservador… No, eso no lo podía uno ni pensar, y menos cuando todos esos criminales, todos esos vagabundos, se habían vuelto godos por flojos.

Bueno, entonces Pernicia, el Pollo Omar y Leñoso se sentaron a esperar a Evelio. Los tiernitos correteaban y mi mamá seguía arreglando la ropa como si nada, pero a mí me entró un temor, un afán, una agonía como cuando me fui a ver a los muertos de El Vigía, una vereda que colinda con ésta. Allá mataron a un poco de liberales, unos diez. Eran todos gente honrada, trabajadora, que no había convenido en la protesta, y cuando llegaron las elecciones del 47 votaron todos por Gaitán. A ellos los habían amenazado, pero no se avinieron. La cosa pasó, Gaitán ganó. A los pocos días les cayeron de noche, los sacaron de su casa y los reunieron ahí en El Vigía, poniéndolos en fila, uno tras otro. Iban haciendo pasar a uno por uno; lo maniataban a un tronco alto que hay, les bajaban los pantalones y enseguida les cortaban el dedo que habían untado el día de las elecciones, se los metían por el culo y luego, cuando los hombres lloraban de la vergüenza, los mataban. Dejaron la pila de cadáveres

ahí amontonados con esas caras de miedo y con el dedo adentro. Yo me figuraba a Evelio así, ensangrentado, maltratado y deshonrado. Pernicia se pilló mis pensamientos y me dijo:

—No, Ana Julia, a Evelio no le va a pasar nada. Él va a convenir en la protesta.

—Pero es que para convenir tiene que arrimar, y sí él ve que ustedes están aquí no viene.

—Es que él no nos va a ver, porque nosotros ya nos vamos para la cocina.

—¿A qué, a comer? —les pregunté, sabiendo que ya era hora de almorzar.

—Pues sí, no nos caería mal una yuquita, pero con chicharroncito —me respondió y miró la marrana.

—No, la marrana no, porque está por parir y eso es pecado.

—Bueno, pero usted tiene muchas gallinas…

—En eso tiene razón, pero son muy ariscas.

—No importa, para eso traje herramienta.

—¿Pero cómo? —le contesté —. ¿Va a gastar el pertrecho en un animal?

—Descuide, doña Ana Julia, que los truenos no valen nada; los da el gobierno.

—También es cierto… —dije.

El hombre se rió, me miró despacio, de arriba abajo. Se quedó mirándome el talón, sentí su mirada caliente, alcé el pie y me lo restregué con el otro. Entonces volvió a reírse. Sacó el revólver y le hizo un disparo a la gallina; se lo clavó en toda la huevera; el animal medio revolotió y clavó el pico. Pernicia se agachó, lo recogió y les dijo a los otros: «Dejemos la cosa así».

Se fueron, cogieron camino arriba. Como a las tres cuadras soltaron unos tiros y gritaron: «¡Viva el partido conservador, abajo los liberales! ¡Esta noche es la cosa, rojos hijueputas!». Yo creí que habían matado a Evelio, pero mi mamá me tranquilizó diciendo que el carro del pueblo nunca subía tan temprano. Es que ya no se podía estar tranquilo, cualquier cosa lo hacía a uno zozobrar.

En la nochecita llegó el hombre. Le contamos de Pernicia. Él dijo: «Vámonos». Yo no quería irme de Miravalles; era una tierra bonita,

pero también daba miedo. Esa gente no nos iba a perdonar.

Al otro día vi que Libia, la vecina, bajaba a lavar. Pasó por la puerta de la casa y me dijo pasito: «Cogé un atado y vení conmigo». Yo agarré lo primero que pude y la seguí. En el lavadero me dijo: «Mirá, Ana Julia, que ayer Pernicia, El Pollo y El Leñoso pararon en la casa para que les cocinara una gallina mientras llegaba un amigo. Yo les hice el sancocho. Cuando se lo estaban comiendo, Pernicia dijo: «Esa rabadilla está muy buena, pero más buena está la de la mona Ana Julia». Yo me puse a llorar. Ni me despedí de Libia, dejé el reguero de ropa y salí corriendo. Llegué a la casa gritando: «Nos vamos, nos vamos». Evelio me dice: «¿Pero qué pasa?». «Nada», le respondí. «Nada raro. Ahora sí nos vamos».

Me di cuenta que esa gente no iba a respetar a nadie, ni siquiera a nosotras las mujeres, ni a los niños ni a los viejos; que estaban dispuestos a acabar con todo a como diera lugar; que eso era como un terremoto, como una llamarada, y que si no nos íbamos nos quedábamos para siempre. Ahí comenzaron los años duros.

Evelio estuvo de acuerdo. Pero no podíamos arrancar así de un momento a otro. Teníamos que preparar las cosas, saber para dónde nos íbamos y conseguir unos centavos mientras comenzábamos a trabajar. ¿Pero cómo hacíamos para quedarnos siquiera unos días, sabiendo que la chusma podía aparecer sin avisarnos, a cualquier hora? Pernicia ya había quedado engolosinado, El Pollo conocía el camino y El Leñoso no era cliente de echarse para atrás. No había forma. Uno no podía con los nervios, parecía que lo abandonaban.

La guerra iba creciendo, creciendo. Achicándolo a uno. Por la noche se veían los ranchos ardiendo. De día los animales andaban sueltos. Las mujeres eran maltratadas y los niñitos amanecían —si amanecían — huérfanos. Otros no amanecían como cristianos sino como meros carbones. La gente, los que quedábamos, los que no nos podíamos ir, buscamos el monte. Una tarde, por ahí a las seis, antes de que oscureciera, sacamos la mejor ropita entre costales, unas yucas cocinadas, los tiernitos alzados y nos metimos cafetal arriba. Allí amanecimos, entumidos del frío. Al otro día, cuando comenzó a calentar, las mujeres arrimamos a la casa. Los hombres se quedaron en el monte, ahí quietecitos sin poderse mover. Después regresábamos

con la comida. En esas nos estuvimos como un mes, hasta cuando del pueblo nos avisaron que podíamos salir, que unos compadres de Evelio nos tenían lista una media habitación. Entonces salimos con los cuatro pelados, con mi mamá, un atado y la marrana.

Lo primero que hizo Evelio fue vender la puerca kiliada. Sesenta pesos nos dieron por las cinco o seis arrobas. Con eso nos podíamos solventar mientras tanto.

Al pueblo comenzó a llegar gente, pero los mares de gente. Toda como nosotros, con las manos entre los bolsillos. Porque la chusma arrasaba con todo, no respetaba nada. Antes nosotros nos sentimos agradecidos, Dios Bendito, porque a nosotros no nos había hecho tanto daño. Al fin y al cabo, Pernicia había comido por las manos de Evelio cuando era trabajador, y yo creo que eso nos ayudó. Además, por allá en Miravalles la policía no llegó a entrar. Porque en otros lados, la policía era la principal, la que comandaba la chusma. A mí me tocó ver, una madrugada que salía para el matadero, a don Aristides uniformado de policía. Don Aristides era el dueño de una miscelánea muy bien surtida, llamada La Samaritana; era un comerciante acomodado y un hombre muy respetado. Yo lo vi cuando se bajaba borracho de un camión, vistiendo uniforme de policía departamental y armado con un fusil y dos revólveres. En el camión iban otros policías también armados y también borrachos. Yo me quedé quieta. No sabía qué hacer, ni para dónde mirar; me daba susto ver a una persona así, como don Aristides, andando con la chusma. Al otro día, en el mismo camión, bajaron de la vereda El Venado cinco hombres muertos. No me consta que los asesinos hubieran sido los que andaban con don Aristides, pero me consta que vi con estos dos ojos a don Aristides disfrazado de policía. No sé qué sería lo que andaba haciendo vestido así. No estábamos en ferias.

La policía era muy jodida, muy jodida. No era como cuando estaba niña, que uno veía a un policía y le daba gusto. Uno trataba de acercársele y se sentía importante si el agente lo saludaba. Uno había aprendido a respetarlos y ellos a respetarlo a uno. Pero después, la policía era lo peor, era la que encabezaba la maldad. Ellos cogieron por costumbre hacer el mal, perseguir liberales, acosar por un lado y por otro para no dejar que la paz se asentara. Por allá en el año 47, a

un hermano que era sargento de la policía en Cali le llegó una carta en la que le decían que como los godos habían arrimado al poder, todos los liberales que había en la policía debían firmar la protesta y jurar fidelidad al partido conservador, a Cristo Rey y a la Virgen de Fátima, y si no debían renunciar, entregar las armas y filarse. La carta estaba firmada por la dirección de la policía. La debo tener arrumada por ahí en un cajón. Mi hermano salió porque no lo dejaron chistar si sí o si no. Me imagino que así fue con todo el mundo, porque de un momento para otro, la policía se volvió mala, como si el mismo Luzbel se les hubiera metido por entre el uniforme. ¡Qué caras, Dios santo y bendito, qué caras las que tenían!…

La policía, chulavitas que llamaban, eran tipos que habían sacado de las cárceles, que habían asesinado, que habían robado y a quienes decían: «Ustedes comulgan con las miras nuestras y los soltamos». Claro, esa gente aceptaba; los sacaban de la cárcel, los vestían de uniforme y los largaban a hacer diabluras. Así fue como comenzó la vaina. Yo me acuerdo que un tiempo antes del 9 de Abril, Evelio tuvo que coger campaña por allá en Toro, donde le salió trabajo y nos fuimos, porque uno no puede dejar solo al hombre. La mujer siempre debe andar tras sus pasos y si uno no lo sigue, después es para llantos. Un hombre siempre busca que una mujer vea por él. Entonces me fui con él. Cogimos camino y paramos en Toro; Evelio echando rula y yo garitiándole. Eso fue como para una semana santa. Me acuerdo que el cura de Toro, que tenía una sementera de uvas, se montaba en el púlpito a echar contra los liberales. Decía que éramos ateos, que perseguíamos a Dios, que éramos como los judíos con Cristo, que nosotros éramos los que habíamos sacrificado al señor. Era un curita menudo y muy sabido en negocios, tanto que tenía un taller en sociedad con la gente del pueblo y un día el taller resultó de propiedad del hermano de él y la gente que había trabajado y que había puesto ahí sus centavos se quedó mirando p'al cielo. No me puedo acordar cómo era el nombre del tal cura, pero sí me acuerdo de sus sermones contra los liberales. Inclusive me acuerdo que bendecía con agua bendita las armas de los policías que salían, en ese entonces, todos los días a hacer requisas por las veredas. Porque antes del 9 de Abril los godos decían que en Colombia iba a pasar algo, algo sumamente

grave, algo que era castigo del cielo por habernos apartado de Dios. Me acuerdo que diecisiete días antes del 9 de Abril, una comisión de la policía formó frente a la iglesia y el curita salió y les echó bendiciones, les quemó ramos benditos y los animó a cumplir con su deber. Los policías recorrieron todas las veredas requisando los ranchos, quitándole a la gente sus escopetas, sus machetes, sus cuchillos. Llegaban al pueblo con recuas de mulas cargadas con las escopeticas de esa gentecita que no caía en cuenta de lo que estaban haciendo. Ellos preguntaban: «Bueno, ¿por qué nos requisan un chopo de fisto, por qué nos quitan la rula?». Nadie entendía. Pero los chulavitas tenían su plan. Así, durante diecisiete días las comisiones recogieron hasta los cuchillos de las cocinas. Por ahí el primero de abril, a una familia Saravia la encontraron hecha puro carbón en un punto que se llamaba Casa de Lata. Los chulavitas llegaron de noche, cerraron las puertas y ventanas por fuera y prendieron candela. Adentro quedaron todos consumidos, con niñitos y todo. Edilberto Saravia era un hombre muy trabajador, muy honrado. Su único pecado era ser liberal. Y cuando se emborrachaba, echaba vivas al partido y gritaba: «¡A la carga! ¡A la carga!». Pero el hombre no hacía más. Trabajaba callado toda la semana. ¡Cómo lo fueron a dejar: con los peladitos hechos carbón! Eso sí fue un crimen, un crimen que no tiene perdón. Porque yo me digo: que maten a los grandes está mal, pero que maten a los tiernitos eso ya no lo puede perdonar Dios. Ellos no tienen la culpa de nada, ellos son inocentes. Uno es un trozo de carne que nace pequeñito y va creciendo sin querer: uno de niño no es responsable de lo que hayan hecho sus padres. Pero así fue como comenzó la violencia, matando gente inocente por el puro pecado de ser liberal y eso es muy injusto.

A Evelio, por ejemplo, lo comenzaron a perseguir en La Victoria porque juró vengarse cuando por allá en la dictadura de Abadía Méndez le mataron al taita. Dizque a ese hombre lo mataron los godos porque había votado por Olaya y no por Valencia. Por eso lo mataron un día, tomando cerveza. No valió que tuviera once hijos, y entonces eso es lo que sucede, que las cosas van pasando de unos a otros, de los taitas a los hijos y eso ya no para. Hoy por hoy, uno ve que en un día matan a unos y nadie sabe por qué. Pero uno, que ya ha vivido, sabe

que fulano tenía rencillas con zutano, que éste mató a un hermano de aquél hace veinte años y esas venganzas quedan ahí y de pronto salen. Por eso digo yo que la guerra no se ha acabado, que es un animal que está vivo.

Bueno, después de los Saravias vino la matazón de El Urapán. En El Urapán había como dieciocho trabajadores, puros obreros; yo no sé cómo sería, no sé por qué sería, pero una noche rodearon el campamento donde dormían y mataron a los trece; los asesinaron y luego los desgargantaron. Fue una barbaridad. A mí me tocó verlos porque para garitiar a Evelio tenía que pasar por el campamento donde dormían. Todos destrozados y con las manos amarradas a la espalda. Quedaron cinco, que encontraron escondiditos de contrabando. Ellos contaron después que cuando la chusma llegó, a eso de las tres o cuatro de la madrugada, pensaron salir corriendo porque no tenían con qué defenderse. No tenían ni una aguja. La policía les había requisado todo lo que medio les hubiera servido para hacer frente. Y es que ese era el fin de las requisas: dejar a la gente a la buena de Dios. Esa era la colaboración de la policía, ese era el plan que habían acordado con los chusmeros. De esa matazón todo el mundo hablaba, y todos los liberales andaban, andábamos, con miedo. Era que se iba creando un ambiente de zozobra, como cuando va a caer una tormenta y el cielo se pone negro, los animales no se pueden estar quietos, las hojas de las matas se quedan como esperando a ver qué es lo que va a pasar. Así pasó antes del 9 de Abril. Lo de los Saravia y lo de El Urupán fueron los truenos. Uno pensaba que algo se estaba preparando. Los godos sí sabían, pero ellos no chistaban nada. Es que los godos son jodidos, son muy sabidos, y ese silencio de ellos ayudaba a atizar el miedo de uno.

II

Bueno, llega el 9 de Abril. Todos sabiendo que en el país iba a pasar algo grave, algo terrible y así y todo, nos cogió por sorpresa la muerte de Gaitán. Ese día, como a las dos o tres de la tarde, se supo la noticia. Nos quedamos como mudos; nadie sabía qué decir y menos qué hacer. Tanto que habíamos pensado en lo que podía suceder, y cuando

sucedió, nadie movió un dedo. Fue tal el susto que ni miedo sentimos. La gente apenas comentaba por ahí en los cafés y miraba de reojo a los godos a ver qué decían, y ellos decían que éramos nosotros los liberales los que habíamos matado a Gaitán para poder hacer la revolución. ¡Sinvergüenzas! Cuando ellos eran los que habían planeado todo. Porque, por ejemplo, al otro día los liberales del pueblo salieron a la calle a hacer una manifestación de duelo. Iban los grandes: el médico, los doctores del directorio liberal, un poco de gente honorable. Iban con una bandera roja protestando por el asesinato, pero iban en paz y en silencio. Nadie hablaba, nadie iba armado, nadie quería hacer mal. Cuando pasamos por frente al colegio de las monjas, unos godos que estaban en la esquina comenzaron a echar piedra al convento, a tirar bombas y a hacer tiros. Eso lo vio la misma madre superiora, que era una tal madre María, nacida en Bélgica. Ella lo vio así y lo manifestó después cuando la llamaron a declarar. Lo que los godos querían era comenzar el lío, hacer que la gente, que estaba verraca, se metiera al convento, lo incendiara y violara a las monjitas. Lo mismo fue con la sementera de uvas del cura. Los que estaban cuidándola fueron los que le echaron candela y fueron los liberales los que lograron apagarla. ¡Y en el convento fue igual! Cuando los doctores se dieron cuenta que los godos estaban echando las bombas, se pusieron al frente de la manifestación y dijeron: «¡Primero pasan por encima de nosotros que atacar a las monjas! ¡Eso es lo que quieren los godos para que el ejército nos masacre aquí mismo! ¡Todos atrás!». Y así fue: allí no pasó nada y los godos tuvieron que salir en carrera.

Ese mismo día, los liberales nombramos alcalde a un muchacho Elías, no me acuerdo el apellido; era un muchacho sano y muy entendido. A la policía la metimos a la cárcel, el alcalde nombró guardia civil para mantener el orden y los conservadores salieron huyendo; no quedó ni uno. Al otro día, o sea el 11, un señor Emilio Arango, de Ansermanuevo, llegó con una volquetada de liberales y se presentó a la alcaldía: «¿Qué hay de nuevo por aquí en Toro?». «Nada», dice el alcalde; «todo tranquilo, no hay novedad». En realidad no había bochinche, la gente andaba tranquila, calmada. Los hombres de Emilio Arango, eso sí, venían armados, pero no estaban con el

espíritu de matar sino de ofrecer ayuda. La cosa pasó. Por ahí a las siete de la noche los tipos se volvieron a montar en la volqueta para devolverse. Cuando pasaban junto al cementerio, los godos, que habían hecho trinchera, comenzaron a disparar y a echar bombas de dinamita. Nosotros oímos el candeleo y volamos a ver qué era la cosa. Los godos se habían emboscado detrás de la muralla del cementerio y los liberales de don Emilio se habían refugiado en la quebrada. Ya había muertos de parte y parte cuando llegamos. Recuerdo que un señor Rosendo estaba acostado junto a la volqueta con todo el tripaje por fuera. Yo se lo agarré con las dos manos y se lo eché dentro del pantalón. El hombre se salvó por eso. Entonces la gente se fue enfureciendo y rodearon el cementerio. Cuando ya se vieron jodidos, los muy vivos se metieron todos en la capilla. Ya ahí, ¿cómo hacerles algo si la iglesia es tierra santa? Es que los godos son muy sabidos y los liberales muy pendejos. Unos querían cogerlos dentro de la capilla y cobrarles todo, pero la mayoría se opuso diciendo que la iglesia era de Dios y que en su presencia no podía haber venganzas. En esas llegó el cura y los sacó, mejor, los salvó, porque ahí los hubiéramos tenido hasta que Dios nos lo hubiera permitido. De ese día para adelante nos llamaban los nueveabrileños. ¡Cómo son las cosas! Ellos hacen el 9 de Abril, ellos matan a Gaitán, ellos hacen masacres, hacen diabluras, y después nosotros somos los nueveabrileños, los que servimos de limpión… ¡es que son malos! Mi papá contaba que desde Reyes andan buscándola… y todavía no han encontrado un macho que los pare, ni macho que les diga: «Hasta aquí fueron fiestas; esto es lo de ustedes, esto es lo nuestro, respetémonos».

Después de lo del 9 de Abril no volvió a haber paz. Ya ellos se engolosinaron con la sangre y nosotros, pues, buscábamos la defensa. Al alcalde que habían nombrado en la plaza el 10 de abril lo destituyeron cuando llegó el ejército, por ahí el 13 o el 14. Nombraron un señor Marcos Marmolejo, un tipo atravesado que andaba con un yatagán que tenía una cuchilla en la punta. El hombre salía a las cantinas por la noche con sus policías y liberal que encontraba lo encendía a rejo delante de todo el mundo. El tesorero de la alcaldía era don Eloy Valdez, un liberal que habían nombrado para hacerle gobierno a Marmolejo, porque en esos días se estaba ensayando lo del

Frente Nacional. Don Eloy era un borrachito de esos que andaban por las cantinas bebiendo calladito, sin hacerle mal a nadie. Tomaba sólo brandy, pero no se metía con nadie y a todos respetaba. Una noche llegó el tal Marmolejo a una cantina y encontró a Julio Valencia tomando y echando vivas al partido liberal. Marmolejo lo mandó apresar, lo desnudó y con el yatagán le dio hasta que Julio quedó echando mera babaza por la boca. Entonces don Eloy protestó y trató de quitarle el yatagán a Marmolejo. Pero claro, como éste era un hombronón, por más veras de por allá del Cocuy, y don Eloy un tipo más bien viejo, de un solo empujón lo dejó tirado en el suelo como un zancudo medio muerto, pero no contento con esto lo maniató a una silla y con un cordón de zapato le unió los testículos al tobillo. Así que cualquier movimiento que don Eloy hacía con la pierna, lo sentía en la nacedera. Pero la cosa siguió. Los policías le dieron trago toda la noche, así crucificado. Al otro día todo el mundo sabía, pero nadie se atrevía a hacer nada. Sólo decían: «Vamos a ver el muerto». Hasta los niños del colegio fueron a ver al pobre don Eloy. Tenía los testículos hinchados como dos cabezas. Pero claro. ¡Es que a uno le daban ganas de yo no sé qué viendo eso y lo que más rabia daba era que nadie se atrevía a chistar! Nadie. Ni siquiera el cura, que cuando se encerró en la casa cural no dijo esta boca es mía. Después soltaron al viejo, lo llevaron para la casa y durante tres días lo tuvieron que tener entre agua tibia y con caléndula. No se podía mirar, porque el hombre comenzaba a gritar. Durante mucho tiempo tuvo que andar con lanilla de burra entre las piernas.

¿Después de eso ya uno qué podía esperar? Si ese crimen era capaz de hacerlo todo un alcalde o un tesorero, si eso lo hacían las autoridades mismas, ¿qué podíamos esperar nosotros y sobre todo qué podíamos esperar si nadie protestaba? ¿Quién iba a protestar si las autoridades iban de pura manguala con los godos y si los godos y la policía se mantenían unidos? La gente no podía protestar, no podía defenderse, y entonces comenzaron a desocupar el pueblo: los primeros fueron los doctores del directorio liberal, dizque en señal de protesta; después fueron los ricos, la gente honorable. Todos se fueron saliendo. Se quedaban sólo los que no podían trastear con la tierra; esa gente tenía que aguantar lo peor, porque ¿cómo hacían para meter la

finca dentro de una mochila y largarse para Cali? Ahí fue cuando apareció el boleteo. Eran tres boletas. Una para decir que vendieran, otra para dar un plazo y otra para anunciar la muerte. A un señor Jesús Naranjo, por ejemplo, que era sumamente liberal, que en elecciones ponía los mil, los dos mil votos, pero siempre en paz, lo boletearon. Don Jesús no dejaba arrimar godos a la región donde tenía la finca, y el día de la votación salía con su gente a caballo y con banderas rojas. Votaban y se volvían a subir. Al hombre le tenían cargadilla porque había sacado de la finca a unos agregados que en el 46 votaron por don Mariano Ospina. Pero el tipo era buena persona, muy colaborador con los liberales, porque era más bien acomodado. Por la finca, que valía unos ochenta mil pesos, le daban cuatro mil quinientos. El hombre dijo aquí me muero. Y así fue. Una noche llegaron los pájaros, porque para esa época, después del 9 de Abril, comenzaron a llegar fueron los pájaros, y le partieron los brazos y las piernas a culata. Lo dejaron inválido pero vivo, tirado y aullando como un perro. Enseguida violaron a su mujer y a sus hijas. Una de ellas, Olga, contaba que a ella la habían violado hasta catorce veces, el último número que sabía, pero que después habían pasado muchos más. A los pocos días a don Jesús lo bajaron en camilla y por ahí terminó en Tuluá, arrastrándose por el suelo y pidiendo limosna.

Es que las cosas que sucedían no tienen nombre. Por todas partes se veía llegar gente llorando, con un atadito ¿A hacer qué? Las hembritas a coger la mala vida y los varones a preparar el desquite. ¿Qué más? Claro que no todos podían huir. A muchos los mataban. Personas que no podían salirse de la tierra porque no tenían para dónde irse, otras que no creyeron que las amenazas se iban a cumplir. Esta gente fue a la que peor le fue. Porque al principio mataban, asesinaban por política, por discriminaciones, pero mataban en seco. Después la cosa se puso fea. Y ya no mataban sólo por política sino también por lo que dejaba el finado, y a lo último, ya era puro vicio, ya era por matar, ya era la mera sangre la que divertía. Evelio contaba que por allá en El Dovio un conocido suyo había visto cómo los pájaros de El Cóndor habían cogido a una mujer que estaba ya para coger cama y le habían sacado un par de mellizos vivos del vientre, y que luego le habían metido un gato negro y la habían cosido dejando la cabeza del animal

por fuera. El gato, cuando se vio encerrado, trataba de salir y destrozó a la mujer a puro arañetazo. También me contaron de un caso muy sonado en Anserma, donde hicieron lo mismo pero metiendo un gallo. Son cosas que uno no puede creer, sólo el que las vio sabe que son verdad. Para mejor será, porque es mejor olvidarlo o creer que son mentiras. Mi hermana, que vivía en aquellos días en una vereda llamada Caño del Cedro, municipio de Génova, me contaba que a unos vecinos los asesinaron a machete y luego a los hombres les habían metido el órgano en la boca y a las mujeres el seno; y que habían encontrado un letrero que decía: *¡Chupen, liberales!* Yo no le quise creer. Me dio miedo creerlo hasta que me di cuenta de que eso era verdad, que eso lo hacían.

Resulta que una madrugada llegó a la casa del vecino donde vivíamos en Toro una menorcita gritando que habían matado a su papá, a su mamá y a sus hermanitos. La niña tenía unos doce años y se había escondido en el zarzo. Nos contó que esa noche había llegado una cuadrilla como de diez hombres que mandaba un tal Dedo Parado, un asesino muy nombrado. Dizque los tipos rodearon la casa, entraron y amarraron a todo el mundo, menos a un culicagado pequeñito que apenas gateaba. Uno de los pájaros le preguntó a Dedo Parado que qué hacían con el peladito. El hombre lo miró y le dijo: «Déjenmelo a mí». Se agachó, lo alzó y se puso a hacerle gracias. El culicagado, que era muy agradecido, comenzó a reírse, pobre angelito; se reía de las carantoñas que le hacía el asesino. Después comenzó a botarlo para arriba, al aire, y al recibirlo el chinito más se reía, a carcajadas. En una de esas lo bota más alto y cuando el niño cae, lo recibe el monstruo en el cuchillo. Lo atravesó de lado a lado. Dizque el tiernito quedó sonriéndole al criminal. Todo en presencia del papá, la mamá y los hermanitos. Yo no creí, me espanté tanto que sólo podía llorar de pensar en el angelito. Cuando amaneció salimos en carrera: era verdad. Todo era la mera verdad. El niñito abierto de par en par y todos los demás hechos puros picadillo, amarrados ahí a las varas del rancho. A uno le faltan palabras para decir lo que vio o lo que le contaron. Uno nunca las encontrará. Será que Dios le ayuda a uno a olvidar tanto crimen para poder seguir viviendo… Bueno, pero es mejor mirar para otro lado.

Por eso es que yo digo que a resultas del 9 de Abril todo acabó de dañarse. De dañarse para nosotros los liberales, que éramos los que llevábamos la cruz a cuestas. Pero no la cargábamos todos. Los principales del liberalismo, apenas vieron la cosa fea, se volaron. Don Argemiro Grajales, don Nabor Miranda, don Rojas, don Parra, todos fueron escurriendo el bulto y los godos avanzando, avanzando con don Cornelio Reyes, con don José Ignacio Giraldo. Godificando las regiones, azulando, azulando todo lo que antes era rojo, metiendo candela a los ranchos, metiendo sangre, metiendo bala. Y nosotros echando para atrás. ¡Los que quedábamos! Mirando el reguero de muertos, mirando y llorando.

Evelio llegó un día y me dijo: «Madre, nos vamos porque aquí también me están pidiendo la protesta». Yo le respondí que dejáramos pasar un tiempo porque a La Victoria no podíamos volver. No podíamos volver porque al hombre que nos protegió, que era conservador, lo habían matado; quien mandaba ahora era don Aristides, el tipo que yo había visto bajarse vestido de policía de un camión de chulavitas. Tenía susto de que don Aristides tomara venganza conmigo, por miedo a que yo lo delatara. Bueno, pasó el tiempo, sería como diciembre del 48, cuando un buen día Evelio llegó a la casa corriendo a contarme que había habido una masacre terrible: veintinueve trabajadores que estaban cogiendo algodón habían sido asesinados en San Antonio. Todos eran puros peones, que no tenían sino familia. Eran gente que había llegado huyendo de otros lados, gente que había tenido que dejar su tierra y se había venido a refugiar a Toro. Hasta allí los persiguieron. Evelio llegó gritando que había visto a los trabajadores completamente destrozados; a unos los habían desgargantado y a otros los habían pelado. Esto fue lo que más jodió a Evelio: ver a tres trabajadores, que hasta amigos de él habían sido, con el cuero de la cara al revés, la carne viva y los ojos fijos, como queriéndoseles salir. Cuando Evelio vio a esa gente así, dizque dio un salto para atrás y comenzó a ver todo gris, todo gris; no distinguía nada. Entonces gritó y así llegó a la casa, caminando en cuatro patas porque no se podía tener en pie. Me dijo: «No más, no más; vámonos».

Empacamos los cuatro chiritos que teníamos, cogimos a los pelados de la mano y nos fuimos ese mismo día para la estación del tren.

Íbamos para Zarzal, donde él tenía un hermano.

III

A Zarzal llegamos como un 20 de diciembre. Era un pueblo muy liberal, aunque había unos pocos conservadores. El hermano de Evelio, Cecilio, vivía en una casa pegada a la de un señor Rayo. Eran buenos amigos y hasta de vez en cuando se corrían juntos sus aguardientes. Cecilio era ya viejón y vivía de una tienda que cada día le daba menos. Era también, como Evelio, liberal, pero siempre estaba de acuerdo con el señor Rayo, conservador, quizás porque las cosas apenas se estaban comenzando a dañar por allá. Había mucho chulavita. La gente del pueblo los odiaba, pero a ellos no les importaba. Como no eran propios de la región, sino boyacenses o pastusos, nada les daba con que los odiaran. Además de chulavitas estaba llegando gente de todas partes. Gente de la cordillera, del otro lado del Cauca, de Toro, de La Unión, de Roldanillo, de El Dovio, de Betania, todos liberales. Eso hacía que se vieran venir días malucos. La policía chulavita por un lado, los liberales ahuyentados por el otro. Y así fue. Un día estaban en un parquecito que hay cerca a la escuela unos muchachos jugando; eran todos niños, muchos hijos de asilados. Estaban jugando con caucheras. De pronto llegó un policía, le quitó la cauchera a uno y le dio una patada. ¡Quién dijo miedo! Los pelados saltaron a defender al muchacho. Entonces el policía los amenazó con el revólver. Los pelados se enverracan, virgen santa, se enverracan y comienzan a echar piedra. Un pedradón le da por detrás y el policía queda frenado. Dispara, pero de lo puro zonzo que estaba da sólo al suelo. Cuando los culicagados oyen los disparos más se emberriondaron y entonces lo agarraron a caucherazo limpio. El pobre chulavo no sabía para dónde mirar, ni cómo defenderse. Trataba de correr para un lado y entonces lo atajaban por allí; se devolvía y corría para otro, y allí encontraba la cauchera. Los pelados gritaban y el hombre corría de un lado al otro. Así le fueron cascando, cascando, reduciéndolo, reduciéndolo, como si fuera un animal que hubieran encontrado en el monte. De golpe una piedra le da en un ojo. El hombre se agacha, y ahí sí fue peor. Los pelados le caen encima, le pegan con lo que pueden, caucherazos,

patadas, palazos, pedradas. Medio muerto trata de defenderse, ¡pero eso qué…! Un caucherazo lo capa; el tipo se dobla del dolor y entonces un muchacho le descarga una piedra en la nuca y lo deja muerto. Los pelados se asustan y salen a perderse. Esa noche decretan el toque de queda y la policía toma venganza. Por las rendijas de las ventanas uno veía que llevaban a los liberales arrastrados a punta de culata, los sacaban de sus casas y les daban palo por toda la calle, para que la gente escarmentara. A un pelado que cogieron, no sé si estaría o no en el parque, lo amarraron con un rejo a un carro y lo arrastraron por todo el pueblo hasta dejarlo tirado, para que lo curaran, frente al hospital. El muchacho ya era cadáver; lo dejaron ahí para burlarse, de pícaros.

La muerte del policía fue la señal para acabar con la paz en Zarzal. Los liberales no podían dormir tranquilos porque los godos y los chulavitas amenazaban con incendiar el pueblo. Todas las noches pensábamos que sería la última; dormíamos vestidos y con todo empacado; arrimábamos las camas a las paredes y envolvíamos a los niños con las cobijas. Los hombres se parapetaban en los zarzos con lo que tuvieran: escopetas, machetes, gasolina, esperando que los chulavitas entraran. Porque en Zarzal los liberales eran más organizados, había más disciplina. Yo no sé de dónde salían las armas, pero todas las noches los hombres se atrincheraban. Los chulavitas llegaban en camiones hasta la entrada, hasta la estación de gasolina, gritando y disparando, pero no se atrevían a entrar. Seguramente veían todos esos tejados llenos de escopetas y les daba miedo. Así se la pasaban toda la noche. Al otro día los policías a hacer requisa, a quitar armas tratando de abrir camino para que por la noche los chulavos pudieran entrar. Desde por la mañana comenzaban las requisas: levantaban los pisos, hurgaban los colchones, tumbaban los armarios, se subían al cielo raso, buscando, pero poco encontraban; la gente se daba mañas para esconder bien las pendejaditas que tenía. Claro que al que cogían lo jodían. Pero eso no, eso era difícil porque uno encaletaba los fierros muy bien y a veces hasta don Rayo nos ayudaba. A él no le hacían requisas porque era conservador.

Era que había conservadores buenas personas; no todos eran godos. Yo digo que hay que saber distinguir entre godos y conservadores.

Conservadores somos todos, todos queremos conservar algo: nuestra vida, nuestras políticas, nuestra tierra, nuestros hijos. Todo mundo tiene algo qué conservar. Pero otra cosa son los godos. Ellos andaban era tras la destrucción de todo: lo que buscaban era acabarnos, acabarnos. No eran conservadores porque lo que querían era destruir. Don Rayo era buena persona y se daba cuenta de lo que querían los godos, los chulavitas, y por eso nos ayudaba. Él sabía distinguir entre el conservatismo y lo que hacían y buscaban los chulavitas y los godos. En esa época, es decir, a principios del año 49, cuando esos pelados mataron al policía, la violencia no la hacían prácticamente los conservadores sino los chulavitas. Los conservadores andaban tan espantados como nosotros. Claro que a ellos no los perseguían. A don Rayo no le hacían amenazas, ni lo requisaban como a nosotros. Pero entonces a él no le gustaba lo que hacían los chulavas y más bien nos ayudaba. Mirando bien, fueron los chulavitas los que comenzaron a perseguir, a matar, a asesinar, a hacer todas esas bestialidades, pero para esa época los conservadores no se metían para nada. En Zarzal, por lo menos, los conservadores no se hicieron amigos de los chulavitas hasta bien entrado el año. Porque en realidad fue en el año 49 cuando comenzó la violencia en serio. Ahí es cuando los chulavitas logran que los conservadores se les alíen, y se alían porque los liberales nos cansamos de huir y resolvimos poner la cara y no dejarnos más. Por eso, después del año 49, los conservadores se fueron haciendo godos, fueron buscando a los chulavitas para defenderse de los liberales, que ya andaban también atacando a los conservadores. Así fue, gústele a quien le guste.

Lo del año 49 comenzó por ahí en la Semana Santa, que por más veras fue sumamente lucida. Había procesiones de noche, porque todavía se podía medio salir. La más bonita era la de los Caballeros del Santo Sepulcro. Sólo desfilaban los hombres; las mujeres se hacían a un lado y formábamos la calle por donde pasaban ellos llevando al señor. Pero esa Semana Santa fue famosa por otra cosa y no sólo porque fue la única que tuvo procesiones de noche. Fue famosa porque la Virgen de Fátima llegó a Colombia. La trajeron de por allá, de donde es ella, creo que de España, porque fueron curas españoles los que llegaron primero a hacer una misión; anduvieron todos los

pueblos, todas las regiones, todas las veredas, predicando, abriéndole el campo a Nuestra Señora de Fátima. Eran unos curas flacos y blancos, un poco verdes de la pura barba que tenían. Eran misioneros, muy rígidos y muy bravos. Una vez fui a misa con la más pequeña de las niñas, Helenita. Ella tenía por ahí cuatro añitos. Me acuerdo que la llevé a misa con un vestido cortico porque era pura niñita, se le veían las piernitas, eso sí peladitas. El sermón lo decía un cura llamado el padre Herreros. Tenía unos anteojos como hechos de culo de botella, muy gruesos. El cura hablaba de la pureza de la Virgen de Fátima, de la pureza de los tres pastorcitos con quienes ella se entrevistó. Nosotros estábamos frente al público oyéndolo, oyéndolo muy atentos. Uno no entendía muchas cosas, pero uno no le quitaba los ojos tratando de entender. Yo no sé qué sería lo que el padre Herreros vio cuando nos explicaba la pobreza de la Virgen y el pecado, pero de golpe se quedó mirando a Helenita, mirándola, mirándola y se calló; la iglesia quedó en silencio y el silencio nos rodeó a ella y a mí, porque todo el mundo nos miró a nosotros. Entonces saltó del púlpito y se nos vino. Se nos vino encima como si hubiera descubierto el pecado mismo. Yo me puse fría en medio de aquel silencio. El cura llegó hasta nosotros y señalando con el dedo a la niña dijo: «¡Miren todos, miren todos los buenos cristianos lo que es la impureza, lo que es el pecado! ¡Miren todos el vestido de esta niñita, miren dónde lo tiene! ¡Miren cómo se le ve su cuerpo, cómo se le ven sus partes!». Todo el mundo nos miraba. Helenita se asustó y se acurrucó para taparse las piernitas. Lloraba y me decía: «Mamá, mamita…». Yo no sabía para dónde agarrar y sentí como si me fuera a caer del puro susto. El cura seguía gritando y Helenita llorando. Entonces la alcé y salí corriendo. Estaba toda untadita y no dejaba de llorar. Juré no volver a la iglesia. El cura me había hecho sentir como un animal ¡y eso no!, porque yo también era cristiana. La cosa fue que la niñita, ya grande, veía un sacerdote y se acurrucaba temblando; cuando se paraba había dejado el charquito.

Esos curas españoles eran jodidos. Se dice, porque a mí no me consta, que la peregrinación de la Virgen de Fátima que ellos organizaron fue para repartir armas a los godos. A mí no me consta, pero algo había. Primero los curitas llegaban en misión, andaban de vereda en vereda, de casa en casa con sus sermones contra los

masones, contra los herejes y contra los ateos. Uno sabía que todo eso lo decían era contra los liberales, aunque no los nombraran. Pedían limosna, hacían bazares y nombraban adoradores a los conservadores. Después llegaba una imagen de la Virgen de Fátima. La llevaban los curas, pero los que la alzaban y la movían eran godos. Además, no llegaba sino a las fincas y a las casas de ellos: los liberales nunca pudimos recibirla. La gente dice, vuelvo y digo, dice que ahí en el cajón sobre el cual la llevaban iban armas, y que la visita de la Virgen era el modo de distribuirlas. A mí no me consta: yo soy católica, no creo en los curas mucho, pero le tengo mucha fe a la Santísima Trinidad. Uno no puede asegurar lo que no vio, pero uno puede decir lo que decían: por ejemplo, que el cura de Ceilán ayudó a meter armas al pueblo en un Ford 28 que tenía. Sé también, porque lo vi, que el cura Herreros andaba en un jeep con Jairo Lima, El Chimbilá. Éste es un cuento largo y para que no crean que son infundios hay que contarlo desde el principio. Cuando uno quiere saber de dónde viene un río, hay que irse hasta las cabeceras.

IV

Después de aquella semana santa, vinieron las elecciones del 5 de junio del 49. Nosotras las mujeres no podíamos votar, pero como yo le ayudaba a Evelio, me informé mucho de todo ese tejemaneje. Había cantidades de protestas: la gente protestaba para defenderse o porque llegaba a creer en las promesas. Pero así y todo, los jefes del conservatismo no se sentían muy ganadores. Entonces Laureano los llamó y les dijo: «Vamos a ver cómo nos salen las cosas y vamos a hacer unas elecciones limpias: si ganan los liberales es por trampa, y entonces hacemos la violencia; si pierden entonces defendemos lo que ganamos, porque ellos no se van a avenir con el fracaso». Así, Laureano decretó la violencia: si ganábamos los liberales había guerra, y si perdíamos también. Claro que ya había violencia, pero no tan fea como la que hubo de ahí para adelante. Yo me acuerdo que las votaciones fueron un domingo. Ese día no pasó nada, más bien todo calmado. Pero al otro día, el lunes, que era mercado, se supo que habíamos ganado. ¡Quién dijo miedo! Un matón a sueldo que tenían

los godos, llamado Luis Emilio Sánchez, un tipo que sin haberse declarado la violencia había matado por ahí como a dieciocho o veinte y andaba tranquilo, antes ufanándose de todos sus crímenes, llegó a la cantina de una señora Tamayo como a las diez de la mañana y dijo: «Si a cincuenta pesos pagan por liberal, yo se los dejo en veinticinco y doy para el entierro». Un señor Carvajal, un liberal pudiente que lo oyó, le contestó: «Dejá de hablar mierda, vos no sos capaz de enfrentarte con un hombre, vos lo que hacés es matar por la espalda». El Luis Emilio no le hizo caso y siguió amenazando sin mirar siquiera a Carvajal. Al rato Carvajal fue a salir y cuando ya estaba en la puerta, Sánchez le gritó: «¡Hijueputa, mostrá la cara!». Entonces Carvajal se volteó y Sánchez le empacó cinco tiros en el mismo sitio. Carvajal cayó allí mismo. Sánchez se acercó y le tiró un billete de cien pesos para el entierro. El cadáver tenía un solo agujero de entrada y cinco de salida. Era un hombre con una puntería muy bárbara, un matón con un ojo muy fino. Ese mismo lunes llegaron de Cali unos pájaros, políticos conocidos, que estaban a órdenes de León María. Llegaron a la plaza y a conservador que veían le decían así pasito: «Engrase su revolvercito, afile su rula, que lo vamos a necesitar; los liberales ganaron y tenemos que defendernos; bien puede, sin hacer mucho aspaviento, bajarse uno que no valen nada, no se pagan». Al que no tenía arma le soltaban una y al que tenía le daban instrucciones. Pero claro, muchos de los conservadores eran gente buena, gente honrada y trabajadora que no se avenía con el crimen y entonces no entendían de qué se trataba. Pero los pájaros sí y por eso azuzaban, azuzaban, para hacer entrar en calor a los que entendían y a los que no estaban de acuerdo. Mientras tanto los liberales, que no le quitaban el ojo a la pajaramenta, se comenzaron a asustar y la gente decía: «Vámonos antes de que nos asesinen; echemos a guarecernos en las casas». Y así fue. Por ahí a las dos de la tarde el mercado estaba solo, todos nos habíamos ido a esconder y a sacar los fierritos para esperarlos en las casas. Pero no pasó nada, no se decidieron tampoco a atacar. Por la noche, como siempre, hubo bala. Inclusive le pusieron unas bombas a don Perdomo, el jefe liberal, pero no pasó mayor cosa.

Después de las elecciones del 5 de junio, los liberales dijimos: «Hay que darles una lección en las elecciones para presidente. En noviembre

vamos a sacar a Echandía para que pacifique el país». Pero los conservadores son muy sabidos, o mejor, los godos son muy jodidos. Ellos sabían que si había elecciones nosotros ganábamos, porque siempre ganábamos. Entonces fue cuando, ahí sí, comenzó la fiesta.

En la Cámara hubo muertos; un godo más malo que Caín y Judas juntos, don Amadeo Rodríguez, mató a unos jefes en Bogotá; en Santander hubo matanzas, en Boyacá, y sobre todo aquí en el Valle. Primero Ceilán, después El Dovio, La Primavera, Betania y por último la casa liberal de Cali. A Zarzal comenzó a llegar ese gentío de la cordillera, huyendo, huyendo de la candela.

De Betania, por ejemplo, llegó mucha gente. Betania era puramente liberal, no había godos ni para un remedio. Entonces la pajaramenta no convenía con eso, no podía aceptar la mayoría liberal y decidió perseguirla. Comenzaron la godificación de la cordillera en Riofrío, Fenicia, Versalles, Salónica, El Dovio. Echando gente a dos manos y siempre lo mismo: primero la protesta; si no daba resultado, el boleteo; y si eso tampoco era atendido, mataban a la gentecita. Así fueron desocupando, desocupando toda la región. Desde Restrepo hasta La Unión y Toro. Por eso nos salimos nosotros.

Pero bueno, después del 5 de junio la cosa fue peor porque íbamos a votar a Echandía. Iban sacando gente, sacándola, persiguiéndola. Al principio dizque eran unos treinta o cuarenta pájaros, pero después se les unieron otros y otros, hasta ajustar por ahí unos quinientos hombres. Cuando ya eran un ejército, entonces cayeron sobre El Dovio, lo quemaron, después sobre La Primavera y por último sobre Betania. El cuento de Betania me lo contó un amigo llamado Pedro Tertulia. Él contaba que los pájaros llegaron primero a Naranjal, una vereda cercana a Betania, se tomaron eso a pura candela y se establecieron ahí unos días. De vez en cuando mandaban unos jinetes a Betania echando bala, gritando vivas al conservatismo y abajos al curita de Betania, que era un tipo medio liberal. La pajaramenta era mandada por Jairo Lima, alias El Chimbalá, por un tal Gordillo y por Lamparilla. Entre otras cosas, días después Lamparilla mató a Gordillo en Toro, porque éste quería pactar con los liberales. Gordillo dizque era protestado y eso no le gustaba a Lamparilla. Entonces lo bajó delante de todos en un café. Yo creo que lo que pasaba era que

Gordillo tenía una rivalidad con El Chimbalá y que entonces éste, que era un jodido, se valió de Lamparilla para quitarse de encima al tal Gordillo. Es que Lima era terrible. En aquella época era más bien buen mozo. Alto, fuerte, de ojos zarcos que le relampagueaban en una cara grande. Yo personalmente lo conocí. Andaba con el cura Herreros en un jeep tomando trago; eran muy amigos y no había cantina que no desocuparan. El cura con su revólver terciado y El Chimbalá con su par de colmillos blancos, como queriendo morder siempre algo. Después de una noche de juerga se separaban. Lima echaba otra vez para la cordillera y el cura para el Colegio Santander a dar clases. Dios que los conoció juntos no me deja mentir. Dios lo sabe.

Como digo, El Chimbilá no era feo, era bien parado, pero era un tipo muy malo, un tipo sin ningún escrúpulo, un tipo que decía que cuando mataba se le hacía la boca agua. El remoquete de El Chimbilá le vino por lo de Betania. Resulta que el curita de Betania, viendo que la cosa se ponía fea, decidió sacar a su mamá y a sus hermanos para Tuluá. Todo fue que el cura saliera para que El Chimbilá y la pajaramenta entraran. Cuenta Pedro Tertulia que por ahí a eso de las siete de la noche oyeron los primeros truenos de fusil. Dizque cuando miraron bien, sólo veían por esas lomas a la pajaramenta que bajaba con una antorcha encendida, gritando y haciendo tiros. Los de Betania habían hecho trincheras en las entradas del pueblito y en la plaza, pero cuando vieron aquella cantidad de enemigos, gritando como cerdos cuando los capan, se entumieron del miedo y salieron corriendo a esconderse en las casas. Eso fue peor, porque los godos se apoderaron de las trincheras y ahí sí fue que la vieron negra los pobres de Betania. Ellos resistieron, fueron los únicos que resistieron; eran gente verraca y estaban decididos a no echar para atrás; claro que no podían echar mucho para atrás, porque quedaba la selva, pero con todo fue gente valiente, gente que trató de pararle el macho a El Chimbilá. Fue la única gente de toda la cordillera que se enfrentó a la godificación y por eso fue que los acabaron. Porque en El Dovio o en La Primavera no fueron tan asesinos. La gente de por allí se fundió, no hizo frente y por eso El Chimbilá les concedió la gracia y los dejó vivos. Pero en cambio los de Betania eran muy valientes… ¿Pero de qué vale ser valiente ante la fuerza?

Bueno, dizque la toma comenzó a las siete de la noche y todavía a las nueve de la mañana se estaban dando bala. Los godos en la plaza y los liberales en las casas. Cuando Lima vio que ya estaba aclarando, mandó echar candela a los ranchos para sacar a la gente y acabarla ahí mismo. Así fue: por ahí a las diez estaban matando a los últimos liberales a la salida del pueblo. Dizque a esa hora no quedaban sino ranchos humeando y cadáveres de hombres, mujeres y niños… y sangre. Cuentan, y de ahí viene lo de El Chimbilá, que por los alcantarillados corría sangre y que yo no sé si sería borracho o qué, el tal Lima, cuando vio eso, se agachó, cogió un poco de sangre en la concha de la mano y se la tomó. No quedó un liberal vivo. A los días llegó el ejército a poner orden y no encontraron sino muertos: tantos muertos había que les tocó traer un buldózer para hacer un hueco y enterrarlos ahí a todos, porque se estaban pudriendo y no podían enterrarlos uno por uno. Después de la toma de Betania, ahí en Zarzal, fue que vi a El Chimbilá con el cura Herreros, que Dios haya perdonado.

El otro caso fue el de Ceilán: también fue en octubre del 49, más exactamente el 24 de octubre. También allí un curita tiene su historia. Dicen que el cura de Ceilán era sumamente conservador, muy laureanista. En el despacho parroquial tenía un retrato de Laureano más grande que el Sagrado Corazón, siempre adornado con flores. Contaba un muchacho que pudo salvarse y huir que fue ese curita el que jodió todo. Resulta que Eladio Lozano pudo salvarse porque el sacristán le avisó a tiempo de los planes de la pajaramenta y le contó además que el curita había llevado a Ceilán un poco de dinamita y de armas en su carro para que los conservadores, los pocos que había, le ayudaran en la quema.

Ceilán era también, como Betania, de mayoría liberal. Había unos pocos conservadores, pero no alcanzarían a juntar diez. Los pájaros estaban ardidos porque unos dos meses antes de la quema, los del pueblo habían atacado a una comisión de chulavitas que iban para San Rafael y resultaron dos muertos. Entonces León María andaba como una fiera. Los de Ceilán entendieron después de eso que no podían descuidarse porque la venganza podía llegar de un momento a otro y por eso organizaron guardias cívicas para cuidar el pueblo. Pero

viendo que no pasaba nada y que la venganza parecía un infundio, bajaron la guardia. Cada vez eran más poquitos los vecinos que ayudaban a las rondas y así, hasta que un día nadie arrimó. Pero tampoco nadie se dio cuenta que el curita subía y bajaba todos los días con su cacharro. Sube y baja, sube y baja. Bueno, el domingo ese de la quema, la gente se acostó temprano. Por ahí a las once de la noche dizque sonaron cinco disparos, uno después del otro. Cuenta Eladio que se mantenía despierto, esperando a ver si lo que había contado el sacristán era verdad. Los cinco disparos eran la señal. La pajaramenta y los chulavitas que estaban escondidos en las entradas se soltaron a echar bala; los pocos conservadores que había y que tenían las armas que el curita les dio se les unieron. Era una lluvia de balas. De todas partes salían. Nadie sabía para dónde correr o qué hacer. Las balas silbaban y se estrellaban contra todo: eran balas militares de puro máuser, de esos que usaba la policía. Como a la hora de empezar el ataque Eladio vio pasar un camión lleno de chulavitas gritando: «¡Viva Cristo Rey, viva Laureano, viva la Virgen de Fátima!». Eran policías enruanados. Llegaron a la plaza y comenzó el incendio. A echar dinamita y a echar candela a toda casa que estuviera marcada con tinta roja. Porque yo no sé cómo sería, pero cuentan que las casas de los liberales estaban marcadas con tinta roja y que las volaban con tacos. Los chulavitas tenían todo planeado porque sabían que los liberales tenían armas e iban a responder, pero como los tomaron de sorpresa los jodieron al principio. De un momento a otro, cuando la vaina estaba bien prendida, un muchacho Rigoberto Barrios, que era el electricista del pueblo y dormía en la telegrafía, salió a la plaza con una escopeta y cincuenta cartuchos, se parapetó detrás de la estatua de Olaya Herrera y comenzó a disparar al bulto. Se bajó como a unos diez, hasta que le dieron un pepazo que le estalló la cabeza. Pero eso fue suficiente para que los liberales de Ceilán reaccionaran y salieran a echar bala, a defenderse. Se armó la batalla. Los liberales atacaron cuerpo a cuerpo, pero los chulavitas estaban mejor armados y entonces fue la matazón. A las siete de la mañana no había un liberal moviéndose ni una casa que no echara humo. Unos huyeron, otros fueron asesinados. En la misma volqueta en que habían llegado los chulavitas cargaron los cadáveres para echarlos al río Tuluá. La

volqueta tuvo que hacer cuatro viajes completos para llevar los doscientos muertos. Las aguas del río quedaron rojas durante una semana y Ceilán azul por muchos años.

Eladio dice que el curita tuvo la culpa de esa derrota, porque él fue quien armó a los enemigos por dentro. Si eso no hubiera sido así, los chulavitas no habían sido capaces de meterse. Pero él los hizo fuertes por dentro y entonces, apoyados, así les quedó fácil. Y fue por eso que después la gente de Ceilán hizo lo que hizo. Unos pocos liberales se refugiaron en San Rafael y una tarde le echaron mano al sacristán. Estaban muy inconformes con el cura porque él era el que los había hecho fracasar. Entonces mataron al sacristán, le cortaron la lengua y le metieron en cambio los testículos, y así lo dejaron en la pura entrada de la casa cural. Eso lo cuenta Eladio; él lo vio.

Bueno, después de ese octubre del 49, no quedó liberal en la cordillera ni en Ceilán. Fue el desparrame. Todos echaron para abajo, a refugiarse en Tuluá, en Cali, en Zarzal, en Sevilla. La región se despobló en unos cuantos meses. Nadie se sentía capaz de hacer frente a esa pajaramenta armada. En Zarzal los refugiados eran montones, montones. Las autoridades no hacían ni decían nada, como si nada pasara. El ejército no aparecía y la policía, si llegaba, era para ayudar a los chulavitas.

Miguel Paredes, que era el jefe liberal de Zarzal, invitó un día al gobernador del Valle, un tal Borrero Olano, a una fiesta en el pueblo con el fin de manifestar su incomodidad por lo que estaba sucediendo en la cordillera, por toda la persecución, los asesinatos y las quemas. Borrero le respondió que todo eso eran mentiras, que la cordillera estaba en paz. Entonces Paredes lo desafió a ir a esas zonas para que con sus propios ojos se diera cuenta de la situación. Borrero aceptó y al otro día viajó a El Dovio y a Versalles. Por la tarde volvió a Zarzal. Paredes le dijo: «Bueno, doctor, ¿y qué vio por allá? ¿Qué encontró? ¿Qué le contaron?». «Nada —contestó Borrero—, por allá todo está en santa calma… Si la gente se viene de allá es porque quiere, pero yo no vi nada serio como para que la gente se tenga que salir». Entonces un viejito descolorido, que estaba oyendo, un viejito flaco y hambreado, sacó un cuchillo y le dijo al gobernador: «No sea hijueputa que yo vengo de allá; no sea hijueputa que usted es el que manda matar y

después viene aquí a hacer de ciego». Y se le mandó con el cuchillo. Don Miguel lo atajó, pero entonces toda la gente pega a gritar y a tratar de agarrar al doctor Borrero. Para cascarle, claro. Los soldados que estaban de guardaespaldas cargan los fusiles y dicen: «El primero que se mueva, se muere». El doctor Borrero sube al carro y se va. Entonces el viejito se para en la mitad del gentío y le dice a don Miguel: «En sus manos está el asunto; usted tiene el remedio en sus manos; levantemos un frente y vamos a pelear. Yo le aseguro que si le paramos el chorro al gobierno no nos demoramos quince días para que nos llamen a un arreglo. Pero si seguimos así, sin hacerles frente, nos van a matar a todos. Usted no nos puede dejar matar, usted es el jefe. Camine nos alzamos aquí y dé la orden para que otros liberales se alcen en otra parte y verá que con tres o cuatro alzamientos le ponemos fin a esta masacre y llegamos a un arreglo. Aunque haya sangre, pero entonces hay paz; si no, hay sólo sangre. Estamos dispuestos a hacernos matar para que haya paz».

Todo el mundo lo aplaudió. Don Miguel le contestó: «No, no podemos hacer el alzamiento, la orden de Echandía es no pelear. No podemos pelear. Los jefes no quieren violencia porque con la violencia perdemos. Tenemos que votar por Echandía para que no nos acaben».

El viejito no dijo nada. Se retiró callado. Al otro día amaneció flotando en el río. A los tres días asaltaron la casa de don Miguel Paredes. Lo sacaron dizque porque era el autor de la muerte del viejito. Se lo llevaron para el cuartel de policía y lo amarraron de las patas a una viga. Le dieron así hasta que se cansaron, para que confesara quién había matado al viejo. Don Miguel, que ya tenía sus años, no resistió y se quedó tieso, medio muerto, con la cabeza toda amoratada. Los policías se asustaron y lo soltaron. A la noche siguiente los chulavitas entraron a bala a Zarzal: casi nadie les hizo frente porque don Miguel había dado órdenes de no responder a bala. Se tomaron Zarzal, pero no se quedaron. Así como entraron fueron saliendo, porque no encontraron resistencia. La toma más bien fue como para mostrarnos que no podíamos hacer nada, que los jefes no nos respaldaban. La gente, que se había medio organizado después de la colgada de don Miguel, en vez de echar para adelante se echó para atrás y todo porque respetaban más de la cuenta a los jefes. Por eso

fue que los liberales dejaron entrar la chusma de pájaros. De ese día para adelante los godos se descararon. No había noche que no sacaran algún liberal de su casa y le dieran su fuetera. Llegaban sin golpear y entraban a culata limpia, sin respetar mujeres, ancianos o niños. Levantaban los pisos, rompían los colchones y las almohadas, se llevaban al hombre y a veces hasta a los niños mayorcitos. Los sacaban a empujones y en la calle, delante de la mujer y de los vecinos, los encendían a zurriago. Después los tenían dos o tres días en el cuartel de la policía, averiguando por las armas, torturándolos; les amarraban las manos a la espalda y después los colgaban, los metían entre una alberca llena de agua hasta casi ahogarlos. Los hombres salían vueltos una miseria. Teníamos que curarlos durante dos o tres semanas hasta que pudieran caminar. Una noche, por ejemplo, a doña Magola, una vecina, le sacaron al esposo y a cuatro muchachos ya volantones. Se los llevaron a patadas para el cuartel. Esa mujer casi se vuelve loca: gritaba, trataba de no dejar llevar a sus queridos, pero entre más trataba más la empujaban y más duro le daban al viejo y a los muchachos. Pasaron unos días y otros días y no aparecían. Nadie daba razón de ellos, hasta que aparecieron en el río todos. Maniatados unos con otros, despanzurrados.

La vida se puso difícil. No se podía dormir tranquilo, porque uno no sabía a qué horas iban a llegar los chulavitas a desmandarse. Un día llegó el señor Rayo a la casa:

—Doña Ana Julia —me dijo—, mándeme llamar a Evelio que tengo que hablar con ustedes. La situación está muy grave.

—Sí, señor —le contesté—. Evelio anda por allá en la plaza y no demora. ¿Pero qué pasa?

—Mire, yo sé por qué se lo digo. Ustedes tienen que irse del pueblo porque le van a echar mano a Evelio. Usted sabe que él es un tipo muy carismático, muy porfiado, que anda gritando a la gente, que anda haciendo política en toda parte. La policía ya lo tiene fichado y no demora en caerle, y usted sabe qué es eso. Varios amigos míos me han puesto la queja de lo que está haciendo y yo que soy también amigo de ustedes, debo avisarles. Soldado advertido no muere en guerra.

—Pero doctor Rayo —le contesté—, si Evelio no ha hecho nada malo, no ha robado, no ha matado, no ha amenazado. Es una

injusticia. Él tiene sus amigos, como todos los tenemos, pero eso no es pecado.

—No importa. Tienen que irse de aquí o si no aténganse a las consecuencias.

En ese momento entró Evelio.

—Buenas, doctor Rayo. ¿Cómo andan las cosas? ¿A qué se debe el milagro?

—Le cuento el milagro pero no el santo: tiene que salirse de Zarzal ya mismo. Sé que van a maltratarlo si no se van. Yo lo estimo mucho, sé que usted es un hombre honrado, pero el palo no está para cucharas. Aténgase a lo que le digo: ¡váyase!

—Doctor, pero uno no puede irse así de un momento a otro; uno tiene sus corotos, uno tiene sus crías, uno tiene manera de vivir aquí. ¿Cómo deja uno todo y se va?

—Mire, Evelio, hágalo por los niños. Ellos no tienen la culpa de nada; hágalo por la mujer, ella va a sufrir mucho si lo cogen a usted.

—No, doctor —dice Evelio—. No me puedo ir así como así. Yo no voy a estar corriendo siempre; es mejor que los vea de una vez por todas y no jodamos más.

—Por lo menos saque a Ana Julia y a los niños…

—No —dije—, yo no me voy sola. Yo prefiero que me maten. Si han de matar a Evelio que me maten a mí también. ¿Cómo voy a vivir sin saber de él? ¿Qué les digo a los niños?

—Bueno —dice el doctor Rayo—, yo cumplí. Ahora ustedes verán qué hacen. Yo no los puedo ayudar más. Mañana no me vengan con lágrimas cuando ya sea tarde.

Se despidió y salió. Evelio me dice:

—¿Qué hacemos? Yo creo que la cosa es seria. Váyase usted para Sevilla y yo los alcanzo. Váyanse para donde su hermana mientras yo llego. Un compadre me hizo una oferta y puedo cogerle la mano. Aquí no podemos seguir. Ya me lo habían dicho.

—No, no me voy sola. Yo no le digo una cosa al doctor Rayo y otra a usted. Me voy con usted, o me quedo con usted.

—Es que con usted yo no me puedo mover y la vaina puede ser esta noche. Yo me quedo a cobrar unas platas y usted saque a las criaturas. Yo puedo quedarme cada noche en una parte o echar para el monte

pero solo. Con usted no.

Bueno, el hombre me convenció. A las tres de la tarde estábamos cogiendo carro para Sevilla. Era el 6 de enero de 1950.

V

En Sevilla las cosas estaban peor, pero por lo menos no nos conocían: nadie sabía quién era Evelio, nadie sabía quién era yo. Mi cuñado era liberal pero poco se metía en política. Negociaba en café y era muy conocido por todo el mundo.

Lo primero que encontré en Sevilla fue también la muerte. Yo que me bajo del bus en la plaza y veo el montón de gente arremolinada mirando unos cadáveres. Eran los carboneros de La Estrella. Dizque eran liberales. Nueve hombres que habían encerrado en la mina y luego les habían echado gasolina. Eran puros carbones. La andanza la había hecho Marcos Granados, el jefe de los violentos. Marcos era hermano de Onésimo. Uno era conservador y el otro era liberal, gente mala, matones y asesinos que se amangualaban para defenderse y se dividían para hacer sus fechorías. Marcos mataba liberales y se quedaba con sus tierras. Onésimo mataba conservadores y lo mismo. Así dizque fueron haciendo una gran finca. Pero de nada les sirvió. Un día, el mismo día, en lugares diferentes, los mataron.

Después de lo de los carboneros de La Estrella me tocó ver el asesinato de un tal Clímaco Arango, en la calle Miranda, una cuadra antes de llegar a la galería. Me tocó presenciar todo. Resulta que a otro señor, un tipo llamado Aranzazu, que era liberal, le habían avisado que Clímaco lo andaba buscando para matarlo y entonces estaba prevenido. Yo pasaba frente a un café que se llamaba La Última Copa, cuando vi que Clímaco venía en bicicleta. Estaba como a unos diez metros. El tipo se bajó de la bicicleta y cuando fue a entrar al café, Aranzazu lo recibió de un tiro. Clímaco no se dio ni cuenta. El tiro lo devolvió para afuera como si lo hubiera pateado un caballo; la sangre le saltó de la cara en un chisguete que manchó la pared. Cayó boca arriba, ya muerto, y no se movió. La que me moví fui yo corriendo para la casa. Yo no quería ser testigo de la vaina, más siendo el finado conservador y yo liberal. Pero el problema no paró ahí. En el

levantamiento del cadáver dizque la policía decía: «Esto hay que cobrarlo; es el momento de que en Sevilla no quede liberal, es el momento de quemar las casas y de sacar a los liberales». Y así fue. Esa noche quemaron varias casas de liberales, entre otras la de Aranzazu. La policía y los godos en Sevilla también iban de la mano. Mi cuñado cuenta que él oyó un día en la panadería del camarada Salazar que un policía le decía a uno de los pájaros más asesinos de Sevilla, llamado Marihuana: «Tomá esta lista de liberales que se tienen que morir esta noche». Al otro día amanecieron cinco cadáveres en la calle de La Pista. Otra vez, cuenta también mi cuñado que él vio a un policía asesinar a un tipo arrodillado ahí en la avenida Santander. El hombre dizque le rogaba que no lo matara y nada. El policía le pegó dos tiros en la cabeza. Después, cuando llegó el inspector, el mismo policía que lo había asesinado declaró que él había visto el asesinato y que el autor había sido fulano de tal, un arriero liberal.

Los godos, los violentos y los policías andaban amangualados: se puede decir que eran los mismos. A El Chimbilá, por ejemplo, lo veía uno entrar al directorio conservador de Sevilla, y Marcos Granados andaba de gancho con los jefes conservadores. En los bajos del comando de policía había un café y ahí veía uno a Melco Camacho emborrachándose con los policías después de haberlo cogido preso por un asesinato. Es que los pájaros tenían la protección de las autoridades y de los directorios conservadores. La policía colaboraba con ambos. Defendían solamente a los conservadores y ayudaban a los pájaros. Uno de los modos de ayudar era haciendo rondas y requisas. Así fue lo de la hacienda La Coimba, que era de un liberal muy nombrado: llegó la policía, le quitó al personal todo lo que tenía, las escopeticas, las rulas, los cuchillos, y por la noche cayeron los chusmeros de La Chorrera. Los pobres trabajadores no tenían con qué defenderse y los mataron a todos: dejaron la pila de cadáveres. Si no hubo más muertos es porque mi Dios es muy grande. Se pudieron salvar muy pocos: un muchacho Jairo Agudelo, que después se llamaría el Capitán Peligro, y un muchacho Bernardo Brito, hermano de Abelardo, de Efraín y de Argemiro. A Argemiro sí lograron matarlo, pero en otra parte, en la hacienda El Paraíso. Fue un asesinato vulgarísimo; lo cogieron sentado. A un hombre bueno no lo deben matar así, sentado. Él estaba

comiendo y lo sorprendieron tomándose la mazamorra. El jefe de orden público, un señor Pedro Nel Ramírez, que era un tipo honrado, encontró junto al cadáver de Argemiro una cachucha de la policía y se enverracó. Se fue con esa prueba a la gobernación y el gobernador le dijo:

—¿Usted qué trae?

—No, pues yo traigo aquí esta prueba de que la policía está asesinando gente inocente.

—Déjela ahí sobre esa mesa.

—Pero señor gobernador, esto es una prueba.

—Si yo sé —contesto el gobernador.

Entonces así no se podía. No había nada que hacer. Los directorios conservadores nombraban las autoridades y las autoridades defendían a los asesinos. Pero la cosa no terminaba ahí; la cadena era más larga, porque los liberales tenían que abandonar la tierra. Los propietarios de La Coimba, de La Primavera y de La Estrella tuvieron que vender o tuvieron que abandonar. Después de que mataban a los trabajadores, o a los agregados o a los mayordomos, llegaba por ahí un vecino, o cualquier cliente, y le decía al propietario: «Hombre, ¿usted por qué no vende esto?». Y el tipo, como ya no podía visitar su finca, le contestaba: «¿Pero a quién?». Respondía el otro: «Yo conozco un tipo que está interesado». Entonces se hacía el negocio y el vecino iba agarrando su finca. Así se compraron muchas tierras, a puro terror. Así pasó con Celedonio Vargas, un muchacho sano, bien criado, nacido en un hogar que no era rico pero donde tampoco faltaba nada. El papá tenía una finca en el cañón de Totoró y allí se criaron Celedonio y cuatro hermanas mayores que él, todas muy bonitas, muy agraciadas. Cuando el muchacho tuvo edad, el viejo lo mandó a estudiar a Sevilla. Allí estaba haciendo muy formal su bachillerato cuando comenzaron a joder a don Carlos, que así se llamaba el taita. Era un hombre muy liberal y muy trabajador, tenía una finca bonita en puro café. Pero los godos y los chulavitas comenzaron a hacerle la vida imposible. Primero le hicieron un asalto, le quemaron la casa y los beneficiaderos del café. Después lo boletearon. Celedonio se enteró, dejó el estudio y se fue para donde el papá a ayudarle, a defenderlo. Don Carlos le dio un terrenito y Celedonio lo sembró de yuca: bonito yucal llegó a tener.

Ya estaba para coger cuando llegó la chusma. Quemaron todo lo que habían vuelto a parar, mataron a los viejos y a las hermanas. Celedonio se salvó porque pudo esconderse. Cuando salió y vio todo ese destrozo dizque se arrodilló en medio de los cadáveres de sus hermanas y de sus taitas y dijo: «Juro que no vuelvo a trabajar, juro que cobro mis queridos». Y se echó al monte, se tiró a la montaña. Formó una pequeña cuadrilla liberal con los trabajadores y en dos semanas estaba ya operando. Se unió a Teófilo Rojas y se fue para el Tolima a aprenderle a Chispas; después le dio espuela Dumar Aljure, un guerrillero del Llano, y allá fue a parar. Anduvo con los llaneros como seis meses y cuando ya estuvo enseñado volvió; se trajo cuatro guerrilleros y con la cuadrilla que había dejado se mandó a hacer la guerra. A los pocos meses eran treinta y ocho, gente toda corrida por los godos, gente de Sevilla, de Zarzal, de Tuluá, de Betania y sobre todo gente del Tolima. Después se les unió un muchacho que llamaba Firpo, un pelado de quince años que tenía como veinte hombres; era un pelado muy valiente, muy jodido; se hacía respetar de hombres mayores que él, de hombres ya grandes y ya viejos. Una fiera. La cuadrilla de Celedonio era pura liberal, no buscaba caerle al campesino, ni robarle, ni mucho menos asesinarlo. Su fin era meramente hacerles la guerra a los policías, matar policías, matar chulavitas y matar pájaros. Era su delirio, su venganza. Uno de sus primeros asaltos fue en La Cuchilla: se tomaron el puesto y mataron a los policías y al inspector, pero no tocaron a un civil. Eso lo hizo muy afamado. Después no había día en que Celedonio no matara uno, dos, tres policías. Eso iba animando a los liberales, les iba dando aliento, los iba entusiasmando, y asimismo la cuadrilla de Celedonio iba creciendo, creciendo. Todos esos muchachos huérfanos, todos esos hombres derrotados, todas esas mujeres violadas se sentían contentos de que hubiera alguien a quién unirse. A los pocos meses la cuadrilla tenía cien, ciento cincuenta hombres. Entonces Celedonio, que era muy sabido, la dividió. Una parte andaba en la montaña y otra en los pueblos. Los de la montaña eran la fuerza, los de los pueblos eran la comida. Mientras Celedonio en la montaña hacía asaltos, mataba policías y defendía liberales, los de los pueblos le mandaban comida, le conseguían armas y le daban información. Yo también, de vez en

cuando, le mandaba un revolvercito, un San Cristóbal, una cachucha. Porque los de los pueblos también mataban policías. Esos policías que iban por ahí en bicicleta los bajaban a piedra y les quitaban las armas para mandárselas a Celedonio. Con todo esto la cuadrilla iba creciendo, creciendo, y Celedonio distribuyendo, distribuyendo. Al principio operaban sólo en Totoró, después metió una cuadrilla en La Cuchilla y después otra en San Marcos. Así, en la misma forma como la cuadrilla iba creciendo, se iba tomando otras regiones. Y asalten puestos de policía y maten chulavitas que era un gusto. La cosa llegó a tanto que tuvieron que quitar los puestos de policía, tuvieron que recogerlos, porque más se tardaban en reemplazarlos que Celedonio en tumbárselos. Y eso le daba fama a la cuadrilla y la fama le daba hombres. Todos querían echarse para el monte con Celedonio, pero éste no aceptaba siempre a la gente, aunque le hubieran matado al papá y a toda la familia. Celedonio se cuidaba. Cuando un cliente lograba el contacto para meterse en la guerrilla lo chequeaban, lo estudiaban, se informaban bien quién era, si era de familia, si era honrado, si era valiente, si de verdad quería meterse al monte y no era un sapo. Bueno, después lo entraban, le enseñaban el manejo de las armas, a caminar, a puestiar, a esconderse, a huir. Lo volvían un guerrillero de verdad. Celedonio tenía dos campamentos de entrenamiento. Uno en Totoró y otro en Barragán. El de Barragán era en junta con las cuadrillas del Tolima y el de Totoró era mandado por llaneros. Evelio conoció el de Barragán porque una vez fue a llevarles unas medicinas que le habían encargado. Él fue hasta allá. Cuenta que casi todos eran niños y que los trataban como puros soldados: los hacían madrugar, los hacían cargar el fusil todo el día, los hacían caminar por la noche. Todos estaban felices y no tenían otra idea distinta a matar un policía.

Celedonio tenía su comando en Totoró y desde allí mandaba cuadrillas a operar en distintas partes, en distintas regiones: era como un agua que se fuera regando. ¡Con tanta gente como tenía! Así metió cuadrillas en La Melba, en Barragán, en Samaria. Pero todas las cuadrillas obedecían solamente a Celedonio. Tenían su correo diario y con él llegaban las órdenes de lo que tenían que hacer y le informaban al jefe lo que pasaba en la región. Y los campesinos comenzaron a

ayudar con comida. No había rancho donde no los recibieran bien y les mataran gallina. Hasta en regiones conservadoras como Aures los querían. Los campesinos sabían que Celedonio los defendía y si ellos sabían algo, el runrún de que los pájaros iban a caer, Celedonio caía primero y cuando los pájaros llegaban ya los tenía puestiados y ahí mismo los acababa. O si, por ejemplo, a un liberal le quemaban la casa, ahí aparecía Celedonio y bregaba hasta dar con los autores, o también cuando boleteaban a algunos, la cuadrilla se aparecía y no dejaba echar a la gente. Entonces, claro, los campesinos querían a Celedonio, lo seguían y le ayudaban en todo lo que necesitaba. Por eso un día Celedonio se salvó de una emboscada, o mejor, emboscó a los que lo iban a emboscar.

Resulta que la guerrilla iba a tomarse el puesto de El Venado, que acababan de poner como carnada, y la policía estaba emboscada en el camino por donde debían pasar los muchachos de Celedonio. Pero los campesinos le avisaron al hombre y éste, con lo jodido que era, dividió su gente. Una la mandó a tomarse el puesto y otra la mandó a rodear la emboscada. Dieron el golpe al mismo tiempo y mataron a veinte. Otro día la guerrilla de Celedonio, por allá en Aures, se topó con una chusma goda, se dieron bala en plena montaña y hubo varios muertos de uno y otro lado, pero los liberales terminaron por sacar corriendo a los godos en una región conservadora porque los campesinos le ayudaban a Celedonio. ¿Y todo por qué? Porque para las guerrillas liberales, los conservadores sanos no eran enemigos: los respetaban, los defendían y asimismo entonces los conservadores honrados ayudaban a la guerrilla liberal. Pero en cambio la chusma goda, la pajaramenta, no respetaba nada, ni a los mismos conservadores. Arrasaban con todo, se robaban el ganado, el café, las bestias, inundaban los ranchos, las haciendas, mataban a quien encontraban, violaban mujeres, hacían asquerosidades con los cadáveres. Es que los jefes eran muy distintos, los jefes de los pájaros eran todos asesinos, todos criminales sacados de las cárceles. El Marcos Granados, por ejemplo, que era de Nuevo Caldas, hizo fama robando, asaltando, asesinando. Lo capturaron por fin y lo metieron al panóptico de Bogotá. De allí logró fugarse y un buen día apareció otra vez en Sevilla con credencial de secreto.

Floro Muñoz salió de la cárcel directamente a ser inspector de policía. ¿O también Gilberto Sánchez, apodado Bocadecebo y su hermano Trasnocho, Caín Sánchez, Horacio López, llamado Mingas, no tenían todos cuentas pendientes con la justicia por asesinato, robo, violación? En cambio los jefes de cuadrilla liberal eran todos campesinos que habían cogido el monte por la persecución: Aldemar Quiseno, un hombre guapísimo al que le habían asesinado a sus hermanos; Ramón Arboleda, un tipo muy joven que no quiso protestar; Francisco Dávila, El Brujo, un campesino muy sabido, y Víctor Muñoz, el Ñato Hoyos, los Cardonas. Todos trabajadores honrados que obligaron a alzarse, a defenderse. Es que eran cosas muy distintas, muy distintas.

Claro que los liberales poco a poco se fueron volviendo también jodidos y comenzaron a ejercer la venganza de una manera que, digamos, no era limpia, o por lo menos que no se avenía con mis ideas. Un día Evelio había estado conversando en la plaza con Hugo Toro Echeverri de política. Charlaron un buen rato y hasta el doctor le regaló unos poemas bonitos, porque era compositor. Dizque Evelio no había caminado una cuadra cuando oyó una descarga, miró atrás y vio cuando el doctor Toro caía. Un tipo le había disparado por la espalda y salía corriendo. El padre Gabriel Rivadeneira salió detrás del asesino y logró echarle mano. Pero cuando eso ya el mundo de gente se había reunido. Cogieron al cliente a piedra, ahí delante del cura, y si no hubiera sido por él lo matan. Bueno, pero el cuento no era ese, sino que al otro día la guerrilla de Celedonio agarró por allá en el Alto de Medellín a un señor llamado Rubén Herrera, conservador y muy rico, y lo mató por la espalda. Era un tipo que no le había hecho nada a Celedonio, que trabajaba honradamente, pero como los godos habían matado a un liberal, entonces había que matar a un conservador.

Celedonio comenzó a cometer errores, errores jodidos, quizá porque sus guerrillas crecían muy rápido y se fueron creyendo los chachos, se les subieron los humos y aparecieron las rivalidades. Cuentan que una vez hubo un enfrentamiento jodido entre el capitán Metralla, que operaba en Cumbarco, y Carnaval, que era el segundo. A Carnaval como que le dio por beber y para beber robaba. Metralla lo llamó y le dijo: «Esto no es ser guerrillero; lo que usted hace es un abuso; usted

se va». Entonces Carnaval le contestó: «Me voy pero no solo». Y señaló a los diez o quince propios. Metralla se puso furioso y trató de cogerlo preso, pero los amigos de Carnaval sacaron las armas. Entonces los amigos de Metralla les respondieron y se formó la balacera. Metralla y Carnaval quedaron muertos y cinco o siete hombres de ambos bandos también. Los guerrilleros de Metralla volvieron donde Celedonio; en cambio los de Carnaval se unieron a Paticortico, que era un asesino, un mero bandolero. Las mujeres también comenzaron a ser problema. Celedonio era muy bien plantado y muy enamorado. Tenía varias queridas: unas lo seguían y a otras las visitaba. Pero un día le jaló el ojo a una mujer muy bonita, casada con un tipo de Sevilla, conservador. A Celedonio no se le dio nada; a ella tampoco, y se fueron juntos. Celedonio andaba con la mujer para todos lados. A donde iba el hombre iba la mujer, bien fuera a un asalto, a una correría o a una emboscada. La muchacha no lo dejaba, ni él la dejaba. Los godos se sentían humilladísimos por Celedonio: a ellos no les importaba tanto que los guerrilleros mataran policías o que mataran tal cual godo mal portado, pero cuando les quitaban una mujer el mundo se les venía encima. Entonces le pusieron precio a la cabeza de Celedonio. El gobierno dio una parte, el directorio conservador otra, los conservadores pudientes, como don Aníbal Jaramillo, otra, y claro, el marido lo que faltaba: cincuenta mil pesos valía la cabeza de Celedonio. Él dizque se reía y la mujer también. Alguien le dijo: «Celedonio, mire que no confíe mucho en la mujer; mire que la vieron conversando con don Aníbal Jaramillo en Armenia; mire que la plata tienta hasta a los santos». Celedonio se reía y nos les contestaba nada. La mujer también se reía porque el hombre se lo contaba.

Y pasaron los días. La recompensa ya iba en cien mil pesos. Celedonio se reía, la mujer también. Una noche los guerrilleros organizaron un baile para celebrar el cumpleaños de Celedonio en una escuela. Cuando estaban en plena fiesta, la mujer se perdió y Celedonio salió a buscarla. De golpe una ráfaga de ametralladora lo parte por la mitad. La mujer no volvió a aparecer, pero el cadáver de Celedonio tampoco: los guerrilleros cargaron con la prueba de la recompensa. Un año después el marido mata a la mujer y los guerrilleros a don Aníbal Jaramillo. Fue lo último que hicieron los

hombres de Celedonio, porque después vino la desbandada y nadie los heredó. Evelio quedó fichado como seguidor, como auxiliador, y la policía secreta comenzó a perseguirlo. No podía arrimar a la casa porque le hacían el tiro, tenía que andar huyendo, no podía parar, tenía que mantenerse de un lado para el otro. Yo vivía con el corazón en la boca pensando que al hombre le iban a echar mano. No podía quitarme de la cabeza el miedo, porque si lo apañaban lo dejaban hecho un jirón. La secreta sabía que él le había ayudado a Celedonio, le había colaborado, y eso no lo perdonaban. Además porque Evelio ya era conocido como liberal, era amigo de los jefes liberales, se metía en las elecciones y organizaba la gente. A Evelio lo había dejado marcado lo del viejito de Zarzal, eso de que había que resistir, eso de que nos teníamos que organizar para hacer la paz, eso lo desvelaba. Cuando llegamos a Sevilla comenzó a trabajar con el cuñado comprando café a los pequeños y revendiéndolo a la federación o a los mayoristas. En este trabajo conoció mucha gente, se hizo amigo de muchos y era así como hacía política. En esa época era muy difícil hacer política porque el partido liberal era muy perseguido, era muy odiado por los conservadores. Después del atentado a Darío Echandía, el partido se retiró de las elecciones. No quiso untarse el dedo porque decía que de todos modos iba a ganar Laureano. Eso era verdad. La policía retenía a la gente y le confiscaba la cédula si era liberal. Eso fue por todas partes. A un tipo que sabían que era liberal le pedían identificación y ahí mismo le rompían el papel o se lo quitaban, y después ¿uno dónde lo iba a reclamar? El pensamiento era dejar sólo cédulas conservadoras para que sólo aparecieran votos godos, y además las fueteras. Cogían al cliente, le daban zurriago hasta que lo dejaban tendido con el fin de asustarlo para que no fuera a votar y le decían: «Si te aparecés el día de las elecciones, volveremos a zurrarte». La gente cogió miedo. Y las protestas; eso era obligado. Hubo mucha gente que protestó, que tenía que protestar para defender la vida y esos eran votos por Laureano. La cosa se empeoró después de las elecciones, porque como en la cédula aparecía si uno había votado o no, entonces era muy fácil saber si no había votado por Laureano. Como el partido liberal no fue a las elecciones, si no aparecía el sello de la votación uno era liberal, nueveabrileño que llamaban, y entonces venía la zurra, venía la

persecución, el asesinato. Evelio, cansado con tanta injusticia, con tanta vaina, dejó de trabajar con el cuñado y se metió a hacer política. Eso lo jodió, pero yo estaba en todo de acuerdo con él. Era que ya no se podía vivir. Yo me puse a lavar ropa para poder conseguir la parva y así vivimos hasta cuando mataron a Celedonio. Entonces el hombre me dijo: «Nos tenemos que ir también de aquí. Esto ya no tiene remedio; yo no me puedo ni mover, cualquier día caigo. Váyase usted para Caicedonia, donde Dimas Cantor, que ya está hablado, y yo me voy para el Tolima, para Villarrica. Allá se está abriendo una colonización y podemos, si Dios quiere, conseguir un terrenito para volver. Cuando ya la vaina esté andando, entonces mando por usted».

Yo sabía que eran embustes. Me di cuenta de que el hombre iba a hacer otra cosa, pero no le quise decir nada. Mejor que él siguiera creyendo que me engañaba, así se iba tranquilo. Y diciendo y haciendo. El hombre agarra un día camino para Villarrica y yo para donde Dimas Cantor. Era agosto del 51.

Caicedonia no estaba tan revolcada, estaba más bien apasionada. Pero en las veredas, por ejemplo en Aures, la cosa sí era fregada. Mataban mucho liberal, estaban azulando todo el campo, se estaban haciendo grandes fincas echando al pequeño, echando al concertado, robando café, incendiando los beneficiaderos, desflorando las matas, matando las bestias. A un cliente que le robaban el café de una cosecha, ¿cómo seguía trabajando? Pues tenía que poner la tierra por delante. ¿O si le quemaban el beneficiadero o se lo destruían? Pues a vender por lo que dieran. ¿Y cuando desfloraban las matas? ¿Qué café se iba a recoger? Y la gente toda con deudas, ¿cómo podía pagar? Los acreedores caían y compraban al precio que les daba la gana. Es que era un negocio redondo, porque la tierra caía después y como las autoridades se hacían las de la vista gorda o como colaboraban, pues era muy fácil conseguir tierra. Claro que los que más echaron bueno fueron los comerciantes, porque ellos eran los que podían quedarse con todo. Los violentos eran los que directamente boleteaban, asaltaban, incendiaban, asesinaban, pero poco disfrutaron de sus bellaquerías porque no podían echar raíz. Entonces iban con los que tenían el ojo puesto en la tierra, y hasta llegaban a repartirse las ganancias. Por eso fue que la protesta no siempre sirvió. Servía para

las elecciones, pero después no les convenía que la gente protestara porque no podían quedarse con la tierra. Por eso fue que el partido conservador abandonó la cuestión de la protesta después de la elección de don Laureano. Es que son muy sabidos.

VI

Caicedonia estaba más bien calmada. La violencia era en el campo y al pueblo llegaba el desfile de gente que tenía que abandonar la tierra o venderla y venirse con el atadito, y las criaturas, a andar calles, porque ¿qué más hacían? Era distinto a lo que sucedía en Villarrica, según contaba Evelio. En Villarrica había gente de todas partes del país, gente de Antioquia, gente de Caldas, gente del Valle y gente del Tolima, la cantidad de gente; dizque como siete mil habitantes tenía ese pueblecito de Villarrica. Pero entonces había tierra; eso era una selva sin dueño y el que llegaba y quería meterse se metía a hacer la colonia. Por eso llegaba tanta gente, toda huyendo, pero toda también con el pensamiento de seguir trabajando la agricultura. Además, casi todos eran liberales. De siete mil sólo había mil doscientos godos. Así había esperanza de paz y trabajo. Pero ya el veneno venía pierna arriba. Cuando Evelio llegó lo primero que vio fue un altoparlante en la mitad de la plaza con un discurso de Gaitán que comenzaba: «¡Viva el partido liberal, viva el partido liberal, viva el partido liberal!». Dizque el hombre estaba oyendo al jefe cuando de golpe un tipo que salió de no se supo dónde rompió el altoparlante. Evelio pensó: aquí andamos mejor, pero no estamos bien.

Claro, en Caicedonia la cosa estaba peor. Yo me instalé donde don Dimas Cantor, que además de ser amigo de Evelio era padrino de Aldemar, un niño que había nacido en Sevilla. Me instalé unos días y después me dio una casa, puro en frente a la de él, que tenía desocupada. Pero no había acabado de arreglar los jotos cuando matan a Azarías Vargas, un chusmero que operaba por los lados de Aures, un tipo malo, bueno sólo para matar, para robar, un pájaro godo que había asesinado muchos liberales. Cómo sería de malo que su misma chusma, sus mismos hombres lo mataron. Se lo quitaron de encima porque era muy atravesado. Lo mató un compañero un lunes de feria

como a las tres de la tarde. Yo estaba en la cocina, oí los disparos y dije: «¿Qué pasará? ¿A quién habrán pelado?». Salí a mirar y en eso pasaba un carro lleno de godos sacando la cabeza por las ventanillas, haciendo tiros al aire y gritando: «¡Abajo los rojos hijueputas! ¡Abajo los rojos malnacidos! ¡Esta noche no la pasan! ¡Viva el partido conservador! ¡Mataron a nuestro padre! ¡Viva Azarías Vargas!». Claro, lo que buscaban era echarle la culpa al liberalismo para poder matar la gente que no les convenía. El carro paró en la esquina, frente al café Los Tres Ases, y se reunieron, siempre gritando y amenazando con los machetes. Por ahí a las seis de la tarde, ya tomados, vi que venía don Dimas para su casa y me dije: ¡Virgen Santa! A ese hombre lo van a matar. Él trató de echar para atrás cuando vio la montonera, pero ya era tarde. Por la otra bocacalle venía otro grupo de godos gritando lo mismo. Don Dimas siguió y los dos grupos se le fueron acercando. Cuando ya estaban bien cerca uno de los dos grupos se abrió y le hizo una calle. Don Dimas respiró, pero se engañaba. El hombre comienza a pasar y los malvados esos lo encienden a plana. Trató de correr, pero un machetazo en una espinilla lo tumbó y le partió la pierna. Y ahí en el suelo lo cogen. Él apenas se amparó la cabeza, ¿pero eso qué?, si la lluvia de plana era una verraquera. Cada planazo que le descargaban era seguido con un viva a Azarías Vargas, un viva al partido conservador y un grito de don Dimas: «¡No me maten, no me maten!». De la casa de él y de la nuestra salimos las mujeres a defenderlo, así nos dieran a nosotras también. Pero cuando llegamos, los matones se hicieron a un lado y nos dejaron cargarlo. «Eso es para que aprendan mejor, hijuetantas», decían. Casi muerto llevamos a don Dimas a la casa: era una llaga; tenía la piel toda reventada y llena de morados. No se podía mover. Pero eso no era lo peor, era el comienzo de lo peor. Sabíamos que los godos no iban a dejar la cosa así. Ellos lo que comienzan lo terminan y saben cómo comenzar, son organizados y no les da miedo ser la minoría. Ellos pueden ser minoría pero como pueden hacer las cosas unidos, bien unidos, disciplinadamente, entonces se les meten a las cosas más difíciles. Además, como contaban con el amparo de la autoridad, pues iba una cosa por otra. Así fue como comenzaron en Villarrica. No les importó que fueran sólo mil contra seis mil, porque la policía les ayudaba y porque se

organizaron pronto.

Cuando Evelio llegó, no había autoridad en el pueblo. Había policía en Cunday y alcalde en Carmen de Apicalá, dos pueblitos cercanos, pero en Villarrica propiamente no había autoridad. Por eso el jefe de los conservadores, un tal Antonio Molina, pidió que la gobernación pusiera un puesto de policía, dizque para que los hechos como el disparo al altoparlante no volvieran a suceder. Es que son jodidos. Los liberales, claro, no podían oponerse a eso, porque eran los afectados y así, con esa disculpa, metieron la policía. Eran hombres de la policía departamental. Todos conservadores, puros chulavitas traídos de por allá del Cauca, sacados de la cárcel. Llegaron a la casa de don Antonio Molina mientras se les construía el puesto, el cuartel. Ahí dizque don Antonio no hacía sino halagarlos. Se emborrachaba con ellos, los sentaba a la mesa y hasta dejaba que les echaran ojo a las hijas. Es que don Antonio era como decir León María, pero chiquito, sabido para tejer chinchorros y no dejar a nadie por fuera. Metelón, buen tomador, montaba un macho negro y se emborrachaba acaballado. Tenía dos gatilleros, un tal Chucho Osorio y un tal Joaquín Pedroza, ambos boyacenses, como don Antonio. Eran dos matones que no lo desamparaban. El tipo era tan jodido que se dio mañas para hacer nombrar inspector de policía de Villarrica al Osorio y así las tenía todas con él.

Un día estaba Evelio tomando aguardiente con unos amigos en una cantina, tranquilos, conversando, cuando entra el tal Joaquín con otros matones y se sienta puro en frente. Comienzan a gritar «¡Viva Antonio Molina! ¡Viva el partido conservador! ¡Viva la religión católica!». Provocando, tratando de buscar el reviva. Pero Evelio y sus amigos no quisieron coger la caña, no quisieron pisar la trampa y se hicieron los pendejos, aunque, eso sí, se les hacía un nudo en la garganta de la rabia. Así estuvieron como una hora, joda y joda: que viva, que abajo, que tal cosa y que tal otra. Hasta que a Evelio se le subió la sangre a la cara, se paró y gritó: «¡Viva el partido liberal! ¡Viva Gaitán! ¡Muera Laureano Gómez!». Ahí se armó el problema: ahí mismo se le fueron encima. Evelio sacó la peinilla y dijo: «Al primero que se me acerque lo toleteo; vamos a vérnoslas, godos hijuetantas; arranquen para descontar enemigos». A un viejo que se les fue acercando por detrás,

un viejo que llamaban Carepapa, le hizo el primer viaje, le alcanzó a tasajiar una mano y entonces los otros retrocedieron. Pero el Joaquín sacó una pistola. Un amigo de Evelio, un muchacho Muñoz, se puso en la mitad, de puro valiente, y dijo: «Para hacerle algo al paisa tienen que tirarme a mí». Al muchacho como que lo respetaban o yo no sé qué sería, pero entonces el Joaquín guardó el fierro y le dijo a Evelio: «La tenemos; ándese firme, que no siempre lo acompaña a uno el ángel de la guarda».

Cuando salieron, Muñoz le aconsejó a Evelio: «Piérdase, piérdase porque Joaquín se la sentenció». Evelio le respondió: «No, hombre, yo vine aquí huyendo pero a trabajar. No me voy, nos vamos. No es el primer valiente que se me atraviesa». A Evelio, claro, le dio miedo, porque Joaquín estaba respaldado por don Antonio y don Antonio por la policía. Entonces se fue a vivir dizque con una negrita que tenía, porque el hombre solo es como una criaturita que necesita que la arrullen y le hagan calorcito. Se fue para donde su negrita y ella lo guareció. No iba al claro que estaba haciendo, porque de seguro ahí lo pillaban. Porque el hombre desde que llegó se metió en la zona y cuando quería salir a la plaza se quedaba por la noche donde don Alberto Moncaleano, el jefe liberal, y al otro día salían juntos. Sin embargo, hacía creer que seguía viviendo en el claro que había hecho por allá en una vereda que llamaban Mercadilla. Pero embuste: el hombre dormía con la negrita. Moncaleano y Molina eran vecinos de finca y habían sido hasta amigos; juntos habían abierto la tierra y se habían ayudado. Después se dañaron las cosas y ya no se saludaban y cuando llegaron los chulavitas todo se acabó de joder. Comenzaron de un día para otro las intriguitas, las vainas. Don Antonio le hacía saber que quería comprarle la finca, le mandaba mensajes. Moncaleano no quería vender y el otro joda, púJelo, empújelo. Comenzó el graneadito: aparecían muertos uno o dos a la semana, trabajadores de Moncaleano o amigos de él. Así, hasta que una noche le echaron candela a la casa de don Alberto y casi lo cocinan adentro. Yo no entiendo por qué los godos siempre usaban la noche para hacer sus cosas. No era para esconderse porque todo el mundo sabía quiénes eran los responsables, las autoridades lo sabían y no hacían nada, total que no era por eso. Más bien era para meter más miedo, porque la noche da miedo, la

oscuridad hacer ver las cosas peligrosas, uno se siente solo por más de que esté acompañado. Yo creo que ellos actuaban de noche para ayudarse con el miedo que lo embarga a uno cuando no hay luz. Porque el atentado a don Dimas también fue de noche. Cuando el hombre se alentó de las magulladuras, volvió a coger su negocio, aunque él sabía que no se la perdonaban.

Don Dimas fumaba mucho y yo estaba medio acotejando una tiendecita en la casa. Andaba trabajando hasta bien tarde porque tenía que acomodar los estantes y organizar la mercancía. Claro que con la puerta cerrada, porque después de que oscurecía nadie se atrevía a salir a la calle. En esas llegó uno de los pelados de don Dimas a pedirme unos tabacos para el papá. Se los di. Volví a cerrar y tranqué. Me resbalé unos aguardientes para dormir tranquila y cuando me estaba adormitando sentí unos tiros. Me asomé a la ventana y vi cuatro tipos, de esos que iban en el carro el día que mataron a don Azarías, frente al portón de la casa de don Dimas. Yo miraba por una rendija porque ¿qué podía hacer? No tenía armas, no había un hombre en la casa. Los tipos volaron la chapa y entraron. Don Dimas dormía en la alcoba principal, que estaba llena de café, porque él era cafetero, tenía una hacienda muy bien montada y había arrumado toda la cosecha en la casa para escogerla antes de llevarla a la federación. Él estaba solo en la casa porque, con todo ese café, la familia no cabía. Cuando oyó los tiros corrió a la pieza donde siempre dormía, se encaramó sobre los bultos de café con un machete y dijo: «Aquí los espero». Los cuatro godos habían logrado entrar a la casa y forzaban la puerta del cuarto donde estaba con Dimas. Al fin pudieron. Pero como ellos no sabían que había café y que don Dimas estaba encaramado por allá arriba, entraron en tropel. Al primero que apareció, don Dimas le soltó el machetazo en toda la nuca. Los otros se asustaron y echaron para atrás, arrastrando al compinche. Yo veía movimientos desde mi casa pero no sabía qué estaba pasando. Sacaron al herido echando sangre; parecía que echaba sangre por todo el cuerpo; lo sacaron y lo acostaron en la acera. No se movía. Era como un muerto. Uno de los tipos le prende el pelo con un mechero y recoge las cenizas, hace un bojote y se lo mete en la herida para detener la hemorragia. Lo alzan y se lo llevan. ¿Pero eso qué?: ¡el hombre ya era cadáver!

Entonces yo salgo corriendo a ver cómo había quedado don Dimas. Le grito que soy yo, Ana Julia, y entonces lo encuentro en calzoncillos, muy sentado, fumando tabaco y limpiando el machete. Me mira y me dice: «Vieja, acabo de firmar mi sentencia de muerte». Justo, así fue. Al año lo asesinaron en la Federación de Cafeteros. Estaba pesando el poco café que había podido cosechar ese año, cuando sintió que lo iban a matar. Se volvió para no dar la espalda, y ahí lo recibieron los tiros. El asesino se voló y él quedo patas arriba encima de la báscula. Pobre don Dimas: pesaba apenas sesenta kilos. El café que sacó ese año era nada comparado con el que sacaba otros años. Él tenía la finca muy bien montada: buen motor, buen secadero y vacas de leche, dos máquinas de coser, cinco mulas. Pero lo tenían jodido, lo boleteaban cada semana hasta que se vio obligado por fuerza a entregar la mitad de la cosecha como seguro de vida que llamaban. Él perdió interés en la finca, no le metía un peso y la dejó caer.

El problema fue para enterrarlo. Habían jurado no dejarlo enterrar en el cementerio porque los ateos, los masones y sobre todo los suicidas no tenían derecho a la sagrada. Decían que él se había suicidado; que había provocado tanto a los godos, que el asesinato era un suicidio, un puro suicidio. Además, ningún cura se le medía a las honras fúnebres porque temía una matazón. Seguramente tenían amenazados también a los curitas. Pero entonces había un cura verraco, un cura de pantalones llamado el padre Bedoya. Él dijo: «Dimas era un católico y fue asesinado; yo lo entierro». Sí, señor, el curita le hizo la misa. Recuerdo el entierro. Todavía lo recuerdo y se me pone la piel arrozuda. Nadie se movía, todos esperando la descarga sobre el féretro, sobre el cura o sobre los deudos. La iglesia estaba desocupada porque nadie quiso ir, con ser que don Dimas era muy conocido, muy respetado y muy influyente. No hubo una sola flor; nadie mandó coronas del puro miedo. Es que los liberales son unos gallinas, en eso tienen razón los godos: buenos pero para hablar. Después de la misa, el entierro. Se oían los meros zapatos. De los pocos que fueron a la iglesia casi ninguno quiso llegar al cementerio, porque ahí era que la cosa pintaba fea. Detrás del cura, el féretro, y detrás del féretro doña Blanca, la viuda, con los huérfanos; el agregado, dos o tres amigos y yo. Pero no pasó nada, quizás por el valor del cura

Bedoya, un cura que después harían volar de San Antonio por liberal.

Don Dimas tenía que terminar así porque tenía dos enemigos, que al final de cuentas eran el mismo. Por allá los chusmeros de Cañaveral que le cobraban impuesto de día en día más alto, y por aquí los amigos del finado Azarías Vargas que se la tenían jurada. En el campo por ser hacendado acomodado y en la ciudad por ser miembro del directorio liberal de Caicedonia.

Fue el mismo caso de don Alberto Moncaleano. Palo por ser finquero y palo por ser jefe liberal. Antonio Molina le mandó quemar la casa de la finca para poder comprársela. Porque don Antonio no hacía las cosas directamente, sino que las mandaba hacer. A él nunca pudieron acusarlo de esto o de aquello, pero todo el mundo sabía dónde ataba el cabo. Inclusive el cabo Vélez, que era el comandante del puesto de policía. Cuando don Alberto Moncaleano fue a poner en conocimiento de la justicia el atentado y el incendio de su casa, el cabo le contestó: «Don Antonio estuvo conmigo toda la noche…». Y de seguro eso fue así, pero quién sabe haciendo qué.

Don Alberto vendió y se fue para Villarrica. Allá estableció una miscelánea. Pero un 16 de julio, el día de la fiesta de la Virgen del Carmen, la encontró. Don Antonio había quedado ardido porque don Alberto no le vendió la finca a él, ni a ninguno de sus calanchines, y ese 16 de julio andaba don Alberto, después de misa, tomándose sus tragos en una cantina. Molina llegó y le dijo así, sin más ni más, sin bajarse de mula: «Rojo asesino». Sacó el revólver y tas-tas, le hizo dos tiros, pero ninguno tuvo suerte. Moncaleano sacó también y le soltó otros dos; uno se lo caló en una pierna y con el otro mató la mula. Ya en el suelo se resguardó debajo de una mesa. Moncaleano había buscado también refugio detrás de unos asientos. Ahí estuvieron unos minutos, cuando de golpe Moncaleano se pone de pie y se le va despacio a Molina, dándole el papayazo. Don Antonio lo aprovecha y le siembra un balazo en el estómago y falla en los otros tres. A don Alberto se lo llevó preso el cabo Vélez para la cárcel y ahí murió desangrado; a don Antonio se lo llevaron para Girardot, al hospital, y la suerte lo favoreció. Hay gente que de veras tiene más vidas que un gato. Yo no sé de qué dependerá, pero hay gente que nace con una estrella que lo ampara. Es como decir el hijo de don Dimas y doña

Blanca, yo no sé cómo se salvó de un asalto. Tampoco sé para qué se salvó, pero se salvó.

Después de la muerte de don Dimas, doña Blanca, que era una mujer muy echada para adelante, dijo: «Yo lo que es a esos infelices no les dejo la hacienda. Que me maten si me han de matar, pero que por lo menos les cueste trabajo». Y diciendo y haciendo, se subió para la finca. No valieron ruegos. Yo le suplicaba: «Doña Blanca, mire que lo único que uno tiene es la vida; después de muerto para qué tierra, si la única que uno puede tener la comparte con los gusanos. No se vaya a meter por allá que ellos no respetan nada, venda y vámonos con los trastos para otra fiesta». Pero ella no atendió. Era como si uno no hablara. Todos le rogamos. Pero ella, empecinada, cismática, encaprichada, se metió. Se fue a vivir a la hacienda.

Comenzó a trabajar, a organizar la cosecha, a parar la casa, a contratar jornaleros. Mandó llamar a Melco y a Polancho, los dos pájaros que recibían el impuesto, y les dijo: «Señores, de hoy en adelante esta finca la administro yo; les agradezco mucho el cuidado que ustedes han puesto en ella, pero yo soy capaz de manejarla, así me vean enaguada. Ni una sola pepa de café les pago por la seguridad que ustedes me dan, ni una gota de leche les doy por el servicio de no matarme, ni una rama de leña les regalo por reemplazarme. Ya lo saben».

Melco le contestó: «No se me alebreste, mi doña; nosotros habíamos llegado a un acuerdo amistoso con el finado, y eso no se puede romper así como así. Él entendió que la hacienda es demasiado grande para uno solo y quiso que nosotros los pobres también nos beneficiáramos. Él era entendido en esas cosas; por eso era gaitanista, no se le olvide».

—Ustedes serán unos pobres…asesinos, unos pobres sinvergüenzas.

—Mire, doña Blanca, que yo no la estoy ofendiendo. A nosotros no nos gustan las malas palabras y menos si las dice una mujer tan bonita como usted. Respetemos el trato y todos tan contentos.

—Yo no trato con pícaros. Si quieren trabajar y ganarse el jornal, yo misma se los pago, pero yo no voy a mantenerlos. Que los mantenga quien los usa.

—Bueno —contestó Melco—, hasta eso también podemos hablar.

Doña Blanca se puso blanca. Agarró un rejo y le dio dos lapos a

Melco en toda la cara. Melco sonrió, escupió y le dijo a Polancho: «Vámonos, compadre, que la doña está arrecha y es mejor con mañita».

La cosa pasó. Doña Blanca le metió el hombro a la hacienda. Comenzó a hacer mejoras y cuando ya estaba andando como antes se bajó para Caicedonia a traer los hijos. Más se tardó ella en salir que el Melco en volver. Una noche llegaron, zurraron a dos trabajadores, le incendiaron el motor y le dejaron un letrero que decía: «Más vale pájaro en mano que ver a muchos volando». Era un letrero de doble letra, muy cochino pero muy claro. Doña Blanca no se dio por aludida, empeñosa que era, y trajo todos sus hijos, cinco que eran. Siguió trabajando. Ya venía la cosecha, los runrunes comenzaron, el miedo acosaba, los trabajadores no querían seguir en la hacienda, las guisanderas lloraban toda la noche, los niñitos le rogaban. Pero doña Blanca no quiso, no atendió nada. Todos los días aparecía un animal muerto, acuchillado, una res, un perro, una gallina; hasta un loro que tenía lo mataron. Y doña Blanca más verraca se ponía.

Bueno, un domingo voy a comprar leche a la casa de doña Blanca en Caicedonia y me dicen: «No, si la leche no ha bajado; quién sabe qué pasó; raro sí, pero no ha bajado». Yo me puse quisquillosa; me pasó como un viento por la cabeza, pero pensé: con esta llovedera puede ser un derrumbe. Claro que a mí algo me runruneaba en la cabeza y no podía hacer ningún oficio. Cuando por ahí a las once de la mañana llega un chofer y le dice a la encargada: «Mataron a doña Blanca; fue una matazón horrible. Hagan algo». Yo alcancé a oír y salí corriendo detrás del tipo, pero él no sabía nada. Me puse unos medios zapatos y me fui a ver qué podía hacer. Pero eso qué… Cuando estaba llegando al cruce que parte para la hacienda, bajaban los soldados con una procesión de cadáveres: doña Blanca, tres hijos, la guisandera y siete trabajadores. Todos envueltos en hojas de plátano. El teniente venía llorando. Me dijo: «¿Usted conoce a doña Blanca? ¿La puede reconocer?». «Sí —dije—, yo era muy amiga de ellos». Descargaron a los muertos en el suelo y comienzo yo a ver esa cosa tan horrible. ¡Virgen Santísima! Yo maldecía mis propios ojos, no podía creer tanta maldad. Todos destrozados. Doña Blanca atravesada, llena de agujeros. Los niñitos, dos niños y una niña volantona, destrozados, violados,

despaturrados; los trabajadores abaleados y más encima toleteados. ¡Santísima Trinidad: qué caras de dolor y de miedo tenían! Yo sentí que el alma me abandonaba.

Cuando volví al mundo me di cuenta que faltaban dos hijos, Daisy y Rosendo. Ella como de quince años y él como de cuatro. El teniente me dijo que de ella sabía que se había escondido en el cafetal, pero que del niñito no tenía noticia. Ahí mismo salí corriendo para la hacienda. Cuando llegué comencé a llamar a gritos y no aparecían. Yo estaba desconsolada; los había buscado en el cafetal, en el cielo raso, en todos los rincones y nada. Pero por ahí a las cuatro un soldado me avisó que habían encontrado a Daisy escondida debajo de una piedra.

Dizque por la nochecita, el día anterior, ella estaba en la cocina con la guisandera preparando la comida, cuando de un momento a otro aparecieron Melco y Polancho por detrás de la casa. Daisy gritó, pero no por los dos tipos, sino por una mariposa que salió de la estufa. Los tipos llegaron y saludaron, buenas y tal, pero se quedaron ahí en la puerta. «¿Dónde está doña Blanca, que le traemos un encargo?», dizque preguntó uno de ellos. «Está planchando», contestó Daisy. «Llámemela». Daisy salió y se agarró a llover: un torrente de agua y un ventarrón que nunca se había visto. El viento silbaba, los árboles parecían que los quisieran arrancar, los truenos no dejaban oír, los rayos iluminaban todo el cielo. Daisy corrió a buscar a la mamá. Le dijo: «La necesitan». Ella ya sabía de qué se trataba y no se fue para la cocina sino que salió directo para la alcoba, donde encontró a Rosendo jugando. Daisy dizque no la siguió porque pensó que era mejor ir a avisarles a los trabajadores, pero cuando llegó ya los hombres de Melco los tenían con las manos arriba. Se devolvió para la casa y vio cuando uno de ellos llevaba a los dos niños alzados y gritando para la cocina. Mientras tanto otro buscaba a doña Blanca por toda la casa, pero ella se había metido por un túnel que había mandado construir y que salía de la alcoba al cafetal. En esa época muchas casas tenían ese túnel. Como la chusma llegaba y trancaba por fuera las puertas y después echaba candela, entonces la gente dio en construir esos túneles. Lo grave era que Melco y Polancho sabían del túnel y sabían a dónde salía y habían tapado bien la salida. Doña Blanca agarró a Rosendo y lo echó por delante, segura de que podía salir al cafetal,

¡pero eso qué! El túnel estaba taponado. Seguramente guardó la esperanza de que ahí en el túnel no la iban a encontrar.

En la cocina el par de asesinos violaron a la guisandera y a los niños, después trajeron a los trabajadores y los mataron. Debió ser una balacera horrible, porque las paredes quedaron llenas de sangre y de agujeros. No había un pedacito que no tuviera una tronera. Después los remataron a machete. Cuando acabaron comenzaron a buscar a doña Blanca hasta que por fin dieron con la boca del túnel. Entonces uno de ellos se metió disparando y como eso era recto, claro, todos los tiros hacían blanco. Y ella sin salida, protegiendo no más con su cuerpo la criatura. Cuando Daisy me contó que su mamá se había metido a la alcoba en vez de ir a la cocina, yo me imaginé que Rosendo debía estar en el túnel y preciso, me metí y allá estaba la criaturita quietecita, sin llorar, sin hacer ruido, con los ojos abiertos, bien abiertos y llenos de terror, como si todavía estuviera viendo a la mamá muerta junto a él.

A doña Blanca la encontró el ejército, así que el niño duró ahí con su mamá muerta toda la noche y casi medio día más. No sé por qué el ejército no encontró a la criatura. ¿Por qué no la vio? Seguramente porque no se movía, porque cuando yo llegué estaba como congelada. La saqué. No lloraba. No hablaba. No se movía. Seguía con los ojos abiertos como lámparas. No pestañaba. Ni siquiera la luz la impresionó.

Bueno, al fin nos bajamos de la hacienda, porque ¿qué más íbamos a hacer ahí? Yo cargué al niño porque no caminaba y seguía con los ojos abiertos. No parpadeaba. En Caicedonia fue el entierro. Llegaron coronas hasta del directorio nacional. Todo el mundo los lloró, todo el mundo sintió esa tragedia, todo el mundo sintió rabia. El único que parecía no entender nada era Rosendito, que seguía con sus ojos abiertos y no los cerraba ni para dormir. No hablaba, no caminaba. Donde uno lo dejaba ahí se estaba quieto. Le tenían que hacer todo, no daba señas de estar en este mundo. De vez en cuando respiraba como una persona mayor; le salía el resuello de muy adentro; era más bien como un quejido, como si ya se fuera a morir. Desde el día que mataron a su mamá, Rosendito no volvió a cerrar los ojos, se le quedaron abiertos como mirándola. Los médicos dicen que las niñas se

le paralizaron pero que no está ciego. Todavía vive. Todavía anda con los ojos abiertos. Nunca volvió a cerrar las vistas.

Con esa matanza se me acabaron las ganas de vivir en Caicedonia. Era mucha la sangre que había visto, era mucha la bestialidad y dije: «Me voy a buscar a Evelio». Vendí la tiendita, dejé las criaturitas con una vecina y paré en Villarrica. Nadie me daba razón de Evelio. Se había desaparecido de raíz. Unos sí lo conocían pero no sabían para dónde había cogido. Al fin, averiguando, un muchacho me contó que la última vez que lo había visto había sido en el Alto de Mercadilla. Yo no sabía qué era eso y el muchacho se asombró de que yo ni me mosqueara. Entonces me explicó.

Resulta que después de la muerte de don Alberto, vinieron las venganzas. Unos hermanos Cubillos, liberales del Tolima, habían matado a Oliverio Lara, un conservador que reemplazó a don Antonio Molina. Días después siete liberales habían sido asesinados en el puente y así, todos los días había muertos. La policía comenzó a perseguir liberales y el puesto lo aumentaron a quince hombres que no tenían oficio distinto a joder liberales. La gente comenzó a salirse. Cuando antes en Villarrica se mataban veinte reses semanales, se quedó sacrificando una mera y no había comprador. Pero no todos se salían huyendo para Girardot. Unos se iban para el Alto de Mercadilla y en una finca por allá en el páramo, llamada Resurección, dieron en organizarse. Cansados de la persecución de los godos, los liberales decidieron formar una cuadrilla para defenderse y para allá cogió Evelio. En esa finca dizque había cuatro o cinco instructores, gente que ya había estado guerreando, gente muy sabida. Convocaron cuatrocientos o quinientos hombres y les enseñaron a guerrear, a manejar el fusil, la dinamita, a hacer emboscadas. Lo mismo que se enseñaba en los campamentos de Celedonio. Evelio ya medio conocía de eso y dizque pronto se volvió cabecilla. Lo empezaron a respetar, lo llamaban El Paisa. La última vez que lo vieron andaba con quince hombres, armados hasta los dientes.

Yo dije: bueno, si la cosa es así, el hombre en su lucha y yo en la mía. Algún día, Dios mediante, nos volveremos a encontrar. Después me contó Evelio que duró con la gente de Villarrica, que eran todos gaitanistas, arrechos y toreados en varias plazas, como seis meses. Que

alcanzó a zurrarles a los chulavitas varias veces y que todo iba bien. Pero de pronto empezó a notar que los jefes le tenían como desconfianza, como ojeriza, y él no entendía por qué, hasta que cayó en cuenta de que los que mandaban no eran liberales sino personal venido de Viotá, comunistas, comunes que llamaban. A Evelio le entró la duda. Él no tenía nada contra los comunistas, ni siquiera sabía quiénes eran, pero no convenía con que ellos lo fueran a reemplazar. La cosa se fue descomponiendo. Malentendidos vienen, malentendidos van, chismes, intrigas. Evelio se aburrió. Un día se presentó a una de esas reuniones que hacían los jefes de cuadrilla y les dijo: «No vamos a pelear entre nosotros. Estamos empujando el mismo palo. Si uno coge para allí y el otro para allá, si uno tira para un lado y el otro para el otro, no llegamos a ninguna parte. No nos vamos a matar entre nosotros porque la supremacía es el enemigo de todos. Me voy, los dejo tranquilos. Me voy a seguir mi lucha y quedamos de amigos». Todos convinieron y Evelio entregó el fusil. Unos pocos de sus hombres lo siguieron y se fueron a buscar al general Arboleda, porque uno de los instructores era capitán de Arboleda y había hecho con Evelio muy buenas migas. Así que mi hombre se emboquinó para el sur del Tolima a hacer contacto con el general.

Yo salí de Villarrica sin saber para dónde coger. Sabía que no podía volver a Sevilla y no quería seguir en Caicedonia. En el viaje se me vino a la mente la existencia de un pueblito donde dizque no había habido tropel, a pesar de estar en zona de violencia. Yo lo que buscaba era la paz a cualquier precio y en cualquier situación. Entonces dije: me voy a vivir a San Antonio, así tenga que hacer lo que sea. Con los cuatro centavos que tengo puedo medio pasar unos días. Uno grande ya no se deja morir de hambre. Así que me fui derecho para San Antonio. Sin niños y sin nada. «Después —pensé— voy por ellos, cuando ya tenga un medio de vivir».

VII

A san Antonio llegué en octubre del 52. San Antonio era un pueblito bonito. Tenía cuatro mangos grandes en las entradas, una iglesia blanca que el sol hacía relampaguear y sobre todo la gente era buena.

Sabían vivir en paz. No había habido violencia, a pesar de que el pueblo era de mayoría conservadora. Los liberales eran respetados y nadie les hacía daño. Allá no hubo ni un sí ni un no entre unos y otros, nunca hubo un muerto por causa de la política. Era la única región del departamento donde la gente había sabido mantener la paz y el respeto por los demás. ¿Y todo por qué? ¿Por qué? Porque el pueblo era dominado por un hombre bueno, un hombre sabido, un hombre manso, don Alejandrino Cano. Era un tipo alto y flaco, usaba el pelo largo y cuando lo conocí era ya blanco. Tenía unos ojos azules que siempre curioseaban todo; bebía, pero nunca se le vio borracho y era sumamente respetado por todo el pueblo. Él era el que mandaba, el que decía lo que se debía hacer y el que encabezaba todo movimiento. Que bazares, estaba don Alejandrino; que una votación, estaba don Alejandrino. Fue él el que no dejó entrar la violencia a San Antonio, porque ya la había vivido. Decía: «Miren, muchachos, eso no es cosa de juego; uno sabe dónde comienza pero no dónde termina. Matarnos entre nosotros por política no tiene causa».

Don Alejandrino era conservador, un conservador como yo no he conocido: respetuoso de los liberales, amigo de la paz y del trabajo. Había vivido la violencia y sabía que era cosa del diablo, la carantoña del maligno. Por allá en los años treintas, cuando los liberales se tomaron el gobierno, comenzó la persecución contra los conservadores. Los liberales comenzaron a acosar a los godos, a perseguirlos, a matarlos. En Santander y en Boyacá se hicieron sentir matando a los conservadores; la policía, entonces, aporriaba a los azules. Poco a poco los godos se rebelaron y don Alejandrino, que era un muchacho guapo, se levantó en armas para defenderse. Se volvió el famoso Pollo de la Vega, ahí en Supía, donde trabajaba. Formó su cuadrilla y andaba atacando a la policía liberal en el norte del Valle hasta Cartago y en Caldas hasta Manizales. Llegaron a poner precio por su cabeza. Al fin le echaron mano por allá en el 38 y lo llevaron preso para Manizales. Pero resulta que don Alejandrino era muy amigo de don Ernesto Román, un liberal muy influyente y muy rico que lo sacó de la cárcel. Don Ernesto lo defendió, lo protegió y cuentan que decía: «A mí qué me da que Alejandrino sea conservador y yo liberal si ambos somos trabajadores, si él es un tipo honrado y yo también. ¿Por

qué nos tenemos que perseguir?». Bueno, don Ernesto sacó a don Alejandrino y se lo llevó para San Antonio, donde tenía sus negocios. Don Alejandrino sabía decir: «Yo vivo y tengo mi familia por don Ernesto. No me importa que él sea liberal y yo conservador, a mí eso no me da nada». Entonces don Alejandrino se fue con don Ernesto a trabajar. Éste tenía una compra de café en San Antonio y un almacén, una miscelánea muy bien montada, pero como los negocios tenía que hacerlos sobre todo en Manizales, don Alejandrino se quedó administrando en San Antonio. Eran muy buenos amigos y entre ellos no había problema. Pero además, como eran muy influyentes en el pueblo, no dejaron que hubiera enfrentamientos por política. En el 46 por ejemplo, el directorio conservador dizque comenzó a amagar, a prender la inquina política, a animar para perseguir liberales. Don Alejandrino, que era el jefe conservador, les dijo: «No, aquí no va a haber zozobra, aquí no va a haber otros Pollos de la Vega, aquí vamos a vivir en paz». Tanta era la influencia que ellos tenían que dizque en ese año hubo elecciones en San Antonio y ganó Gaitán. Don Ernesto y don Alejandrino se pusieron de acuerdo y el pueblo votó por Gaitán, a pesar de que la mitad eran conservadores. Por Ospina hubo apenas diez votos. La cosa pasó y todo el mundo en paz. Cuando mataron a Gaitán, en San Antonio hubo una manifestación de protesta que encabezaron don Alejandrino y don Ernesto. Todos protestaron por la muerte de Gaitán, pero no pasó nada. A los días llegaron unos señores de Cali y de Manizales y comenzaron a animar a los conservadores a levantarse contra los liberales. Comenzaron a llamar a reuniones y a formar comandos conservadores. Querían hacer violencia como en todo el país y estaban planeando conservatizar más a San Antonio. Pero entonces don Ernesto y don Alejandrino les llegaron un día y les dijeron: «Aquí vivimos en paz, aquí no va haber violencia, aquí ustedes no tienen nada que hacer». Los tipos se fueron con el rabo entre las piernas y el pueblo quedó casi en paz, a pesar de que había un cura párroco, el padre Buenaventura, muy godo, que comenzó a joder desde el púlpito, a echar vainas contra los liberales, contra los ateos, contra los comunistas. No había día que el padre Buenaventura no hiciera un sermón contra don Ernesto y contra don Alejandrino. Fue mucho lo que ese cura bregó para que los dos jefes rompieran el trato de paz y

de resistencia contra la violencia. Todo el día era la cantaleta. El cura estaba de acuerdo con los chulavitas para que don Alejandrino abandonara la resistencia y como el hombre no cedía, entonces lo amenazaba y decía que la Virgen de Fátima y Cristo Rey le iban a pedir cuentas en el otro mundo por no obedecer a la Iglesia. Don Alejandrino no cedía. Más bien lo que hacía era apoyar más y más el trato de paz. Organizó una guardia cívica con todos los vecinos, hizo echar a los policías de San Antonio y todo el día la gente organizada, los ochenta, los cien, los ciento veinte hombres cuidando el pueblo para que los chulavitas no fueran a entrar. El cura jodía y jodía desde el púlpito. La gente no dejó de ir a misa, no hacía mucho comentario del cura y cuando don Alejandrino decía: «Vamos a cuidar los mangos», todos, liberales y conservadores, se unían y le hacían caso. Se organizaban en cuatro grupos y a cada uno le iban dando un mango para defender al pueblo de los chulavitas. A las seis de la tarde la gente se reunía y amanecía cuidando el pueblo. En esas se estuvo durante cinco años. Yo alcancé a conocer a San Antonio así. El viejo no dejaba entrar persona ni carro que no fuera conocido o que no acatara el pacto de paz. Había un retén en la Quiebra del Burro, otro en La Florida y otro en El Perpunio, de donde hacían devolver los carrados de pájaros y chulavitas. Una vez hubo una emergencia, por allá en el año 50. Los pájaros, después del triunfo de Laureano, juraron tomarse a San Antonio a las malas, así como se habían tomado a Ceilán. Don Alejandrino sabía de las intenciones de la pajaramenta y mandó reforzar la entrada. Apostó gente entre el rastrojo y cuando llegó la pajaramenta, cinco o seis carros, los detuvieron a bala y a bala los hicieron devolver. Don Alejandrino sorprendió a los pájaros, que no creían en las amenazas ni en la organización de la gente: creyeron que era mera fachada y se llevaron su sorpresa y sus muertos. Pero entonces dizque el cura Buenaventura montó en cólera y se vino contra los evangélicos, unos pocos evangélicos que vivían en otro municipio alinde con San Antonio y que le ayudaban a don Alejandrino. Inclusive varios de ellos habían estado en la Quiebra del Burro deteniendo a los pájaros. El cura comenzó a echar cantaleta contra ellos y a los pocos días los chulavitas o los pájaros los asesinaron en sus casas. Los cogieron en una reunión, como una misa

de ellos, y los mataron ahí arrodillados. Cinco familias con niños y todo. A los pocos días llegaron otros doctores de Cali, un tal Azael Ceballos, un doctor Alcides Zuluaga y los grandes jefes del conservatismo, don Camilo Restrepo y don Rafael Salazar, a conversar con don Alejandrino, a convencerlo de que acabara el pacto de paz, a invitarlo a defender a Laureano. Pero don Alejandrino no quiso conversar, no quiso ceder y no los recibió. Estaba furioso por lo de los evangélicos y no salió de su casa ni dejó que ellos entraran. Era un hombre muy guapo, muy porfiado.

Cuando llegué a San Antonio todo estaba calmado, la gente trabajaba tranquila, no se veía afanada ni con miedo. Era fama, porque conmigo echó a llegar gente de mucha parte buscando la paz. Venía gente de Anserma Nuevo, de Restrepo, de Trujillo, de Toro, de Sevilla, de Caicedonia. Era fama que ahí se podía estar en calma y que uno podía trabajar porque los dueños de las tierras no se habían asilado, no habían abandonado el trabajo y entonces había medios. Yo llegué a San Antonio y ahí mismo me contrató un señor Nicolás Jaramillo para que me fuera a su hacienda Las Canoas, como a cinco kilómetros de San Antonio, a servir de guisandera. Era una hacienda como de cien plazas, por ahí cincuenta en café, pero también tenía ganado y mantenía los treinta, cuarenta obreros diarios. Yo me fui con él, traje mis chicos y me aparecí en la hacienda. Había que hacer de comer como para cincuenta y además cuidar la ropa. Don Nicolás era buena persona, un liberal que desde el principio me cogió cariño porque sabía que yo era muy perseguida. Me dio una media casita y ahí me guarecí con las criaturitas y comencé a trabajar. Esa era la única hacienda grande de la región; las demás eran de tres, cuatro, cinco y hasta diez plazas, todas en café; ahí no había más que café. Claro que sí tenían unos terrenos para el pancoger, donde se sembraba la yuquita, el maíz, la arracacha para la casa. Para el mercado se sacaba el café y a veces los cerdos engordaditos o las gallinas. Los compradores anticipaban la plata para todos los gastos durante el año y al final subían con mulas, compraban el café y descontaban lo que se había adelantado. Cuando sobraba algo, y eso siempre sobraba, la gente le decía al comprador: «Deje eso ahí, trabaje con esa plata y me va dando para la comida y en gastos». No cobraban intereses ninguno

de los dos, ni el comprador de café ni el vendedor de abastos, que eran los mismos. La vida era como barata y todo era de confianza, no se veían documentos firmados ni nada. Si se necesitaba plata se conseguía prestada de palabra, y la vida era barata. Don Ernesto y don Alejandrino mantenían ese negocio: vendían mercancías durante el año, y a la cosecha compraban y se pagaban. Compraban el café a 18.50 o 18.80 y se lo vendían a la federación a 20 pesos. Yo bajaba a San Antonio cada ocho días, compraba donde don Alejandrino el abasto y el abarrote que se necesitaba y volvía otra vez para arriba. Don Nicolás me pagaba un sueldo fijo, vivía tranquila y me miraba contenta viendo que por fin podía dormir. Claro que Evelio me preocupaba: no sabía nada del hombre, no sabía en las que andaba, pero yo decía: «Cada uno en lo suyo. El defendiéndose por allá y yo defendiéndome por aquí. Algún día nos volveremos a encontrar». Y así fue. Un día llegó a la hacienda, allí en Canoas; venía buscando trabajo. Yo lo vi y sentí que la felicidad me iba a reventar. No dije nada. Él me miró como pidiéndome silencio y se fue a hablar con don Nicolás. Lo contrataron. Por ahí de vez en cuando nos encontrábamos para hablar. Las criaturas no lo reconocieron porque él estaba muy cambiado: flaco, amarillo y medio barbado. Yo me veía feliz. Lloraba por las noches de sentirlo, pero me decía: «¿Por qué el hombre querrá pasar de inadvertido, por qué no querrá que nos miren como matrimonio? Bueno, él tendrá sus razones».

Un domingo me siguió y nos fuimos en conversa.

—Mire —me dijo—, yo no quiero que sepan de nosotros porque estoy haciendo una diligencia para el general Arboleda. Vine por pocos días y ya casi me tengo que ir.

Las lágrimas se me salían; quería besarlo por todas partes. Él como que entendió y me dijo:

—Ya pronto podremos volver a andar en junta. Yo quería solamente saber cómo está usted y cómo andan los críos, pero que no vaya a saber nadie que yo estuve aquí.

—No, nadie va a saber. ¿Pero qué anduvo haciendo, cuándo vuelve?

—Yo ando con el general Arboleda por allá en Las Hermosas, en el Tolima, y vine a hablar con una gente para organizar varias cosas aquí en el Valle y en Caldas. Pero usted no se preocupe; siga en lo que está,

que cuando vuelva le cuento todo. Ahora no puedo.

Me dio un beso en la mano, me jaló un dedo y se enrutó. No volví a verlo hasta un tiempo después. El hombre había venido varias veces, según me contó luego, pero no había querido vernos. Estaba organizando la resistencia liberal, las guerrillas en la Cordillera Central.

Resulta que a principios del 53 hubo en Yopal, en los llanos de Casanare, una reunión de guerrilleros de todas partes. Se encontraron del Tolima, de los Llanos, de Santander, del Valle, con el fin de unirse en un solo movimiento para defenderse mejor. Pero también llegaron al acuerdo de ayudar a organizar la resistencia en todo el país. Evelio, que estuvo en Yopal, había llegado a Sevilla a organizar las guerrillas. Los liberales estaban de acuerdo en comenzar a pelear porque los godos los tenían derrotados y ya habían comenzado a declarar zonas totalmente conservadoras donde no podía entrar un liberal. La orilla izquierda del río Cauca, de Restrepo a El Águila, era pura goda; Caucasia y Sevilla habían sido también godificadas. Inclusive llegaron al descaro de declarar el «Estado Soberano de Aures y La Samaria». Allá los liberales no podían volver a sus fincas y los dueños grandes comenzaron a verse afectados porque tenían que vender por cualquier cosa. Entonces un tal Roberto Gómez, que había sido seminarista, muy liberal y muy guapo, que era maestro de escuela en Cumbarco, en límites con el Tolima, les dijo un día a los Restrepos, los propietarios de muchas haciendas grandes: «Los guerrilleros del Tolima nos dan respaldo; armemos a los trabajadores y comencemos la defensa. Del Tolima nos mandan armas y nos mandan instructores para enseñar a la gente. ¿O es que nos vamos a dejar matar como gusanos?» Gómez como que era un tipo que estaba en junta con el general Arboleda y así fue que habló con los Restrepos. Éstos no querían meterse con cuadrillas, pero como los godos los tenían jodidos y no les dejaban trabajador vivo, acordaron pedirle ayuda al general Arboleda. Y así fue. Evelio dizque llegó, armó con escopeticas a los trabajadores de los Restrepos y les dio instrucciones. De día trabajaban cogiendo café y de noche se entrenaban. Se hacían los que estaban trabajando pero cuando los pájaros amagaban con llegar, le echaban mano a la escopetica, se puestiaban y cuando arrimaban los recibían a candela.

Así pasó en la hacienda Suiza Chiquita, donde los trabajadores mataron ocho pájaros. Evelio dio en organizar a los trabajadores de las haciendas y en organizar también a los pequeños, a los campesinos. Organizó el cacho para reunirse y comunicarse, organizó la cuadrilla para atacar a la policía y a los conservadores. Muchas haciendas se volvieron cuarteles. En la Suiza Chiquita había torrecillas de ladrillo como garitas para vigilar y las cuadrillas recorrían los cafetales de noche y de día defendiendo a los otros trabajadores de un ataque. Se hicieron trincheras y túneles, se compraron fusiles y dinamita, que pusieron en ciertos caminos, en fin, se organizó la defensa. Y eso era en casi todas las propiedades de los liberales. Y comienzan a surgir jefes de cuadrilla pagados por los hacendados y por los liberales ricos: aparecieron Puente Roto, Narices, Tolima, Paticortico, Cristiano, El Mosco. Eran todos muchachos que se habían visto obligados a coger monte; eran valientes, y poco a poco se volvieron muy jodidos, muy jodidos. Al principio eran tipos que los tolimenses, los guerrilleros del Tolima, comenzaron a apoyar. Por ejemplo El Mosco, Gustavo Espitia. Era un vendedor de plátano por ahí en La Tebaida, en Armenia, en Barragán, un hombre sin agüeros que dijo: «Yo no me voy a dejar matar», y echó para el Tolima: allá andó con una guerrilla liberal que comandaba Chispas. Al tiempo volvió ya con su propia cuadrilla y comenzó a operar por los lados de El Cebollal, de Génova, de Barragán. Era un tipo jodido, engolosinado con los godos. Por allá en el Valle hizo varias andanzas, una muy famosa en La Marina y otra en El Cebollal. La de El Cebollal, una región que había sido totalmente godificada, fue terrible. El Mosco tenía más de cien hombres armados y dizque les dijo: «Pueden llevarse todo lo que esté vivo porque todo lo que está vivo es godo». Bueno, bajó a El Cebollal y se llevó dieciocho conservadores, dieciocho godos. A todos los encontraron boca abajo, con un machetazo en la nuca. Quedaron con la cabeza colgando. Fue la primera vez que los liberales hicieron una cosa de esas. Pero fue que los godos les habían enseñado.

Bueno, Evelio llegó a organizar la resistencia de los liberales, a organizar el apoyo de los ricos a las cuadrillas liberales y, sobre todo, a organizar la unión de las guerrillas. Cuando los conservadores se dieron cuenta de que los liberales estaban respondiendo, se estaban

uniendo, comenzaron a tratar de ganarse a los jefes de cuadrilla. Los llamaban y les ofrecían plata para que se fueran para otra parte; el gobierno mismo se las ofrecía. Por ejemplo, a Teófilo Rojas, alias Chispas, el gobierno le ofreció doscientos cincuenta mil pesos para que dejara las armas y se fuera para Florencia a trabajar. Teófilo les contestó que no fueran hijueputas, que él no era bobo. Pero los ofrecimientos seguían y seguían. Por allá en el 53, cuando sube mi general Rojas, cuando todos estaban tan contentos, Evelio se puso a organizar una reunión de jefes guerrilleros grandes, cerquita de Sevilla. Él recibía órdenes del general Arboleda y dejó lo que estaba haciendo para la reunión. Como Rojas había prometido la paz, entonces las guerrillas debían contestarle, y para eso se reunieron. Llegó Dumar Aljure con doscientos hombres desde el Llano, atravesando la cordillera; entró por Barragán y Santa Lucía; llegó Teófilo Rojas; llegaron el general Arboleda, Puente Roto, Paticortico, bueno, no sé cuántos más. Se reunieron y dijeron: «Como el gobierno de Rojas nos va a amnistiar y nos va a dar plata, recibamos esa plata y con eso compramos armas para echar a los godos del Valle, de Caldas y del Tolima. Estémonos quietos tres o cuatro meses y después comenzamos la reconquista liberal del Valle del río Cauca». En eso quedaron, pero ellos no sabían que el gobierno les iba a dar plata pero por medio de la Caja Agraria, mejor dicho, no les iba a dar plata sino tierra, y se quedó nuestra gente mirando un chispero. Pero el plan estaba, la unión de las guerrillas se había logrado y con o sin la plata la reconquista liberal se había decretado. Evelio estuvo en ella y cuenta que todos los comandantes habían jurado hacer recular a los godos y no aceptar la paz hasta que se hubieran conquistado las regiones que los pájaros habían godificado.

Rojas sí prometió la paz y muchos la aceptaron al principio, pero poco a poco la cosa se fue dañando otra vez. En San Antonio, donde no había habido violencia durante todos esos años, del 46 al 53, donde se había logrado mantener la paz y el respeto entre los rojos y los azules, comienza la violencia cuando en muchos sitios se había aceptado la paz de Rojas. Qué cosa tan rara… Mientras hubo violencia San Antonio estuvo en paz, y cuando se decretó la paz, San Antonio entró en la guerra. ¿Y todo por qué? Porque don Alejandrino Cano,

que no estuvo de acuerdo con los conservadores ni con la godificación de la región, se murió el 11 de noviembre del 53 de repente; el corazón se le chipotió cuando estaba arriando un ganado que acababa de comprar. Don Ernesto Román dijo: «No ha muerto don Alejandrino, ha muerto la paz en San Antonio». Y sí, así fue. El 28 de diciembre, un mes larguito después de la muerte de don Alejandrino, mataron a un muchacho Ancízar. Lo mató el nuevo comandante de la policía, Pedro Flórez, porque dizque era un criminal que se había fugado de la cárcel de Buga. ¡Mentiras! Ancízar era un arriero que nunca había salido de San Antonio, pero era liberal. Lo que pasó fue que después de la muerte de don Alejandrino llegó la policía chulavita, cambiaron alcalde, personero y telegrafista. Todo lo cambiaron, menos el cura. El padre Buenaventura siguió en San Antonio porque era conservador. Tan conservador sería que cuando murió don Alejandrino no quiso dejarlo enterrar en el cementerio, no dejó. Todo el mundo le pidió y el curita no quiso. Tocó llevarlo a enterrar al cementerio de Bugalagrande. Con el cambio de policía vino el terror, vino el miedo. Después de Ancízar siguió don Carlos Cano, hermano de don Alejandrino. Lo asesinaron el 4 de enero. Después, por ahí en febrero o marzo, los conservadores organizaron una manifestación muy grande. Vino hasta nada menos que El Cóndor, León María Lozano; vino con José Ignacio Giraldo, con Navia Barón, con César Tulio Delgado. Hicieron una concentración muy grande y el mismo León María Lozano se arrodilló y juró por la Virgen de Fátima que no descansaría hasta que fuera conservatizada toda la región, pidió a los conservadores que señalaran ahí, en la manifestación, a los liberales para tenerlos en la cabeza. A los pocos días mataron a don Ernesto Román, después al uno y al otro. En la calle, en las casas, en los caminos, amanecían muertos todos los liberales. En veinte días se conservatizó la región. En veinte días los liberales comenzaron a desocupar porque no se podía ni salir. Mataban a la gente en pleno día. Un tal Bejuco y un tal Alejandro Lugo, conservadores que habían ayudado a cuidar el mango, se vuelven unos asesinos terribles. La policía los arma y les ayuda. Ellos fueron los que comenzaron a asesinar a toda esa gente que caía día y noche. Después comenzaron a llegar otros matones como Uriel Maya, Pájaro Verde, Marcos

Granados, El Montañero, Caín Sánchez. Todos los trajeron de fuera a azular San Antonio. Trabajaban en junta con los conservadores, con don Camilo Restrepo y con don Rafael Salazar, que eran políticos, pero también con don José Pavares y don Rubén Herrera. Éstos no eran de San Antonio sino de Sevilla, pero tenían fincas en el municipio, por allá en Alta Flor. Los tipos animaron la violencia, les pasaban dinero a los matones y a la policía para que echaran a los campesinos y así hicieron fincas de mil y dos mil hectáreas. Pavares andaba personalmente con cincuenta hombres y él mató con su propio revólver a José Alzate, un viejo de ochenta y seis años, para quedarse con la tierra. Herrera dejó una hacienda, cuando murió, de más de cuatro mil hectáreas. Todo el mundo huía, los liberales tuvieron que abandonarles la tierra a los conservadores que llegaban. Los pájaros mataban al que no abandonaba, se robaban los animales, las cosechas, incendiaban las casas.

Eso duró todo el año 54: bala, candela, muertos, robos. Pero por ahí en esos días los liberales comenzaron a organizarse. En vez de echar para Tuluá, o para Cali, para donde fuera, echaban por allá para el río Manso, donde los guerrilleros liberales estaban organizando a la gente. Allá había campos de entrenamiento y allá llegaban las armas. Poco a poco se fueron uniendo a las guerrillas ya organizadas. No tenían otra forma de defender la vida. El general Arboleda ayudó mucho a esa gente del río Manso para comenzar la resistencia y para armarse. Inclusive mandó al capitán Peligro a colaborar, mandó a El Mosco y mandó al Paticortico. En el río Manso se reunió mucha gente: muchos liberales de San Antonio que habían sido sacados por los godos, como nos trataron de sacar a nosotros de Canoas.

En Canoas, además de los trabajadores de la hacienda de don Nicolás, que éramos cuarenta, había unas cincuenta familias en el vecindario que ya nos habíamos organizado: éramos todos liberales y teníamos disciplina militar porque Evelio, cuando pasó, nos había enseñado. Un día supimos que los chulavitas de San Antonio venían a tomarse la hacienda. Tocamos el cacho y nos reunimos doscientas personas en la casa de don Gonzalo Muñoz. Había hombres, mujeres y hasta niños, todos organizados, esperando, esperando. Como a las diez de la noche los vimos llegar. Venían comandados por Bejuco, por

Patesapo y por Cardám; la policía de San Antonio también venía con un poco de asesinos que no sé de dónde sacaron. Nosotros teníamos nuestras escopeticas, sobre todo de bala U, y unos pocos máuseres. Los estábamos esperando en el rastrojo. Bueno, eso fue el candeleo, bala por todos lados, bala y bala. Las mujeres ayudábamos llevando munición, agua, trayendo heridos y, a veces, también disparando. El candeleo duró toda la noche. Nosotros nos habíamos ido refugiando en la casa porque el fuego de los pájaros salía de todas partes y aumentaba, aumentaba sin saber cómo. A las cinco de la mañana nos dimos cuenta que estábamos rodeados era por el ejército. Entonces nos rendimos, porque no había nada que hacer. Los chulavitas y la policía se habían ido sin que nos diéramos cuenta, el ejército los había reemplazado y nosotros no podíamos contra tanto soldado. Unos pudieron huir por entre el monte y a otros nos cogieron, nos trajeron para San Antonio y después nos echaron para Sevilla, todos amarrados. Éramos treinta y tres hombres y cuatro mujeres. En Sevilla nos metieron al cuartel, nos aporrearon mucho, nos mantuvieron de pie sin comida. A los días llegó un juez. Nos bautizó a todos con un alias: Picaflor, Quitasueño, Remate, Patas de Zancudo, etc. A mí me llamó Moñitos, porque yo me había recogido el pelo todo para atrás. Nos aplicó dizque el artículo 30: ultraje a la autoridad, resistencia armada, bueno, quién sabe cuánta leguleyada más. Estuvimos presos como diez días. A unos los echaron para Buga o para Tuluá. A mí me dejaron en Sevilla. A los días llegó don Nicolás y me sacó a mí y a las mujeres que estábamos. Los hombres poco a poco también fueron saliendo, graneaditos. Nosotros los de Canoas pudimos defendernos, pero había muchos que no, que tenían que huir sin hacer resistencia, tenían que abandonar sin más.

Lo de Canoas fue famoso. La gente hablaba de eso, a la gente se le venía a la cabeza lo de Canoas, les dimos un ejemplo. Se pensó en comenzar a resistir de nuevo, en ayudar a la guerrilla liberal a hacer frente al ejército que había comenzado a reemplazar a la policía pero que era igual ella. Pacho Eladio Ramírez visitaba cada tanto la región animando a la gente a defenderse, a ayudar a la resistencia, a pedir plata para la guerrilla. La guerrilla operaba en muchos sitios: Cenizas y Sultán tenían a río Loro; Gasolina se mantenía por Bugalagrande;

Chispas por Cumbarco y Génova; Narices por San Antonio. Era mucha guerrilla y eran jefes jodidos. Narices, por ejemplo, bajó un día y se peló diecisiete conservadores, le dio fuego al ejército como diez horas y se les voló.

Poco a poco esas guerrillas liberales fueron organizándose, uniéndose y metiéndose a las zonas que habían conservatizado los chulavitas. Se metían y no preguntaban quién era quién, porque todos eran godos. Hágale y listo. A tomarse una región, a tomarse otra y otra. Así, de Barragán a Caicedonia se fueron metiendo poco a poco. Tierra que cogían tierra que le devolvían al liberal que la había abandonado, o a otro liberal que anduviera por ahí. El ejército no era capaz con todas las cuadrillas y le zurraban cada vez que se metía. Así fueron liberalizando, liberalizando. Rojas Pinilla nombró muchos alcaldes militares que no atacaban solamente a los liberales sino que pelaban también a los godos. Recuerdo que en San Antonio nombraron a uno llamado Michín: era un sargento que cogía a los pájaros conservadores y les zurraba, les daba un palo que los dejaba sin poder asomarse a la calle por quince días. La torta comenzó a voltearse. Los liberales fueron ganando terreno y sacando conservadores. Claro que los liberales hacían lo mismo que los conservadores habían hecho con ellos. Los asesinaban si no se salían y hubo masacres terribles, como la de El Venado, donde mataron como veinticinco personas, asesinándolas horriblemente. Eso fue un crimen terrible. Los liberales comenzaron a hacer las mismas cosas que los pájaros. Inclusive, Evelio cuenta que llegaron a tomar sangre, como El Chimbilá. Él conoció a El Cejón, el asesino de El Venado, y dizque el cliente tomaba sangre de sus víctimas para darse valor, para darse verraquera, para quitarse los nervios. ¡Ay, Luzbel, soltáme! Así como otros tomaban aguardiente con pólvora para echar para adelante, El Cejón tomaba sangre y eso no fue sólo él. Ahí no paró la cosa. También comenzaron a robar, a incendiar y a matar por plata. Si uno no les daba plata, mataban a otro, así fuera liberal o conservador, el todo era la plata. Comenzaron también a desunirse, a pelear entre ellos por una cosa u otra, a quitarse las mujeres y a ser los matones de las zonas. Los políticos los fueron dejando solos y eso fue peor porque se mataban entre ellos mismos, hasta que poco a poco el ejército los fue cogiendo uno a uno y

liquidándolos.

San Antonio pudo regresar a la paz por allá en el 58. Cuando metieron a Sevilla el Batallón Colombia. La gente volvió poco a poco a sus tierras y hasta hubo intercambio: los conservadores que habían conseguido tierra por allá en la Cordillera Occidental, les devolvieron esa tierra a los liberales a cambio de la que éstos tenían en San Antonio. Así se fueron arreglando las cosas. Los bandoleros liberales fueron eliminados por el ejército, pero también a los pájaros les dieron bala. El ejército era más respetado que la policía y la gente comenzó a no meterse con él, sobre todo cuando los soldados les daban parejo a unos y a otros.

Evelio se apareció el 24 de diciembre del 57. Se había desilusionado de la lucha. El general Arboleda estaba en conversaciones para entregar las armas. Los comandantes de las guerrillas del Valle y de Caldas obedecían cada vez menos a los grandes jefes y se estaban volviendo más bien bandoleros. El ejército había entrado en la lucha y contra él la cosa era diferente. Los godos habían sido derrotados en muchas regiones y los liberales habían podido volver. El hombre llegó una tarde a Canoas. No quiso hablar nada. Me saludó y me pidió comida. Sólo mucho tiempo después me contó lo que cuento ahora.

El Chimbilá

Nunca la había visto tan cerca. La he visto muchas veces, pero es la primera vez que la veo así, vivita. Siento como un frío que de los pies me salta a los hombros y se me entra por las narices, por los ojos, por las orejas. Me siento distinto, veo las cosas como si me miraran en lugar de mirarlas yo. Me ha dado por recordar, por mirar atrás. Todo lo que he vivido se me está volviendo presente, los recuerdos me inundan, me amenazan. Cada hecho de mi vida, cada persona, cada cosa está conmigo, aquí en esta celda. Si no fuera por estas paredes podría decir, no que mi pasado se me vino encima, sino que yo caí de bruces. No puedo mirar hacia adelante. Hay una pared blanca que se me atraviesa. Y sé que detrás está ella, acurrucada, callada, sin ojos. Eso es lo que me tiene en la olla, verla sin ojos, y oír su murmullo como resuello de buey. Tengo miedo, miedo, nunca había sentido tanto miedo. Es un miedo distinto. No es el miedo que me hace echar para atrás. Me dan ganas de arrancarme el cuerpo y echárselo para que se engatuse mientras yo me doy el ancho.

Y eso que yo desde muy pequeño la conozco, le he sentido ese olor a rancio que tiene. Cuando yo tenía ocho años, la vi por primera vez. En Andes, Antioquia, donde nací y me crié. Yo estudiaba en la escuela con un primo y éramos muy amigos. Su papá tenía una finca como a dos horas del pueblo y todos los sábados íbamos a coger chachafrutos. Mi tía hacía el cocido y nosotros meniábamos las pepas. ¡Esa sí era una comida! Allá conocí a una señora que vivía sola, sin familiares ni amigos y mucho menos marido. Me había hecho amigo de ella porque en el solar tenía unos árboles de níspero. Ella se encariñó conmigo y yo con ella. Hablábamos poco. Un día, bajando de la finca de mi primo, nos sentamos en una loma así a mirar… De pronto apareció un féretro en la mitad del camino y vi a la señora de los nísperos, sentada en el cajón, que me miraba y me miraba… La reconocí por el pañolón

que siempre se ponía en la tarde. La vi tan claramente que sacudí a mi primo para que se la pillara, pero él no vio nada. Sentí miedo, ganas de hablarle, de saludarla. Mi primo creyó que yo estaba loco. Fue cosa de un minuto, pero la visión fue muy clara. Pasó y salí corriendo para la casa de la señora. Cuando llegué sentí miedo, miedo y curiosidad. Abrí la puerta: la señora había muerto hacía como dos días. Nadie se había dado cuenta. Siempre creí que ella me había llamado a mí, su único amigo, para que la enterraran y poder así descansar. Esa fue la primera vez. Lo recuerdo como si lo estuviera viviendo.

La volví a ver después, a los 17 años. Fue en 1940, en Medellín. Yo vivía solo en una pensión y trabajaba en *El Colombiano*. Siempre quise ser periodista. Trabajaba en el taller de armada, alcanzando tipos. Pero mi idea era hacerme periodista. Yo vivía en un caserón viejo, donde hoy está situado el edificio de los Cárdenas. Una vez llegué tarde, como a las cuatro o cinco de la mañana, abrí el portón y, cuando entré, alcancé a ver que una mujer muy bonita, vestida de negro, entraba a los sanitarios. La vi perfectamente, oí cuando corrió la perilla. Yo estaba con ganas y entonces me paré en la puerta a esperar. Y esperé… Esperé diez minutos, quince, veinte, y no salía; media hora, tampoco; una hora, nada. Intrigado decidí golpear. Nadie me contestó. Empujé la puerta. No había nadie. Sentí miedo y grité, grité duro. Nadie me oyó, ni nadie se despertó. Era ella otra vez. La sentí muy claro. Era ella con su figura firme y su pañolón oloroso. Después me la he topeteado de cuando en cuando.

Pero hoy, ahora, es distinto. Esta vez se ha quitado el pañolón y me ha dejado ver que no tiene ojos. Por eso tengo miedo. Miedo y rabia. Rabia porque no puedo aceptar que me haya dejado empastelar. ¡Que me empastelen a mí, el man del pastel! ¡Yo, que he estado en las canas más verracas de este país, que me las he visto con los asesinos más hijueputas, que no me ha tramado nadie, venir a caer así como un gil, como si hubiera entrado ayer! ¡No, ese no es el derecho de las cosas! Me da ira, hiervo de la ira al pensar que a mí, que he pasado ocho años en Gorgona, cinco en La Picota, tres en El Barne, que he estado en Villanueva, Cúcuta, Buga e Ibagué, me salgan con éstas. Uno cree que en veinticinco años de cana se aprende mucho. ¡Mentira, ahora empastelado como un güevón! ¡Es que la vejez es muy dura! Me meten

dos libras de yerba y no me doy cuenta; me requisan, me cobran el impuesto y no tengo con qué pagar; me muelen a patadas, porque, qué trilla la que me dieron, y no me puedo defender; luego me traen medio muerto a la enfermería y mi cuerpo ya no responde. La vejez es muy hijueputa. Hace tiempo, ¿quién se atrevía a empastelarme? Ahora, yo he estado al borde de la muerte muchas veces. Me han perforado más de veinte proyectiles. Todavía tengo uno aquí, en la cervical. Pero mi cuerpo se alentaba pronto; quince días, un mes de enfermería y listo. Ahora voy a completar tres meses por unas simples patadas y no me puedo parar, el hematoma no se disuelve, la mano derecha no la puedo mover. Éste es el fin. Yo nunca me había visto completamente derrotado.

Cuando estuve en el hospital de Buga, todos me dieron por muerto, pero yo sabía que ahí no paraba. En los ratos de luz no me sentía acabado. Y eso sí fue verraco: seis tiros, una carga completa. Dos en el tórax, uno pasó rozando el corazón, dos en el cuello, y uno que entró por la boca y me rompió los dientes, las muelas, la lengua. Me dio la vuelta y se alojó en la vértebra cervical. Ese pepazo fue muy hijueputa, me tumbó, puede decirse, toda la dentadura y me dejó solamente un colmillo. Por ése es que me dicen El Chimbilá. También porque fumaba, porque fumo todo el día. No es porque, como dicen, que yo en Ceilán me bebía la sangre que corría por las alcantarillas. No. A mí me dicen El Chimbilá porque sólo me quedó este colmillo y porque tengo los ojos rasgados y las orejas grandes. Nunca he bebido sangre, como no sea la mía, con ese disparo que me hicieron a quemarropa. Además, lo de Ceilán fue antes. El atentado me lo hicieron en Salónica al año de habernos tomado a Ceilán. Estaba preso precisamente por lo de Ceilán, llegaba a Buga preso, transferido, y entonces me compré a los guachimanes y me los llevé a Salónica, donde tenía mi gente. Llevábamos tres días bebiendo cuando me llamaron por mi nombre de pila, me voltié y sólo vi un cañón disparando un tiro a puerta gayola. Sentí un lapo caliente en la cara y caí al suelo. El hombre pudo escapar y a mí me llevaron muerto para el hospital. Allá vieron que yo estaba con vida y me operaron. Como a los quince días comencé a despertarme. Me sentí con vida y me alegré. ¡Pero qué sed, qué sed tan tenaz! La lengua no me cabía en la boca, los labios eran dos llantas, la

saliva se me había acabado. Sentía puro fuego entre la garganta y el estómago. El hambre no es nada comparada con la sed. Es que la sed es el peor suplicio, el peor. Uno siente locura. Es lo más terrible que uno se puede imaginar. El catre de Durán se le queda chiquito. Durán era un demonio. El hombre llegó de director a la cárcel de Villanueva. Un día a las cinco nos hizo formar. Leyó el reglamento con una voz gruesa, dura; mandó sacar un catre de hierro y lo puso al lado, sin decir palabra. Mandó traer un perro que tenía preparado y lo amarró al catre; luego él mismo le puso al catre dos alambres que unió a un enchufe y le descargó un corrientazo al pobre animal. Durán sonrió, volvió a unir los cables. El gozque apenas aullaba. Entonces nos miró a uno por uno. Le echó agua al catre y volvió a unir los cables. El perro dio un aullido largo, horrible, y murió. Y no dijo ni una sola palabra. Se metió a la oficina de la dirección y nunca más lo volvimos a ver. Pero el catre sí lo vimos, todos lo vimos, lo sentimos. La piel se nos ponía de gallina de sólo pensar en el catre. Es que eso es como si le inyectaran a uno candela por los cuatro costados, es como si le derramaran lava por dentro. Uno quedaba entumido semanas enteras después de una pasada por el catre de Durán. Ese era un hombre muy malvado. Yo digo: nosotros hicimos bestialidades, pero nosotros liquidábamos la pinta y ya, no más. De un solo dolor hacíamos los sumarios. Pero se necesita ser muy cruel, muy malnacido para hacer lo que hacía Durán. Era tan malo que la gente decía que no había sido parido, sino cagado. Pero así y todo yo prefiero el catre de Durán a la sed. ¡Qué sed! ¡Qué martirio! ¡Sentir pasar los días y uno con la boca hecha un solo hollejo! ¡Uno echa a ver agua por todos lados, se despierta alcanzándola y nada!

Pero bueno, ni en esas me encalambré como ahora. Sabía que de alguna manera salía. Y así fue. Como al mes me trasladaron a otra pieza. Tenía un par de tiras en la puerta. Una mañana llegó un propio de León María y me dijo: «Alístese; mañana mandan por usted». Yo ya podía caminar porque en las noches hacía ejercicio y en el día me hacía el enfermo para que no me abrocharan a la cama. Y sí; al otro día llegaron dos médicos, saludaron a los guachimanes y me llevaron en una camilla. Bajamos al primer piso y en la puerta nos esperaba una ambulancia del hospital de Tuluá. Nos subimos y salimos sin decir

adiós ni hasta luego. Los rayas estarán todavía allá esperándome. Es que León María era un tigre, un amigo que nunca dejó a nadie tirado. Por eso todo el mundo, bueno, el mundo de él, lo quería. Podía ser lo que fuera, pero uno sabía que el hombre no lo dejaba a uno por ahí a merced del destino. De León María se ha hablado mucho, pero nadie puede hablar de él como yo. Era un gran hombre, con debilidades como todos, pero un hombre derecho. Un hombre que, dígase lo que se diga, no mató a nadie, por lo menos con sus propias manos. Ese hombre se hizo solo y llegó a ser uno de los más respetados del conservatismo, tanto que en el directorio de Tuluá todavía había, hasta hace no mucho, un retrato de León María. Era un simple vendedor de quesos en la galería de Tuluá. Hizo muchas relaciones con sus clientes, inclusive con los de Barragán, que fueron los que en últimas se lo llevaron. A El Cóndor, antes de que figurara, lo condecoraron. Era un hombre humilde, valiente, recto, que amaba a su hija y a su mujer, Agripina, y que nunca dejó de ir a misa de seis donde los salesianos y de llevarles queso todos los días. No llegó a matar. Sólo a un gato una vez le descargó todo el plomo de su revólver en la cabeza y luego uno de sus arcángeles le descerrejó toda la provisión de la tarna hasta que el animalito quedó hecho un zurrón de mierda y tripas. Odiaba a los gatos porque al fin de cuentas él era un pájaro. Pero nunca le pegó un tiro a un cristiano, era formalísimo. Yo llegué a hablar con él de treinta a cuarenta veces, siempre muy correcto.

Él era sobre todo una leyenda nacida el mismo 9 de Abril, cuando los liberales trataron de asaltar el colegio de los salesianos. León María se informó de las intenciones de los liberales, y como era tipo echado para adelante y muy beato, se atravesó en medio del colegio y de la chusma liberal, les estalló unos tacos de dinamita y con una carabina vieja, un grass que tenía, sacó en carrera a los collarejos. Dicen que al día siguiente, en el hoyo que hizo la dinamita, brotaron siemprevivas. Quién sabe quién las puso ahí.

Ese 9 de Abril fue muy verraco. A mí me tocó prácticamente en Bogotá. Yo me hallaba en Pasto, haciendo un negocio de armas. Compraba fierros en el Ecuador, en Esmeraldas, los transportábamos en barco hasta el Patía y por allí los entrábamos. Era un viaje tenaz, por una selva donde se oía pitar cuando llovía y llovía todo el

hijueputa día. Estando yo en Pasto, el mismo 9 de Abril, cuando el gobierno de Mariano llamó las reservas del ejército, me presenté a filas. Yo era reservista, había prestado servicio militar en el 44 en Medellín. Una vez licenciado ya sabía de armas y como era un aventurero me quedé por esas tierras negociando los fierros. Entonces me llamaron a filas, a defender el orden, a defender a Ospina. Y así fue. Nos uniformaron, me dieron los galones de sargento, aunque yo sólo había sido soldado raso, y nos embarcaron en un avión. Eso fue el mismo viernes en la tarde. Mi tropa era de puros campesinos que les habían quitado las alpargatas y les habían puesto botas. Pastusos, obedientes. Llegamos a Bogotá, a Techo, y de allí nos llevaron directamente al Ministerio de Guerra. Nos hicieron formar y nos dijeron: «Ustedes son buenos soldados, son buenos hijos de la patria, son buenos defensores del gobierno, ustedes sabrán qué hacer», y nos soltaron con veinte, treinta hombres, a medir calles y a quiñarle a todos los que fueran gente civil. Y uno joven, alebrestado por el grado que había ganado en un abrir y cerrar de ojos, al mando de un poco de bestias bien obedientes, ¿pues qué más? Quíñele, quíñele a lo que no fuera igual a uno. Yo dividí mi gente en grupos y les dije: «Mañana a esta misma hora, seis de la mañana, nos encontramos en este mismo sitio». Y así fue: nos aventuramos por todo el centro de Bogotá, que era un puro infierno. Los edificios ardían, la gente corría como cuando a un hormiguero se le echa gasolina. Unos para un lado, otros para el otro, cada cual con algo en el hombro: que ya una lámpara, que ya un radio; la gente se ponía cinco y seis vestidos, uno encima de otro, y apenas se podía mover. Eso sí, todos enfierrados: pistolas, machetes o por lo menos una varilla; borrachos, echándoles vivas a Gaitán y mueras a Ospina. Nosotros, claro, haciendo puros ejercicios de puntería. Que la vida de otro esté en el dedo de uno, es una sensación muy verraca: del movimiento de un dedo, sólo de un dedo, depende la vida de otros hombres; eso le da a uno una seguridad muy arrecha. Y las mujeres, llore, las mujeres, ese tropel de hembras que corrían asustadas, apenas lo veían a uno armado se abrían de piernas. Yo tuve que reprender a un soldado. No, eso no se debía hacer… yo nunca permití que los hombres abusaran de las mujeres, ni de los niños. Por eso, después en la cordillera, nos llamaban las Guerrillas Blancas; por

eso nos respetaban, porque yo no dejaba que a las mujeres las arreglaran.

El 12 nos convocaron al ministerio; se me encomendó la operación de localizar los reos que se habían volado de La Picota. Sucedió que con la policía se amotinaron los guardias de las cárceles y abrieron las canas; salieron por las puertas todas esas ratas, todos esos criminales, como Pedro por su casa. Unos, claro, se sumaron a los liberales, pero otros, menos vivos, agarraron hacia los páramos de Cruz Verde y por la hoya del río Teusacá trataron de pisarse. Nosotros seguimos el rastro y por allá cerca de La Calera, los campesinos, que eran todos conservadores, los sitiaron a puro machete y cuando nosotros llegamos les estaban cascando. Ahí impedimos una masacre horrible, porque mucho reo iba con su mujer y hasta sus hijos. Entonces los amarramos y los llevamos para La Calera, donde era alcalde civil y militar el general Amadeo Rodríguez, propietario de una de las haciendas más grandes del municipio. Mi general era un hombre de malas pulgas, muy amigo de arreglar todo a pura bala, tanto que lo llamaban el general Abaleo Rodríguez. Cuando nosotros llegamos con los presos el general les echó un discurso larguísimo en que hablaba de Cristo y de Bolívar para terminar diciéndoles que ellos, los reos, eran el Dragón Comunista, y él, el general San Jorge. Así, al otro día, en un cerrito cerca al pueblo, los mandó fusilar a todos, excepto, claro está, a la gente menuda. Yo mismo dirigí el batallón de fusilamiento y vi los ojos de esa gente cuando apuntábamos, vi que la vieron como yo la veo ahora: sin ojos. No me imaginaba en ese momento lo que es estar amarrado ante la boca de un fusil, como me tocó después, cuando de la misma Picota nos volábamos unos cuantos, trece creo que éramos, y por un sapo, el Traslaviña, que era el jefe de guardia, nos echaron mano. Malvado Traslaviña. Cómo sería de atravesado, de malo, que uno no le decía a otro hijueputa, sino Traslaviña. Este sieteleches nos apañó a los trece en un zanjón, detrás de La Picota, nos hizo acostar boca abajo con las manos extendidas y fue contado: «En éste sí, en éste no, en éste me cago yo», y a esos les soltaban una ráfaga. Así, en el suelo, por detrás. Mató nueve delante de todo el mundo. Entonces la vi como ahora, con esos huecos en los ojos.

Cuando regresamos de La Calera a Bogotá ya la cosa estaba

terminada. La ciudad había sido destrozada, destruida, incendiada. Todo ese caserío viejo del centro echaba humo, los tranvías eran meros hierros retorcidos. Pero hasta mejor. Si no hubiera sido por el 9 de Abril, Bogotá seguiría teniendo cara de pueblo. El 12 ya el motín había sido dominado, aplastado, como decían. El mayor honor en esto les cupo a los boyacenses. Unas tropas que había reclutado José María Villareal en Boyacá, por allí en eso de Boavita, La Uvita y Chulavita. Dizque el mismo 10 llegaron a Bogotá treinta buses con hombres armados en Tunja que, a la consigna de «Viva Cristo Rey», habían impuesto el orden en los sitios más importantes. Los chulavitas eran todos reservitas, todos buenos conservadores y bien disciplinados. Porque eso sí, gente que dé la vida por el partido conservador, como los boyacenses, no hay. Es gente absolutamente ciega. Ellos no miran, obedecen. Con gente de Boyacá fue que yo comencé mis andanzas en la cordillera.

Allá la gente de La Aguada fue mi apoyo. La Aguada era el único sitio en la Cordillera Occidental, entre Restrepo y El Águila, que era netamente conservador. Estaba poblado por boyacenses llegados en los años treintas, expulsados por los liberales de sus tierras. Conocí muy bien a ese personal. Dormía en sus casas, me acostaba con sus hijas, bebía aguardiente con ellos. Esa gente así por encima parecía mansa y atolondrada, pero por debajo cargaba toda esa ira del derrotado, ahí, entreverada, metida en sus ramas. Una ira que sólo se divisaba de golpe, en su mirada esquiva, como la de un gozque con miedo. Hice amistad con ellos siendo inspector de policía de La Primavera, a donde llegué a principios del 49; porque una vez terminado el 9 de Abril me trasladaron al detectivismo, y ahí estuve de mayo a noviembre en operaciones secretas. A mí me gustó mucho el detectivismo porque allí se ejercitaba más la aventura. Uno se hace pasar por uno siendo otro. Eso de ser otro siendo uno da mucho gusto. Tramar de malévolo siendo secreto es la verraquera. Como detective aprendí a pillarme a los comunistas, a seguirles la pista detrás de los liberales, porque ellos todos siempre han sido los mismos. En el detectivismo aprendí mucho truco, mucha trama. Uno corona ojos en la nuca, y un dedo muy nervioso, muy nervioso. Pero sobre todo aprende a hacer las cosas callado, así, sin que el enemigo se dé cuenta. Del detectivismo salí

porque una noche me trabé a bala con una patrulla del ejército que estaba haciendo ronda. Yo tenía una querida en el bar Mar del Sur, y al teniente que comandaba la patrulla también le gustó la mujer. Una noche nos encontramos y sucedió lo que tenía que suceder.

Ya en la calle, de civil, decidí irme a viajar. A mí desde niño siempre me ha gustado la aventura en el mar. En la escuela yo leía mucho a Salgari y de ahí salió el cuento del mar, y la primera volada de la casa. En mi pueblo había una biblioteca pública donde iba todos los días al salir de la escuela. La bibliotecaria era una mujer ya entrada en años, muy gorda, que siempre me daba los libros que pedía. Me quería mucho, tanto que me permitía arrancar las ilustraciones de los libros para guardarlas y decorar mi cama. La señorita bibliotecaria me sentaba en sus grandes piernas y me leía, o, mejor, yo le leía a ella mientras me abejorreaba. Para mí leer así era un placer. Un día que estábamos en ésas, mi papá, que era sumamente bravo, nos alcanzó a ver por la ventana y entró hecho una furia. Empujó a la señorita y con el mismo libro que estábamos leyendo le pegó. Me llevó de una oreja a la casa, me rompió todas las estampas que tenía en mi cama y me dio una muenda con la correa que todavía me duele. Al otro día sacaron a la señorita de la biblioteca y yo decidí volarme. Me fui para donde unos tíos en Itagüí, y ahí duré unos tres meses. En Itagüí no hice más que leer, arrimar ladrillo en las obras que mi tío dirigía y soñaba con los viajes de Sandokán. A mí se me quedó todo eso metido en la cabeza, pero metido sin poder sacármelo. Por eso fue que cuando dejé el detectivismo me fui para Buenaventura a embarcarme para rodar el mundo. Siempre lo quise hacer, pero el destino, el destino, se encapricha con uno.

En Buenaventura no me pude embarcar y me devolví para Cali. Andaba por ahí de un lado para otro sin saber para dónde coger. Un día en Tuluá me encontré con un conocido que había sido sargento del Batallón Girardot, donde yo había prestado servicio. Estaba de alcalde en El Dovio y me dijo: «Necesito una pinta que se le mida a ser inspector de policía en La Primavera. Si usted acepta, lo hago nombrar mañana mismo. Eso sí —me dijo—, necesito un cliente con pantalones, porque La Primavera es un corregimiento liberal. Los tipos que han aceptado ser inspectores renuncian al otro día porque allá no aceptan

un godo». Bueno, me dije, no tengo nada que perder. A mí no me asustan los collarejos, porque los tengo bien pillados, y si se trata de morirme lo único que necesito es estar vivo y hágale. Le acepté al hombre y así llegué a La Primavera.

Allá no había un godo fuera de mí. Me arrimé haciéndome el sonso, haciéndoles creer que a mí sólo me gustaban las hembras, el trago y gozar. Yo andaba conversando con todos y bebiendo con todos. Visitaba sólo los viejos que tenían hijas bonitas. Y me hacía el de la vista gorda con cualquier problema. Claro que eran pocos, porque esa gente era gente sana, trabajadora; en ese pueblo nunca hubo un hecho de sangre, ni un problema de linderos, ni siquiera un lío de faldas. Por ahí sólo borrachos, como yo, que no eran más que bulla. Casi todos eran antioqueños que habían llegado hacía años a tumbar selva y a sembrar café. Toda gente de paz, gente trabajadora, ¿para qué voy a decir lo contrario? Pero mientras yo tramaba de mujeriego, los iba estudiando. Estudiando sus reacciones, estudiando sus zonas, y así fue que me descubrí La Aguada. Yo me iba a visitar cada rato a un viejo que tenía dos hijas muy lindas en una vereda que llamaban Cerro Redondo y que lindaba con La Aguada, pero en La Primavera todo el mundo creía que lo que estaba haciendo era arrastrándoles el ala a las muchachas. Así comencé a preparar todo con los clientes de La Aguada que se sentían amenazados por los liberales.

La Aguada se convirtió en la base de toda la operación que ya teníamos en mente. Se trataba de conservatizar la cordillera. En eso me cupo el honor. En cada pueblo había apenas un puñado de conservadores y todo el resto era liberal, y así, pues era imposible, las cosas no podían seguir así. En los años treintas, los liberales que se habían hecho ricos después de la Guerra de los Mil Días se tomaron el gobierno y los conservadores se quedaron sin los negocios y sin el gobierno. Los de La Aguada, para poner un ejemplo, eran más pobres que los liberales. Cuando el partido conservador volvió al gobierno en el año 46, quiso ayudar a sus copartidarios porque eran unos desvalidos y así fue como comenzamos, para ayudarles, porque eran débiles.

II

Yo siempre me he puesto a favor de los débiles, de los desvalidos. Así también por ayudar a estos copartidarios fue que planeamos la primera operación grande en la cordillera.

Resulta que a La Primavera llegaron un día unos clientes armados que resultaron detectives y se emborracharon. Como que tuvieron algún disgusto y de ahí resultó muerto un muchacho. Yo de eso no supe nada, porque andaba por La Aguada armando mi maquinita. El pueblo de La Primavera se enverracó y desarmó a los tiras, los metió a la cárcel y me mandaron llamar para que yo iniciara la justicia. Cuando yo vi venir al cliente que me andaba buscando me escondí, porque no me convenía que supieran que yo andaba por ahí. El tipo contó la cosa, me dejó la razón por si acaso me veían y se regresó. Entonces, yo vi que podíamos comenzar. Me fui con dos hombres por la noche, en un aguacero que hacía temblar la tierra. A la entrada del pueblo mandé llamar al cura, que me colaboraba. Nos encontramos en la cárcel, se despachó al guardia rapidito y montamos nuestra gente a caballo. Íbamos con la cara tapada y cuando el pueblo se levantó a oír los tiros y trató de rodearnos, el cura hizo su parte: los apaciguó, los previno de los peligros que significaba meterse con nosotros y mientras eso, nos filamos llevándonos a los tiras y las armas que me habían traído. Así logramos nuestra primera victoria y nuestros primeros fierros.

Al otro día llegué a investigar los hechos de La Primavera con una risa por dentro que me zarandeaba de lado a lado. Tomé testimonios, visité el lugar de los hechos, calmé los ánimos y con todo ese material les dije que iba a poner en conocimiento de la autoridad competente el problema. Me despedí lo más amable que pude, poniendo la cara más preocupada que encontré.

Entonces organizamos la segunda parte de la operación. Esta vez al descubierto. Una noche, como ocho días después de sacar a la gente de la cárcel, caímos. Pusimos hombres en las esquinas de la plaza y con gasolina incendiamos todas las casas que pudimos al grito de ¡Viva Laureano Gómez!, ¡Viva Cristo Rey! La gente no creía que yo andaba en esas; ese fue el desconcierto; no sabían si salvaguardarse o huir. Eso fue un tistiristi, un agite el verraco. Yo había dado orden de no quebrar a nadie más que en caso de necesidad y no fue necesario,

porque a la gentencita la pillamos en blanco. Antes de irnos les advertimos que si apreciaban sus vidas, desocuparan la región. Nosotros en realidad no queríamos llegar a mayores, sino solamente enseñarles que con la autoridad no debían meterse porque por algo era autoridad.

Queríamos defender a los pocos conservadores que había y que tenían aplastados. Al otro día se reunieron los vecinos, nombraron una junta para ir a hablar con el gobernador y juraron defenderse. Ese fue el error. Ese juramento fue el comienzo del problema. Esa sí fue la declaración de guerra. Los días fueron pasando. Por la región no aparecieron comisiones ni de investigación, ni de policía, y mucho menos del ejército. Mientras tanto, la noticia echó a andar, a andar que era un gusto. Todo el mundo sabía de lo nuestro. La cuestión llegó a oídos de León María y dicen que se puso muy contento porque, según él, era la primera vez que se tocaba cordillera. Después supe que él había hecho una operación casi idéntica en Riofrío. En ese momento León María ya era todo un jefe, había recibido armas y seguramente indicaciones del directorio. Claro, a mí no me consta. Yo hablé con él muchas veces pero nunca supe que él tuviera conversas con el directorio, ni que allí le dieran consignas precisas. Más bien creo que eso sucedía como sucedió conmigo. Eran indicaciones y no órdenes.

León María se reunía con su gente en un café, el Happy-Bar, y entre aguardiente y aguardiente iba diciendo lo que uno debía hacer, sin decirlo. Y uno entendía. Cuando los tiras llegaron a La Primavera a armar el coge-coge sin tener nada que ir a hacer allá, pues yo intuí que él los había mandado. Uno sabía que era una ocasión que se debía aprovechar y al mismo tiempo una orden que se debía obedecer. Sin embargo, yo nunca le planteé nada y él tampoco a mí. Él hablaba como por debajo de la lengua y uno le entendía. Eso era todo. Pero sentarse uno a decir: vamos a hacer tal y tal cosa, no, eso nunca. Él hablaba sí de cosas políticas, de la situación del partido, de lo que les estaban haciendo a los conservadores en el Tolima o en el Llano, pero no de una operación concreta. Por ejemplo, él no reclutaba de una a la gente, sino que la gente hacía las cosas por una razón y entonces él llamaba al cliente y ahí le hablaba de una y otra cosa, hasta que se daba mañas para hacerse obedecer. Por eso contra León María no

había una sola prueba, aunque hubiera muertos, pero los muertos no prueban nada. De la misma manera como él decía las cosas sin decirlas, hacía las cosas sin hacerlas. Por eso la gente lo acataba, por eso le tenía miedo y por eso era tan respetado. Así con mañita él llegó a tener un poder el hijueputa. Por eso le temían, y por lo mismo, trataban de hacer lo que él quería. Era la única forma de no estar contra él. Por eso también, muchas cosas con las que él seguramente no tenía nada que ver, se las achacaban y así su fama iba corriendo de lado a lado y de boca en boca. Él movió las fichas para que yo hiciera lo de La Primavera y yo lo hice porque entendí. Después fue que me llamó, ¿y qué?… Conversamos de Procopio, de las hijas de Procopio. Procopio era un hombrecito muy pequeño que nunca miraba a nadie de frente. Era el propietario de un bar llamado El Sinaí, que quedaba en el barrio de La Victoria. Allí León María se emborrachaba y era entonces cuando hablaba menos enredado. De cada borrachera en El Sinaí resultaban en el río Cauca varios clientes con los chulos saqueándoles la tripamenta. En ese bar era donde él hablaba de los crímenes liberales, mientras sus invitados se dedicaban a darles dedo a las hijas de Procopio, que eran lindas, pero de tanto dedo, bobas. Eso sólo soltaban babas, mientras los amigos de León María les metían el dedo con que al otro día obedecían al jefe. Procopio quería mucho a León María porque a pesar de todo, la hija menor de Procopio, Luz Alba, que era su consentida, era la única que León María no dejaba tocar. A ella «sólo El Cóndor con su ala engalanada podía arrullar», como él mismo decía. Bueno, esa niñita era la única que no echaba por la boca y por eso El Cóndor la quería y por eso Procopio quería a León María. Cuando sucedió lo de La Primavera, León María me llamó al Sinaí y toda la noche estuvo hablando de las hijas de Procopio. Ya en la madrugada me preguntó si yo conocía al cura de Betania; le dije que no, que por allí no conocía. Entonces, acariciando su niñita y riéndose de lo que diría Agripina si lo viera, me dijo escupiendo una pepa de naranja: «Nada con él».

Yo no entendí esa noche lo que me había dicho, pero a los pocos días, ligando las vainas, vine a caer en cuenta. Se trataba de atacar a Betania, un pueblito que da contra la selva del Chocó, en la pura cordillera, un pueblo liberal donde en una vereda, El Naranjal, se

había organizado la gente y había matado a palo al señor inspector de policía. Pero con todo, yo no entendía. Era muy difícil entender por qué había escogido a Betania. A mí me daban vueltas y vueltas en la cabeza las frases de León María. Sobre todo se me quedó un tirito que repitió varias veces: «¿Sabés por qué Procopio no explota y nos asesina a todos? Porque se le ha dejado una salida». Con todo no entendía, y tortúreme con todo lo que había oído y más sabiendo, como sabía, que me había dado una orden. Atormentado y asustado, porque si uno no le cumplía entonces se despedía de La Cochina, como les sucedió a los hermanos Granados. Entonces un día me decidí a atacar. Atacar sin saber muy bien por dónde o por qué.

Para ese tiempo ya tenía a los conservadores de la región funcionando. Ellos me obedecían ciegamente porque sabían del respaldo que yo tenía, sabían de los hechos de La Primavera y sobre todo sabían que sin mí estaban acabados. El liberalismo se comenzaba a organizar y era cuestión de quién le madrugaba a quién. Yo andaba por toda la cordillera con tres tipos, dos revólveres y una carabina. La gente me sentía como su amigo y protector. Yo tenía una docena de caballos —que ni sé de quién serían— regados por la montaña, y así, en un santiamén, estaba donde quería. Estábamos organizados pero no en guerrilla, como la de los liberales del Tolima o del Llano, que andaban juntos todo el día haciendo fechorías. No, nosotros nos reuníamos en un sitio, a una hora, dábamos el golpe y nos desparramábamos a nuestros huecos. Los únicos que andábamos todo el día en ese plan éramos yo y mis tres hombres. El Cóndor me los había mandado diciéndome: «Ahí le van estos arcángeles». Bueno, el caso es que comencé. Primero El Dovio, después Restrepo, luego uno tras uno, pueblos y caseríos. Pero Betania no la podía tocar porque allí estaba el cura ese. Cura maldito, decía yo, ¿cuándo se saldrá ese hijueputa para poder caer? Pero el cura no salía. Mientras tanto, nosotros seguíamos la campaña de conservatización. Yo citaba a la gente, a los fieles, en un punto, les daba órdenes y caíamos sobre un pueblo. Dos o tres bombas, unos tiros, unas casas quemadas y nos íbamos por donde habíamos venido. Al otro día mandábamos las razones y de ahí para adelante cumplíamos las promesas hechas. Así los liberales se fueron saliendo uno por uno. Había unos tercos que

tocaba empujar, pero la mayoría se salía sin chistar. Aunque en esas me dio por observar un fenómeno: había tal cual cliente que en lugar de echar para Tuluá o Buga se iba para Betania. Claro, allí eran sólo liberales, habían alzado la cabeza y entonces esa gentecita se sentía segura allá. Uno a uno iban llegando a Betania y yo me decía: si ese cura bendito no se sale, se me va armar un mierdero. Yo andaba cabezón y estaba decidido a pararle mientes a lo que creía que León María me había dicho. Sin embargo, temeroso, no me resolvía a caer sobre Betania. Bueno, en tres o cuatro meses la campaña iba llegando a su fin. Habíamos conquistado muchos pueblos, la zona se había despoblado, las tierras habían sido abandonadas y el padrecito de Betania no se movía. Pero la gente seguía llegando. En tres meses calculo que se habían ido más de cincuenta mil liberales de esas tierras benditas. Entonces un día me decidí a atacar El Naranjal.

La gente ya preparada nos resistió, pero terminó por refugiarse en Betania. Entonces caí en cuenta de la estrategia que sin chistar nada me había armado ese demonio de León María: dejarles una salida, como a Procopio, para que no se convirtieran en fieras. Salté de alegría al entender la joda de Procopio y sí, estaba en lo cierto: a los pocos días el excelentísimo señor obispo de Bogotá mandó llamar al curita de Betania. Era el santo y seña: caímos sobre Betania.

La noche anterior al zafarrancho nos reunimos más de doscientos hombres, todos enfierrados, con teas y con unos sesenta marranos. Yo había planeado la operación con mucho cuidado. Nos dividimos en dos grupos: uno atacó el pueblo en redondo, dejando siempre una salida, y el otro se puestió en esa salida para rematar lo que por ahí fuera saliendo. Esa salida era un camino que conducía al Chocó, rodeado de pura selva. Y por los caminos que llevaban a Betania, exceptuando el que se había dejado como salida, arriamos los marranos con una tea encendida al lomo. Claro, esos animales corrían, chillaban terriblemente; mientras tanto, el resto de la gente atacaba al pueblo por los costados que quedaban libres. Los liberales se preocuparon fue por los marranos y a ellos les disparaban. Entonces nosotros nos metimos al pueblo por detrás, mientras ellos se enconchaban en sus casas y abandonaban las trincheras que habían construido. Eso fue peor para ellos porque les echamos candela, y cuando se vieron

rodeados salían por puertas y ventanas y nosotros los recibíamos afuera a pura bala. ¡Quíñele! Y quíñele a todo lo que corría. ¡Esa sí fue una noche que se puede llamar noche! El resplandor del incendio nos hacía ver las casas vomitando gente y los fierros se recalentaban de tanto quiñar; los marranos corrían y chillaban despavoridos, los caballos relinchaban y todo el mundo gritaba. Unos de miedo y odio nos hijueputiaban. Nosotros con verraquera les contestábamos: «¡Viva Cristo Rey! ¡Ateos Malnacidos!». Entonces, los que medio quedaban vieron una calle por donde no había nada y por allí se metieron corriendo. Pero para peor: salían al camino donde estábamos emboscados y ahí los terminamos. Eso sí fue algo jodido para ellos, ¡no esperaban tanto! Fue una operación tan perfecta que hasta los policías del pueblo se nos unieron. Claro que eran unos bestias. A mí me tocó quitarle el Colt a uno porque el hijueputa no le daba ni al suelo. Apuntaba a un cristiano y nada, volvía a apuntar y nada, mero polvo, y eso como a los tres metros. ¡Lavando conciencia el hombre! Entonces le quité el fierro y se lo di a uno de los nuestros, que ese sí no erraba tiro. Al final no quedó ni una mujer ni un niño muertos, porque esa era la consigna. Nosotros nos distinguimos por eso, por respetar a las mujeres y a los niños. A las mujeres, porque son o van a ser madres; y a los niños, porque no tienen la culpa de nada. Tampoco les hicimos nada a los familiares del curita. Ahí en la casa cural encontramos al sobrino, un hombrononón, acurrucado debajo del altar y lo dejamos ir. Ese era el trato. Nosotros tuvimos cinco bajas; las de ellos no las dejé contar, pero desde El Naranjal le mandé a León María como unos cinco bultos de naranjas.

Desde esa balacera tan verraca es que a mí me llaman Dedocaratejo. Porque la gente, como es tan malvada, dio en decir que este dedo lo tengo así manchado dizque porque cuando se me recalentaba de disparar yo le echaba agua fría y por eso se me quedó así manchado. ¡Infundios! ¡Qué iba a ser por eso! Eso fue porque en la cárcel de Gorgona yo tenía un taller de zapatería y entonces, de tanto echar Boxer, el pegante se me fue comiendo el dedo.

III

Yo en la cana siempre he trabajado. En Gorgona tenía un taller de zapatería. Ese sí era un negocio bien montado. Trabajaba como un verraco; al director de la cana le daba tres pesos por cada par de zapatos que arreglaba, y diez pesos por cada par que vendía. Entonces el hombre prohibió andar descalzo y prohibió todo tipo de calzado que no fuera calzado de cuero. Así ganaba él y ganaba yo. Al principio hacía yo solo todo el trabajo, pero el arreglo con la dirección me favoreció y comencé a contratar a otros presos para que trabajaran. Llegué a tener cinco manes ahí dándole al oficio y yo ganando. Ganaba bien porque, por un arreglo, cobrábamos veinte pesos: dos para el empleado, tres para el director —que seguramente iba de mano con el médico— y me quedaban quince hojas limpias. El más jodido era el empleado, porque de los dos pesos tenía que pasarle uno al director para que lo dejara trabajar. Pero bueno, ahí me hice mis centavos.

Gorgona era cruel. Yo comencé a oír hablar de Gorgona estando en El Barne. En esos días dieron otra amnistía, la segunda, la de Lleras Camargo. A mí no me la concedieron porque el Tribunal de Gracia consideró que mis pecados eran dizque atroces. Pero eso no era así. Nunca cometí un crimen que se pudiera catalogar como atroz. Yo actué siempre bajo el imperio de las circunstancias, yo no robé, yo no violé, yo no secuestré. Yo no tengo un centavo para coger bus el día que salga de esta cana; ese día, si salgo, me tocará irme a pie. ¿Pero qué voy a salir vivo? Me sacarán con las suelas paradas por esa puerta por donde entré cabal; me sacarán para la fosa común. Porque, ¿quién va a reclamarme?

Bueno, la amnistía fue decretada por Lleras Camargo. En ese momento había como cuatro o cinco mil presos políticos en las cárceles, repartidos por todo el país. Éramos presos políticos porque los móviles de nuestros pecados habían sido políticos; políticos fueron los hijueputas que nos lanzaron a la guerra; políticos también los clientes que nos decretaban o nos negaban la aministía. Todo fue político. El país estaba envenenado de política. Los curas en los púlpitos, los gamonales en las tribunas, las imprentas, los periódicos. Y eso venía desde mucho tiempo atrás. Uno se hace liberal o conservador desde la cuna. Yo, por ejemplo, fui conservador porque

mi papá lo era, y mi papá lo era porque mi abuelo lo había sido. Y así, quién sabe hasta dónde. Claro que con la llegada de López a la presidencia las cosas comenzaron a cambiar. López logró hacerles levantar cabeza a los liberales y se ganó poco a poco las ciudades; sólo le faltaron los campos para haber permanecido siempre en el poder. Pero los campos eran conservadores por virtud de la camándula. Los conservadores no se iban a dejar quitar el campo así como así, y por eso se dio la violencia.

Las indicaciones de los políticos, como El Cóndor, uno no las podía desconocer; además, uno estaba dispuesto a oírlas y obedecerlas. Lo de los hermanos Granados hizo leyenda y León María la utilizó para crecerse. Además, fue la evidencia misma de que él era un aliado del Todopoderoso. Lo mismo debía suceder en el lado liberal. Yo no sé sino de oídas lo que allí pasaba porque uno no podía hablar con liberales ni a uno le importaba tampoco lo que ellos dijeran. Todo era política. Por eso los cuatro o cinco mil presos eran todos políticos. Así hubieran cometido el crimen más cruel y espantoso.

Y por eso a uno, cuando dieron la amnistía, no le valía reclamar sus derechos políticos. Es que eso fue lo más monstruoso que uno se puede imaginar. Por ejemplo, si a tal o cual político uno le convenía, entonces él manejaba el tribunal para que decretaran la libertad; pero si uno no le convenía, bien sea porque uno sabía mucho, o porque uno tenía rivales dentro del mismo partido que lo querían tener alejado, entonces el tribunal negaba la libertad alegando que uno no había sido guiado por móviles políticos sino que había cometido crímenes atroces. Lo mismo sucedía cuando el directorio político del otro partido decía que el móvil dizque no era político. Entonces venía una negociación entre directorios para ponerse de acuerdo. Acuerdo que era una simple y llana negociación: ustedes sueltan a fulano y nosotros soltamos a perencejo. Así de simple. Eso qué móviles ni qué crímenes atroces, todo era la conveniencia de los políticos. A mí no me soltaron esa vez porque Balcázar Monzón, que era el gobernador, estaba disgustado con el ospinismo del Valle y entonces se negó a darme libertad, esperando que el ospinismo le diera el visto bueno a Ventarrón, un fiel del liberalismo de Sevilla. Pero el ospinismo no se lo dio porque, a su vez, el laureanismo se oponía a la libertad de

Ventarrón porque éste se había llevado a Candilejas, que era un jefe que el directorio conservador de Caldas estimaba mucho. Uno no era más que nudo en una red.

El caso fue que me negaron la libertad en el Valle y me remesaron para El Barne porque yo iba armando medio mierdero, que casi acaba en motín, cuando supe que el tribunal había conceptuado —como decían— que mis deudas eran atroces. Como sabía de todas las arbitrariedades de la cana, de toda esa porquería, a mí me tenían miedo los directores; y los internos me respetaban porque yo no dejaba pasar una injusticia sin armar la bronca. Así fue que me puse de acuerdo con el personal condenado por política, les expliqué la joda, les hice ver la aberración que caminaba detrás de la amnistía. También me pillé que el director de Villanueva, un tal Giraldo, liberal para ajustar, había violado a un sardino virgo que habían remitido por haberse robado la bicicleta del rector del colegio donde estudiaba. Era un sardino plancho y sano, tendría dieciocho años y claro, entró confiado. A Giraldo, que no le daba papaya a nadie que le gustara, que si por desgracia a alguien se le caía una moneda al suelo en su presencia tenía que sentarse para recogerla, le gustó el muchacho. Lo mandó llamar a la dirección, lo hizo amarrar desnudo al escritorio y se lo comió. Me lo pillé porque yo tenía todo un sistema de información y no había guardián que no me tuviera al día. Fue así como lo denunciamos y adjuntamos pruebas que no pudo negar. Al poco tiempo destituyeron al director y a los jefes de patio, que eran las celestinas de Giraldo. Pero claro, el nuevo director vio, con toda razón, que yo era peligroso y me hizo trasladar a El Barne. Allí supe de Gorgona y allá fue que me remitieron, no tanto por causa de lo que yo había hecho sino por culpa de Candilejas, de lo que a él no le pudieron o no le quisieron perdonar.

En El Barne se comenzó a hablar mucho de Gorgona; en todas las cárceles del país lo único que se hablaba era de la inauguración de Gorgona y se iban tejiendo decires, todos, claro está, terribles. Ese era el primer efecto de Gorgona, el culillo que daba de tan sólo mencionarla por su nombre. Por eso le pusimos El Armario. Todos los presos políticos comenzamos a hacer maletas y a tener pesadillas con la isla porque sabíamos que había sido hecha para nosotros los presos

políticos. El paseo a Gorgona comenzaba con la leyenda. Le seguían los preparativos del viaje. A uno lo aislaban totalmente unos tres meses antes. Ya se sabía que hombre aislado en el calabozo por más de una semana era huésped seguro de Gorgona. Lo encerraban en una celda sin servicios, sin luz, sin aire, sin agua, sin manera de acudir a un médico y sin comunicación con los otros presos. Este aislamiento tenía como fin impedir que uno preparara de antemano la fuga y lógicamente hacer todo más tétrico. Era un tortura para volverlo a uno mierda. Es que las que son capaces de inventar esos hijueputas para destrozarlo a uno no tienen cabida sino en la mente de un degenerado, de un miserable.

Después de dos meses y medio en ese aislamiento, nos sacaban. A mí me sacaron un día a las dos de la mañana, sin dejarme llevar ni un pañuelo. Tal como estaba en la celda, sin dejarme avisar a los familiares, ni a los amigos, ni siquiera al abogado.

De El Barne me llevaron al aeropuerto en bus. Allí abordamos un cajón de esos DC-3 para Buenaventura. ¡Qué ironía! Ese cagadero, el puerto de salida hacia Gorgona, con semejante nombre: Buena Ventura. Una burla del destino. Allí nos tuvieron unas cuatro o cinco horas en la cabecera de la pista a pleno sol y completamente desnudos, con los solos calzoncillos. Al anochecer nos llevaron a pie hasta el muelle, y a la media noche nos embarcaron. En veinticuatro horas no habíamos probado la lata, ni siquiera agua. Nos embarcaron en la plataforma del barco, desnudos y además amarrados de dos en dos, lo que hacía imposible cualquier intento de fuga. Zarpamos de madrugada y allí, sobre cubierta, con ese frío por la noche y ese sol en el día, nos mantuvieron hasta que llegamos a la isla catorce o dieciséis horas después. En el barco, eso sí, ¿para qué voy a exagerar?, nos dieron aguadepanela.

Cuando desembarcamos nos hicieron correr en bola y sin zapatos por la orilla de la playa como durante dos horas, hasta que los pies se nos ampollaron. Luego nos hicieron leer en voz alta el letrero que había en la entrada del presidio: «Aquí purgaré las penas que Dios y la sociedad me han impuesto. De aquí no saldré sino cuando me haya hecho un probo ciudadano y un buen cristiano. De aquí sólo me redimirán el trabajo y la disciplina».

En el patio nos pararon y nos hicieron quitar el único hilo que nos habían dejado. Nos pusieron en cuatro para requisarnos el ano y luego nos fumigaron. Llamaron lista y a cada uno le asignaron un número. Desde ese momento me dejé de llamar como me puso mi madre para ser el nueve cuarenta y nueve. Todo el mundo, comenzando desde luego por la dirección, lo llama a uno por el número. El nueve cuarenta y nueve: el mes y el año en que habíamos hecho la operación en Betania. ¡Qué cosa tan hijueputa: hasta esa maldita coincidencia estaba contra mí!

En ese momento pensé: de ahora en adelante seré sólo un número en la prisión, un número en la dirección de prisiones, un número entre los demás presos. Un número no tiene pasado ni futuro. El pasado son otros números, el futuro otros números. Allí uno perdía el derecho al pasado y la esperanza del futuro. Era el puro presente, pero un presente sin cara, porque también los espejos estaban prohibidos. Si la gente supiera lo terrible que es esta prohibición. Eso de no poderse uno encontrar con su propia cara, eso de no saber cómo está uno, eso de no poderse mirar uno sus propios ojos, eso es un martirio verracamente bien pensado. Claro que uno tiene las manos para tocarse, para saludarse y para consolarse; claro que uno tiene los ojos de los otros para que le indiquen cómo está uno. Pero llegará a tanto la maldad humana, que en Gorgona está prohibido mirar a los superiores a los ojos. Y esto no es sólo para volverlo a uno humilde y entregarlo, sino para evitar que uno pueda leer en los ojos del otro lo que él piensa de uno, lo que uno es para el otro. Porque uno no puede ser más que simplemente un número que corresponde a una disciplina, un número hecho por esa disciplina, y que está pensada para impedir por todos los medios que uno sea algo diferente al nueve cuarenta y nueve. A uno lo vigilan desde esas pasarelas en los patios, en las celdas, en el comedor y hasta en los baños, las veinticuatro horas del día. La presencia de los guardianes está encima de uno todo el día. Hasta en los sueños. Si en el patio alguien llama a otro por su alias o por su nombre, le cae la guardia; si en la celda uno trata de estar con uno mismo, por ejemplo, masturbándose, la guardia lo está pistiando; si uno necesita ir a cagar, el guardián debe darle permiso. Es decir, el control más verraco, todo estudiado para que uno se pierda de uno,

para que uno se sicosié. Porque lo más duro de la cana, el tormento más horrible de una prisión es no poder estar solo ni siquiera un instante. Ese horror sólo era roto de vez en cuando por una fuga. Lo demás se hace tan regular que ni los asesinatos en pleno patio, ni la remisión de nuevos presos, ni los castigos, rompen la monotonía.

Recuerdo la fuga de Resplandor. A Resplandor lo llamaban así porque tenía la cara siempre llena y unos ojos siempre alegres. Lo habían traído del Llano, donde estuvo con los guerrilleros hasta cuando entregaron las armas. Él no quiso entregarse y se lanzó al ruedo. Era una pinta brava y derecha. Pero solo, ¿qué podía hacer? Nadie lo respaldó, nadie lo ayudó y el hombre, para mantener su ley, tuvo que robar, matar y quién sabe cuánta tropelía se vio obligado a hacer. Para resumir, al cliente le echaron mano y le colgaron un sumario del putas, todo el código. A Gorgona llegó de primero; él fue quien inauguró ese infierno. En Gorgona hizo liga con un tal Ernesto Gálviz, un verdadero señor. Tengo el mejor concepto de ese tipo. Se hicieron llaverías y para evitar que los separaran nunca se les veía juntos. Pero juntos trabajaban en el aserradero y allí planearon todo. Una tarde mataron con el trocero al vigilante y huyeron hacia la playa donde, ya de noche, obligaron a un pescador a que los llevara a tierra firme. Navegaron toda la noche y nunca se pudo establecer cómo fue que no los capturaron en el mar, porque cuando se dio la voz de alarma ahí mismo salieron a buscarlos. Yo para mí tengo que no salieron tan pronto llegaron a la playa sino mucho tiempo después, o quizás se ocultaron en Gorgonilla. Bueno, el cuento es que el pescador los sacó. Él había nacido en el mar y conocía todas sus tramas. El hombre los llevó hacia el continente, pero resulta que por los lados de Guapi hay una franja de tierra, como una isla larga, a unos tres kilómetros de la tierra firme. Uno desde lejos cree que ya es el continente, pero mierda: es una isla. El hombre avezado y ladino, y seguramente en combinación con la dirección, los dejó en ese moridero y cuando mis clientes se dieron cuenta, estaban pillados. Gálviz trató de atravesar nadando y se ahogó. A Resplandor lo agarraron tratando de hacer una balsa y le aplicaron la ley de fuga. En eso quedó el cuento. Ellos han sido los que más cerca han estado de la libertad, porque los demás intentos sólo han servido para hacernos

vivir a nosotros una ilusión.

Es que en Gorgona todo está estudiado contra el recluso. Cuando no pueden joderlo a uno por los medios que tienen, se inventan otros más crueles. Me acuerdo de Óscar Reyes. Me parece que a él lo coronaron en una manifestación en la costa. Claro que es inexplicable que él, que era el hombre más buscado en el país en ese momento, estuviera en una manifestación política. Yo más bien creo que ahí hubo dedo. Pero sea como fuere lo agarraron. Lo condenaron en un dos por tres y lo remitieron para Gorgona. Ahí andaba el hombre jodido, aislado, no hizo llavería con nadie y uno lo veía tirar patio todo el día. Pero el hombre no se metía con nadie por rebelde, por orgulloso, y eso la dirección no lo perdona. Entonces le montaron un sainete, cruel e hijueputa como el que más: le hicieron creer que la revolución había triunfado y que él era uno de los comandantes. Se lo hicieron creer a él solo; nosotros nos enteramos después, cuando Óscar ya estaba corrido y lo habían tramado, cuando nos comenzó a pedir plata prestada a nombre del movimiento. Pero antes de eso, el director lo llamó a su oficina y le dijo que dado que la revolución había triunfado, él, Óscar Reyes, iba a ser tratado con todos los honores que le merecían sus grados militares y que lo soltarían cuando en Bogotá se terminaran los trámites del cambio de gobierno y ellos, los carceleros, fueran relevados. Pero eso sí, le advirtieron, él debía mantener todo bajo el más absoluto secreto. Entonces, allí mismo, en la dirección, le rindieron honores militares; lo trataron divinamente, le dieron comida en el casino de la dirección, le dieron licencias que a nadie daban, etc. Él, engrupido, comenzó a creerse un ser distinto al resto de nosotros, y sobre todo, comenzó a ser, en vez de un preso rebelde, un déspota. A uno no le pedía moneda prestada en buenos términos, sino que le exigía que se la prestara. Siguió sin hablar con nosotros pero escribía todo el día cartas y documentos políticos. Y así fue pasando el tiempo y la orden de libertad que no llegaba, y este cliente, en ese desespero de creer que era uno de los nuevos hombres del gobierno, y de pensar que en el minuto siguiente iba a llegar la boleta de libertad, se comenzó a correr y se corrió. Gritaba vivas a la revolución, daba órdenes, echaba discursos frenéticos hasta que caía rendido, y entonces comenzaba a llorar y a decir que el partido lo había

abandonado, que el partido estaba haciendo la revolución sin él, que lo habían olvidado por completo. Al rato de llorar y maldecir se levantaba y le escribía al comité central. Y la dirección de la cana gozándose toda la trama. Así fue: lo volvieron loco y luego lo metieron al frenocomio.

En esos paseos revolucionarios hay de todo. Yo anduve alguna vez muy cerca de los comunistas. En Ibagué. A mí me reclamaban de un juzgado de Ibagué porque una vez nos tocó corretear a El Mosco hasta el Tolima y allá le hicimos unas bajas. Ese Mosco era un jodido. Estaba en cabeza de una guerrilla liberal que actuaba en el Tolima y se fue metiendo hasta Barragán. Después de la caída de Ceilán, comenzó a azotar en venganza el lado occidental de la Cordillera Central. Era un fiel terrible, un sanguinario que no respetaba a nadie; conservador que ubicaba, conservador que liquidaba. Eran como cincuenta hombres bien armados. Quiso tomarse La Marina en venganza, pero no pudo porque habíamos organizado un grupo conservador y entonces el cliente fracasó y resolvió atacar a San Pedro, un municipio que queda al otro lado del río Tuluá. Allí mataron un poco de gente, niños y mujeres, todos conservadores, todos fieles y buenos trabajadores. San Pedro ya era casi nuestra zona y allí no lo podíamos dejar llegar. Entonces me mandaron llamar, y lo perseguimos hasta el Tolima. Tuvimos una balacera la verraca, pero yo no estaba interesado en acabarlos porque ellos en realidad nos ayudaban indirectamente a poblar la Cordillera Occidental con la gente que sacaban de la Central. Yo lo que quería era que no se metieran en nuestra zona, y así fue, me vine. Pero los conservadores de La Marina, que nos habían acompañado, se quedaron dizque trancándolos. Y esta gentecita, que era empecinada, logró echarles mano a unos cuantos hombres de El Mosco y se los trajeron para La Marina y allí, delante de todo el mundo, los fusilaron y le mandaron los cadáveres a El Mosco, que andaba en el Tolima. Eso todo el mundo lo supo. Pero como los cadáveres aparecieron en el Tolima y yo había estado correteando a esa gente por allá, me achacaron el ganso a mí. Yo no tuve nada que ver con esos tipos, y para completar tampoco los mataron en el Tolima sino en el Valle. Pero así son las cosas. Yo paré en Ibagué, a responder por algo que no había hecho.

Allí conocí muchos liberales y conservadores que inclusive estaban divididos por patios para que no se acabaran entre ellos mismos. Los liberales, a su vez, estaban divididos entre «limpios», es decir, liberales puros, y «comunes», o sea, comunistas. El odio, hoy lo reconozco, y el miedo que sentíamos de los liberales «limpios» era tal, que los conservadores y comunistas llegamos a solidarizarnos, a conversar y a planear una fuga. En esa ocasión tuve que tratar mucho con los comunistas, e inclusive llegué a compartir muchas de sus ideas y me vi tentado a militar con ellos. Compartíamos un enemigo común, el liberalismo, además de la imagen de Gaitán. Porque Gaitán, dígase lo que se diga, estaba por encima de los partidos, era el pueblo. Realmente ese hombre estaba hecho de otra masa. Los conservadores llegamos a apoyar a Gaitán contra la oligarquía liberal, que quería a toda costa mantenerse en el poder con Turbay a la cabeza. Nosotros sabíamos que el liberalismo no era Gaitán, porque él estaba en contra de la oligarquía y eso nos ligaba. En la cabeza, el pueblo es el partido, pero en realidad, el partido es una masa. Gaitán se enfrentó a los oligarcas y por eso unió las voluntades populares de ambos partidos y por eso en la cárcel de Ibagué nosotros pudimos acercarnos a los comunistas. Porque, ¿no fueron liberales los que asesinaron a Gaitán? ¡El partido conservador no fue! En el momento del asesinato, el presidente Ospina estaba completamente desapercibido por allá, inaugurando una exposición. Allá le avisaron del asesinato de Gaitán: él estaba sano de ese hecho. Es más: Ospina le entregó el negocio a Jordán Jiménez, una llave íntima de Gaitán.

El asesinato de Gaitán se fraguó para suprimir un obstáculo, para sacar una espina que se estaba enconando dentro de las oligarquías y esa hinchazón iba a trastornar el estado de cosas. Entonces la partida fue doble con el asesinato: suprimir un obstáculo, porque Gaitán iba a ganar las elecciones, y por otro lado, tomarse el poder a la cabeza de unas masas enfurecidas. El que sabía cómo fue todo ese tejemaneje fue mi general Rojas y por eso lo tumbaron y por eso no lo pudieron condenar en el senado. Porque él dijo: «Condénenme y yo digo cómo y quién mató a Gaitán». Nosotros los conservadores vimos la hecatombe que se nos venía encima con los liberales en el poder y por eso nos defendimos con las mismas armas con que ellos nos atacaban. Aunque

no fuéramos también gaitanistas, veíamos la justicia de su causa al atacar la oligarquía liberal. ¿Pero qué pasó? Es como si en el barrio uno tiene una novia y la matan y después van a matar a su mamá; usted no se pone a defender a su novia porque ya está muerta, sino a su mamá. Eso fue lo que pasó.

Pero mi cuento iba a lo de Ibagué. En Ibagué, a través de Gaitán, hicimos migas con los comunistas, porque ellos eran todos gaitanistas, mientras que los «limpios» eran solamente enemigos de los godos. Así craneamos la fuga con los «comunes». Se trataba de abrirnos por la puerta del penal y echarnos para las montañas, donde ellos tenían su base. Nosotros estábamos hartos de la política, ya todos estábamos desilusionados. Queríamos era que nos dejaran libres y solos, establecer una comuna. No queríamos tener nada que ver con esta sociedad, sino hacer nuestra propia sociedad, con sus propias leyes y su propio territorio. Una sociedad pequeña donde todos trabajáramos y tuviéramos nuestra familia, donde nuestros hijos crecieran en libertad sin tener que rendirle pleitesía a nadie ni a nada. Y sin conocer toda esa miseria y esa maldad en la que nosotros nacimos. Queríamos fundar una comuna de colonizadores, donde cada cual valiera por sí mismo, y para esto estábamos dispuestos a hacer la guerra, a continuar peleando, pero ya por algo propio y no por esas vainas políticas. Ese era nuestro sueño: una comuna donde todos fuéramos iguales y donde todos comenzáramos de cero.

Bueno, planeamos detenidamente la acción de fuga. Éramos como treinta hombres. Yo fui, sin vanidades, el que llevaba el bulto. Se trataba de darnos el ancho por la puerta principal. Yo me había hecho amigo del propietario del caspete con un cuento duro: le dije dizque yo tenía una finca cerca y le podía suministrar toda la fruta que necesitaba a muy buen precio. El hombre se entusiasmó. Cuando un domingo me llegaron varios bultos de naranja que yo había convenido con una llave que tenía afuera y se los regalé. Entonces el tipo, en agradecimiento, me cogió de ordenanza para llevar los tintos a la guardia. Eso me permitía pasearme por la puerta y desde allí conversar con la gente de afuera mientras el guardia se tomaba el tinto. Así tenía uno visitas todo el día. Ese era un puesto muy apreciado. En ese puesto planeé todo.

Se trató, en resumen, de aprovechar el cambio de guardia a las seis de la mañana. A esa hora los reclusos rompían filas y la vigilancia en los patios aflojaba por unos momentos. Al mismo tiempo, había cambio de guardia. Yo me fui haciendo amigo de los guachimanes, les llevaba el tinto doble, les prestaba plata, les vendía maracachafa, en fin, me hice su acreedor. El día de la pisada llegué más temprano y mi gente me deslizó por la puerta una Walter preciosa. Ellos estaban listos afuera. Tenían carros y dos metras para liquidar la gente de las garitas y detener el fuego que nos harían desde la puerta. Y así fue. A las seis de la mañana, cuando llegó el cambio, prendí la Walter sobre los que estaban entrando y a los que abrían la puerta les puse a decir adiós. Éstos eran los únicos armados, pero me daban la espalda; los otros quedaron heridos. Cuando hicimos el primer disparo, el personal del patio se avalanzó sobre los guardias, forzaron las puertas y ganaron el corredor. Mientras tanto, de afuera hacían cantar las tartamudas contra las garitas y nos cubrían la salida. Calculo que unos veinte de los nuestros lograron pisarse. Yo salí de primero una vez que hube neutralizado los guardias y la emprendí en dirección contraria a la que estaban los carros. No sé si lo hice porque me equivoqué, o porque intuí algo. Y eso me salvó, porque los «limpios» nos habían sapiado y los carros estaban rodeados. ¡Balacera tenaz! Mientras yo corría oía la plomera, los gritos y los hijueputazos. Mataron como diez hombres y no supe nunca si alguno de los que cogieron se logró volar, porque yo no volví a saber de esa gente. Yo estaba en lo mío y estuve a punto de que me pillaran. Corrí como cinco cuadras y salté hacia una manga. Allí encontré un pozo séptico a medio abrir y me fondié entre toda esa inmundicia. Logré correr la tapa y me encaleté en esa hediondez. Como a las tres horas llegó el ejército a buscarme. Yo esperé la noche y salí. ¡Salí vivo! Saltaba de alegría y ni me importaba la mierda que me chorreaba. Me bañé en una quebradadita, creo que se llama La Rueda, y me senté a reírme y a dejarme orear.

Ya libre y medio recuperado, decidí irme a esconder nuevamente en la cordillera, donde yo era el rey del patio. Llegué primero a Buga y comencé a informarme sobre la situación de la zona. A El Cóndor lo habían asesinado; las mingas con que yo tomaba trago se habían escurrido; existía tan sólo el cura de Riofrío, que había sido muy

llavería mía y todavía estaba en la parroquia. Con ese cura había farriado mucho. El hombre entraba conmigo, vestido de civil, a los cafés de Tuluá y pedíamos lo que queríamos tomar disparando. Ese hombre era parejo: nunca se echó para atrás ni con las mujeres ni con la pólvora. En Riofrío jugó un papel muy importante y a él se debe que no hubiera habido una masacre ni la hijueputa ahí. Porque ahí, en Riofrío, comenzó la violencia en el Valle.

IV

Resulta que a raíz del 9 de Abril, o mejor, cuando en Tuluá se supo del asesinato de Gaitán, el pueblo, que era collarejo, se reunió en la plaza principal y por voto popular, cabildo abierto que llamaban, nombró alcalde a un liberal gaitanista cuyo nombre se me escapa. Precisamente de esa reunión salieron las turbas a atacar el Colegio Salesiano, que defendió León María, y a abrir las cárceles. Esto último se frustró porque un tal Ernesto Orjuela se opuso y dijo: «Yo no dejo sacar los presos. Los únicos que tienen derecho a soltarlos son los jueces; primero tienen que pasar sobre mi cadáver». Bueno, como el cliente era de influencia, la cosa quedó así. Pero lo que no quedó así fue el enfrentamiento entre liberales y conservadores. Los liberales encabezados por el alcalde y los conservadores representados por El Cóndor. Los directores del partido conservador salieron a perderse cuando vieron que los liberales comenzaban a organizar el gobierno. Ese día hubo algunas cosas más o menos graves, aunque la peor fue la de los salesianos. Por ejemplo, se trató de linchar a algunos conservadores que no lograron pisarse, se destruyó a punta de martillo la imprenta de un señor Lozano, donde se imprimía un semanario conservador, y se trató de incendiar la agencia de *El Siglo*.

Los conservadores ilustres que se volaron, entre ellos el doctor Izquierdo y Julio Caicedo Palau, se reunieron después secretamente y acordaron formar un comando llamado Reacción Conservadora. Es decir, un grupo de pura defensa. Ese comando no actuaba a la destapada sino que todo lo hacía en secreto. Era de allí, sin duda, de donde salían las consignas y, según se dice, las primeras armas para El Cóndor. La importancia de ese comando era militar, pero sobre todo

era política. Como el gobierno de Ospina no se dejó caer del corcovazo que dio el potro, pronto se estableció el orden y el comando tejió sus hilos. Porque la gente del gobierno fue clave. El telegrafista, el maestro, el estanquillero, el barrendero, para no hablar del alcalde, del juez, del comandante de la polícia, fueron decisivos en la red que se tejió para resistir la embestida liberal y después para aplacarla. El telegrafista sabía todo cuanto se comunicaba; el barrendero era dos ojos nuestros por las calles; el maestro era nuestro hombre dentro de las familias, porque los niños hablan ingenuamente; el estanquillero tenía la llave de todas las puertas, porque era el único autorizado para hacer rondas. Y todos esos hilos los manejaba el partido que estaba en el poder, por más Unión Nacional que hubiera. Y los hilos del partido los manejaba el comando, que servía lealmente al hombre fuerte, al hombre valiente que era León María.

Bueno, pues a resultas del nombramiento del alcalde liberal en Tuluá, que duró apenas unos días, los liberales de Riofrío se arremolinaron siguiendo el ejemplo. Riofrío tenía dos corregimientos que eran muy liberales, Salónica y Fenicia. En el propio casco de Riofrío vivía un hombre de gran espíritu y un verdadero líder del conservatismo. Había sido capitán en la Guerra de los Mil Días y manejaba el pueblo como quería. Era el capitán Gutiérrez. Hacendado rico y camandulero que tenía a la raya a los liberales de Fenicia y Salónica. Cuando la explosión del 9 de Abril, los liberales de la región quisieron hacer lo mismo que en Tuluá, encabezados por un señor Uribe, que nunca conocí, pero que era antioqueño raizal. El capitán Gutiérrez debeló la insurrección con sus leales, pero al otro día los liberales cayeron de noche y asesinaron al capitán y a toda su familia. Eso fue la escandola. Al día siguiente, es decir, al tercer día, asesinaron a Uribe a pura zurriaga unos tales hermanos Rojas, Ariamel y Alfredo, dos malos, ayudados por el alcalde que había sido nombrado en esos días, un tal cabo Carreño, santandereano. Después de la muerte de Uribe, los liberales volvieron a atacar. Pillaron a un conservador llamado… ya no me acuerdo, bueno, un tipo que tenía una finca a la salida de Riofrío. Le cayeron de noche y delante de toda su familia le hicieron cavar un hueco. Dizque cada rato lo hacían acostar para medir si el hueco le quedaba bueno, pero como el hombre era ya

entrado en años, no podía trabajar rápido, y menos con la familia llorando y gipiando. Al fin a los liberales se les agotó la paciencia y lo volvieron a hacer medir. Al pobre hombre le quedaban todavía las patas afuera. Pero no lo dejaron levantar para acabar de abrir un hoyo más cómodo. Lo asesinaron allí mismo y obligaron a los deudos a echarle tierra encima, aunque se quedaran las patas por fuera, y así lo dejaron: con los rieles al aire.

Es cierto que cuando el comando se dio cuenta de toda la bestialidad que habían ayudado a iniciar, trató de detenerla. Izquierdo y Palau se retiraron cuando vieron toda esa sangre, pero ya era tarde, ya la cosa había tomado velocidad y se había salido de sus manos. Pero El Cóndor no se salió. Digo yo. No se salió porque ya la cuestión era otra. Ahora se trataba de defender su vida y la vida de la gente que le había ayudado, porque habían dejado gansos por todas partes y éstos eran al fin y al cabo cuentas por cobrar. Además, El Cóndor, no sólo por instinto de conservación sino porque era un soñador, un defensor de la camándula, adoraba a Laureano y se había vuelto muy fino en leer en el editorial de *El Siglo* lo que debía hacer al día siguiente. Para él esos editoriales estaban escritos en clave y él se consideraba un experto en descifrarla, y en realidad lo era. A eso se acostumbró y por eso él no nos daba órdenes claras, como las que dan en el ejército. Todo era descifrado en un lenguaje que sólo él y sus allegados conocían. Uno duraba tiempo tratando de entender lo que él hablaba, como en el caso de Procopio. Entre otras, al pobre Procopio lo mataron a piedra una vez que León María desapareció de El Sanaí y lo extrañaron de Tuluá. León María con Agripina, el perro y una selección de editoriales de *El Siglo* tuvieron que irse primero para Bucaramanga y después para Pereira. El hombre no tenía con qué coger el bus para irse. Rojas Pinilla le dio setenta y dos horas para dejar a Tuluá y el pobre Cóndor no tenía con qué pagar el tiquete. No sé quién lo ayudó, pero un día agarró un bus y se fue. Entonces la hija de Procopio, la que no le prestaba sino a El Cóndor, la única que no soltaba esa baba, la que Procopio quería, quedó sola. Alguien le cayó y Procopio se enfureció y le soltó un botellazo. Pero el tipo, que era el verdadero novio de la niña, sacó a Procopio del bar, le cascó afuera hasta donde no pudo y lo dejó tirado en la mitad de la calle. Los vecinos, que se patearon todo y

que odiaban a Procopio por lo que dejaba hacer a sus hijas, le cayeron y lo acabaron de matar a pura piedra. Le descargaban unas piedronas las verracas en la pura torre, mientras sus hijas, soltando más baba que nunca, miraban desde la puerta. Pobre Procopio. Si León María se hubiera llevado a la niña, como se había propuesto, autorizado por la propia Agripina, Procopio no se muere. Pero le tocaba, porque León María no tuvo con qué pagar el pasaje de la china. Era que León María, con todo ese poder y todo, estaba en la miseria. Él había abandonado el puesto de quesos en la galería para dedicarse la política, y la política lo arruinó.

La mayoría de los que se dedicaron a la política se quedaron en la miseria más verraca. A mí también me arruinó. Aquí estoy acurrucado viéndola que me mira sin poder hacer nada. Ya ni nieve puedo comprar, esto es muy hijueputa. Y ve uno a los tipos como Leonardo Espinosa, como Gabriel Restrepo, como Albertino Muñoz y tantos otros, que hicieron billete a dos manos. Hicieron fincas grandes. En cambio nosotros éramos unos bobos rematados: sólo nos importaban nuestras ideas y la supervivencia del partido. Para saber hoy que ese partido lo dirigían una mano de hijueputas que nunca se preocuparon por la suerte de uno, que era el que metía el culo y exponía el cuero, el que hacía las vainas y después en cana pagaba las deudas por ellos y no por uno. No, eso no es justo, eso no es equitativo. Nosotros los de poner, los guerreros, fuimos los que entrompamos el bulto, porque los otros mantuvieron su poder o lo hicieron billuyo. En la cordillera, no más, se hicieron a grandes fincas y no sólo los tipos que indiqué sino otros muchos. Por nosotros la tierra quedaba al garete: unos se iban, otros se morían y la tierra quedaba abandonada. No había caso. Algunos, es cierto, nos imploraban que los dejáramos quedar, que ellos, a pesar de ser liberales, no irían a hacer daño a nadie y que aceptaban lo que nosotros les dijéramos, con tal de poder seguir trabajando. Sé que hubo jefes que aceptaron esto y sé que muchos liberales aceptaron estas circunstancias. Eran los que llamábamos liberales de conducta. Pero eso era un peligro. Nada más peligroso que un enemigo arrepentido, porque ese arrepentimiento va por fuera y por dentro es pura ira agazapada, ira de muerte. Por eso yo no acepté a los liberales de conducta, ni menos a la gentecita que se cambiaba de

partido cuando nosotros conquistábamos una región. Es que eso de obligar a una persona a pensar de una manera distinta, a tener unas ideas contra su voluntad, me parecía mal hecho. Yo jamás estuve de acuerdo con eso. Porque cuando uno obliga a arrepentirse a un cliente de sus ideas en contra de su voluntad y lo obliga a militar en otra corriente, lo que pasa es que se está echando un enemigo peor. Uno cree que lo convenció, pero por dentro el tipo está que arde y esas llamas lo pueden a uno joder en la primera acción que se presente. Entonces a la gente no le quedaba otra alternativa que dejar la tierra abandonada.

Una parte de esta tierra era ocupada por gente que venía huyendo del Tolima, del otro lado de la cordillera, donde los liberales hacían lo mismo que nosotros, pero al contrario. Nosotros los acogíamos con los brazos abiertos porque era gente resentida con el enemigo, trabajadora con la tierra que nosotros les dábamos, fieles a toda prueba. Ellos venían con hambre, con niños, con ganas de vengarse, y a la larga, con ganas de camellar en paz. Porque las ideas hay que asentarlas con hechos, con tierra. Nosotros no combatíamos por combatir, nosotros combatíamos por un sueño, por unas creencias. Luchamos por ganarles esas zonas a los liberales y se las ganamos siendo nosotros la minoría, siendo nosotros los débiles, los oprimidos. Ellos no tienen nada qué reprocharnos. Si nosotros no nos hubiéramos defendido, ellos nos acaban. Eso sí, nos dimos cuenta de que la mejor defensa es el ataque, y les madrugamos. Por eso dicen que el que pega primero pega dos veces. Eso fue lo que sucedió. Nosotros limpiamos de liberales la zona y la conservatizamos en cuatro meses de campaña. Lo que iba quedando limpio lo íbamos asegurando con gente leal y fiel al partido, para asegurar nuestra conquista, o si no, ¿cómo hubiera sido? Nosotros no peleamos por pelear, ni hicimos lo que hicimos por hacerlo, nosotros no éramos bandoleros. Sólo conservatizamos la región y remachamos esa conquista con gente nueva, trabajadora y fiel al partido. ¡No más! ¡No fue más! En eso no hubo crimen. Fueron las circunstancias las que lo impusieron, fueron los golpes del destino los que nos llevaron de la mano. No más.

Claro que hubo mucho conservador que abusó, la mayoría de ellos los que vivían en las zonas desde antes. No digo todos, digo algunos.

Eran gente que residía allí, que tenía su finca y la trabajaban. Individuos que habían hecho centavos con el café y tenían sus lucas guarecidas entre el colchón. Cuando ellos vieron que la tierra quedaba desocupada, pues ahí mismo la ocupaban y como eran copartidarios, ¿quién se las podía reclamar? Inclusive ellos mismos comenzaron a boletear a los liberales porque esto les permitía hacer un buen negocio y sobre todo adquirir los títulos. Porque es diferente ocupar una parcela que comprar sus títulos. Los que boletearon fueron ellos; nosotros usamos poco el sistema porque nosotros mismos éramos la mejor boleta. Cuando uno llegaba a un pueblo no quedaban ni las putas. Ellos vieron la oportunidad de hacer un buen negocio, sí. Boleteaban un cliente, utilizando claro nuestra presencia, y después llegaba otro, es decir, el mismo, a negociar la tierra baratísima, con título y todo. Era pues una operación legal. El propietario, asustado y conociendo nuestras leyendas, pues vendía a lo que fuera con tal de salvar algo, sobre todo la vida. El otro compraba regalado. Fincas que valían sesenta mil pesos se compraban en seis mil pesos. Esto fue general, eso todo el mundo lo supo y lo sabe. Ese fue un promedio, mejor, una regla: se pagaba el diez por ciento del valor comercial y el vendedor pagaba además las escrituras. Ahora ya el tipo, con escrituras en la mano, iba y pedía un préstamo en la Caja Agraria y con ese dinero volvía a hacer lo mismo, volvía a comprar en las mismas condiciones. Era pues otra tierra con escrituras sobre la cual la Caja volvía a prestarle, y así se hicieron las grandes fincas o, mejor, así se hicieron los grandes propietarios de la zona. Porque no siempre se podía comprar la finca de al lado sino en otra parte, pero para el caso es la misma joda.

Entonces, por un lado estábamos nosotros; en el medio estaban el vendedor asustado y el comprador antojadizo, y por el lado que faltaba, la Caja Agraria, que acababa de aceitar la maquinaria. La Caja tuvo mucho que ver en eso y, para ajustar, la Caja estaba manejada de cabo a rabo por el partido conservador. Así que no era sino que el solicitante fuera conservador y recomendado por un jefe para que le dieran el préstamo. Yo nunca estuve de acuerdo con el boleteo para comprar finca, porque se me hacía algo sucio y porque además me quitaba la oportunidad de plantar un cliente nuevo en la zona. Lo que

yo necesitaba como responsable militar era gente que me asegurara la conquista, la retaguardia. Pero no pude oponerme, porque los que tenían esa maña eran nuestros y nos ayudaban.

A la gente que obtuvo tierrita ocupándola y que venía de otra región, poco a poco la fuimos haciendo propietaria. A los cuatro o cinco años de ocupar la tierra, de trabajarla y mejorarla, y viendo que nadie la reclamaba, ¿quién iba a reclamarla?, entonces se pedía la titulación: la Caja la titulaba y más encima prestaba. Pero nosotros los guerreros no hicimos plata, ni tierra, ni ganancia alguna. No la hicimos porque éramos unos soñadores y porque no parábamos en ningún lugar. Teníamos que estar andareguiando por todas esas faldas y no teníamos un lugar fijo dónde residir. Yo nunca me quedé dos noches en la misma parte, por más que una mujer me consintiera mucho. Yo no me podía dar ese lujo porque la gente me llamaba, porque teníamos que hacer una operación o porque no podía darle papaya al enemigo. Porque el enemigo tampoco dormía. Una vez me hicieron ocho tiros de una máuser, y tres me los clavaron: uno en una pierna, otro me rompió el vaso y otro apenas me despelucó. Pero ahí quedé en una cañada hasta que me rescataron unos compadres que tenía cerca y que oyeron el candeleo. De allí me transportaron al hospital, donde me operaron y me les volví a salvar. Fortuna que los tiros los hicieron de cerca y las balas no alcanzaron a coger velocidad. Porque a uno donde lo pille una bala máuser a cien metros, le hurga todo el cuerpo como loca antes de salir. Pero cuando está cerca, como es pura fuerza, sale rápido. Lo que me salvó también fue una ruana boyacense, tan gruesa y grasosa que no le entraba ni agua. En esa ruana se enredaron los otros dos tiros.

Yo pues no dormía dos veces en la misma casa y por eso conocía a todos y cada uno de los individuos de la zona. Creo que sólo en unas pocas casas dejé de quedarme. La gente me quería mucho por eso, porque yo los visitaba a menudo, charlaba con ellos de todo lo que ellos quisieran hablar —porque esa es la mejor manera de conocer la gente—, comía de su comida, me enteraba de sus problemas y casi siempre nos emborrachábamos. La gente, cuando me veía llegar, dejaba su oficio y me iba a recibir con un cariño tan verraco, un cariño que salía de tan hondo, que yo no podía negarme a beber con ellos.

Claro: esa gente azotada vio en mí su puro padre, su defensor, su ayuda. Me querían tanto cuando yo volví, en el año 65, después de diez años de ausencia, durante los cuales me recorrí todas las canas grandes del país, que todavía esa gente me respetaba como si nada hubiera pasado, como si el tiempo no hubiera cruzado. En el año 66, un año después, tan verraca sería la pega de esa gente conmigo, tan verraca, que le ganamos al laureanismo. Yo llegué a fines del 65 y en cuatro meses hicimos campaña y ganamos las elecciones en la zona que nos habían quitado en el año 52. Desde el 52 hasta el 65 el laureanismo dominó la zona.

V

Resulta que cuando yo comencé la conservatización en el 49, las diferencias entre Ospina y Laureano no se conocían, o mejor, nosotros, los del último eslabón, no las conocíamos. Pero por allá en el 51 comenzamos a notar algo raro: la zona, que ya había sido conservatizada, comenzó a ser visitada por comisiones del ejército. El ejército nunca había entrado allí, ni siquiera en las épocas de más bamboleo, ni siquiera cuando hicimos la operación de Betania. El ejército se mantenía completamente indiferente a lo que allí sucedía, y la policía, si entraba, era para ayudarnos de una o de otra manera. Pero el ejército nunca… Bueno, por ahí en el 51… no, creo que fue en el 52, después del atentado a Lleras Restrepo y a López, el ospinismo comenzó a hacerse a un lado del gobierno, que en ese momento encabezaba Urdaneta. Porque Laureano, por más que estuviera sumamente desprestigiado, no quería darle vía a una nueva candidatura de Ospina. Laureano creía que Ospina iba a devolverles el poder a los liberales y eso no lo permitía ese hombre. Además porque Laureano siempre se creyó el partido. En cambio Ospina era un patriota y sobre todo un demócrata que quería detener la sangría llegando a un acuerdo con los liberales. Bueno, fuera lo que fuera, en el 52 comenzaron a aparecer patrullas del ejército y no sólo a aparecer sino a detener copartidarios. Cuando yo vi eso me fui para donde León María, le expresé la arbitrariedad y él, muy zorro que era, me dio a entender que eso era para que el liberalismo no siguiera diciendo que

el gobierno ayudaba y atizaba la violencia. Yo le creí, pero cuando le echaron mano a uno de mis arcángeles me dije: No, Condorcito, no; la cosa es en serio y es contra mí. Era que en realidad en la zona había dos tendencias: una, la de mi gente, que trabajó mucho tiempo con El Cóndor y que eran recién llegados a la cordillera; y otra, que ya era vieja en la zona y que seguía a los viejos del conservatismo. Nosotros éramos mayoría, pero ellos, que eran los que boleteaban, tenían acceso directamente al directorio conservador y eran las llaves de los grandes dirigentes políticos del Valle. Por esa vía me comenzaron a hacer el cajón, porque a ellos no les convenía que yo metiera gente de fuera. Ellos lo que querían era aumentar sus fincas. Bueno, pues me hicieron el cajón. Primero con El Cóndor, lo que era grave y peligroso, y después con los altos jefes. Pero gracias a Dios y a esta malicia que nunca me ha abandonado, caí en cuenta de que me estaban tramando en grande y cuando engancharon mi arcángel me dije: No, si la vaina tiene otro color. Entonces puse sobreaviso a mi gente y me hice el desaparecido. Me fui a dormir a unos riscos altos que hay por el lado de El Dovio, unos riscos a donde sólo se puede llegar a pie y después de dos horas de echar pata desde el camino más cercano. Allá hice una media-agua e instalé mi campamento. Para llegar había que coger una cuchilla por donde sólo se podía pasar de uno en uno y al puro descubierto: lo demás eran abismos. Así que yo controlaba perfectamente el acceso. Ahí dormía en el día y por la noche bajaba a organizar a mi gente. Así duré casi un año. La gente sabía de mí pero no sabía de mi caleta. Hasta que el ejército, dizque buscándome, ocupó toda la zona. Ofrecían por mí recompensa, hacían requisas y me buscaban como aguja en un pajar. Fue en esa época cuando se popularizó el tal alias de El Chimbilá. Con la ocupación de la zona por el ejército yo no podía moverme, me impidieron los contactos y mi gente comenzó a sacarme el bulto. Pero no me denunciaron, por más que existiera una recompensa de cinco mil pesos de la época. Gente leal. Al alargarse esa situación yo me dije: No, esto es perdedera de tiempo; voy a dejarlos que se cansen y mientras tanto me voy a descansar al plano. Y así fue. Me fui a Riofrío, a donde el cura amigo, y ahí me coloqué debajo de su faldón. En realidad, era el único amigo que tenía.

Pero a uno no le faltan los enemigos y un día dieron conmigo de pura arepa. Al curita se le fue la servidumbre y trajo una niñita muy bonita, que el curita llamó desde el principio sobrinita. Bueno, la china afable conmigo y uno, con veinticinco y sin dolores por detrás, pues adentro: me la engolosiné y viva la fiesta. Pero la china quedó cargada. Como el curita se suponía que vivía solo y no le convenía la vaina, resolvimos hacerla abortar. Y así fue. La china se fue un día donde la comadrona y al ver que ésta le hacía burla de sus relaciones con el cura, la china cantó que había sido yo. Ahí mismo la noticia se regó y a la mañana siguiente rodearon la casa cural. No valió la aparición del curita, ni su palabra, ni nada: me apañaron. Y ahí comenzó la danza de canas: me pedían de un juzgado, del otro, del otro. Bueno, eso era una locura. Me juzgaron en Buga por la muerte de aquel guardián de la cárcel de La Aguada que tuvimos que sacar del rin para poder liberar a los policías que la población había linchado y encarcelado. En verdad yo no contaba con ese ganso, porque fue uno de los que me acompañaba el que liquidó el negocio, pero este mismo hijueputa, como había hecho moneda a mi nombre y estaba en el otro bando, me dio dedo y sirvió de testigo. No había grandes pruebas, pero el juez estaba en las redes de El Cóndor y El Cóndor era laureanista. Hasta allí fue. Me condenaron a ocho años. Poco a poco los otros juzgados me fueron llamando, y fueron macheteando expedientes hasta que se sumaron y me condenaron a veinticinco años, que de una u otra manera he pagado. Pero lo que a mí me ha jodido no son los expedientes, porque en general son pobres de pruebas. Lo que me ha jodido es lo que está detrás de los expedientes, es decir, los políticos.

Cuando salí de Ibagué y me vine nuevamente para la cordillera, anduve tranquilo por la zona a pesar de ser prófugo. Pero cuando ganamos las elecciones en el 62, los enemigos se dieron mañas de revivir los expedientes y de agravarlos. Entonces me volvió a tocar perderme. Anduve por la costa e inclusive llegué hasta Panamá. Volví para las elecciones del 66 y volvimos a ganar porque la gente era, o es, sumamente obligada. Pero cuando subió Lleras Restrepo me echaron mano y me enchiqueraron en Cúcuta, lejos, bien lejos de mi gente. El partido, o mejor, el ospinismo, no me defendió: me abandonó

completamente y los liberales no me quitaron el ojo. En ese momento me comencé a desilusionar de la política y del conservatismo. Mejor, me di cuenta de que había sido completamente engañado, porque en ese momento ya no se dejaron sentir más. En las otras canas medio se dejaban sentir. Me permitían, por influencias, tener mis negocitos, me mandaban libros y tal cual vez me obtenían una salida. Pero en Cúcuta nada. Ni en Gorgona fui tan maltratado como en Cúcuta.

Prácticamente yo vivía en el calabozo. No valieron intrigas, denuncias, cartas. A todo tiro el director, que era liberal, me jodía. Allí sí me quedé solo. Fue entonces cuando me volví rojaspinillista. Rojas, a pesar de todo, había hecho un buen gobierno. Había dado garantías, había detenido esa matazón tan terrible a la que nos vimos abocados, y para qué, durante su gobierno no faltó la yuca. Los precios no subían y la gente, por más que hubiera sido azotada por la barbarie, siempre tenía qué comer. Eso fue así. Por eso lo jodieron.

Él en persona repartía juguetes en el parque de Tuluá. Yo me acuerdo que él otorgó la única amnistía honrada que ha habido en este país, porque fue amplia, para todo el mundo. A mí me cobijó la amnistía de Rojas y me vi libre al poco tiempo en Buga. Pero como los liberales habían levantado la cabeza y eran los chachos, se opusieron y me regresaron a la cana alegando que mis delitos eran comunes, que yo era un criminal de alta peligrosidad, por ser reincidente y dirigente, y sobre todo porque mi conducta en la cana era dizque pésima. Volví pues a la cana por el empecinamiento de los liberales. Pero la buena intención de Rojas se la abono desde ese momento, aunque quienes lograron esa vez mi pequeña libertad fueron los ospinistas, que también tenían buenas relaciones con Rojas.

En Cúcuta, donde el rojaspinillismo era muy fuerte, me volví partidario del general. Pero ese fue mi gran error de cálculo: en el año 70 nos robaron las elecciones y coronó Pastrana en lugar de Rojas. Yo me había dado mañas de que en la cordillera votaran por Rojas, y claro, eso lo supieron los políticos, y cuando subió Pastrana, con quien el ospinismo tenía en esa época excelentes relaciones, quedé en la olla. Allí sí me llevó el putas, porque ellos cobraron cara mi deserción, aunque fueron ellos quienes primero me voltearon la espalda. Ese fue el fin, porque después del 70 el rojismo quedó aplastado.

Fue mi acabose. Ese día dejé de ser preso político. Nadie me ayudó más, nadie vio por mí. Con la caída de Anapo, yo también quedé liquidado. Ya entraban a agarrarme los años. La falta de influencias me impidió montar un negocito en la cana y por lo tanto no podía hacer billete, hasta el punto de que por primera vez en mi vida me tocó comer en el evaristo en lugar del caspete. Eso a mi edad es terrible. Para acabar de ajustar, yo ya no era para nadie, porque mis hazañas ya se habían hecho también viejas y yo no era capaz de renovarlas, porque uno con los años se aferra a la vida, se prende a la vida como un niño a las enaguas de la mamá cuando ve un gitano. Se vuelve uno medroso, por aguantar el pucho de vida que le queda.

Nasianceno Ibarra

Me llamo Nasianceno Ibarra pero ya no me importa. Ahora estoy gecho y la gente no hace burla de mi nombre. Todos me respetan: pago diezmos y primicias a la iglesia; atiendo los llamados del partido, así no me escuche; vivo con las hijas de mis hijas, porque tuve once hijas y un hijo y todas mis hijas han parido meras hembras. Pero mejor. Por lo menos así se acaba ese apellido que tanto me disgustó. Al único hijo me lo palomiaron en Tame en el 47. El Ibarra, pues, se acabó. Mejor será. Ya dejó bastantes recuerdos que me cuesta recordar. Para poner un ejemplo: cuando presté servicio, el teniente de la compañía, sólo para joderme, dio en cambiarme de ortografía y me llamaba Nación Seno y Barra. La gente en el cuartel se vuelve maliciosa, burlona. El teniente dio en decir que yo era «encontrado», que tenía al mismo tiempo senos y barra, y todo mundo se reía. Fue entonces cuando me di cuenta cómo me llamaba y que yo era distinto de mi nombre. De ese tiempo para acá me dicen El Encontrado. Yo en ese nombre no me hallaba, y por eso fue que me gustó tanto la ortografía; porque con ella me defendía; era como una manera de buscarme. Fue en el cuartel donde aprendí lo que sé. Yo entré sin saber ni cómo me llamaba. Apenas bautizado con la mera agua y la salecita. Allá me enseñaron a leer y escribir. Me enseñaron la geografía, la cívica y sobre todo la historia, que era lo que más me gustaba después de la ortografía. Al principio creí que las letras eran como la decoración de las palabras, como sus galas. Si uno quería hacer más bonita una palabra le acomodaba otras letras; uno podía escribir conservador o también konzervador, si se veía más bonito. Después explicaron que la ortografía era para distinguir palabras iguales que no dicen lo mismo, y ahí fue que comenzó mi desgracia, porque el teniente puso mi nombre como ejemplo.

La historia patria también me ha gustado mucho. Eso de saber de

Bolívar y de Santander, de Santos Gutiérrez y de Próspero Pinzón, eso de saber que por donde uno pasa ya han pasado los grandes, eso es muy emocionante, eso lo hace a uno sentir más importante. Y así uno va haciéndose amigo de los padres de la patria y va conversándolos. Yo por ejemplo tengo mis conversas con Bolívar en las madrugadas, cuando no puedo dormir. El padrecito Bolívar llega y se sienta al pie de la cama y nos ponemos no más a conversar. Lo mismo me ha pasado con Laureano. Él llega aquí como a su casa y me cuenta todo. Me contó verbigracia que tuvo que dejar la presidencia porque lo envenenaron y quedó hablando como si le hubieran amarrado la lengua. Yo con ellos lo que es me aclaro mucho.

En el cuartel aprendí harto. Yo estuve en el batallón Guardia Presidencial cuando gobernaba Abadía Méndez. Ahí estuve cuatro años y salí con el grado de cabo primero. Éramos tropa de élite y nos enseñaron más cosas que a los demás, porque de nosotros dependía la vida del presidente, es decir, de la Constitución que, como nos decían, era el alma del país.

Abadía Méndez era un gran hombre, muy serio, muy señor. Con nosotros nunca habló pero en las navidades siempre nos mandaba hacer un almuerzo especial; y cuando teníamos que acompañarlo a cazar patos, o a Choachí, donde temperaba, nos dejaba tomar alguna cervecita.

A él se le cayó el partido, pero no por su culpa, sino por la desunión. Él había dicho en el senado de la república: «El partido conservador es un cuero viejo y duro; si lo pinchan de un lado se levanta del otro lado. Pero si el cuero está cortado por la mitad, si el partido está dividido, y lo llegan a pinchar de este lado, el otro lado ni siente». Santos y López, que lo estaban oyendo, cayeron en cuenta y se fueron donde El Mono Olaya a ofrecerle la candidatura presidencial. Así fue que ganaron. Porque el partido conservador estaba dividido en dos partidos: los partidarios de Vásquez Cobo y los partidarios de Valencia. Esa sí fue división. Un encono entre los mismos conservadores que no dejaba tastaciarse los unos con los otros. Se peleaban donde se veían. En la misma plaza de Boavita un día domingo se toparon dos vivas y hubo heridos y hasta un joven resultó muerto. Se dieron zurriago que era un gusto. Para mí digo que la culpa de la división no la tuvo

Abadía. Claro, uno dice las cosas como son, aunque uno no es juez. Para mí tengo que el causante del problema no fue el partido. Uno tiene dificultad de hablar de ciertas cosas, porque uno no es Dios. Pero yo creo que fue la Iglesia la de la culpa. La Iglesia al fin y al cabo puede equivocarse porque los sacerdotes son como nosotros. Ella no lo hace de mala fe, pero sus ministros pueden fallar cuando hacen política. Porque yo digo que en esas reuniones secretas que tienen para hablar de política, hay mucho sectarismo. Ellos también caen víctimas del virus del sectarismo porque, debajo de la sotana, que es la bendita, hay un par de pantalones como los de uno.

El error fue apoyar primero a Valencia y después a Vásquez. Así lo hizo la Iglesia. Al principio, el hijo predilecto, como diría su Señoría Peñuela, fue don Vásquez; pero después, a resultas de quién sabe qué desavenencia, el predilecto resultó ser Valencia, y eso fue lo que confundió al partido y nos jodió a todos. Los jefes ya habían escogido partido cuando vino el retruque y entonces surgieron otros jefes que combatían a los primeros. Ese fue el problema. Si el arzobispo Perdomo, el finado que Dios ha de tener a su derecha, no hubiera echado de para allá y después de para acá, el partido no se cae. Pero él, tratando de enseñarnos lo mejor, dudó y ahí pecó. Claro que era muy difícil escoger entre esos dos patriarcas porque juntos eran justos. Si uno hubiera sido malo y el otro bueno no habría habido confusión; pero como eran tan buenos ambos, la cosa se prestó a duda y detrás de la duda vino la caída.

Además, los jefes no creyeron que el partido liberal, haciéndose el pendejo, había crecido tantísimo. Nosotros aquí en la provincia de Gutiérrez sí lo sabíamos. Habían crecido a resultas de que el partido conservador, sin maliciar una jugada, había repartido los puestos importantes entre los liberales. Porque el partido fue muy honesto con los liberales y no los había perseguido, como después hicieron con nosotros. Yo recuerdo que en Boavita, para poner un ejemplo, si un liberal, uno de los cinco que había, se emborrachaba y se quedaba por ahí jumado, los conservadores lo recogían y lo llevaban a la casa, lo acompañaban hasta dejarlo acostado. Había mucho respeto.

Pero por ahí en el año 27 las cosas comenzaron a dañarse, no sé por qué sería. Como que los liberales se sentían más seguros, más

soberbios. Eran gente sabida y ya con plata. Por allá en el 27 los del Cocuy, que eran todos liberales, agarraron al cura de Guicán y lo pusieron preso en la cárcel del Cocuy, lo incomunicaron. Pero él, que era muy conocido, logró decirle a la mujer que le llevaba la comida que avisara al cura de Chita. Y así fue. La señora se escurrió y le contó al otro cura y ahí las hubo. Este cura era un tipo recio. Convocó en el atrio a los feligreses. Los armó y atacaron al Cocuy. Rodearon el pueblo a las cinco de la mañana y dieron plazo de una hora para soltar al preso. El plazo se cumplió sin ninguna respuesta, y entonces el cura y sus feligreses decidieron entrar. Cuando los liberales vieron que los conservadores se venían encima comenzaron a disparar. Pero el cura de Chita estaba bien persignado y al grito de «Viva Cristo Rey, Señor Dios de los Ejércitos», avanzó y ganó la entrada. Al curita de Chita le quedó la sotana hecha un jirón de tanto agujero que le hicieron las balas liberales, pero no le pasó nada. Ya ganada la plaza, los liberales se entumieron del susto y comenzaron a correr despavoridos y los conservadores a ganar terreno. A las ocho de la mañana los guardias de la cárcel rindieron las armas al enemigo y el señor cura del Cocuy recibió a sus súbditos en la propia puerta de la cárcel. Vencer a los liberales fue fácil porque, por más herejes que sean, siempre le tienen miedo a la sotana. Lo que digo es que esa vez los liberales se habían crecido. Porque, ¿cuándo en épocas anteriores se les había pasado por la cabeza apresar a un sacerdote, ministro de la Iglesia y representante de Dios? No, eso no lo soñaba ni el mayor enemigo de la Iglesia, por más liberal que fuera…

Hasta esa fecha la provincia de Gutiérrez estuvo en paz, aunque hubiera liberales. Había mayoría conservadora, pero había regiones liberales que siempre se respetaron. Había liberales a resultas de la Guerra de los Mil Días. Para dar un ejemplo, en el Cocuy tenía su hacienda el Tuso Gutiérrez, el general Santos Gutiérrez, y todos sus arrendatarios eran liberales que fueron a las guerras siguiendo a su señor. Lo mismo sucedía en Tipacoque; allá el jefe era el general Calderón, quien tenía una gran hacienda. Todos sus trabajadores eran liberales porque el general lo era. En cambio en Guicán eran conservadores porque allí vivía el general Gallo, y Chulavita era también conservadora porque en esa vereda tenía su asiento el coronel

Figueroa. Y así. Claro que los conservadores éramos y somos mayoría, porque la mayoría de los hacendados de esa época eran conservadores y todos obedecían al generalato de Próspero Pinzón, el triunfador de la guerra. Es más: las tropas que vencieron en Palonegro eran en su mayoría gentes de esta provincia. La gente de esta tierra, los propios nacidos aquí, han sido siempre valerosos. Muy valerosos. Hacen fama en toda la patria. Los chulavitas son gente muy valiente. ¿En qué parte no se sabe de los chulavitas y en qué parte no se les respeta? Es fama en todo lado. Esa fama viene de la Guerra de los Mil Días.

Resulta que el coronel Figueroa, que era el propietario de una gran hacienda llamada, precisamente, Chulavita, arriba de San Francisco, venía derrotado con sus hombres y los liberales le pisaban los talones. Él, hombre muy ladino como era, lo que estaba haciendo era jalar al enemigo, llevándolo a las montañas de Chulavita, donde el coronel era el amo. Los liberales no se dieron cuenta de la jugada, hasta que en un desfiladero que hay allá en Chulavita, el coronel dijo: «Alto. Armas a discreción. Fuego a los liberales». Ahí los detuvieron. Pero a poco los soldados le dicen a Figueroa: «Mi coronel, se acabó el pertrecho». Entonces él ordena: «A botar piedra». Y así fue. Los chulavitas, que habían ganado la cuchilla y estaban en lo alto, comenzaron a fondiar piedra loma abajo. Piedras grandes, piedras que hicieron talud y el talud se llevó a los liberales. Quedaron destripados y enterrados de una vez.

II

La gente de por aquí es brava y siempre lo ha sido. Nosotros somos descendientes de los indios tunebos y de los laches. Unos bravíos y los otros zorros. Tenemos de los dos. Hubo aquí un indio que les dio guerra a los españoles y no los dejaba entrar. Corría de monte en monte con sus indios dándoles aquí y allí, sin presentarles nunca una batalla pero sin dejarlos dormir. Y cuando ya los había trasnochado, entonces les caía y los castigaba. Los españoles no sabían qué hacer. Hasta que se les ocurrió echar por delante cierto curita misionero. El curita los enfrentó con una mera custodia. Conversó con ellos y poco a poco los acristianó y así logró que el indio se arrepintiera de su

rebeldía y se fuera para el páramo, a trabajar en paz.

Bueno, ya en vida del gobierno de Abadía Méndez, los liberales comenzaron a indisciplinarse y cuando Olaya llegó a palacio ahí sí fue. Ahí sí la encontramos.

Cuando subió el Mono Olaya me licenciaron del ejército. Volví a la Cabeza del Espigón, un plano muy raro porque por aquí no hay sino breñales, despeñaderos. Uno no sabe cómo la gente se agarra para trabajar. El Espigón era todo entero la hacienda de un liberal, don Luis Felipe Aponte, un hombre que gustaba mucho del progreso. Él fue el que construyó la toma y el regadío, ese zanjón ancho que se topa allá abajo. Por ese zanjón viene el agua de arriba, de la toma que está en el propio páramo. Con esa agua don Luis regó El Espigón y la volvió tierra agradecida; las sementeras se dan como amparadas por la mano de Dios. El tabaco crece que es una belleza, lo mismo la caña y el maíz. Uno larga una semilla y amanece una mata. Eso es una bendición. Con la llegada de Olaya y más grave, con la llegada de López, don Luis Felipe, que tenía por allá en Bogotá sus conversas con los jefes, se enteró de que iba a haber una ley que castigaba a los hacendados grandes. Entonces, para no disgustar con su partido pero tampoco perder la tierra, decidió parcelar El Espigón y entregar en vida a cada hijo un pedazo grande, claro, porque ese plano es sumamente extendido. Pero los hijos de don Aponte salieron flojos para la tierra, o qué se yo, y entonces comenzaron a vender, a parcelar y a irse para Bogotá. Cogieron sus centavos y hágale, a vivir en la capital. El Espigón se deshizo; cada comprador volvió a parcelar, y así el plan quedó dividido y vuelto a dividir. Porque si se hubiera mantenido la hacienda como era en vida de don Luis, sería una fiesta. Fue que los liberales metieron susto con esa ley. Los liberales siempre meten susto con todo. Susto nada más. Ahora pronto, cuando lo de los arrendatarios y aparceros, aquí casi volvimos a las mismas de hace años. Porque ¿a quién se le ocurre que a uno pobre, que tiene tres días de arada y que trabaja con aparceros, le vayan a quitar la cejita para dársela a otros? Si ahí todos son casi iguales y trabajan en junta sin rencillas. En cambio, con lo de los aparceros empezó un problema, un problema porque los dueños no querían ceder y los otros, los aparceros, comenzaron a joder, a descontentarse con los dueños,

cuando antes eran amigos y hasta parientes. Ya nadie trabajaba a gusto. Con lo de los aparceros se soltó la cizaña en todo esto, pero no sucedió nada porque los liberales no hacen sino amagar, ellos no sostienen las vainas sino sólo amagan, meten el miedo. Después se arrepienten, claro, pero ya han hecho el mal, ya han sembrado el disgusto.

Yo nací en esta vereda, llamada La Cabeza, por ser la cabeza del Espigón, y aquí volví cuando me largaron del cuartel. Eran los años 30 o 31, no recuerdo bien. Pero me acuerdo que un tiempito después de volver, cuando ya la tierra estaba cogiendo otra vez cara, Olaya nos llamó para la guerra del Perú. Nosotros obedecimos porque Laureano se puso de parte del gobierno y nos mandó a la guerra. Estuve entonces en el batallón Juanambú y cuando llegamos a combatir, ya López había arreglado la vaina con los peruanos. Mi Dios es grande. El Mono Olaya fue el culpable de que se dañara todo en este país. Él fue el que metió la revolución en Leticia, el que se inventó el robo de la moneda. Él acabó con las morrocotas que existían y recogió todo el oro que había. Sin contemplación de partido les quitó a las mujeres las alhajas, a los hombres las argollas; se apoderó de lo que no tenía derecho de apoderarse. Desde esa época para acá la moneda no vale nada, y los matrimonios menos. Uno antes, con dos morrocotas, se sentía feliz. Uno podía comprar dos bueyes con dos monedas. En cambio, ¿hoy cuánto valen dos bueyes? El Mono Olaya se apoderó de lo que no era de él para hacer el bochinche con el Perú, y desde esa época este país se desbarató. Se acabó la paz de la república, que durante treinta años habíamos tenido. Los conservadores nos quedamos sin voz ni voto. Los colombianos sin las morrocotas, y las mujeres sin argollas.

Con Olaya la cosa no fue como cuando mandaban los conservadores. Uno para viajar de aquí a Bogotá tenía que decir que era de Tipacoque o si no no lo dejaban pasar. La política que los liberales iniciaron fue terrible. Era el terror, los señores liberales vinieron y se metieron aquí en Boavita, en la propia Boavita.

Nombraron un alcalde de apellido García, nacido y criado en el pueblo, pero liberal. Fue tan desvergonzado que nombró polícia liberal, uniformada y armada, y la mandó a Chulavita a quemar las

despensas que había por allá, que en esas había mucha despensa, porque Chulavita ha sido muy rica a resultas de que ha comerciado la harina de trigo con sal de La Salina. Chulavita es un cruce de caminos. Pero no se comerciaba con plata sino a puro trueque. Tanta harina por tanta sal. Los chulavitas vendían la sal por toda la región y así se hicieron muy ricos. Las casononas de por allí todavía están paradas. Bueno, ese tal García, Óscar propiamente, mandó quemar las despensas de Chulavita. Y eso no fue todo lo que hizo. En la plaza de Boavita, a chulavita que veía lo encendía a zurriagazos, lo lavaba en la pila y lo echaba todo maltrecho para arriba. La cosa siguió así, maltrate y maltrate conservadores, jódalos por un lado y por otro, persígalos. Hasta que un día el finado Enrique Figueroa se vino a plantar a García. El finado Figueroa era el mandacallar de Chulavita; un hombronón rubio al que tenían que conseguirle bestias fuertes porque tumbaba los caballos tan pronto se montaba, sobre todo cuando había bebido. Era bebedor el hombre. Llegaba al pueblo los sábados a beber brandy como si fuera agua pura. Bebía el sábado. Bebía el domingo. Bebía el lunes. Por ahí en la madrugada se montaba en la bestia y echaba para arriba sin saber cómo se sostenía en el caballo. Se deschavetaba por los caballos, los metía donde bebía y les mandaba picar caña, ahí sobre la mesa donde tomaba. Claro, la bestia hacía sus necesidades. Uno sabía dónde andaba don Enrique por el olor como de pesebrera que salía de donde anduviera. Todo mundo sabía con qué mujer se refundía, porque él no dejaba el caballo ni siquiera en la puerta, no; él lo tenía que entrar, dicen, hasta la pura alcoba.

Don Enrique, pues, se indispuso con tanto atropello y llegó a hacerle el reclamo a García. No se supo qué pasó, pero no volvió a salir de la alcaldía sino que ahí mismo lo pusieron preso, en el cepo. El cepo era muy despiadado; era entre el agua y todo ese frío le invadía a uno los huesos. Pero los chulavitas ya estaban avisados y se vinieron a sacar a su hombre del calabozo. Ellos siempre han tenido buenas armas. Rodearon la alcaldía y se trabó la batalla: la policía adentro y los chulavitas afuera. Corría plomo que daba gusto. Al fin, los chulavitas le botaron a don Enrique un rejo largo y él, no se supo cómo, se desató del cepo y se mandó del segundo piso agarrado del rejo. Pero no se

percató de que iba derecho para el portón y los policías, que estaban adentro parapetados, apenas vieron el bulto encima dispararon y lo tumbaron. No lo dejaron llegar al suelo. Ahí quedó muerto. Los chulavitas se envalentonaron más y mandaron echarle candela a la alcaldía con todo y policía adentro. Un muchacho regó la casa con gasolina y cuando prendió el fósforo, como estaba empapado, se convirtió en un fogón, y así gritando corrió por toda la plaza, pero quedó como un tizón. Los policías, en medio de aquel infierno, se prendieron por las paredes, se mandaron a la calle del cementerio y buscaron la vía de El Sausal. Cuando los chulavitas entraron no encontraron a nadie. Al mismo alcalde lo hicieron correr y el Óscar no pudo volver nunca más a Boavita. Eso fue el escándalo, porque los policías eran de Tipacoque y allá llegaron corriendo, acezando como perros que toparon al diablo. Entonces los tapisques se organizaron, se armaron y vinieron a atacar a Chulavita. Yo andaba en esas trasplantando unos colinos de tabaco, cuando me avisaron: «Mire que los tipacoques van a atacar a Chulavita». Como yo era reservista y sabía de artes, me llamaron para ayudar a organizar la defensa. Dejé todo como estaba porque el llamado de la obligación es sagrado. Me fui y les dije: «No, no nos parapetemos aquí; eso es un peligro; más bien salgámosles al encuentro». Y así fue. Me fui al mando de veinticinco hombres armados. Los tipacoques venían por el camino de la Cruz Perdida, echando vivas al gran partido liberal y mueras a su Señoría Peñuela, que era el patriarca de Soatá. Nos agazapamos detrás de una lomita y cuando pasaron los seguimos. A la entrada de Boavita, cuando estaban echándole candela a la gente que teníamos apostada en el pueblo, llegamos nosotros y ellos quedaron entre dos fuegos. Ahí los jodimos. Tuvieron que replegarse dejándonos sus muertos para que nosotros los enterráramos; así lo hicimos, porque era deber de cristianos.

Los tipacoques juraron vengarse y decretaron la muerte de su Señoría Peñuela. Cuando monseñor supo de la sentencia nos mandó llamar. Acudimos diez hombres. Día y noche, durante un mes, comimos y dormimos en la casa cural para defender a Su Señoría. Él era inmensamente odiado por los liberales porque era defensor de la fe, un verdadero defensor. Él no permitía que nadie atentara contra la

Iglesia, ni contra la fe de los mayores. Estuvimos un mes en la casa cural. No la dejábamos sola un momento. Él se incomodaba y nos decía que Dios cuidaba de los pastores, pero nosotros teníamos órdenes de no desapercibirlo porque los liberales eran como lobos hambrientos que podían, si nos descuidábamos, mandarse el rebaño con todo y pastor. Al fin las cosas se fueron calmando. Los tipacoques vieron que nosotros éramos un hueso duro, que con nosotros no era fácil guerrear y desistieron. Se tuvieron que tragar sus muertos sin chistar palabra. Así derrotamos a los liberales, pero sólo para mantenerlos quietos, para que se volvieran gente de paz como nosotros. Teníamos que defendernos porque si no los liberales nos acababan. Como hacía tiempo no estaban en el gobierno, querían desquite. Tocó forzarlos a la convivencia porque si aflojábamos tantico así, se nos venían encima. Después de la derrota de los tipacoques no hubo bochinches hasta el año 48. Mejor dicho, durante los gobiernos de López y de Santos se arreglaron las cosas, aunque hubo emergencias, como cuando los liberales mataron en Gachetá un poco de conservadores en una manifestación. Aquí en Boavita se alcanzó a dar la alarma y nos despertamos por si el clima se dañaba. Pero nada. No sucedió nada.

III

Fue que el mono Olaya, yo no sé aconsejado por quién, o por quiénes, hizo el arrebato. No dejó tranquilo a nadie. En Soatá había muertos cada rato, a la policía la corrompieron los alcaldes liberales, a la Iglesia le echaban piedra, a uno no lo dejaban transitar con su abasto tranquilo sino que echaban a joderlo, a hostilizarlo. Así pasó con Alcides García. Fue por tanto joderlo que el hombre se alzó y se las hizo ver negra. Con toda razón. Era un cristiano de paz, pero la policía, o mejor, los guardias de las rentas, comenzaron a perseguirlo.

Alcides García era tratante de aguardiente. Tenía un saque por allá en el páramo. Él no vendía el palito que llamaba hacia este lado, es decir, hacia Chicamocha, sino que lo cambiaba en el Llano por novillos «llaneros», que llamaban. Él llevaba aguardiente y traía «llaneros» a vender aquí. Los guardias de las rentas, que eran todos liberales,

nombrados por el tal Óscar García, comenzaron a hacer rondas y a cobrarle dinero para no decomisar el alambique. Cada semana los de las rentas subían para donde Alcides por su palada y bajaban contentos y jumos.

Pero Alcides se cansó del abuso. Se cansó porque a los de la renta se les abrió la agalla. Ya no le pedían plata sino le cobraban en llaneros. Así que Alcides dijo: «Hasta aquí fueron fiestas». Y un día, cuando los vio arrimar, los recibió a candela. Mató dos guardias, incendió el saque y se derrotó. Se derrotó por estas breñas. Juró vengarse de los liberales y morir de viejo. Él decía: «Si los liberales no me dejan en paz, yo tampoco los dejo dormir. Ellos acabaron con mi negocio, yo voy a acabar con el de ellos».

Alcides era un tipo muy jodido, un cristiano al que no le pesaba el dedo para defenderse. Una vez derrotado no descansó. A los pocos días de haber pasado a mejor vida a los de la renta, se apareció en el Cocuy. El directorio liberal del Cocuy estaba celebrando no sé qué fiesta, como que era la candidatura de López. Alcides llegó solo, armado eso sí, como siempre andaba; entró a la juerga, y comenzó a disparar sin explicaciones. En el griterío se escapó y les dejó tres difuntos.

A resultas de esos muertos la polícia dio en buscarlo como los perros al armadillo. Pero él les saltaba de lado a lado. Cuando creían que estaba por aquí, Alcides les mataba un liberal por allí; cuando lo buscaban allá, el hombre ya se había escabullido y aparecía otro liberal muerto por acá. La gente llegó a decir que Alcides estaba empatado con el diablo, que le había vendido su alma. Era que era de una ligereza el hombre.

Al fin un día le echaron mano, borracho que andaba, en la vereda Lagunillas. Él se escondía en Lagunillas porque era una región muy pacífica, muy tranquila, donde nunca había bochinches. La gente trabajaba en concordia desde siempre. Por eso, cuando terminó la Guerra de los Mil Días se inventaron unos versos:

Ya se acabaron las guerras,
terminaron las guerrillas,
con ser que no se metió
la gente de Lagunillas.

La polícia, pues, lo agarró preso y lo llevaban para Soatá, cuando al llegar al Chicamocha Alcides se botó al río. Era un nadador muy poderoso. Manejaba el agua a sus anchas. Se botó al río y no valió el plomo que le echaron porque Alcides se fondió corriente abajo. Cuando ya estaba por ahogarse vio dos piedras, como dos riñones a la orilla, y se metió entre ellas, allí quietecito. La fuerza del agua lo había dejado desnudo pero él, sabido que era, se untó de barro y no lo distinguieron. ¿Pero qué hacer? De allí no podía salir porque la polícia seguía buscando. Entonces —dicen— el diablo le deparó un arbolito, pequeño pero tupido. Él lo cortó y así metido dentro del árbol fue moviéndose y moviéndose hasta que estuvo fuera de peligro.

Pero eso qué. Él no tenía pacto con el diablo. Él tenía era un trato con la Virgen del Carmen. Días después de habérseles volado, cayó otra vez en manos de la policía. Lo avistaron en San Mateo y cuando Alcides se dio de cuenta, salió corriendo, y al pasar por debajo de una cerca una de las púas lo enganchó de la pierna y le rajó el músculo. Entonces lo apañaron. Lo desarmaron, lo amarraron y lo echaron en un camión para Soatá. Lo iban custodiando cinco policías, apuntándole. Alcides decía que él se veía ya finado. Cuando de golpe se acordó del trato con la Virgen y le dijo: «Si es cierto que usted es Virgen y Madre de Dios, favorézcame que no me maten». En ese momento notó algo duro debajo del sobaco: era una pistolita con cinco tiros. El hombre se dio mañas de desatarse una mano y encendió a plomo a los policías. Todos quedaron muertos ahí y Alcides corriendo potrero abajo.

Claro que no se puede decir que todo fue la Virgen. Alcides había estado en el cuartel y era muy mañoso. Eso del árbol es una trampa que le enseñan a uno allá; lo mismo lo del barro y la puntería que él tenía, ¿de dónde la sacó? ¿De dónde le salió ese ojo tan delgado? Del cuartel. Por eso, por haber estado en el cuartel, era que el ejército lo respetaba. Otra vez que andaba ya con varios, cinco creo que eran, lo volvieron a apañar a resultas de una balacera que él presentó en Soatá. Había llegado al pueblo con sus propios, porque él buscó gente para enfrentarse con la policía, para cobrar una deuda que tenía. Era una deuda para él santa: los liberales de Soatá habían impedido a bala que los conservadores de la vereda de Queseras se acercaran a las mesas de

votación. Entonces Alcides fue a cobrar, pero lo denunciaron y la policía le cayó por sorpresa y no le dio tiempo de nada. Quedaron en la calle los cinco cadáveres. Cuando llegó el ejército y el teniente reconoció a Alcides le dijo a la policía: «Estúpidos, han matado al hombre más importante del país sin darle tiempo de explicarse». Alcides, que no estaba muerto sino entumido, apenas oyó eso se levantó y dijo: «No, mi teniente, Alcides García todavía puede hacerlo». Entonces, el teniente, blanco como un papel, le dice: «¿Pero usted no está muerto?». Y el hombre le responde: «No, mi teniente, yo quiero morir de viejo, parado en mis dos piernas. A mí no me matan los liberales mientras la Virgen me proteja con su manto». Bueno, así fue: el teniente le dio toda clase de garantías, lo llevaron a la cárcel, lo juzgaron y lo condenaron a veinticinco años, once de los cuales pasó en Santa Rosa de Viterbo. Es decir, hasta cuando volvió el partido conservador al gobierno. En esas, en el año 47, el directorio conservador le ayudó a escapar de la cárcel. Alcides y dos compañeros hicieron un hueco debajo del muro y una noche se escurrieron. Al otro lado los esperaba un carro. Cuando se voló, la prensa lo anunció con letras grandes; alertó a todos los liberales del norte de Boyacá que una fiera andaba suelta. La voz obligó a los liberales de Soatá, que lo habían denunciado, a irse del pueblo, e inclusive otros de La Uvita también tuvieron que salirse.

Pero aquella vez cesaron las persecuciones contra Alcides. Se vino para Boavita de asilado. Andaba por ahí trabajando y de vez en cuando arrimaba al pueblo. El ejército no se atrevía a requisarlo ni a capturarlo, a pesar de que se había volado de la cárcel. Tenía mucha fama. La gente y los curas le ayudaban y lo protegían. Pero él tampoco volvió a molestar. Hasta que estalló el 9 de Abril. Ese día armó como pudo una cuadrilla de veinticinco hombres y se fue al Cocuy a detener a los liberales. Él como que sí alcanzó a cruzarse plomo con los del Cocuy, porque en realidad nunca bajaron. Después de lo del Cocuy, se retiró para siempre. Nadie lo molestaba, el pueblo lo miraba como a un patriarca, todos lo querían, todos lo respetaban. Una vez que iba para Bogotá, acompañado de sus hermanos, hizo parar el taxi en pleno páramo de Guativa, arribita de la Vuelta del Bobo. Ya estaba muy enfermo. Se bajó del carro, les dijo a sus hermanos que lo sostuvieran

por debajo de los brazos y, así sin chistar, largó la cabeza y quedó muerto.

IV

El 9 de Abril fue un tropel muy duro, un bochinche muy agitado. Esto se puso feo, los demonios sacaron su cara más fea ese día.

El propio 9 de Abril yo andaba sacando panela del Espigón para el puente Pinzón, cuando como a eso del medio día sonó el cacho. Aquí siempre hemos usado el cacho para dar la alerta. Cada vereda hace sonar el suyo y así, de vereda en vereda, nos comunicamos. Yo dejé las cargas, subí por el Grass y me fui corriendito al pueblo. Cuando llegué eran como las tres. El sargento Sánchez y el cura Goyo ya estaban dando instrucciones. Todos los hombres mayores de dieciocho años, todos los buenos cristianos, y todos los conservadores, debían presentarse para defender el gobierno, para defender la patria, para defender la Iglesia.

En medio de aquellas carreras se nombraron comisiones; una para detener a los liberales del Cocuy, otra para defender el pueblo, otra para atender el llamado de don Chepe Villareal, gobernador de Boyacá, y alistarse a marchar sobre Bogotá para restablecer el orden, la vida, la honra y los bienes de los conservadores. Yo quedé en el grupo que iba para Bogotá.

El 9 de Abril fue un día agitado, un día jodido. Decían que la chusma liberal marchaba sobre Palacio, que los fejes habían sido colgados de los postes de la Plaza de Bolívar, que la revolución había estallado en Bogotá y que los comunistas iban para el poder. Lo que el padre Goyo y el sargento Sánchez nos contaban daba miedo. Uno no sabía qué hacer con tanto calor en la cabeza; era un calor como de sangre, daba tumbos entre la cabeza. Cogía para un lado y después para el otro, como alzándole a uno los brazos. El señor cura sudaba recio. Uno le miraba la sotana toda mojada de tanto dar carreritas entre el atrio, la oficina del telégrafo y el directorio conservador. El sargento Sánchez estaba más tranquilo. También gritaba, pero órdenes. Él organizó la gente. Nos hizo formar frente a la iglesia, nos dividió en compañías de cincuenta y nueve hombres y a cada una le

puso un nombre: la del Divino Niño, la de la Virgen de Chiquinquirá, la del Señor de Soatá, la de la Inmaculada Concepción. Cada cual con su feje. A quien hubiera estado en el cuartel lo nombraban ahí mismo feje de compañía y le largaban un máuser con veinticinco tiros. Esas armas las daba el directorio conservador, que en aquellos días tenía plata y se movía mucho. Yo lo que nunca supe era si los fusiles los tenían guardados o los llevaron ese día. En todo caso, todos a los que nos nombraron fejes teníamos máuser. La otra gente se armó con lo que pudo. Sobre todo con grasses viejos que se tenían escondidos desde la guerra. Todo mundo tenía debajo del colchón, bien empavonado, su grassesito. Porque esas armas nunca se entregaron, nunca nadie las reclamó, y entonces ahí andaban lamiéndole a uno las costillas por entre el colchón.

El señor cura y el sargento Sánchez nos organizaron. Había tres comisiones principales: detener a los liberales del Cocuy; defender a Boavita, y marchar sobre Bogotá. Todo el pueblo colaboró, eso sí. Cada quien nos daba de lo que tenía: que ropa, que abastecimiento, que plata. El pueblo parecía un avispero. El viernes por la noche salieron los que iban para el Cocuy; nosotros nos quedamos organizando el viaje, y el cura Goyo encabezó las patrullas para defender el pueblo. Apostó vigías en los montes altos, en los caminos, en la torre de la iglesia; hizo trincheras en las entradas y recorrió el pueblo toda la noche animándonos, rezándonos y dándonos instrucciones. El sábado a mediodía llegaron los camiones y los buses para llevarnos a Tunja. Eran como diez carros y en ellos nos echaron, primero a Soatá, después para Tunja. Ya estaba construida la carretera de Soatá a Boavita, para mejor decir, estaba recién inaugurada, aunque hacía varios años se estaba construyendo, porque esa carretera tuvo un accidente. Resulta que comenzaron a abrirla durante el gobierno de López, pero nosotros no queríamos que entrara estando los liberales en el gobierno porque eso animaba al liberalismo. En una época, los tipacoques, que eran muy jodidos, llevaron para unas elecciones un poco de personal liberal a votar en Boavita, sólo con la mira de que aparecieran liberales en el pueblo y así poder pedir la carretera. Pero a nosotros, más sabidos que ellos, nos tocó echarlos para que no nos hicieran la carretera. Porque eso le hubiera dado alas

al liberalismo de Boavita y claro, no convenía. Cuando el presidente Ospina ganó en el 46, entonces sí dejamos arrimar la carretera porque eso ya no nos perjudicaba. Así pues que los tipacoques se quedaron con las ganas de meter esa vez el camino y con las ganas de meter la discordia política en Boavita. Aquí siempre hemos sido unidos en política, todos hemos sido conservadores y los pocos liberales que había se fueron.

Bueno, el sábado a eso de las doce del día llegaron los carros. Venían con banderas azules, con corazones de Jesús y con letreros que decían ¡Viva el partido conservador! ¡Viva José María Villareal! ¡Viva Cristo Rey! Antes de montarnos el cura nos echó un sermón. Nos habló sobre la fe que íbamos a defender, sobre el peligro del comunismo ateo, sobre la necesidad de apoyar a Ospina Pérez porque él representaba la Constitución y las leyes. El cura hablaba muy bien, tenía una garganta como hecha de guayacán y una voz dura que lo ponía a uno a temblar. Nos hizo arrodillar y jurar defender la doctrina de Cristo. Entonces nos montamos en los carros. A mí me parecía que íbamos más bien a una peregrinación a Chiquinquirá que a una pelea con los comunistas. Todo mundo se veía contento, y como ya teníamos muestras agrias, pues uno no se apercibía de que iba para una guerra. Porque de eso se trataba al fin y al cabo. Se trataba de ir a aplastar la rebelión. Pero a mí no se me quitaba de la cabeza el parecido que tenía esta marcha con otra que habíamos hecho en el año 46. Todo fue igualito, sólo que ahora llevábamos fusiles.

En el 46, don Chepe Villareal nos llamó para hacer una manifestación, para demostrarles a los liberales que íbamos a ganar las elecciones con Ospina. Era una manifestación como para respaldar al partido, pero sobre todo al doctor Villareal. Era un hombre muy querido y muy poderoso. Manejaba a la gente con el dedo chiquito. Sabía el nombre de todos; por su nombre de pila los mentaba uno a uno. Recuerdo que una vez yo iba para Soatá y me lo encontré en el Puente Pinzón, el puente que estaba ahí en el Chicamocha y que fue bautizado así en honor del gran general. Bueno, ahí estaba don Chepe y cuando me vio dijo: «Hola, Encontrado, ¿dónde te habías metido? ¿Que dizque andás trayendo sal de por allá de La Salina? ¡Cuidado, hombre, vas y te volteas de tanto tratar con la chusma!». Yo no le

quise parar bolas a la puya, pero me sorprendió que conociera mi nombre y supiera en qué andaba. Él sabía, no sé cómo se enteraría, todo lo que uno hacía y claro, así manejaba su gente. Porque a uno que un doctor de esos tan importantes le diga por su nombre lo agarra; uno se siente como respaldado, como siendo alguien, como si uno fuera igual. Por eso, cuando él nos llamó para esa manifestación a Bogotá en el 46, todos fuimos. Esa vez nos echaron en bus hasta Tunja y de ahí en tren para Bogotá. En el tren nos dieron a todos un cartón azul que decía ¡Viva el partido conservador! Pero eso sí, nos requisaron en todos los retenes. Como el partido liberal estaba en el gobierno, entonces tenía miedo de que nosotros fuéramos a armar bochinche y nos hacían bajar en todas las estaciones. Como los fejes del liberalismo nos tenían miedo, no nos querían dejar llegar, nos querían desanimar y al ver que nosotros seguíamos y seguíamos, todos gritando al mismo tiempo «el partido conservador no se para, no se para; el partido conservador no se para, no se para», entonces ellos mandaron reunir su gente entre Usaquén y Chapinero. De golpe el tren paró sin ser estación, y cuando nos dimos cuenta estábamos rodeados de liberales que nos echaban piedra y mueras. Nosotros no atisbábamos salida; caía piedra por todo lado. Sólo oíamos los hijueputazos y el estallido de los vidrios de las ventanas de los vagones. El personal me dijo: «¿Qué hacemos, Encontrado? —porque yo era el que iba mandando el vagón donde íbamos—. Nos van a matar». Yo no sabía qué hacer. No teníamos para responderles porque en un tren qué piedra podía haber y además, ¿cómo hacíamos para salir de debajo de las bancas? Bueno, yo no sé cómo se me ocurrió echar mano de las panelas que nos habían dado de ración. Y así fue. Les dije: «A panelazo limpio abrámonos paso». Y comenzamos a bolear panela. A punta de panela los hicimos retroceder. Cuando vieron que nosotros les respondimos, se asustaron y se parapetaron detrás de una tapiecita. Entonces comenzamos a sentir bala. ¿Nosotros con qué íbamos a responderles si nos habían requisado desde las cotizas hasta la corrosca? Volvimos a meternos debajo de los asientos y ellos a avanzar sobre nosotros, cuando un tal Puerto dijo: «Encontrado, yo tengo por aquí guardado un revólver; a mí no me lo toparon». Cuando él me lo estaba mostrando llegó otro y dijo: «Muestre a ver que esto es

aquí así», y sacó el revólver por la ventana y pum, cayó uno; y pum, cayó el otro; y pum, otro; así. Cuando los liberales vieron que nosotros también teníamos fuego, desaparecieron en desbandada. Ahí tocamos la campana, súbase la gente y para la Estación de la Sabana.

Al llegar a la estación comenzó el desfile. ¡Ay, madre santísima, si había gente por esa avenida para arriba! ¡Qué gentidón tan terrible, y no digo sólo gente en la calle, sino que de todas las ventanas salían señoras y señoritas con pañuelos azules! ¡Eso era una belleza! Todo el mundo gritaba: «Uno, dos y tres, los godos otra vez; uno, dos y tres, los godos al revés». Caminamos hasta la Plaza de Bolívar, en medio de ese mar de gente, pero apenas cabíamos. Oímos los discursos. El del doctor Villareal fue el más largo y el más bonito. A las seis se largó un aguacero que Dios mío; yo no había visto llover así en mi vida. Caía agua como si el cielo se hubiera agrietado. Con esa manifestación subimos al partido conservador.

El día que salimos de Boavita para Bogotá a defender el gobierno de Ospina se me vino el recuerdo de la manifestación del 46, porque el ánimo era el mismo. Es que la manifestación fue como el entrenamiento de la marcha. Así, todos los que fuimos en el 46 fuimos después en el 48 y ya sabíamos cómo hacer; ya todos le habíamos perdido el miedo a la capital, a la gente, a los carros; ya conocíamos.

En el 48, pues, salimos de Boavita ya organizados en compañías y armados. En Soatá nos recibió un tal capitán Quiñonez que venía de reclutar gente, un tipo muy atravesado. Nos dio órdenes de no detenernos ante nada. Nombró fejes de cada compañía y nos dijo que la pelea iba a ser muy verraca porque la policía se había unido a la rebelión. Ese día estuvimos marchando todo el tiempo, haciendo ejercicios con los fusiles. A la madrugada del 11 de abril viajamos hacia Tunja. Unos nos quedamos en Duitama restableciendo el orden, porque allí los liberales se habían sublevado y habían nombrado autoridades. A Duitama llegamos temprano a reforzar la guarnición que había venido de Bonza. Restablecimos el orden con facilidad, unos cuantos tiros y ya, y los liberales se rindieron. Hubo unos pocos muertos, pero no los pusimos nosotros. Esa gente se murió fue del susto.

Al día siguiente nos trasladaron a Tunja a esperar la orden de

marchar sobre Bogotá. Nos acantonaron en la sede del batallón a hacer ejercicios de tiro y a marchar. Todo el día que carrera mar, que acostarse, que levantarse, que… bueno, sacándole a uno la leche. Pero nunca llegó la orden de marchar sobre Bogotá. Los que no fueron a Duitama sí alcanzaron a llegar, pero nosotros nos quedamos en Tunja ahí, esperando que los fejes decidieran.

En Tunja estuvimos como ocho días. Haciendo prácticas. Practicando y oyendo discursos del capitán Quiñonez. Unos discursos larguísimos que nadie entendía. Uno echaba a bostezar y si no hubiera sido por los gritos de mi capitán, uno se dormía.

Después nos soltaron y volvimos a Boavita. Contentos sí, porque no nos había tocado hacer bestialidades. En Boavita seguía la nerviosidad. Todos preguntaban por lo que pasaba en Tunja y en Bogotá. Todo el mundo, eso sí, dispuesto a colaborar con la autoridad.

V

Fue entonces cuando el padrecito Goyo me nombró instructor. Él sabía que yo conocía el arte porque había estado en el Batallón Guardía Presidencial y porque en la marcha a Bogotá había sabido de mis habilidades para mandar la gente y para organizar el personal. Me llamó y me dijo: «Hombre, Encontrado, ándate para el páramo que allá te mando gente para que me afines, para que les enseñes el arte, para que me la hagas buenos soldados de Cristo». Y así fue. Me eché para el páramo. Allá hice un rancho para recibir la gente que me mandaba el sargento Sánchez. La gente llegaba resabiada porque este hombre la reclutaba un poco a la fuerza, pero al fin se acomodaba.

Yo les enseñaba en primer lugar a manejar las armas. Porque es necesario saber armar y desarmar un fusil, una pistola. Les enseñaba el alcance de cada calibre, su uso y las mañas para disparar. Les enseñaba a planear una operación, a reconocer el terreno, a saber dónde se podía esconder el enemigo, a montar una emboscada, a aprender cómo se mueve uno de noche o de día. Les enseñaba todo el arte.

Bueno, andaba yo enseñando mi lucha cuando, un domingo, me llegó una orden firmada por el alcalde y el señor cura que decía:

«Encontrado: Marchad con la gente en armas, marchad hacia Pusaguí a atajar la chusma liberal que se nos viene encima». Yo sabía que por los lados de Chita andaba el tal Juan Hernández, un chusmero liberal que atacaba las comisiones que iban por la sal a La Salina y que mataba todo consevador que se le atravesaba. Él era de La Playa, es decir, de esta región, pero se había ido para el Llano.

Porque resulta que hubo gente que se fue para el Llano. Unos se fueron por allá en los años treinta cuando el tropel de Olaya, porque eran tipos que no convenían a la región, que ha sido siempre muy unidamente conservadora. Tener un liberal aquí era como tener una cuña, y no hay cuña que más apriete que la del mismo palo. Entonces se fueron. Claro que por convite de los de por aquí, sin que se presentaran desacuerdos. Se les decía: «Mire, don fulano, que para que no haya problemas es mejor que usted se vaya. Venda con tiempo y desocupe la región». Así se fueron muchos. Así se fue Juan Hernández.

Pero con lo del 9 de Abril las cosas se pusieron feas y ya no se convenía en que los liberales se fueran cuando quisieran; había que apurarlos. Fue cuando inventamos el destierro. Uno le hacía llegar al tipo una carta en la que le decía que por considerar que en la región no debía haber liberales, debía irse con toda su familia antes de tal día. Claro que se les daba un plazo para que pudieran arreglar las cosas, para que pudieran vender la tierrita y las bestias y para que pudieran buscar alojamiento. Pero teníamos que desterrarlos porque estábamos en guerra. Esa era una ley que había que respetar.

Cuando Juan Hernández supo de la revolución del 9 de Abril se trató de meter. Hacía sus andanzas cada vez más cerca, en la Cordillera de Chita. Eso era muy peligroso. Peligroso si nos cortaban el abastecimiento de sal, y peligroso si se nos venía encima, porque unidos los de Juan Hernández con los del Cocuy nos jodían. Era necesario detenerlo, y nos fuimos. Mandé a la gente a sus casas a traer el abasto para la campaña. Nos reunimos en Pusaguí, en la casa del difunto Campo Elías Chávez, y allí nos instalamos. Nombré las patrullas de comunicación. Que la del flanco derecho, que la del flanco izquierdo, que la de los exploradores. Todos con la orden terminante de no dejar pasar ni grande ni pequeño, ni mujer, ni hombre ni niño. ¡Nadie de Pusaguí para acá! Todo mundo quedaba retenido así tuviera

la urgencia que tuviera, y si no obedecían la orden, entonces había que proceder… En ese operativo estuvimos como tres días. Al cuarto, viendo que no salían de abajo, de La Salina, ni aparecía cristiano por esas soledades, decidimos ir a buscarlos. Organizamos la movilización hacia La Salina, donde sabíamos que se hallaban.

La Salina es un puro hueco, un hueco que queda ya en la cabecera del Llano, pero un hueco. Allá el sol llega tarde y uno alcanza a ver el rocío hasta bien entrado el día. Pero también el sol se va temprano, y a eso de las tres de la tarde ya las gallinas comienzan a encaramarse a los palos. El sol allá no es puntual. Pero siendo un hueco, más fácil. Para tomarnos La Salina ordené al personal que se dispersara y avanzara así, disperso, de frente hacia La Cuchilla, donde Juan andaba, y que dispararan un tiro de escopeta de tanto en tanto. Yo quería hacer creer que éramos muchos para que se tuvieran que concentrar. Y así fue. Juan tuvo que atrincherarse en La Cuchilla. Mientras tanto cuatro de nosotros, montados en unos caballos que nos dio Joaquín Galvis, el papá del músico Eliseo, nos les fuimos por la espalda y los encontramos embobados oyendo los disparos, tratando de saber de dónde salía el humo para saber por dónde veníamos. Y nosotros ya estábamos encima. Les respondimos sin que se dieran cuenta. ¿Y qué hicieron los liberales? Pues sacar un pañuelo blanco y batirlo al viento, porque creyeron que estaban rodeados. No hicieron ni un solo disparo. Nos entregaron las armas, los amarramos y los trajimos. En La Uvita salió a recibirnos el cura párroco y le hizo firmar a Juan Hernández un pacto de paz que todavía está ahí en el despacho parroquial y que hasta el presente se ha cumplido. Juan Hernández no volvió a meterse con nosotros, ni a quitarnos la sal. Se metió en su hueco.

En aquella época era muy peligroso un ataque de los liberales del Llano, que ya estaban organizados y muy bien armados. Yo pensé: si Juan Hernández fracasó, otros pueden triunfar. Se sabía que en el Llano había mucho personal, porque yo había estado en Tame y me había dado cuenta de que esa gente estaba dispuesta a caer sobre nosotros.

Yo estuve en Tame a resultas de la muerte de mi hijo, por allá en el 47. Él andaba allá ayudando a una comisión de la policía. Varios de la

región andaban en esas, ayudándole a la policía a controlar el orden. Cerca de Tame tenía un hato el finado Aristóbulo Gómez, un conservador de Boavita que se había ido para el Llano hacía mucho tiempo, creo que cuando los liberales comenzaron a joder en el año 32 o 33. Don Aristóbulo comerciaba con ganado, que vendía en Venezuela. Como era conservador y muy acaudalado, la chusma liberal le cobraba impuestos por movilizar el ganado, pero un día se aburrió y dijo: «Yo no le pago más a la chusma». Los chusmeros no le chistaron nada, dejaron pasar el ganado, pero cuando iban llano adentro emboscaron a los vaqueros de don Aristóbulo y mataron varias reses. Entonces el hombre, ardido, vino a Tunja y puso la queja. Despacharon una comisión para dar con el paradero de los chusmeros, pero como ese Llano era territorio de los liberales la policía vino primero a Boavita y reclutó gente fiel a don Aristóbulo, gente de Chulavita y gente de La Chorrera. En esa comisión se fue mi hijo.

A los días me avisaron que lo habían asesinado. Yo me fui a averiguar y a ver si podía localizar el cadáver. Eso fue mucho dolor, un dolor que nunca se me quitó. Yo lloraba en junta con la mamá todo el día. Lo veía andar por todas estas breñas, lo sentíamos llegar de noche. Ahí todavía tengo su foto. El único varón que el cielo me dio. No, todavía lo lloro… Me fui para Tame sabiendo que no lo iba a encontrar. Pero me fui porque no podía aguantar el llanto de la mamá. Por eso me fui. Llegué a Tame disfrazado, diciendo que venía de Sogamoso. La gente estaba toda organizada y uno no podía entrar sino con recomendación de un feje liberal. Yo expliqué que había tenido que salir huyendo, que era liberal y que venía a ayudarles. Entonces me dejaron entrar. Un hombre con quien hice amistad me contó dónde estaban los cadáveres de los «chulavitas» que habían liquidado. Una noche me fui a mirar, a ver qué era lo que habían dejado, a tocar el propio cadáver del hijo para echarle la bendición y dejar de esperarlo en las noches. Y así fue. Lo encontré. Lo topé porque los chulos estaban ahí encima de unas guaduas con que los habían medio tapado. Los chulos estaban ahí encima, metiendo la cabeza por entre las guaduas, sacando para afuera todo el tripaje de esos pobres cristianos. Yo los espanté, pero ellos apenas se hicieron a un ladito, como si yo fuera el forastero. Eran trece, incluida una niña, pequeñita. El hijo no

era de los que los chulos alcanzaban a destrozar, sino que estaba más abajo, perdido entre los otros. Me tocó buscarlo en medio de toda esa podredumbre, en medio de todo ese olor, en medio de todos esos ojos que lo miraban a uno desde esa como idiotez que da la muerte. Por fin lo descubrí. Era un jirón. Estaba casi desnudo y todo destrozado por delante, porque los tiros se los habían hecho por la espalda. Cuando vi eso dejé de llorar. Me dio fue una rabia santa. Ni que Satanás me hubiera echado azufre. No quise despedirme. Le acomodé la cabeza, lo tapé con otro finado y salí corriendo. No sabía para dónde. No supe tampoco cuánto tiempo duré corriendo. A los pocos días llegué otra vez aquí. No quise contarle nada a la mamá pero por dentro yo era una llaga. Bueno…

Me di cuenta entonces en el Llano que la chusma estaba muy bien organizada y que su ánimo era atacarnos. Eso era así porque nos temían, sabían que de aquí salía gente a apoyar a la autoridad y sobre todo, porque los de Chulavita habían cobrado fama. Y se sabe que la fama de un enemigo lo despierta a uno en la madrugada.

Después de lo de Juan Hernández me puse a organizar la defensa de la región. En los páramos destaqué un personal para vigilar todo movimiento, para observar quién entraba y quién salía y sobre todo para atalayar cualquier desplazamiento de la gente del Llano. En las veredas organizamos con el padre Goyo grupos con armas, gente que estaba siempre lista para ayudar. Tenían orden de avisar cualquier novedad por medio del cacho, y de concentrarse en tal y tal sitio si nosotros pedíamos. Teníamos señas bien claras y así podíamos comunicarnos rápidamente. Además, para esa época ya se habían instalado los teléfonos en Chulavita y en otros dos o tres sitios. Nos podíamos comunicar con el presidente si queríamos. Teníamos comunicación directa con Tunja y con Bogotá, y así podíamos movilizar el personal en un momentico. El teléfono de Chulavita todavía existe; lo instaló don Julio Figueroa por allá en el 48 por orden del directorio.

Cuando terminamos de organizar las cosas con el padre Goyo, volví al páramo a entrenar en el arte a la gente que me mandaban. Llegaban no sólo de Boavita sino de toda la provincia de Gutiérrez, e inclusive personal de Santander y de Cundinamarca. Ahí llegaban con una

recomendación y el visto bueno del padre Goyo. En dos meses los teníamos sabidos. Después volvían a su tierra y echaban para otra parte. Hubo muchos que pararon por allá en el Tolima y en el Valle. Eran clientes obedientes. Duchos. Duros cristianos.

El alma de todo ese ajetreo era el padre Goyo, que en paz descanse. Era de Socha pero murió en Belén: un curita muy nervioso, muy conservador y muy corajudo. Muy amigo de su Señoría Peñuela y de don Chepe Villarreal. Él acabó con los limosneros en Boavita, los puso a trabajar en el campo, porque tenía mucha influencia. Y para allá los echó. Anteriormente los curas de Boavita mantenían un poco de limosneros ahí pegados a la casa cural; no se les veía hacer nada. En elecciones votaban, pero de resto no hacían nada. El padre Goyo cambió todo eso. Los puso a trabajar en el campo. Tenía fincas, o mejor, fincas de él, pero que entonces no eran de él. Él fue el que fundó el asunto de la iglesia. Él sí trabajó muy duro para esta cuestión. Llegó hasta inventarse unas bolsas de trapo colgadas de unas varas largas para pedir limosna en la iglesia. Y pida y pida limosna. Se inventó también eso de llevar el Sagrado Corazón a las veredas. Iban y dejaban la imagen y uno tenía que hospedarla, además de llenar con plata un cajoncito. Y así, pida y pida. Y compre tierras, y compre tierras. Pero no a nombre de él sino que él recibía la escritura por manos de otras personas. Ni siquiera a los sobrinos los dejaba meter en el asunto. Eran personas fieles al curita las que le hacían la cuestión. ¿Ahí no están la mujer del profesor Castañeda, la señora Ana y la señorita Zoila, la Pativuelta, y el loco Ignacio? Todos ricos. Porque como el cura no dejó herederos, ni manera de reclamar cuando murió, entonces los que habían hecho el favor se quedaron con la tierra. Él murió de repente, subiéndose al campanario: se rodó y ahí quedó; contra la pila de agua bendita. Todo lo que había comprado quedó en manos de otros. Él llegaba, hacía el negocio y pagaba. Pero la escritura la recibía fulano de tal. Yo fui testigo de dos compras que hizo el mismo día. Una a don Chepe Alvarado, de Soatá. Le compró la finca de Santa Cecilia por sesenta y cinco mil pesos. La otra a don Miguel Otálvaro por treinta y cinco mil pesos. Ambas escrituras se hicieron a nombre de doña Ana. Doña Ana era casada, y cuando el marido se dio cuenta le dijo: «¿Usted sigue con el socorro de los pobres o sigue con

mi negocio?». A doña Ana no le dio nada, dejó al marido y se fue a administrar sus fincas. Mientras el padre Goyo vivió, recibía el producto de la tierra y allá mandó a los limosneros a trabajar, pero cuando murió, ¿a dónde iban a parar esas tierras? Él era en vida muy poderoso. Sacó la iglesia adelante y la gente lo respetaba, a pesar de que no daba limosnas. Con su influencia se logró organizar la milicia. Porque él entendía también del arte. No era como el padre Lorenzo Torres, el cura de La Uvita.

El cura Torres trató de meterse un día con los del Cocuy y le mataron cinco hombres en el Alto de la Chorrera. Se metió sin conocer y sin tener ninguna experiencia. Se ofuscó y se fue sin precaución. No nombró patrullas de exploración ni de reconocimiento. No tenían buenas armas, apenas peinillas y palas. Y así se adentraron. Claro, los otros, los del Cocuy, esos sí estaban emboscados y bien atrincherados… Antes no acabaron con todos. Además, meterse con los del Cocuy era muy jodido. Son gente valiente y muy enterada. A los del Cocuy no se les podía andar así pasito, porque lo hacían a uno retroceder. Allí no pudo entrar sino el ejército y no le fue fácil.

Por allá en el año 50 la gente decía que los del Cocuy se estaban organizando y que de allá salían comisiones de chusmeros a hacer bellaquerías, a matar mujeres y a quemar despensas. Esa fama fue creciendo y las quejas sobre sus bellaquerías fueron aumentando. Nosotros no los podíamos detener más, porque estaban que nos la ganaban. Y así fue que por ahí en eso del 51, cuando estaba el presidente Urdaneta, entró el ejército. Primero les hicieron un bombardeo desde los aviones, principalmente a la zona de Rechíniga, que duró como diez horas. Asolaron toda la región, quedó arrasada. Dicen que la gente se metía en las cuevas para ampararse de las bombas. Después entró la tropa, ayudada por la policía y por las milicias que habíamos organizado. Ahí habíamos unos trescientos hombres de Boavita colaborando con el ejército en esa operación. Pero ni así fue fácil. Antes de que el ejército pudiera llegar mataron mucha gente. Pero al fin pudieron poner orden. Dicen que hubo más de mil muertos; yo no supe, a mí no me consta. Pero como que la batalla fue dura porque los del Cocuy estaban armados con fusiles que entregó el directorio liberal. Yo sí me acuerdo que cuando los dominamos se

echaron a ver botados unos fusiles nuevecitos, como recién hechos. La gente nuestra bajó del Cocuy con todas esas armas nuevas y con los niños. Niños que agarraron por allá entre todas esas cuevas ateridos del frío. Eran niños que no se podían dejar en manos de los liberales, niños que había que bautizar y acristianar porque no eran animalitos. Todavía hay mucho hombre aquí que vino de niño en esos días y que creció al lado de la gente que los trajo, hombres que se criaron como domésticos de los otros, pero que ya son gente de bien.

La del Cocuy fue la peor batalla que hubo en estas tierras. ¿Pero qué se podía hacer? Había que castigarlos antes de que nos cayeran. Porque uno no se va a meter con ninguno si no se meten con uno. ¿Pero cómo va uno a vivir con un enemigo así encima de la cabeza? Era gente peligrosa. Nos podía envenenar el río, nos podía madrugar, y sobre todo podían servir de vía para que los del Llano se nos metieran por el páramo. Así era la cosa.

Uno no atropella a ninguno si acepta vivir en paz y convivencia. Hubo muchos liberales que en eso del 49 y del 50, cuando las vainas estaban más difíciles y cuando nos veíamos atacados por todos lados, se pudieron quedar y nadie los molestó. ¿Por qué? Porque ellos se volvían liberales de orden, juraban defender la religión porque eran bautizados, juraban colaborar en todo lo que se les pidiera, juraban no decir nada a nadie. Entendieron y ahí se pudieron quedar sin que nadie les tocara una uña. Pero había otros que nos tocó desterrar. Yo mismo inventé eso del destierro. Me lo inventé un día que fui a donde Luis Mariño, el dueño de La Villa, a pedirle una colaboración, y él, en vez de ayudarme, me insultó, me sacó corriendo a bala, diciendo que yo era un tal por cual, un godo y, lo que más me ofendió, gritando que me llamaban El Encontrado porque yo no tenía madre. Bueno, la cosa pasó. Me aguanté sin chistar nada. Como a los quince días me aparecí una tarde con mi personal y le dije: «Don Luis, tiene quince días de plazo. Su finca no puede ser más de usted. Desocupe, venda o arriende, pero no lo queremos más por aquí». A los pocos días vendió; echó para los Llanos.

Hubo otros, como don Nicolás Aponte. Él atendió el llamado. Hizo publicar por la prensa un anuncio diciendo que él era liberal de orden. Hizo público su cambio de política y su respeto a la causa

conservadora. Algún tiempo después llamó a sus apareceros y les vendió la tierra que cada cual trabajaba. Por eso, esa hacienda, llamada La Carrera, se parceló. Don Nicolás no quería problemas y se fue tranquilo. Nadie lo molestó, ni nadie disgustó con él. Pudo vender su hacienda a buen precio y se volvió un liberal de orden, aunque él dijera que era conservador.

VI

En esos días se vendió tierra barata. Era la ley. Hasta cuando subió Rojas Pinilla y prometió la paz. Rojas hizo un contrato con Urdaneta Arbeláez, firmado y todo, para traer la concordia. Permitió que todos los desterrados volvieran a sus fincas y puso en calma la república, aunque para hacerlo tuviera que ir a tomar chicha en totuma con los grandes asesinos del Llano, como el tal Guadalupe Salcedo, y a regalar tierra a los chusmeros. Eso no estaba bien. ¿Cómo iba a regalar tierra, con escritura pública y todo? Esa tierra no era de él, esa tierra era de la nación, esas selvas inmensas no son de un presidente. Por eso fue que Rojas comenzó a fracasar. Porque le gustaba la tierra. Por ejemplo, eso de Melgar era baldío, mera selva, y él la cogió. Por eso fue que Rojas se cayó. Al principio todos lo queríamos, pero después, cuando comenzó a hacer bellaquerías, a perdonar bandidos y a regalar tierra, entonces se vino abajo.

En Boavita todos fuimos muy rojaspinillistas porque la gente no olvidaba que él había prometido la carretera pavimentada a Chulavita y el aeropuerto de Boavita. En una elección aquí no hubo sino cinco votos distintos a la corriente del general. Pero después del fracaso de las elecciones del año 70, la gente volvió a ser ospinista o laureanista. La política da muchas vueltas. Para mejor decir, en los años cuarentas Boavita era laureanista; cuando subió Ospina era ospinista; cuando subió Laureano otra vez laureanista; cuando cayó Rojas era ospinista; y después, cuando Rojas hizo la Anapo, volvió a ser rojaspinillista, y así. Hoy hay unos pocos liberales, y los demás se reparten por igual entre alvaristas y pastranistas.

La política se volvió una porquería. Ahora es cuestión de puros votos, de pura conveniencia, de puro negocio. Los políticos llegan y

prometen todo lo que ellos saben que uno quiere; prometen el camino, el acueducto, el hospital, la escuela y después, cuando quedan elegidos, voltean la espalda y no lo saludan a uno.

Para poner un ejemplo, para que no se diga que soy mal hablado, mentiroso, un desagradecido con el partido conservador, al que he pertenecido y seguiré perteneciendo, resulta que mi hija menor tuvo un accidente y se rompió la clavícula. Entonces eché con ella medio muerta para el hospital. Allí casi ni la reciben. La china era un solo grito. Quizás de tanta lágrima se compadecieron y la metieron para adentro, a operarla. Pero entonces, cuando ya le juntaron los huesos, no querían entregarla porque la operación costaba siete mil pesos. Yo no tenía tanta plata, nunca la he visto junta. Junté por un lado, junté por el otro y nada. No conseguía sino centavos, meros reales. Me vine para El Espigón, vendí un ganadito que tenía y el resto me lo prestó un compadre, para más veras liberal. Con eso saqué a la china. Pero la cosa no paró ahí. Ya en la casa había que tratarla, hacerle un tratamiento para que los huesos se abrazaran bien. Pero, ¿yo cómo hacía para pagar unos doctores que ya me habían dejado más pelado que un risco? Una madrugada, estando desvelado —porque cuando uno no tiene con qué ni el sueño lo acompaña—, la Santísima Virgen me iluminó: pídele al doctor Gómez Hurtado una ayuda. Así fue. Cuando alumbró le escribí una carta que decía:

Señor Doctor
Álvaro Gómez Hurtado
Directorio Nacional Conservador
Bogotá

Estimado doctor

Le manifiesto que soy campesino que habita una breña de la vereda El Espigón, en el municipio de Boavita. Soy padre de doce hijos. El mayor murió combatiendo las guerrillas en el año 48, y con este percance mi vida se ha desenvuelto en un cúmulo de dolores. Últimamente, doctor Gómez, mi hija me sufrió un accidente al rodar por un risco escarpado de la vereda. La trataron varios médicos, sin resultado positivo, cuando ya se presenciaba su muerte.

La retiré, y con mil sacrificios la traje para mi choza y aquí con remedios caseros tuve la esperanza de salvarla. Pero me encuentro muy pobre y pido

> al doctor Gómez me ayude con cualquier medio para sostenerla y seguirle su tratamiento de cuidarla. Me dicen que hay institutos destinados a ayudar en estos casos, pero no he podido conseguir nada. Concretamente pido ayuda para alimentarla, para alguna ropita, para drogas de toda clase, pues tengo que curarle las heridas vivas de la operación dos veces diarias. Yo sé que si el doctor Gómez me da una carta o allega su prestigiosa influencia, consigo algo para esa niña postrada. Mi hija tiene diecinueve años, es una niña paralítica, para su referencia, y se llama Amparo. Para despedirme le manifiesto que he sido militante del partido conservador por convencimiento y credo político y fui militar con servicios especiales en la Guardia Presidencial y en el conflicto de Leticia. Viajé a Bogotá en defensa del partido en compañía del señor José María Villareal y otros copartidarios. Si en las próximas jornadas Dios así lo dispone, reforzaré mi voluntad, como lo fue en el 48 y en el 51, y si estoy vivo mis hijas y mis parientes irán bajo la sombra de la gran bandera azul y con el nombre de su señoría a la victoria…

Bueno, ni una palabra me respondió el doctor Álvaro, ni una sola palabra, y la hija todavía está aquí, paralítica, sin poder moverse. Uno tiene que ver todas sus necesidades porque ni eso es capaz de hacer. Es que eso no es así. No. Cuando ellos le piden a uno ayuda, así sea para cosas que uno no comprende, uno está dispuesto a jugarse la vida, pero cuando uno les pide un auxilio, así sea pequeño, se hacen los pendejos.

Por eso es que la política ya no entra y uno no cree. ¡Qué va uno a creer, qué va uno a creer tanto embuste! Después de tantos años de uno jugarse por ellos, ellos ni lo miran siquiera. Pero también uno, día a día, los mira menos. Ellos también se van ahorcando con el propio lazo con que lo llevaban antes de las narices. Uno ya no les cree, así digan lo que digan. Y es que el partido conservador ha olvidado a su gente, la ha irrespetado y la gente ya no le marcha. Desde hace mucho tiempo uno ya no confía como antes, porque ellos, o sea, los políticos, en vez de defenderlo a uno y de ayudarlo, lo que hacen es traicionar el partido, traicionarlo a uno.

El partido conservador ya no sabe para dónde va, ya no levanta la cabeza solo. Porque negociaron con los liberales el reparto del gobierno en vez de haberlo mantenido como lo había ordenado Laureano. Pero los camaleones, que son conservadores por fuera y

liberales por dentro, entregaron el gobierno, entregaron el poder por puro negocio, por puro provecho para el bolsillo. A esos camaleones les interesa más su propio peculio que la suerte de sus copartidarios, y por esa razón ya no nos atienden, ni nos miran. Porque ellos están interesados es en sus componendas.

Para mí tengo que todo eso comenzó con la desmoralización de los dirigentes, de sus cabezas más importantes y, principalmente, de la Iglesia. Porque la Iglesia se vino abajo de unos años para acá. Ya el cura no es el cura, la doctrina no es la doctrina, los feligreses no son los feligreses. Ahora se dice que Dios no creó al hombre sino que el hombre salió de los animales y de las plantas. Dios no le dio la lectura y la escritura al hombre sino que él se las inventó solo. Así, el hombre puede ser conservador, liberal, ateo o hereje y se salva. Ya no importa ser bueno o malo porque todos nos salvamos; todo el mundo va al reino de Dios si sigue su conciencia. Entonces, me pregunto, ¿cómo hace la Iglesia para ser Iglesia? ¿Cómo hace el partido para distinguir el bien del mal? Si nadie se condena en la otra vida, nadie puede salvarse en ésta. Todo es desorden, caos y entonces, claro está, si todo es caos, pues a los fejes del partido no les importa su gente, ni su doctrina; si todo es caos, si todo da lo mismo, entonces ellos pueden traicionarlo a uno, pueden dejarlo botado sin apoyo, pueden negociar los votos que uno les da por puestos para sus amigos y por dinero para sus bolsillos.

Faltando Dios, todo se viene abajo. El partido deja de ser de la Providencia y así no se puede luchar, no se puede aspirar a vencer. Por eso el partido conservador no se volverá a levantar, y por eso nosotros los conservadores ya no creemos en nada. Ni siquiera en lo que hicimos.

Los bombardeos de El Pato

Yo no tengo por qué,
Señor, irme a lavar en
los ojos suyos.
S.E.

Sí señor; como le digo, con ésta son tres las derrotas que nos han tocado. Primero fue por allá con don Rojas; después me parece que en el año 65, y ahora ésta. En la violencia vieja yo andaba por Vegalarga y entonces fueron los chulos. Los chulos entraron a pelear, a chocar. Jode el uno, jode el otro: no hay pelotera en que no lo metan a una. Los chulos son los chulavitas, los godos, los que hicieron la matanza en Algeciras, porque ellos han de andar buscando, ellos siempre tienen que buscarla, tienen que agarrarla a una y llevarla y camine y vaya coja, allá, aquí y échele. En después vino la de Vegalarga. A mí me cogieron allá los «secretos». Nosotros veníamos de para afuera con las bestias y la muchachita. Cuando acordamos fue que nos alcanzaron en Municiones. Uno de particular me alcanzó en un jeep. Cuando lo vi fue que dijo: «¿Quién de las que va ahí se llama Sofía?». Yo le dije: «¿Qué fue lo que pasó?». Entonces me dijo: «¿Usted es Sofía? Usted es la que sabe. Tengo orden de captura contra usted». Estaban buscando la grande, porque yo no les debía nada: yo no he robado, yo no he matado. ¡Que el diablo nos lleve porque yo no le he dado de jartar a nadie! Entonces me echaron en el jeep y dé vueltas y vueltas y vueltas. A Neiva quince días y después para Florencia. Sólo me hicieron preguntas; todos los días preguntas, preguntas y preguntas. Pero como una no es tan majadera… A mí me daba rabia que me averiguaran tanto una sola cosa. Se arrima el uno bien bravo; el otro, así tranquilito, pregunte y grite y joda. Hasta que me los quitaba de encima. Me acusaban de ser sabedora de la gente. Y que si yo era

sabedora, y que si yo era mensajera, y que si yo les llevaba comida. ¡Si una jamás ha tenido que jartar de sobra! Bueno, entonces me cogieron y me echaron para Florencia, donde estuve trece meses: ¿bonito número, no le parece? Y me decían por aquí y por allí. «Bueno, Mircha —porque así dieron en llamarme—, usted aquí echa bueno; es mejor que nos diga; díganos y aquí le damos sopa, comida. Díganos: ¿si le damos la libertad, para dónde se va?». «Pues para El Pato —les contestaba—, yo voy a buscar mi parcela porque allá es donde tengo lo de comer; yo afuera no tengo dónde trabajar». «De modo que usted se va para El Pato, ¿y por qué?». Y yo de porfiada les decía: «Porque allá tengo mis animales, porque allá tengo todo lo mío». Bueno, volvían y me cogían para adentro; a guardarme allá. A los tres días, otra vez: lo mismo. En las mismas condiciones, a hacerme las mismas preguntas. Así se completaban trece meses. Hasta que me dio rabia y entonces ellos dijeron: «Retenida Sofía Espinosa por delinquir». ¿Delinquir? «Caramba —dije yo—, ¿y eso que es?». Otra detenida me dijo pasito: «Eso es ser sabedora de la chusma». Yo los dejé arrimar; me voltié y les dije: «¿Qué es lo que ustedes me están adjudicando ahí? Puede ser que algún día… Aquí no me voy a quedar… Yo no soy una perra, yo estoy viva, soy cristiana». Entonces, vuelva y joda. «Haga usted el favor de zafarse de donde está metida», decían ellos. «Sus hijos la están hundiendo». Yo les contestaba: «Yo sé lo que es el respeto por la familia; lo que están haciendo con mis hijos es una injusticia. Ustedes les están diciendo a ellos lo mismo que me dicen a mí. Yo soy fea, pero no tonta; a mí no me desayunan con ese cuento. A los muchachos no les metan mentira por verdad; no les pregunten cosas que no les han de preguntar. Ellos son chicos, son tonticos todavía, ellos del miedo son capaces de decirles lo que no han visto». Y así todos los días durante trece meses. Pregunten y pregunten boberías: que dónde está Pata-de-perro, que dónde está Richard, que quién es fulano, que cuándo estuvo el otro. Yo a nadie conocía. Y volvían a preguntar: «Y cuando la soltemos, ¿para dónde se va?». «Pues para El Pato, señores, ya me tienen aburrida. ¡Para El Pato! No me pregunten más esas tristezas porque les digo lo mismo. Yo sabiendo que nada debo, no me molesten más, cojan oficio que hay harto que hacer». Por allá en septiembre de 1966 llegó un señor y dijo:

«Suelten a la vieja, que ella no debe nada. Denle la libertad. ¿Usted cómo se llama?», me preguntó. «¿Cómo? ¿Usted me va a soltar y no sabe cómo me llamo? ¿Entonces por qué me han tenido todo este tiempo aquí?». Pero bueno, al fin me dieron la libertad y una boleta para presentarme cada quince días. Yo salí y me dije: no me pongo a más vueltas, me echaron para afuera y me voy; no más oficinas; no más vueltas… ¡Hasta hoy fue! Yo tengo mi finca, mis hijos, mi marido por allí. Voy a buscarlos y para la finca otra vez. ¿Finca? ¿Cuál finca, señor? Si daban ganas de llorar. Todo se lo habían jartado, ¡ay, señor!; se jartaron la vaca parida, las gallinas, los marranos; le metieron candela al rancho, trozaron la platanera, así, de raíz; tozaron la caña dizque para que los muchachos se salieran. Cuando la tropa entra, lo que no hace con la mano lo hace con la boca y hasta con lo demás. A la mamá de esta tontica que ve ahí, señor, la dejé yo cuidando el rancho, y entonces un soldado le hizo el perjuicio; la agarró por ahí, le hizo el mandado, la picardía. Afortunadamente el angelito se murió; él no tenía la culpa, ¡pobrecito! Así se lo dije a un capitán que me preguntó cuando salíamos: «¿Bueno, ¿y por qué se van? ¿Quién los ha echado? ¿Por qué se van?». «¿Qué por qué se van?», contesté yo. «Porque les tenemos miedo. Porque yo tenía una tontica a la que le hicieron un hijo; porque ustedes ofrecían matarnos si decíamos que el hijo era de ustedes. A mí no se me olvida. Me robaron mi crédito diciendo que nosotros éramos amigos de la chusma y era falso; me zamparon trece meses y me los deben toda la puta vida. Además, yo me estoy volviendo vieja para que otros traguen». Así les dije… Porque, señor, fueron los tiros y las bombas los que nos sacaron esta vez en derrota. Hace veinte días, como a eso de mediodía, un sábado. El domingo también, el lunes lo mismo: bombas, tiros; joda para acá, joda por ahí. Cuando sentíamos las bombas era porque ya las habían tirado abajo, por el lado de Las Perlas, porque hacen una explosión muy extensa. Ya estábamos sordos y todavía nos preguntan: ¿y por qué salieron? Porque nos asustaron. No la gente de los montes, señor, no los diablos, no las gentes del particular. ¡No! Cuando se revuelca, es la tropa la que daña todo. Así es. Nosotros no podemos decir que hay otros que nos molesten. Es que, señor, eso les da pica. Allá nadie nos dice nada. Yo dejo esta tontica de diez años cuidando el rancho y

cuando vuelvo pregunto: ¿quién ha venido? Ninguno. Y da vergüenza mostrarle el rancho. Es de puro palo pegado, donde quiera se ven los huecos y allí dentro vivimos todos, sin puerta, sin nada y nadie nos estorba; las gallinas, los animales, andan todos por ahí sueltos y nunca se pierden. ¿Quién nos atormenta de noche? Nadie. ¿Quién nos estorba de día? Ninguno. Y a ellos es por eso que les da rabia, porque nosotros decimos que no sentimos maldad ninguna, que sentimos maldad es cuando ellos llegan detrás de las guerrillas. ¿Pero qué guerrillas?… ¡Si los guerrilleros son ellos! Por ahí no hay nada, por ahí-hubo. Nosotros lo que vemos es montaña, aguas, matas. ¡Ahora que estaba tan bonito!: caña, plátano, yuca, todo bonito… Pero una no siembra mucho porque ¿para qué? Yo me digo: yo no siembro para que ellos jarten. Porque es preciso: cuando todo está bonito, entonces llegan. No, señor, no, no, no. Sólo siembro como para nosotros, puro-para-nosotros. Yo dejé arriba en El Pato sólo dos arrobas de frijol que no alcancé a tapar, dos arrobas de panela, las gallinas, los marranos y una vaca. ¿Pero qué vamos a encontrar? ¡Nada! ¡Y nosotros aquí con hambre! Porque, ¿qué hace uno aquí? De limosna no vamos a vivir. Uno allá, si le dio hambre, se come un huevo; si tiene mucha, una gallina. Aquí somos limosneros; allá tenemos la leche, el huevo, el pollo, lo que salga. Nosotros lo que queremos es trabajar. Al que está quieto que se quede quieto, esa es la ley. Yo no cobro peloteras ajenas, yo cobro es la que me deben. Nosotros queremos es ir a donde está lo de nosotros. Aquí estamos explotando a los demás para que nos mantengan. Eso está mal. Claro que uno no va a decir que la gente de aquí de Neiva no nos ha ayudado: aquí todo mundo ha sido muy formal. Pero uno se siente mejor en lo que es de uno. Allá en El Pato tenemos nuestro vividero, nuestro pasar. Somos muy unidos. Lo que le hagan a uno es para todos. Somos, como un decir, una familia, porque todos hemos sufrido persecución: que en El Pato, que en el Tolima, que en el Valle… Porque allí, señor, habemos gente de toda parte. Ese que va allá, ese carialto, cejudo, ese es paisa. Usted sabe que ellos meten mano en toda colonia que se hace. Tiene dos hijos y está escribiendo un libro para completar… Él tiene sus cuenticos y quiere hacer un escrito para los hijos, para que la descendencia sepa lo que hemos sufrido. Como le iba diciendo, es antioqueño. Los antioqueños

siempre han tratado de poner su granito de arena, pero para que perdure y no sea machacado. Él entró hace años, en el 75; venía de San Vicente del Caguán detrás de la tierra buena, que un amigo, por allá, le dijo. El paisa ha recorrido medio mundo. Nació en Abejorral, donde el papá tenía un cafetalito. Cuando el viejo murió, vendió y se hizo pintor de brocha gorda. Pintó la iglesia de Jericó y después, con el mismo cura, echó una compañía de frijol y con la platica se fue a negociar a la costa. Pero al hombre le gustaba la picardía y fracasó. De ahí se metió al gobierno y trabajó por todo eso de Urabá hasta que se casó. Entonces se fue a Bogotá a vender Marlboro, y venda Marlboro en todas las esquinas. Pero esa no es vida, porque uno tiene conciencia y uno sabe que la única seguridad es medio tener un puchito de tierra. Le entró el aburrimiento, el hastío y se dijo: hombre, yo me vuelvo otra vez a cosechar a tierra caliente, y así diciendo se fue para el Ariari y trabajó una finca en compañía, hasta que se hizo un capitalito. Y ya ahí se fue para San Vicente y después para El Pato. Llegó con todo: puntillas, alambre, mujer y suegra, a tumbar monte donde la junta le asignó un pedazo de montaña. Sí, señor, porque la junta es la única autoridad por allá. Todos militamos en ella. Como un decir: todos participamos en ella. La junta fue petición del ejército cuando volvimos a entrar en el 71. Los militares fueron los que la fundaron y ahora, porque la junta es el acuerdo nuestro, señor, dicen que es comunista. Porque allá en El Pato todos vivimos de acuerdo a lo que la junta diga: cualesquiera cosa que se necesita, entonces nos llama la junta: bueno, tal cosa. Entonces nos ponemos de acuerdo y se hace. También la junta hace pedidos, peticiones: que ya una escuela, que ya un puesto de salud, que ya caminos. Así, lo que haya necesidad en la región. Que haya un enfermo sin recursos, diga usted, ¿a qué acude? Pues a la junta. Entonces un militante da parte a la junta y entre todos lo sacamos en camilla para acá, para Neiva. Entonces, la junta toma un acuerdo, una solución para todos, para bien de todos. O parcelar. Pongamos por caso: usted, señor, llega de nuevo a El Pato; entonces va a la junta y les dice: «Miren, compañeros, que yo quiero trabajar honradamente, que yo quiero hacer tierra». Entonces la junta en acuerdo le dice: «Mire, señor: de este barranco a ese claro y de estas matas a aquel guarumo floriado puede usted fundarse», y usted se

mete a trabajar de fuerza. Esa es la ley que tenemos allá. Todos vamos al compás. La junta tiene que parcelar, ¿porque si no cómo sería?… Ella es la autoridad para ayudarnos a todos. ¿Quién nos apoya allá en la pura soledad? Pues la junta. ¿Quién nos da una mano allá en medio del monte? Pues la junta. La comunidad hace la lucha por nosotros, porque la junta es del mismo personal. Por eso es que nosotros allá no le quitamos una gallina a otro, no le quitamos un atado a ninguno. ¿Por qué? Por la junta. Porque nosotros tenemos una organización entre nosotros mismos, en cordialidad. Ya diga usted que uno se emborracha y quiere pelear y quiere hacer mal, entonces viene un compañero de la junta y a lo primero le dice: «Compañero, que aquí somos de todos». Así… Pero entonces, si el compañero se desmanda, y sigue jodiendo en escándalo, peleando como sucedió qué día, entonces los compañeros de la junta, todos a una, lo amarraron, sin aporrearlo, claro, hasta que le pasó la borrachera y ahí lo soltaron y en después el compañero se da de cuenta y sigue tranquilo, sin alegatos con nadie. Porque todos respetamos el acuerdo de la junta. Porque el presidente, señor, allá sí es elegido por el pueblo, por todo el pueblo en acuerdo: por votación se nombra al que lleve la mayoría. Se elige un tipo responsable en que uno confía, que está de acuerdo en todo: un trabajador, que no sea por ahí un vicioso; un hombre honrado, porque la honradez manda, señor. Porque pongamos por caso, la confianza que hay entre todos. Nosotros que ya somos amigos, señor, por un decir: usted es el tesorero, pero ya hay una persona que tenemos escogida y nos parece a nosotros que es honrada, responsable a los hechos; entonces le decimos a usted: mire, señor, fulano nos gusta más, y usted no se va a ofender, ¿no? Porque sabe que es el gusto de todos, porque sabe que hay confianza. Entonces usted renuncia y nosotros nombramos a otro en acuerdo, sin peleas, porque la comunal es para ayudarnos todos. Si hay cualesquiera anomalía, que sea el robo, que sea que no trabaje, entonces primero se le explica, en después se deja pasar un tiempo, a ver si hay acuerdo, y por último, si sigue atrincherado, entonces se le dice: «Bueno, mire, compañero: acepta las cuestiones de no hacer maldad, de hacer bien como lo manda la junta, o no trabaje más aquí, porque así no podemos, estamos todos en acuerdo». Y si el cliente, en lugar de aceptar tal o

cual propuesta que se le haga de trabajo, no quiere, como le digo, entonces se le hace una reunión y se le dice: «Bueno, si usted no quiere trabajar, no acepta las condiciones de trabajo, desocupe». Sí, señor, porque esa tierra es para trabajar, es una tierra de trabajo. Mire usted: allá no hay marihuana, porque la junta ha dicho: la marihuana es para el perjuicio de todos. Entonces: ¡prohibida la marihuana en la zona! Ahora, diga usted en el caso de los linderos. La junta también arregla esos problemas, porque allá no hay inspección de policía. Una discusión entre vecinos, pongamos por caso, de animales. La junta les da el consejo, hace la llamada para evitar problemas. Porque a eso sí le dan importancia los militares. Si llegan a saber una vaina de sangre, es lo primero que publican. Pero gracias a Dios, jamás hay heridos por machetazos o esas cosas. No, señor. Si hay heridos es en el aserradero, pero no por rencillas. No se da el machete o la bala o esas cosas, nada. Todo mundo ha sido unido, allí prácticamente todo el personal obedece a la junta. No, señor. ¡No! Nosotros tomamos el acuerdo en votación, a la vista de todos. Nos reunimos y votamos. Todo mundo puede manifestarse, decir, hablar lo que quiera sin ofender. Y entonces se apoya. Por lo menos yo, que no soy comunista, si tuviera un ideal que fuera a favor de la comunidad, a mí no me lo van a rechazar nunca. Y si otro que sea conservador dice a favor de la comunidad, de la colonia, pues también. Nosotros dejamos de joder, que eso no es a favor nuestro sino a favor de los políticos. A los políticos no les creemos, porque siempre nos dan es garantías de boquilla. A eso ya no le paramos mientes. Lo que hacemos es por nosotros solos. Para eso está la comunal, que es como si dijéramos la vocería de todos. Es como decirle: cuando veníamos de Balsillas para abajo, llegó Jaime Ucrós García, el que fue gobernador del MRL; él nunca se había hecho presente. Pero ahí sí. Llegó a ofrecernos ayuda y mire, señor, a nosotros los periódicos y las emisoras nos han difundido siempre como guerrilleros y no como colonos verdaderos: el otro día salió un retrato en el periódico, un retrato así, grande, del paisa, ese que le cuento, diciendo: «El niño, el perro y el machete acompañan a este colono que va con rumbo a Neiva por órdenes de las FARC». A nosotros nadie nos ha ordenado nada y menos que nos salgamos, sino porque nosotros tenemos miedo de que nos mate el ejército con sus bombas. Pero-

como-le-digo, al tal don Ucrós sí lo retrataban todos los periódicos diciendo que nos apoyaba, que nos ofrecía solidaridad. ¿Y sabe qué? Que cuando él llegó nos dijo: «¿Qué necesitan, qué quieren?». Él se dio cuenta de todo, de la cantidad de tonticos y de pechos que andaban con nosotros. Entonces nos dijo: «Les voy a mandar buses, camiones, para que nadie camine, para que no se recalienten. Les voy a mandar médicos». Él nunca había aparecido, pero cuando el problema… ahí sí llegó. Como nosotros no rechazamos la ayuda de ninguno, dijimos: «Si nos traen buses, mejor; así más rápido». Y nosotros espere y espere y nada. ¡Eso qué buses!… Como a las tres llegó con unos médicos. Eso sí para qué, buenos. A un tontico que venía sin orinar, hinchado así, le pusieron una inyección y se alentó. Pero los buses sí nada. Una no sabe si fue que la tropa no los dejó pasar. Porque la tropa ponía el retén, pongamos un caso, en el puente. Cuando llegábamos ahí, echaban los carros para abajo, para Neiva, y así. Nosotros andábamos y el ejército echaba los buses más para abajo. ¡Con semejante solonón tan grande! Eso es un asesinato, señor, quitarles media vida a esos angelitos con esa insolación que les dio. Porque la cosa de los buses fue así: los buses sí los vimos, pero eso fue por don Vicente, el de Cootranshuila, el que los mandó, porque él sabe que nosotros somos trabajadores, porque él nos ha visto siempre trabajando. Entonces, a resultas de que don Ucrós no salió con nada, salió con puras fotos en los periódicos. Eso es para él, no para nosotros. Por eso, señor, nosotros a los políticos no les creemos. Porque diga usted, eso es como antes, cuando Jorge Eliécer. A él lo acabaron por decir justicias, por decir de la oligarquía de este país, que son los mismos jefes actuales todavía y descendientes de los que ya murieron, como Laureano y Ospina Pérez, que en el infierno han de estar. A él lo acabaron por eso, lo malograron por eso. Eso fue la violencia. Yo eso lo tengo muy concentrado. Cuando en eso se veía la muerte así, que andaba… no había cómo atajarla. La cuestión fue que la chusma y los chulavitas, que eran del gobierno, se mataban. Éste mataba porque era chulavo y el otro mataba porque le habían matado a un amigo, un familiar. Los godos mataban y los liberales corrían. Así, me imagino yo que nuestros taitas no sabían qué decir al que llegara y les preguntara: «¿Y ustedes por qué se matan?». Sí, señor, tenían que salir corriendo envaporidos.

Era el engaño. Se mataban unos con otros. Ésta es la vaina que uno no entiende. Estaban encartillados tal vez por los superiores, por los ricos, para mantener el problema, para mantener el agobio y salir en beneficio ellos. Eso no lo entendíamos bien. Y así hubo muertos por montones, señor, por montones. Y dígase la humillación. Llegaban a una casa y cogían la mujer y la atollaban delante del marido, de los tonticos. Cogían a los más tiernitos y los ensartaban. A los hombres les hacían la capihorca, que era la muerte en este sentido: los empelotaban y los amarraban con una cuerda de tiple. Una punta en la garganta y la otra punta en las nobles; y la apretaban bien, que no corriera; la apretaban hasta que la boca quedara al pie de las güevas; quedaban bien acurrucados. Entonces les pegaban una puñalada aquí, al lado de los riñones, y al sentir la puñalada el cristiano se enderezaba, levantaba la cabeza y de una vez se ahorcaba y se capaba. Quedaban limpios de todo. Así fue la violencia, señor. La muerte era mala en esa vez. Mire, señor, esos señores con que usted estaba hablando ahora mismo, ellos no le dijeron nada porque son amojonados por dentro, ellos son muy melancoliados. Él tiene setenta y ocho años y ella como sesenta y cinco; se vinieron a conocer aquí. Pero ellos sí han sufrido, lo-que-se-llama. Él es de Ataco y ella de Algeciras. Al viejo, pregúntele, le mataron la esposa los limpios. Él salió a hacer un negocito, porque tenía tierrita, y cuando volvió le habían destrozado la mujer y los tres tiernitos, le habían quemado el rancho, le habían matado el ganado. Si él cada vez que lo cuenta le dan ganas de hacer lo mismo, de no existir. Claro, entonces se tuvo que salir para guarecer la vida y regalar la finca por cinco mil pesos, una tierrita que dizque valía sesenta mil pesos de ese entonces. Se la compró un grande de esos por allá… En después de dieciocho años vino la rehabilitación, que llamaban, y ahí sí quedó en la miseria, completamente. El gobierno le prestó para recuperar la tierrita como treinta mil pesos, pero la tierra no daba, y entonces se la embargaron, se la quitaron, quedó con una bestia de carga que fue la que se trajo para acá. Llegó con esa bestia y los calzoncillos puestos al revés. En ese tiempo la cosa era por política, por dar un voto para la cochina de los políticos. Él era conservador. Pero mire, señor, la mujer era liberal de Algeciras, como le digo, aunque ella en propiedad es del Valle, de

Palmira, para más cuentos. Ella salió con su marido del Valle por política: tenían una tierrita y un día hubo un abaleo puro-frente-a-la-casa. Entonces el inspector de policía, que era pájaro de pluma y todo, llegó al otro día a decirles que desocuparan, y así, se fueron para el Cauca, para el Norte del Cauca a jornalear, pero de allá también los desterraron. Entonces se vinieron para Algeciras y después de una matazón que hicieron por allá los chulavos, el marido se echó para el monte a defenderse. Él sí que era guerrillero. Y de los buenos, de Algeciras. En después llegó la amnistía de don Rojas. Vino un general a hablar con todos y como no los pudieron matar peleando, les dieron la amnistía y a él lo llevaron amarrado de pies y manos para el Valle y por allá dizque lo pusieron en dos muletos: uno a cada pierna, los soltaron y le volvieron una hilacha la vida. Uno no sabe, ¿no? Pero ella siguió trabajando sola la tierrita que le había dejado el difunto, haciendo la mejorita. Cuando dentró una vez el ejército… Porque en las partes de arriba, o entendimientos superiores, se calcula que en los campos no hay ciencias; que no hay conocimiento sino que todo es ignorancia, que todo es tramposo y entonces meten el ejército… ¿Será, señor, imposible que salgamos siempre a estos pasos tan malos cada vez que se le da a las grandes autoridades por molestar al campesino? ¿Será que nunca nos van a dejar trabajar con honradez, con el sudor de la frente? En lugar de hacer como nos dicen: que nos prestan apoyo, que nos ayudan, que nos dan escuelas, puestos de salud. Mentiras, señor, siempre mentiras. Ellos lo que mandan es la inquietud, nos meten es el sufrimiento. Si cada uno de nosotros tenemos entendimiento y tenemos manos para hacer lo conveniente… ¿Y el gobierno qué nos da? Todos son impuestos, de día en día las cosas más y más caras y lo que uno saca más y más barato. ¿Será esa la ayuda que mientan? Como le iba diciendo, la señora quedó en Vegalarga, trabajando, ¿porque qué más? Cuando la tropa entró como decir aquí de por medio, pues claro: unos cogieron para abajo y otros para arriba, unos para un lado y otros para el otro. Entonces dijeron que los habían cogido para allá, para abajo, que se habían ido con los muchachos, que se habían rendido a la chusma. Mentiras. Usted sabe que uno con miedo corre para cualquier lado; ellos lo que buscaban era la protección de la montaña. Los que salieron para afuera, a unos

los apresaron, y a todos los humillaron. Y los que cogieron para adentro pues peor, porque la tropa tenía orden de disparar a todo lo que se moviera y como uno no puede convertirse en piedra, en árbol, sino que sigue siendo cristiano, pues se mueve. Ella echó con todos para abajo y se fondearon por allá por un despeñadero-barranco-abajo. Tratando de salvar lo poquito que tenían se fueron con ataditos, así, unos fríjoles, una panelita, una gallinita. Pero en eso tenían que botar para aligerarse, hasta que sólo les quedaban de cargar los tonticos, los niños que no podían volear quimba. Entonces, la señora que le cuento llevaba a las espaldas un tontico, pero la tropa la apretaba, la apretaba, la apretaba mucho y ella, con miedo a que los fueran a coger vivos, echó el niño al río. ¡Lo ahogó! ¡Ahí mismito, delante de todos! Otros hicieron lo mismo y hasta para más veras, por ahí anda, ya volantona, una tontica, bonita ella, que la encontraron viva más abajo. Pero imagínese: no tenían nada qué comer, comían pepas de caucho. El compadre Querubín cuenta que-por-allá-en-el-llamado Nervio-Azul estuvieron como dos meses. Tuvieron que jartarse hasta las bestias que llevaban. Eso no es cristiano, señor, jartarse uno a un caballo… eso da mucho bochorno, se pone una así calenturienta de la sangre del caballo, porque las bestias son más calientes que el cristiano. Por allá, así… anduvieron enmontados sin deber nada, del puro susto y los tonticos lloren, lloren, lloren: y eso le va a uno taladrando las entendederas. ¿Y para qué tanto sufrimiento, tantas tristezas? ¿Para que la tropa lo coja a uno y lo mate? ¡Como pasó…! A la señora del cuento le-pueden-decir-de-todo, señor, pero tenía razón, porque como a diez que cogieron después los hicieron perdedizos. En esta ocasión murió mucha gente de hambre, de sed, de muchas maneras. Yo que me recuerde, esa gente que se enmontó se entregó en grupo y a la salida, rummm, los mataban. Que yo me diera de cuenta, mataron a diez personas. La gente al verse con los tonticos muriéndose de hambre, pues salía y rummm. Los agarraban así, señor, les amarraban las manos, padres con hijos y todo; los ponían así, señor, en fila y rummm, los mataban, y rummm y rummm… ¿Para eso es que nos quieren? ¿Para mostrarnos como guerrilleros muertos? Porque esa vez hasta vinieron fotógrafos a retratar. A los hombres los mostraban así muertos, como guerrilleros, y uno muerto, señor, no habla. A las

mujeres y a los niños, todos despedazados, los mostraban como la gente que había matado la guerrilla. Mentiras, señor, si yo vi. Una dice lo que ve, no va a decir otra cosa, porque ¿para qué? Una es cristiana. No, señor, que no, mire le explico: lo que pasa es que la tropa nos quiere poner de colchón, nos quiere poner de en medio y es el campesino el que paga el pato. Uno no tiene favor de nada, uno es el pagano de todo, porque dígase, en una persecución de éstas, uno es de profesión agricultor, a uno le preocupa es el monte; la tropa va y como no encuentra los muchachos, entonces les da rabia y la cogen con uno; como no los encuentran, no tienen con quién descargarse sino con uno, con el pagano… Y con la ley que hay hoy que la cogen y lo hacen el perdedizo, lo acaban; hacen de cuenta que uno es un cuero que se murió, y listo. O si no, llegan como el buey manso y cuando uno acuerda lo cogen, y deje que haya fiestas, señor, para que vea… lo echan a uno por delante, lo ponen de blanco para que los otros lo pelen. Yo me recuerdo del 64. La finca estaba arregladita otra vez… y entra la represión. Yo estaba ahí en la finca cuando venían los aviones, unos para arriba y otros para abajo, totazos van y totazos vienen. Entonces llegó el ejército y comenzaron a matarse unos con otros. El ejército arriba y la guerrilla abajo y nosotros en medio. La situación del campesinado ya no era entre dos paredes, sino entre las balas. Porque, señor, nosotros vivimos, como un decir, en una balanza. Si se va para allá, malo; si se viene para acá, malo. Para pelear se necesitan dos, y si los dos permanecen vivimos en la purita zozobra. Si permanece ejército y permanece guerrilla sabemos que en cualquier momento hay bombardeo, y la represión, y la humillación. Porque, como le estaba diciendo, uno con la guerrilla tiene que… Por ejemplo, supongamos que llegue a mi casa y haya veinte o treinta guerrilleros. ¿Qué va uno a hacer? ¿Negarles el tintico? Pues, mi señor, yo con mucho gusto les mando preparar algo. Y si llega el ejército, la misma cosa. ¿No es cierto? Y si llega cualquier persona a pedir comida, una la da. Entonces el caso es ese. Una no le niega nada a nadie desde que haya la comidita. Pero la guerrilla no le hace a una nada por darle al ejército, pues no va a tomar la represión contra una, porque para eso la guerrilla nos hubiera represionado cuando hubo la Acción Cívico Militar. Ellos absolutamente nada dijeron de eso, ni se asomaron, ni se

vieron, ni nada. Al general sí le dijimos: mire, general, ese es el caso. Recuerde que comienzan sacando muelas y terminan metiendo bala; no sabemos, general, si usted es el que manda, pero así lo hacen. Así se lo dijimos. Y preciso. A poco que vino la Acción Cívico Militar soltaron las bombas. Además, a mí me da rabia, señor. En veces está una por ahí, orillada y descansando, y llega el ejército disfrazado, tramposiando; llegan de guerrilleros, y una como no le niega nada a nadie y dicen: compañeros, que venimos trozados del hambre, que venimos jodidos de sed, que venimos a que nos apoyen. La gente les da lo que tiene mirándolos así, con hambre. Otra vez llega la policía: que si nos dan comida. Una vez fueron por allá donde la tontica a pedirle comida y ella les mató una gallina, culeca que estaba; se la tragaron y al otro día subieron y la hicieron bajar dizque porque era auxiliadora de la chusma y ella les dice: pero si fueron ustedes, por allá no se ve sino la policía y el ejército. Así lo humillan a uno. Así es que joden al campesino. Para no joderlo a uno, ¿sabe qué, señor?, se tiene que exterminar la guerrilla, porque el ejército solo no va a pelear. Por eso desocupamos: para que los acabaran, para dejarles el campo libre y que se maten. Eso se lo dije a mi general: vaya, mi general, y acábelos si es que se considera capaz de acabarlos. Porque creemos que no es capaz de acabarlos. Ya tantos años tratando de acabarlos y nada, porque entre más persecución haya menos se acaban. Es porque el ejército es incapaz de acabarlos, por eso desocupamos, para-que-ellos-hagan-como-quieran, lo que les provoque, para que no se disculpen con nosotros, señor. Pero como a esa gente no la pueden controlar, entonces que se salga el ejército. Que se salga el ejército y que nos dejen volver, que lo único que nosotros queremos es trabajar. Dése de cuenta en una cosa, señor; ¿qué tal que la guerrilla estuviera aquí en la ciudad, como ya está? ¿Entonces desocupan a Neiva y la echan para El Pato? Si aquí estuvieran —en Neiva, digo— los muchachos, ¿entonces bombardean aquí la ciudad? Por eso yo le echo la culpa al gobierno, por esta manera: lo culpo toda mi puta vida mientras yo viva y mientras los campesinos piensen bien. Si es cierto que quiere hacer una militarización en la zona, entonces que nunca más desocupen para que así haya un solo gobierno, como se dice. Pero no. Se están allá,

jodiendo, haciéndolo a uno sufrir, humillándolo, haciéndolo perder lo que hemos trabajado, y para afuera. Cuando una ya ha trabajado, ha recuperado montaña, ha hecho rancho, vuelve y joda. Vuelve y se posesiona del vividero de una. Si nos hubiera dejado trabajar en paz ya seríamos ricos. Mire, señor, primero con don Rojas cuando estábamos descapotando; después en el 64, cuando ya las cosechas estaban bonitas, cuando ya la tierrita estaba mansa, y no nos dejaron volver sino hasta el 71, cuando ya estaba todo enmontado, cuando ya la escoba de bruja se había hecho gobierno por todo lado. Cuando ya el café, la caña, el cacao, todo estaba perdido. Vuelva una y comienza, porque una es como los chanchos que se queman la trompa y vuelven a meterla; eche una para afuera cuando ya parece que las cosas van bien. Mire, señor, yo estoy en acuerdo con el gobierno: que dos gobiernos no pueden existir. Está muy bien. Que nos desocupen la zona pero para siempre o que la ocupen para siempre y entonces nos paguen lo que hemos perdido, porque perdemos es por el gusto de ellos. Que nos paguen todos los daños, todo lo que hemos tenido, todo lo que hemos hecho para poder mantener la familia, que paguen lo que debemos a la Caja, lo que debemos al Fondo Ganadero, que nos den tierra para poder trabajar. Pero que sea para siempre. Que nos quiten para siempre la ilusión de trabajar, para renunciar para siempre. Pero como ve, señor, una se pone a pensar: por eso es que hay tanta juventud que se le daña el corazón, tiene que coger otras ideas, otro rumbo, pues si a uno no lo dejan trabajar en el trabajo material, que es el que sabe, pues coge uno el rumbo de las ideas. ¿Que qué es eso? Ah, señor… Por eso es que la juventud va por ahí, porque esas son las garantías que nos están dando; porque con esas garantías a uno lo reniegan del trabajo. Es como le pasa al compadre Eusebio, que llegó como se dice de las meras manos y ahora abandonó setenta hectáreas descapotadas, como treinta en puro potrero y las otras en fríjol, plátano, maíz, lulo, arveja, café, tabaco y ajo. Él tiene de todo. Es que esa tierra sí… lo que no se da es lo que no se siembra. Ahora que nos vinimos estaba madurando el café, ¿y quién lo coge?; ¿y el plátano, que ya estaba dando corte?; ¿y el fríjol? Él siembra fríjol y no alcanzó a topar sino como dos cargas, cuando él siembra quince… La tropa siempre suena sus bombas por esta época, cuando

hay trabajo. Lo mismo fue en el 64. Lo jode a uno de plano. ¿Y el ganado qué? Él tiene doce vacas que se las comerán como en la vez pasada. ¿Todo eso quién lo paga? Mire el fríjol: da hasta un quince; si usted siembra una carga se le dan quince cargas y cada carga vale de seis mil quinientos a siete mil pesos. Usted, que es inteligente, eche cuentas: el compadre Eusebio no deja de sembrar sus doce cargas. Por ahí coge no menos de cien mil pesos, ¿no es cierto? Y en arveja dos cargas que siembre, le dan a uno diez, que las vende, diga usted, a tres mil quinientos pesos, son por ahí cuarenta o cincuenta mil pesos, ¿Y el ajo? El lotecito que sembró no baja de media arroba y ya le ha sacado seis arrobas, como cincuenta mil pesos, por lo menos. Es que el ajo está supremamente caro. Eso es bendito. Ahora diga usted, el lulo… El lulo se da silvestre. Una lo regala porque no sabe qué hacer con él. El compadre Eusebio tiene por ahí doscientas matas. Pregunte usted: ¿cuál es el mejor lulo que traen a Neiva? El de El Pato. Es que esa tierra es santa, por eso día a día llega gente; por eso nosotros no queremos perderla. El compadre Eusebio podía ser, pongamos por caso, un maestro agrícola, pero no, como no llega así vestido con corbata, nadie lo mira; como no es doctor, en toda parte le dicen: espere un momentico. No, señor, uno también es cristiano, a uno le faltará mucha cosa de cultura, o de inteligencia, pero deberíamos ser más atendidos por el gobierno, porque la pobrecía campesina es la más desprotegida y la más importante. Si nosotros no trabajamos, ¿quién come? Somos tontos, pero tenemos pleno conocimiento que si no hay campesinado no hay pueblo que se mueva. ¿Si nosotros no sacamos el atadito qué pasa? ¿Qué hace una ciudad si no hay campesino? De modo que, yo por ejemplo, para decírselo mejor, mire: ¿quién sabía que El Pato producía tanto ajo, tanta cebolla, tanto fríjol? Nadie lo sabía. Todo el mundo pensaba que éramos chusma, porque las autoridades y los primeros cerebros así lo dicen. Pero no. El Pato lo que hace es hacerle a Neiva un mejor medio de vida. Inclusivamente, si tuvieran que importar todo desde Bogotá, con fletes y todo, ¿todo no sería acá más caro? En lugar de ir a Bogotá, uno lo trae a Neiva. Para mi parecer, hay necesidad de que cada zona cultive lo que la tierra produce para no desfavorecer al pueblo. Pero no. Ellos no quieren entender, no quieren sino el perjuicio. El pueblo día a día tiene que

comerse todo más caro, tiene que restringirse de mucha clase de agricultura, y el campesino es el que ayuda, el que colabora. Eso lo sabe hasta un tontico que disvaría. Opinadamente el pueblo de Neiva, ¿por qué nos ha ayudado ahora? Porque saben que nosotros trabajamos para ellos. Es que al compañero Eusebio ya le pasó en el 64. Mire, él tenía la parcelita, pero más pequeña que ahora, porque no le había trabajado tanto. Él tenía como unas once hectáreas abiertas y entonces su ilusión era el cacao: le-encantó-una-belleza-de-cacao que vio por allá en San Venancio. Entonces desocoló y sembró cacao, como algunas mil matas alcanzó a sembrar. Cuando ya las pepas estaban llenas, rojas, entró la tropa y lo hizo desocupar y cuando volvió, ya estaba adueñada la escoba de bruja. Diga usted, señor: ¿quién tiene la culpa? ¿Quién le paga el perjuicio? Cuando volvió, eso era pura maleza; entonces le dio rabia y le metió candela a todo. Todavía por ahí parpadeaban algunos palitos, como de recuerdo. La vida en El Pato es muy buena si no nos dieran leña a cada rato. Nosotros no tenemos la culpa de que los muchachos anden, como dicen, por la misma región donde uno trabaja. Si la guerrilla pasa, uno le dice adiós, adiós; eso si pasa, cada año, cada dos años; uno no sabe dónde viven, ni cómo, ni dónde. Ni uno les pregunta, porque uno sabe cómo es esa vaina. Uno se los encuentra de bulto, sin saber cuándo. Mire, señor, -el-cuento-que-le-voy-a-hacer. El compadre Querubín, ese-que-le-dije, un día venía de para acá, con la provisión. Y llueva, y llueva, y llueva. Bajaba por un barranco así limpio que hay. Entonces, con el peso, perdió el aire y se fue así de culo por el barranco abajo, derecho a la quebrada, que estaba rumosa por la lluvia. El compadre dizque apenas decía: ¡Virgen Santísima, Virgen Santísima! Entonces, ¿qué paso? ¡Los muchachos que andaban por ahí lo atajaron, señor, lo atajaron! Él ya se había despedido de la cochina. Entonces le dijeron: no se asuste que nosotros lo sanamos. Y así fue, porque a ellos como no les faltaba la medicina… Ya pasado el frío le dieron una panela así, señor, así-de-grande: de ocho libras. Don Querubín se puso feliz y eche a comer panela y eche la conversa con él solo. Así fue. Es que a nosotros nos tienen confundidos porque pasan por ahí. Mire, señor, ¿acaso nosotros nos hacemos, pongamos por caso, tropa, si ella pasa por ahí donde anda uno? ¡No! Por eso. A mí una vez me preguntaba un capitán:

«Bueno, y si ustedes no son chusma, ¿entonces por qué se van para esa zona, por qué vuelven siempre para El Pato?». Le dije: «Capitán, por la sencilla razón de-que-si-aquí tenemos diez mil pesos, no compramos con eso ni una remesa de plátano para mantenernos un mes, y allá con diez mil pesos compramos diez o veinte hectáreas de tierra agradecida; y si tenemos cincuenta mil pesos, ya compramos una finca. A la hora de la verdad, por eso es que nos gusta esa tierra». Y el capitán dijo: «Sí, ustedes tienen razón, con cincuenta mil pesos por aquí afuera ustedes no compran nada; cualquier media hectárea vale millones». Por-eso-nos-metemos y nos metemos, por eso peleamos. Sí, señor, claro que sí: nosotros tenemos una cooperativa para ayudarnos, para ayudar a la tierra que es tan bendita. Así, lo que no hace la tierra, que es poner el precio, lo hacemos nosotros de común acuerdo, militando en la cooperativa. Así nos recargamos en nosotros mismos y nos defendemos. La cooperativa nuestra tiene como unos cuarenta miembros, pero hay otra cooperativa en El Pato. Le estoy hablando de una. Tiene permiso del gobierno y todo. Ya lleva, ahoritica, cuatro años de fundada y en la última cuenta tenía dizque por ahí medio millón de pesos. Es una cooperativa para favorecernos. Compra las cosechas y vende las remesas que la gente necesita; lo único que saca es el flete, el transporte. Tiene ocho mulas; la remesa es más barata allí que aquí mismo en Neiva y por la cosecha nos pagan un tantico más que aquí, porque eso es para defensa del campesino, del gremio campesino. La cooperativa compra en el depósito y lo vende menudiado; todo lo que sea; como un decir, lo que uno necesita. Y al contrario, nos compra así, a uno por uno, y vende aquí en Neiva. En veces, pongamos por un ejemplo, el ajo, lo llevan para Bogotá. No, señor, hasta el momento no ha habido fracasos. La gente se afilia para militar con quinientos cuarenta pesos, hasta completar dos mil quinientos cuarenta, y se le da un plazo de seis meses para pagar el resto. De ahí en adelante sigue pagando setenta pesos mensuales. Allá-compra-y-vende-el-que-quiere. Por ejemplo, el que quiere comprar el mercadito, como decir los aliños, la pasta, los fideos; herramientas no, porque el capital no resiste. Pero lo que es la provisión allá la compra uno. El que quiere vender allá su cosecha también se la venden, sin recargos, porque la cosa es para que no haya explotamientos. Como en

la Caja, que nos ha prestado dos enviones de cien mil pesos. Uno para comprar unas mulas y otro para comprar una trilladora de maíz, para trillar el maíz y sacarlo trillado. Porque en el año no hay sino una cosecha de maíz y entonces lo trillamos, y cuando está a buen precio lo sacamos para ganarle alguito. El gobierno, fíjese usted, señor, habla mucho de ayuda al campesinado, de alfabetización, de apoyos, pero hace cinco años no hay maestro. A ese motivo sí no se acuerda de que es el gobierno, de que es autoridad, de que nosotros somos colombianos. Al maestro que había le tocó venirse porque no le pagaban y lo que le pagaban no le alcanzaba ni para lavar la ropa. A un ejemplo, yo le voy a decir: este año hay como cuarenta y cinco niños de escuela. ¿Y la gente enferma? Habíamos algunos que nos toca caminar hasta dos días para salir al despejado, ¿y uno enfermo cómo puede salir? Pero el esfuerzo nuestro, ese sí, es peligroso, ese sí es malquerenciado. ¡Es como un decir! La cooperativa, como le vengo diciendo, es para defendernos, para aliviarnos del explotador que le sube día por día al suministro y claro, nosotros compramos hasta para que alcance para todos. Entonces la tropa dice que es que nosotros llevamos remesa para la chusma, que la auxiliamos. Lo hacen a uno identificarse. De eso yo no me aparto: la identificación es muy legal, pero la cédula no es la que vale, lo que vale ahí es el salvoconducto, que ahora lo dan laminado: no como antes, que era un cartoncito que se mojaba y ahí si a joderse uno. Como ve, las cosas progresan. Y mire, señor: el salvoconducto se lo piden a uno hasta en la Caja para prestarle… y en después dicen que la Caja es de uno, del campesino. ¡Mentiras! Pero entonces es la humillación que nos hacen. Una lleva la remesa para la cooperativa o para la familia y dicen que es mucha y le hacen regalar el mercadito a la pobre gente. No dejan pasar la sardinita y una la necesita para uno; porque cuando a una la coge el filo por allá entre el monte, ¿qué come? Pues no, no le dejan pasar el enlatado, ni a la cooperativa para vender a los colonos. La humillación es muy jodida. Es ilegal. Por esa sencilla razón: a ellos no les interesa que comamos mal o que comamos bien; nunca les ha interesado; entonces no es esa la forma para que la humillen a una regándole todo por el suelo. Una llega a la casa con el azúcar toda embarrada, con la harina mojada, porque es en el mismo suelo donde la echan para

mirarla. Y cuando es mucha se la quitan a uno y ellos mismos se la jartan. Es que por eso ya está la primera base en Nicaragua, por toda esa humillación. Sí, apunte bien, señor, digo Nicaragua y póngalo así. Para que digan que a una lo que le pasa es que la tienen convencida los agitadores, como nos dijo el gobernador. Cuando una no es tonta y se da cuenta, entonces son los agitadores. Lo que quieren es que una sea pendeja toda la vida. Se me alisa la piel de puro pensarlo, señor. Lo que pasa es que a ellos les da pica que no nos hayan podido tramar como ellos quieren. Mire, le voy a contar un cuentico. En el año 61, más o menos, volvieron otra vuelta a dejar entrar. Entonces nos avisaron a todos que se abría otra vez El Pato, que podíamos volver, y una que no había hecho más que ilusionar con su mincha de tierra, una que no había hecho más que añoranzas con sus bellezas, entonces echó para arriba otra vez. El ejército reclutó su gente para meter en lo abandonado, reclutó compañías por allá en eso de Algeciras, de Colombia, de Villarrica, de una parte y de otra parte, y las llevó. La base era que ayudáramos a meter la carretera hasta El Pato, y así fue. Metimos la carretera. Pero también nos encartillaron: que el comunismo para allá, que el comunismo para acá, como decir, nos infundieron el que las FARC mataban. Y uno viendo todo, y recuerde, y piense. Así… pensando melancolías… Pues bueno, nos dieron unos cursos, todos los días desde por la mañanita, de defensa civil que llamaban, y háblenos de la chusma y haga el camino. En esa vez también nos tocó dormir como ahora, en lo sucio, al destapado, aguantando agua y frío para llevar el camino, para poder volver a lo nuestro. Diga usted. Uno con el amor de trabajar hace de todo, hasta que se mete en la boca del volcán. Pero entonces ellos organizaron la defensa civil, que es la definición para mandar a los padres de familia a enfrentarse con las guerrillas. Inclusivamente les repartieron por ahí unas escopetas de cápsulas. Pero si el ejército no puede con esa gente, el ejército que es disciplinado, ¿qué-va-uno a poder enfrentárseles con auto-defensa?… Era una pura carnada para joderlo a uno. Si el ejército no puede, ¿cómo va a mandar a un poco de campesinos que no tienen gente disciplinada, gente que mande, a guerrear con los que sí saben? Eso es no tener conciencia. ¡Cómo van a coger gente ignorante! A últimas nadie comió nada de eso. ¿Las escopetas, dice usted? Pues por

allá las fondeamos en el monte, ¿eso para qué uno? En después el mismo ejército se la encontraba a uno y decían que uno era de las FARC o que uno mismo se la había quitado al ejército. Lo mejor era despeñarlas por allá en un barranco para pasar de tranquilidad. Pero entonces, señor, a ellos les da rabia que uno no coma cuento. Les da pica que uno no sea un tronado como antes, que uno pida lo que es de uno. Porque uno está pidiendo lo que es, no lo que no es. Y es que con eso de la metida de la tropa, del salvoconducto, pasa otra cosa. Usted ya se dio cuenta que ahora no es como antes, que ahora ya no hay tanto manovoltiada como había aquí a otros años. ¡No! Ahora un finquero como el compadre Eusebio necesita trabajadores. Trabajadores para socolar, para sacar la cosecha de café, para la alverja, para tantas cosas. Él necesita jornales y como allá cada uno tiene su mejora, pues no hay jornales, porque cuando sale la cosecha cada-uno-está-en-lo-de-uno. Entonces necesita trabajadores y para allá nadie quiere irse por la ofensa del ejército. Para trabajar más-que-sea unos días, el hombre necesita un permiso, un salvoconducto. Y la preguntadera por la familia, por el trabajo, que qué va a hacer, que cuánto tiempo, que dónde, que cuándo. Entonces le alargan un permiso que dice: «El teniente Rodríguez autoriza a trabajar al señor tal en la finca de tal». Mejor dicho, no se puede trabajar sin el permiso del teniente Rodríguez. Y si lo cogen a uno así, sin ese permiso, dése de cuenta, lo echan para el puesto plantoniado, uno, dos o tres días: pero allá sí lo ponen a uno a trabajar en lo de ellos: pelando papa, partiendo leña, trayendo agua y así. Entonces, cuando están emperezados, salen y cogen al primer tonto que pasa, le piden los papeles y se inventan lo que quieren para ponerlo-a-uno-a-hacer-lo-de-ellos. Señor: ¿para eso les paga el gobierno? Entonces los trabajadores no suben por aquí. Primero, porque eso es para gente guapa que se aguante las tres horas caminando; y después, porque la gente se aburre de tanta requisadera, de tanta zozobra. La gente no entra con voluntad. También-hay-otra-cosa: hay gente que la destierran, que no puede parar por ahí. ¡Habiendo tanto desempleo! Pecado será, ¿no? Porque cuando uno está sin trabajo y no lo dejan trabajar, eso-es-pecado. Yo me recuerdo todo lo que sufrimos la pasada invasión. Trabajé aquí un poquito, trabajé allá otro poquito, salté para un lado,

salté para el otro. Que Neiva, que no, que Gigante, que no, que mejor Ibagué, que Girardot, y échele-a-volear quimba. Eso cuando lo dejan, ¿pero qué tal, diga usted, cuándo no lo dejan? Así, en épocas pasadas nos encontrábamos ya los treinta, ya los cuarenta trabajadores por ahí, asoleándonos-no-más, ¿porque qué se hacía?

(Sofía interrumpió abruptamente el relato al acercarse una comitiva y socarronamente me dijo: «Señor, son de la presidencial». Quien presidía el grupo, a juzgar por la ampulosidad de su figura, saludó:

—Compañeros, buenas tardes.

—Buenas, señor.

—Yo soy funcionario público, soy el doctor Félix Trujillo. Nosotros ya nos conocemos porque yo fui a El Pato con Mantallana a izar la bandera allá. Eso fue en el 71, yo ya estaba de secretario de gobierno. Bueno, es esto: yo vengo en representación del presidente y de la primera dama, especialmente de la primera dama. La primera dama quiere presentarles un mensaje a los niños, a los niños de ustedes, y entregarles unas cositas que ella les manda. La primera dama tiene un censo que le mandaron, inclusive desde Quito; ella desde Quito, la primera dama, me llamó y toda esa cosa. Entonces mañana me mandan eso y quiere la primera dama que yo en su representación les entregue esas cosas para los niños, y hay una carta… una carta muy bonita para ellos.

—Sí, claro; está bien, gracias.

—¿Entonces a las doce puedo venir?

—Sí, claro

—Entonces a las doce.

—Nos gustaría que la doctora también se diera cuenta del estado de salud en que se encuentran los niños…

—Precisamente.

—Y de la situación de techo en que se encuentran…

—No, ¡claro! ¿Cuántas personas hay?

—No hay censo preciso, porque hay uno por allí y otro por aquí y no ha habido lugar de hacer un censo. Pero de Balsillas sacaron cabeza más de dos mil personas.

—¿Anoche vino la señora del gobernador e inclusive las hijas?

—¿Anoche, dice?

—Sí.

—Anoche fue el anuncio de la segunda visita y antenoche la primera.

—¿Médicos han traído?

—Los de la Cruz Roja.

—Bueno, entonces a los doce… Compañeros, ustedes podrían contestarle la carta a la primera dama.

—Pues primero hay que verla, a ver qué dice…

—Es que es una carta muy bonita.

—Pues ya le digo…

—Bueno, compañeros, entonces hasta mañana a las doce.

—Bueno, doctor…

—Y no olviden la carta para la primera dama).

Como le venía diciendo, eso de jornalear es muy jodido. Jornaleando fue que conocimos al compadre Vitelio, en Girardot. Andábamos como decir aquí, en la plaza, y dé vueltas y vueltas y más vueltas, hasta que de tanto encontrarnos nos saludamos: ¿qué tal, compañero?; ¿nada? No, nada; ¿y usted tampoco? No, yo tampoco. Y dele vuelta a la plaza. Pero él no se zozobraba; en cambio nosotros sí. El finado de mi marido, que le pintó un mal a los hígados, me decía: «Mire, mija; mire, Sofía, lo que es la vida; nosotros con todo eso por allá y uno por aquí sin poder hacer nada; varados como mico sin cola. Eso es pecado». Y dé vueltas con el compañero Vitelio, que es de por allá del propio Rafael Reyes, que también llaman Apulo; pero la gente le cambió de nombre porque el nombre se da para risas. Pero fue peor, dizque Rafael Reyes… Inclusive es fama que el tal don Reyes andareguió por El Pato, buscando caucho por allá, con la gente del otro siglo. Se metió a El Pato y en después fue presidente. Lástima que hubiera sido tan antes… Porque es que la autoridad no se da cuenta lo bueno que es El Pato, porque anda dizque por allá en el Ecuador. Como no han metido la quimba por aquí, por todo esto, que sí es Colombia… Pero bueno, le iba diciendo que Vitelio es de Rafael Reyes, de Apulo, o para mejor decirle, de Las Juntas. Él nació allá, pero el taita estaba muy jodido y entonces se echaron para arriba, para Viotá. Por allá anduvo un tiempo, cuando en Viotá se peleaban la tierra. Porque nosotros, nosotros siempre hemos luchado para poder trabajar.

En eso estaba tiernito, pero él se recuerda de los colinos que sembraban de noche, con el papá, con los tíos, para defender la colonia, porque en ese tiempo el gobierno defendía la colonia. Uno sembraba un colino y al otro día lo hacía respetar. Ese era el sistema. Anduvieron por toditico eso: por Viotá, por La Mesa, hasta Arbeláez fueron a trajinar. Allá se establecieron, allá les tocó la violencia y allá les tumbaron lo que habían trabajado. Entonces Vitelio ya estaba varejudo. Voleó rula por todo eso, siempre sin tierra, con la pura rula. Un contratico por aquí, otro por allá, y así se casó en Villarrica. Y se fue a trabajar a la finca del suegro, una parcelita que quedaba en la vereda de Mercadilla. Se vio siempre trabajando, para mejor decir, trabajándole a los ricos, porque no tuvo la libertad de salir a trabajar por cuentas de él. Eso lo tenía mamado y por eso se casó. Para echar raíces en la tierra. ¡Pero eso qué! Cada ocho días, uno o dos muertos entre los unos y los otros: eran dos enemigos. Donde salieran al camino, los tostaban. Sí, señor, él habla todavía de los bombardeos a Villarrica, y por eso tuvieron que salirse de por allá. Cuando eso dizque pasaban los dos, los tres aviones y bombas van y bombas vienen todo el día. Hasta que los sacaron como aquí. Todos echaron a andar para guarecerse del ejército. Entonces cogieron el monte, eche para las montañas del Galilea y-allá-fue-peor: los encerraron y los bombardearon. Entonces fue que se granearon y se derrotaron de ahí para la montaña, y se regaron, para acá, para Prado, Dolores, Alpujarra y Colombia, por toditico esto, derrotados, huyendo, salvando el hilacho. En después vino dizque la amnistía. Todos se amnistiaron para poder trabajar. Como ellos estaban en persecución, como a ellos eran los que el ejército los zozobraba, pues la amnistía les sirvió. En eso era otra amnistía; daban tierra, daban plata para trabajar. Ahí hubieron unos cuantos que se echaron para El Pato, porque todo eso de El Pato fue tierra para amnistía, para la rehabilitación que llamaban. A unos les sirvió, a otros no; depende, ¿no? Por ejemplo don Rojas, después de la amnistía, mató a muchos liberales. Cuando eso yo estaba en Playarrica y allá llegó un general a hacer reuniones y a conferenciar sobre el asunto de la amnistía. En ese caso sí fue una amnistía, porque llegó todo un presidente a llamar al personal y decir: aquí venimos a hacer esto, con estas y estas condiciones. Y así fue.

Vinieron a ayudarle al que trabaja. Pero ahora, por aquí no hemos visto eso esta vez para poder decir que es una aministía, para poder evitar el asunto de la humillación del ejército, para poder evitar los problemas del campesino, para poder evitar distintos casos que se pueden sobrevenir sobre esto. En nuestro caso, nosotros somos colonos de El Pato que deseamos es que se levanten los militares de allá, de Las Perlas; pero como el gobierno no da un paso atrás… Ya donde cogió raíces ya no echa para atrás. Para mi experiencia, yo no creo que vaya a haber aministía, señor. ¿En estas condiciones qué amnistía va a poder haber? ¡Donde hay guerra no hay paz! Yo creo que hay una contrariedad, señor. Entonces no se pueden desarrollar las dos cosas; lo que pasa es que se dice una cosa y en después va otra. Es lo mismo que la comisaría que dizque van a hacer. Puede que se haga, pero de aquí a tres o cuatro años, cuando ya en la región no haya sino monte. Mire, señor, si la amnistía que dice el gobierno fuera cierta, no nos mandaría el ejército a ponernos problemas. Pero busca la amnistía y nos manda el ejército… Eso es preparar una amnistía… pero en viceversa. Porque así, a candela, ¿qué paz va a haber? Eso pasa como cuando el conejo fue y le dijo a Nuestro Señor Jesucristo que el que pegara un grito más duro; entonces el Señor Jesucristo le dijo que lo pegara él primero, y el conejo llegó y gritó; entonces el Señor Jesucristo le dijo que aquí iba el suyo y le soltó un trueno, y entonces el conejo le dijo: «¿Ah, sí? ¡Hagáse el pendejo! ¡Dizque con candela!». Así está el cuento de la amnistía. ¿Qué gracia tiene la amnistía con candela para sacar corriendo al campesino? Eso no es justo. Porque nosotros nos salimos fue por la candela que nos soltaron, como le contaba. El bombardeo fue de medio día para abajo y hasta las cinco de la tarde dieron vueltas cuatro helicópteros. La tropa llegó también en helicópteros y la descargaron ahí donde está el aeropuerto. No, señor, no. Mire: eso del aeropuerto es-aquí-así: eso lo hizo un señor Martiniano González que ya murió, y que había comprado una finca y le iba a meter maquinaria y todo. Un día se estrelló una avioneta y la dejó tirada. Yo mismo le robé unas latas que necesitaba para la casa. Así fue lo del helicóptero que dizque nosotros habíamos bajado, que salió en la prensa. Lo de los huecos que dijeron es también aquí-así: esos fueron huecos que habían hecho las bombas por allá en el 74, y

dizque trincheras, ¡si son puros mataganados! ¿Trincheras para qué necesitamos nosotros? Para escondernos de los tigres será… porque hay mucha clase de tigres, señor, y a todos les tenemos miedo. Unos buenos para los animales, otros para los cristianos. Esa es la pura verdad. Uno que bajó ayer de por allá me dijo que la tropa lo está arreglando; ¿para qué será? ¿Será que van a volver a llevar a las autoridades a poner la bandera de Colombia? Ellos primero sueltan las bombas y en después entran la bandera, ese es el sistema. A un viejito mero jecho que vive por ahí le bombardearon el rancho. Un señor de Guayabera contó que eso habían bombardeado verracamente, y eso es contra uno, ¿porque a la guerrilla qué la van a ver desde un avión? Si uno no la ve, que está en el suelo… Nosotros ya sabíamos que la terronera venía, porque desde febrero se lo estamos diciendo al gobierno: nos van a bombardear, nos van a bombardear. Y no paró bolas. Y nosotros entonces nos organizamos para el caso, para salir juntos y no graneados como la otra vez. Al salir graneados, usted sabe, señor, ¡pues al que cojan por ahí solo lo tuestan tristemente! Acordando eso, es la petición de aquí. Esta vez no, dijimos, esta vez le vamos a hacer saber a la ciudadanía que nos invadieron. Esta vez no nos íbamos a salir familia por familia, como ellos querían, sino todos con mayor facilidad. Esta vez vamos, dijimos, a preguntarle al gobierno por qué nos hace todas estas cosas, por qué hacen zozobrar a la gente pacífica. La junta dijo: no nos vamos a dejar joder, no nos vamos a dejar asesinar, nosotros somos colombianos, somos cristianos, somos gentes que estamos trabajando por nuestras familias. Vamos a pedirle al gobierno que el gobierno nos proteja. La cosa fue así: nos reunimos en Balsillas y allí acordamos venirnos para Neiva. Hubo gente que para llegar a Balsillas necesitó hasta tres días. Ahí dijimos que en todo caso los colonos nos salimos porque el relámpago venía. Todos estábamos contentos, porque estábamos juntos y votamos todos por la salida; todo el personal apoyó el rumbo y nos vinimos. En el puesto nos dijeron que no nos dejaban pasar. El único problema que tuvimos era romper ese cordón y cuando ya fuimos llegando al puesto vimos soldados de un lado y de otro lado, con fusil. Nosotros veníamos con alegría, señor, charlando, y entonces se mostró el silencio, pero se mostró así: no se oía sino el sonsonete de los zapatos y el casquete de

las bestias. Nosotros teníamos la causa encima y teníamos que defenderla, y la tropa siempre ha negado, y seguirá negando, que continúa haciendo la represión. Ellos no aceptan eso. El coronel fue y nos dijo: «¿Por qué se salen, por qué?». Pues porque si nos quedamos nos matan, como siempre. Como al campesino lo catalogan de guerrillero, entonces vamos a ver qué es la cosa: si somos guerrilleros o auxiliadores, entonces que nos torturen; si no somos, entonces que nos dejen trabajar. Así se lo dijimos al coronel. El coronel dijo: «Ustedes no pueden pasar y yo no puedo solucionarles nada. Hablen con el gobernador». Entonces era el gobernador el que tenía que dar la solución; había que ir por el gobernador para hablar. Entonces fue allá el gobernador y dijo que él iba a ver qué solución se le daba a la cosa, pero que él no podía arreglar nada ahí. Entonces la solución que dio fue atajarnos los carros que subían por nosotros. Pero dijimos: si el gobernador no puede dar la solución aquí, vamos allá donde él está, para que nos solucione todo. Y diciendo y haciendo: a echar pata. Tres jornadas de camino. A pleno sol, con ochocientos tonticos, con jotos de comida, con atados de semilla que tuvimos que traer para que no nos la robara la tropa, con viejos, con mujeres. Señor: pasábamos el retén y la tropa se bajaba más abajo y otra vez nos obstaculizaba. Eso no es el gobierno, eso lo hace el ejército, para jodernos: todo eso es una injusticia. Eso es el ejército; entonces, ¿a qué se debe? ¿Es que tiene alguna orden de sus superiores para hacerlo? Mire usted, señor, al compañero Moncada, que es el presidente de la junta, como le dije: lo agarraron hace un mes, lo trajeron para Neiva y lo torturaron. Lo llevaron para el F-2 y allí lo torturaron. Y luego lo mandaron a la Brigada Novena, y allá la misma cosa: lo tuvieron seis horas colgado de las manos y después seis horas en el horno, que es una pieza con aumentación de calor que a medida que les da la gana la calientan y pregunten y pregunten: que dónde, que cuándo, que por qué. Al compañero Arturo Borrero también lo torturaron. Para él como que se emplearon otros métodos, pues tantos métodos como hay… Le hicieron hacer su sepultura donde lo iban a tirar. Así se le dijo al presidente cuando estuvieron los dirigentes con él en julio. Él dijo desconocer eso. ¿Entonces qué, señor? ¿Quién es el que manda? ¿Quién es el que sabe? Como haberle dicho al compañero Moncada

uno de esos mandones de la Brigada Novena que eso que le había pasado no era nada, que no le habían sacado un ojo ni le habían quitado una güeva. ¡Que eso era una caricia! ¡O sea que la amenaza está! ¿Entonces qué, señor? ¿Qué hacemos? A todo el que cogen lo vendan y lo tienen plantoneado días y pregunten: que dónde está don Marula, que si se sabe de éste, del otro, así. Eso es a todo el mundo, y diga usted, señor, eso es joderlo a uno, ¿o no? Entonces ¿qué? ¿Será que el ejército hace las cosas y el gobierno no sabe? Porque mire usted: nosotros sabíamos de la invasión desde el año pasado, cuando comenzaron con la acción cívica y en después, porque el ejército por ahí se salía; y nos decían: esperen y verán que no va a quedar uno. Y cuando se le dijo a don Turbay, él dijo que no, que estuviéramos tranquilos. Entonces ¿qué? Lo que pasa, señor, es que los militares no querían que nosotros nos saliéramos para poder matarnos y entonces presentarnos como chusma muerta. Por eso no dejaban subir los buses que nos mandaron, porque querían que nos quedáramos. Porque de salirnos, tienen que enfrentarse a la guerrilla y eso les da miedo, o no encuentran a nadie, como no han encontrado, y entonces, ¿qué le dicen al gobierno? ¿Ah? ¡Ahí está la cosa! Pero al fin nos dejaron pasar porque no nos podían matar a todos ahí, ni dejar que nos muriéramos de hambre en frente de ellos. Entonces camine, camine, camine, a pleno sol. Con angelitos. Muchos se insolaban y hay compañeros por ahí, señor, melancoliados, corridos, atronados del puro sol, y a los niños con el agua de Neiva se les arrebató la gastroenteritis y vomitan gusanos, puros gusanos, del sol, claro. Dígame usted: así fue que fuimos llegando a Neiva, a la gobernación, a que el señor gobernador nos solucionara el problema: y ahí nos plantoniamos. El ideal nuestro era hablar con el gobernador. Así, cara a cara: donde él dijo que nos solucionaba la cuestión. Entonces nos rodeó la tropa. No dejaban entrar, ni salir nada. Ni los teteros para los tonticos. Los únicos que entraban era los sapos, los particulares, los detectives, a charlar con nosotros, y como nosotros hablábamos con todo el mundo, pues con ellos también, y nos decían que los compañeros estaban recibiendo plata, que nos iban a dejar tirados aquí, solos. Pero eso qué… uno sabiendo que son de los mismos. Por eso, cuando llegaron los de los derechos humanos hicimos una rueda para que los compañeros

pudieran hablar con ellos sin civiles. Entonces ahí comenzaron a llegar estudiantes, el concejo, y hasta un senador Bahamón o Nerón, yo ya ni sé. Pero nada del gobernador. Estaba por allá cagado del miedo; porque lo que es no quiso dar la cara; mandó a otros. Él no quería solucionarnos el problema, sino que nos fuéramos de ahí. Nos quiso mandar dizque para La Gaitana, que es un claro junto al río. Nosotros no quisimos darle la espalda al río, porque la tropa nos sitiaba y nos echaba a ahogar. Nosotros somos pacíficos pero no tontos. Entonces me parece que por fin alguien les dijo que nos mandaran para el estadio. Pero faltaban las garantías para irnos de la gobernación y nosotros les dijimos que nos dieran la libertad para los compañeros detenidos; que nos dieran carpas para no aguantar la intemperie; que nos dieran alimentos, y que nadie entrara al estadio sin autorización de los compañeros. Todos estuvieron de acuerdo. Ellos decían que les diéramos los niños para meterlos al hogar, pero ¿cómo darles los tonticos…? Entonces se quedó de que a las cuatro de la tarde nos íbamos para el estadio.

Pero entonces, ¿qué pasó? A-los-de-la-cola, a los compañeros que se quedaron de últimos, la tropa-se-les-echó-encima. Querían dividirnos. Entonces nosotros nos devolvimos y la gente sacó el machete y dijo: si han de matarnos que sea ya, y así hubieron muchos compañeros que alcanzaron a trozar esos plásticos que tiene la polícia con el machete, esas como corazas. Yo creía que iba a haber una matazón: como unos cincuenta compañeros estaban con el machete en la mano y la tropa cargó las metrallas. Entonces nosotros quisimos volver a entrar a la gobernación, que era el único sitio donde nos sentíamos seguros. Ahí fue cuando un coronel del ejército le gritó a la tropa: ¡Alto! ¡Atrás! Un grito que se oyó en toda Neiva. Si no hubiera sido por eso, nos matan. Unos momentos más y la tropa dispara. La gente de Neiva estaba ayudándonos a echarle piedra a la policía. Así pudimos volver a la gobernación. Pero el ejército se fue y así, poco a poco, nos sentimos tranquilos. Entonces, por la noche, los compañeros fueron a hablar con el gobernador y después vinieron a hablar con nosotros, a preguntarnos los compañeros que qué decíamos, que qué acuerdo tomábamos. El compañero Moncada dijo que él creía que debíamos salir si el gobierno nos daba las garantías. Pero no de boca en boca

sino firmadas. Por ahí anda el papel. Que los de los derechos humanos servían de fiadores. Entonces todo mundo estuvo de acuerdo y al otro día, a las seis de la mañana, nos vinimos para acá. Y aquí estamos, señor, esperando a ver, esperando…

Yo lo único que quiero decir, señor, es esto: queremos paz y tranquilidad para poder trabajar. Ese es nuestro destino. El deseo de todos es luchar hasta que haya alguna expresión que nos diga: hay paz. Esa es mi conversación, señor.

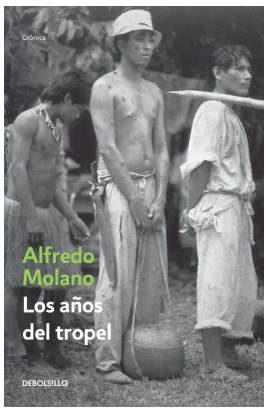
(El altoparlante, que había estado transmitiendo todo el día música, mensajes, consignas de organización, partidos de básquet, dándole al estadio un ambiente de bazar, se silenció: Humberto Moncada iba a hablar: «Bueno, compañeros —dijo—, simplemente quiero decirles que se organicen un poco. Se van a recibir los regalos que va a repartir el doctor Félix Trujillo. Va a leer un mensaje de la primera dama. Entonces, compañeros, hagamos orden, lo más que se pueda, con el fin de evitar la insolada que vamos a tener, porque éste es el momento más caliente del día. Le damos las gracias al doctor Trujillo porque nosotros no rechazamos la ayuda de donde venga. Tiene la palabra el doctor Trujillo».

El doctor Trujillo dijo:

«Bueno, muchas gracias al señor Humberto Moncada. Quiero decirles a los señores colonos que están en el estadio, que una delegación remitida por la primera dama de Colombia ha querido hacerse presente en el día de hoy con unos regalos que ella envía a los niños de los colonos. Me place sobremanera estar en este lugar compartiendo en este momento las inquietudes de la primera dama, doña Nidia Quintero de Turbay Ayala. Está presente la señora Gladys de Gaviria, que es asistente de la primera dama; la capitana Urrea, el señor comandante de la polícia y lógicamente, la señora esposa del señor gobernador. Quiero pedirles un poco de atención a la carta de la primera dama, que dice así:

“Septiembre 13 de 1980. Mis queridos niños: Era mi propósito ir a Neiva y visitarlos y llevarles mi ayuda, pero no pude cumplir con mi deseo por hallarme un poco indispuesta después de llegar de mi viaje a Ecuador. Es por ello que estoy haciéndoles llegar algunas cositas que espero les sean útiles. Especialmente quería decirles que pondré todo

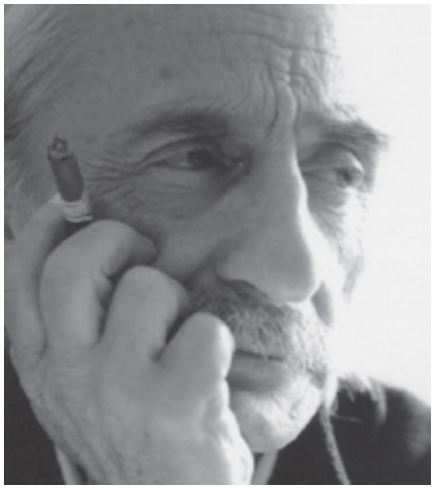
mi empeño en la creación y funcionamiento de un centro de niños en la región donde ustedes habitan. Reciban todo mi afecto y un abrazo cariñoso para cada uno de ustedes. Nidia Quintero de Turbay. ¡Viva Colombia!”».



«Este bogotano, nacido en 1944, ha dedicado sus días a recorrer el país, muchas veces a lomo de mula o a pie, y ha creado una obra única que, en más de 20 libros, cuenta la historia de una Colombia muchas veces ignorada: el país rural, campesino e indígena que ha sufrido los embates de la guerra».

Revista Semana

Hay muchos estudios y recuentos sobre la violencia en Colombia, pero pocos logran retratarla de forma tan vívida como Alfredo Molano en *Los años del tropel*. Esta obra está compuesta por siete relatos, unos de víctimas, otros de victimarios, a partir de los cuales nos adentramos en lo más complejo y humano de la guerra, del despojo, del sufrimiento que entraña la violencia y sus más profundas contradicciones. Es el retrato de un país que quedó irremediablemente dividido después del 9 de abril de 1948.



ALFREDO MOLANO BRAVO

Nació en Bogotá en 1944. Cursó estudios de sociología en la Universidad Nacional, donde obtuvo una licenciatura en 1971, y fue alumno de la École Pratique des Hautes Études de París entre 1975 y 1977. Ha sido profesor de varias universidades; colaborador de revistas como *Eco*, *Cromos*, *Alternativa* y *Semana*. Ha sido director de varias series para televisión y ha obtenido el Premio de Periodismo Simón Bolívar, el Premio Nacional del Libro de Colcultura y el Premio a la Excelencia Nacional en Ciencias Humanas, de la Academia de Ciencias Geográficas, por una vida dedicada a la investigación y a la difusión de aspectos esenciales de la realidad colombiana. Entre 2001 y 2002 vivió exiliado en Barcelona y en Stanford.

Foto: © Carolina Guzmán

Título: *Los años de tropel*
Primera edición: marzo de 2017

© 1995, Alfredo Molano
© 2017, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.
PBX: (57-1) 743-0700
www.megustaleer.com.co

Diseño de cubierta: Penguin Random House
Fotografía de cubierta: Imagen de la película *La Vorágine* de Lisandro Duque

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-8931-76-0

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Los años de tropel
Prólogo a la segunda edición
El Maestro
José Amador
Efraín Barón
Ana Julia
El Chimbilá
Nasianceno ibarra
Los bombardeos de El Pato
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos